



5 PESETAS

OBRAS DE EÇA
DE QUEIROZ
NOTAS
CONTEMPORANEAS
TRADUCCIÓN DE
ANDRÉS
GONZÁLEZ-BLANCO
BIBLIOTECA NUEVA

AHM
6874

AHM
668774

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Antonio Leizaola
Madrid, 16 julio 1.936

856774

NOTAS COLECCIONARIAS





OBRAS DE
EÇA DE
QUEIROZ

NOTAS
CON
TEMPO-
RANEAS

TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D



OBRA DE
ECA DE
OUTIROS

NOTAS
CON

TEMPO
RAZINAS

TRADUCCION DE
AGONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D

2.419614

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

I

DE PORT-SAID A SUEZ (I)

(Carta sobre la inauguración del Canal de Suez.)

I

Señor Redactor:

Accedo con la mejor voluntad a su deseo de que le escriba la historia *real* de las fiestas de Suez. Cuénto-
le, con todo, sencilla y descarnadamente, lo que me que-

(1) En noviembre de 1869 partió Eça de Queiroz para Tierra Santa con su gran amigo el Conde de Rezende, hidalgo alocado y simpático, especie de Byron disminuído—y sin el don de la poesía—, pero con el orgullo de un lord, por ser de prosapia nobilísima y tener el título de gran Almirante de Portugal. Era un mozo fuerte, recio y con un perfil de medalla antigua; amaba el peligro, las grandes cacerías de osos y tigres en el desierto, y soñaba con realizar formidables aventuras en Egipto y en Palestina. Probablemente pensaba recorrer el desierto de Sahara a caballo. Asombra pensar lo que sufriría el pobre Eça de Queiroz con este compañero de viaje—que había de ser su cuñado diez y siete años más tarde—; él, tan sedentario en su vida, tan débil físicamente, con tan pocas disposiciones para el atletismo y la gimnástica. El mismo se confiesa tan flojo, que los pesos que levantaba Anthero de Quental le hacían crujir a él. (Véase el artículo *Anthero de Quental* en NOTAS CONTEMPORÁNEAS, 2.^a edição; Porto, 1913.) Ramalho Ortigão dedica un bellissimo artículo de evocación y

E Ç A D E Q U E I R O Z

dó en la memoria de aquellos días confusos y llenos de acontecimientos, tanto más cuanto que las fiestas de Suez están para mí entre dos grandes recordaciones: el Cairo y Jerusalén; están ahogadas, obscurecidas por estas dos luminosas y poderosas impresiones; están como puede estar un dibujo lineal a lápiz entre un lienzo resplandeciente de Decamps, el pintor del Alcorán, y

necrología al Conde de Rezende, del cual dice: "Reunía en muy alto grado todas las condiciones que dan el brillo, la dominación, el prestigio... Por su nacimiento era conde, par del reino, almirante de Portugal. Por sí tenía un talento superior, la más alta distinción de figura y de maneras, una instrucción variadísima, un gran aire frío y correcto, ligeramente irónico... Amaba las aventuras arriscadas, las fascinaciones del peligro, se complacía en aventurar indiferentemente su fortuna o su vida en lances frecuentes y oscuros—sin galería—para su mero recreo personal, con un desdén altivo, imperturbable. El primer compañero del mundo para acampar en el desierto, para matar los chacales a quemarropa, para enterrar las espuelas en un caballo árabe, lanzado a rienda suelta en la planicie infinita." (*As Farpas*, tomo IV). Véase lo que sobre este estupendo *fidalgo* escribe, en una reciente biografía de Eça de Queiroz, Antonio Cabral: "Era éste un gentil rapaz de rara distinción, par del reino, hidalgo de la más pura estirpe, instruído, mirado con admiración y envidia por los que le veían arriesgado, le consideraban indiferente al peligro y le conocían las afamadas aventuras y las muchachadas que hicieron época." (*Eça de Queiroz*, primera parte, III, página 105; Lisboa, 1916.) En compañía de este alegre mozo salió Eça para Palestina, con este itinerario: España, desde Cádiz a Malta, y desde allá, a Egipto. Ya en este segundo párrafo de su crónica de viaje a Suez encontramos una expresión del deseo que tenía de contar la realidad cruda de su visión de Jerusalén y del resto de Tierra Santa. Compárese este párrafo con el párrafo prefatorio de *A Reliquia*. Estuvieron por allá tres o cuatro meses; en 1 de diciembre de 1869 estaban los dos amigos en la vieja Sión, en el *Mediterranean-Hotel*, donde Eça fecha el artículo *A morte de Jesús*, que es como un boceto de la parte evocativa y arqueológica de *A Reliquia*, y que cierra con broche gentil el volumen de *Prosas bárbaras*, próximo a ser traducido de nuevo por mí y editado por la *Biblioteca Nueva*.
Nota del Traductor.

NOTAS CONTEMPORANEAS

un lienzo mortuorio de Delaroche, el pintor del Evangelio.

Tal vez en breve diga lo que es el Cairo y lo que es Jerusalén en su cruda y positiva realidad, si Dios quiere que escriba lo que vi en la tierra de sus Profetas. Hoy le hago sólo la narración trivial, el informe escueto de las fiestas de Port-Said, Ismailia y Suez...

... Habíamos vuelto mi compañero, el Conde de Rezzende, y yo de una excursión a las Pirámides de Gizeh, a los templos de Sakkarah y a las ruinas de Menfis, cuando en el Cairo supimos que estaban en la bahía de Alejandría los navíos del Khedive que debían llevarnos a Port-Said y a Suez.

Veníamos del sosiego del desierto y de las ruinas, y en seguida, en la estación del Cairo, al partir para Alejandría, comenzamos a envolvernos, bien a disgusto, en aquella confusión irritante que fué el mayor elemento de todas las fiestas de Suez. La previsora penetración de la policía egipcia había olvidado que trescientos convidados, aunque no tengan la corpulencia tradicional de los bajás y de los visires, no pueden caber en veinte asientos de vagones, estrechos como banquillos de reos. Por eso en derredor de los departamentos había una multitud ávida, como en las afueras de una ciudad...

Jonas Alí, nuestro *drogman*, un nubio, intrigó, conspiró, clamó y nos logró, en un departamento de segunda clase, miserablemente ruinoso, dos sitios llenos de polvo. Confieso que me entró un gran tedio al comenzar a atravesar la magnífica naturaleza del Delta. Además, los caminos de hierro egipcios no tienen una velocidad fija. Van a capricho del maquinista, que, de vez en cuando, detiene la máquina, se apea, enciende la pipa, se ríe con algún antiguo conocido del camino, bebe

descansadamente su café, vuelve a subir bostezando y hace partir el tren distraidamente. Sin embargo, en ese día el cielo estaba nublado y lluvioso; quizá por eso el maquinista nos condujo rápidamente a Alejandría. En la bahía esperaban el *Masrh*, el *Fayoum* y el *Behera*, buques del Bajá. El embarque realizóse con la confusión habitual, complicada con las molestias de un mar agitado; los barcos iban llenos de gente, unos de pie, otros sentados en la borda, rozándose con el agua; otros equilibrados gravemente sobre la acumulación pintoresca de los equipajes; se reía, se tronaba contra la organización y la policía de las fiestas, se gritaba un poco cuando los barcos pesados oscilaban más inquietadoramente. Subimos al *Fayoum*, que debía levar anclas aquella tarde, a pesar del tiempo contrario y de la marejada que veíamos chocar a lo lejos en la línea de rocas que precede a la bahía de Alejandría. Y al otro día, en una bella mañana, entrábamos en Port-Said, entre los dos grandes muelles que avanzan en el mar paralelamente, hechos de poderosos bloques de piedra. Port-Said es una ciudad improvisada en el desierto. Es una ciudad de industria y de obreros: fraguas, aserraderos, almacenes de materiales de construcción y de aparatos destiladores. Su construcción fué determinada por la necesidad de tener un enorme puerto, que fuese una estación de buques, a la entrada del canal, y primitivamente para que tuviesen un centro de reunión ingenieros, maquinistas, maestros de obras. Esto le da un aspecto de ciudad provisional. Como había espacio, las calles son anchas como plazas y largas como avenidas; las casas son bajas, de materiales ligeros; se advierte la construcción rápida y la incertidumbre de la duración. A pesar de sus 12.000 habitantes, no hay todavía un vivir definitivo y regular. No hay establecimientos instalados con esperanza de

duración; no hay comercio fijamente establecido; todo tiene el aspecto de una feria que hoy gana y se anima y mañana se levanta y se dispersa. Y esto es porque, a pesar de la confianza de toda la población en la prosperidad del canal, ninguna profesión, ningún negocio quiere arriesgarse a establecerse de un modo definitivo, corriendo el peligro de ver aquel comienzo de ciudad *depauperarse* (1) y morir lamentablemente. Porque tal sería la suerte de Port-Said, así como de Ismailia, si el canal fuese una inutilidad, abandonado del comercio y de la navegación.

Su construcción se resiente, pues, de estas circunstancias: ni edificios, ni monumentos, ni habitaciones sólidas y serias; todo es ligero, barato, temporal. La iglesia católica es como una gran barraca; se ve el cielo azul a través de su techo, formado de grandes vigas mal unidas. De ahí el aspecto triste de Port-Said. Al fin de las fiestas, poco después, cuando volví a pasar por allí, en viaje para Jerusalén, me pareció, por la apatía de vida, por el silencio, que el desierto comenzaba de nuevo a aparecer entre aquella débil apariencia de ciudad...

Mas en aquel día 17, día de la inauguración, Port-Said, lleno de gente, cubierto de banderas, ruidoso de cañonazos y de *hurrahs* de la marinería, teniendo en su puerto las escuadras de Europa, lleno de flámulas, de arcos, de flores, de músicas, de cafés improvisados, de barracas de campamento, de uniformes, tenía un magnífico y vigoroso aspecto de vida. La bahía de Port-Said estaba triunfante. Era el primer día de fiestas. Es-

(1) *Estiolar-se* es un neologismo portugués, tomado del verbo francés *s'ëtioler*, que no tiene traducción exacta en castellano sino en esa locución verbal: *depauperarse*, consumirse, agostarse.—N. del T.

E Ç A D E Q U E I R O Z

taban allí las escuadras francesas de Levante, la escuadra italiana, los navíos suecos, holandeses, alemanes y rusos, los *yachts* de los príncipes, los vapores egipcios, la flota del bajá, las fragatas españolas; *L'Aigle* con la Emperatriz Eugenia; el *Mamoudeb* con el Khedive, y buques con todas las insignias de la realeza, desde el Emperador cristianísimo Francisco José hasta el *kaid* árabe Abd-el-Kader. Las salvas hacían el aire sonoro. En todos los navíos, empavesados y llenos de pabellones, la marinería, perfilada en las vergas, saludaba con enormes *hurrahs*. De todas las cubiertas venía el ruido vivo de las músicas militares. El azul de la bahía estaba cruzado en todos los sentidos por lanchas de remo, de vapor, de vela; buques-almirantes con sus pabellones, oficialidades resplandecientes de uniformes, gordos funcionarios turcos fatigados y apopléticos, viajeros con los sombreros cubiertos de velos y de *couffiés* (1) se cruzaban ruidosamente entre los grandes navíos anclados; las barcas decrepitas de los árabes, apiñadas de turbantes, abrían sus amplias velas estriadas de azul. Sobre todo esto, el cielo de Egipto, de un color y de una profundidad infinita. A la noche, la ciudad iluminábase y henchíase con músicas y fiestas populares. Las escuadras tenían sus cordajes y sus mástiles envueltos en hilos de luz. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, en una gran línea de tierra, daban sobre el cielo obscuro la sensación de un gran bordado luminoso...

En la bahía había un vivir completo, como en una

(1) Emplea aquí Eça de Queiroz esta palabra de corte francés y que, no obstante, no se encuentra en algunos Diccionarios; con ella trata de designar sin duda cestos o banastas que las egipcias llevan sobre la cabeza o sombreros de esa forma; sólo se encuentra en francés la palabra *couffe*, cesto, banasta, equivalente a nuestro *cofin*, con la misma significación.—N. del T.

NOTAS CONTEMPORANEAS

ciudad: bailes a bordo de los navíos, comidas, visitas cambiadas, recepciones, paseos a remo, serenatas en las lanchas. De todo esto salía una luz, un ruido, un effluvio de vida poderosamente original. Había en Port-Said un café cantante, memorable por la excentricidad de su alegría; estaba tan lleno de gente, que era menester fumar, beber, oír de pie, sofocado, rígido. Cuando en el escenario aparecía la actriz para decir su canción, mil voces de aquella multitud inmensa, acompañadas del tintinear cadencioso de las copas, del batir de los pies, de los silbidos, de los alaridos, de los gritos, repetían con estruendo asombroso la canción conocida de la actriz. Era bestial y extraordinario.

En el día siguiente al de la llegada, bajamos todos a tierra para la ceremonia de la inauguración. Del lado opuesto a los muelles, más allá de la ciudad, se habían construído tres pabellones, estrados alfombrados y blasonados, sobre la arena húmeda de la espuma del mar. Era en ese lugar la fiesta religiosa; los *ulemas* y los sacerdotes cristianos debían bendecir y consagrar en sus ritos el canal de Suez... Un gran cortejo de invitados, precedidos de los príncipes, entre los cuales sobresalía Abd-el-Kader, con su pensativa y bella figura, dirigióse a ese sitio, en medio de dos hileras de soldados egipcios, de arcos, de banderas, de árabes que abrían mucho los ojos. En el pabellón circular, de colores triunfantes, se colocaron los invitados de estirpe real e imperial y los demás que podían caber; en otro pabellón estaban los *ulemas* mahometanos; en el tercero, los sacerdotes latinos, griegos, armenios y coptos...

Cuando todos hubieron ocupado sus sitios y el gran rumor de la llegada se sosegó, los *ulemas* se postraron vueltos hacia el lado de la Meca, los clérigos cristianos comenzaron la misa y las escuadras hicieron salvas de

artillería. Entre tanto, la multitud apiñábase sobre la arena húmeda y en derredor de los estrados; la gruesa figura roja del Khedive estaba radiante; la Emperatriz tenía un aire de satisfacción discreta; el Sr. De Lesseps mostraba su bella e inteligente sonrisa. En derredor y hasta el hondo horizonte, el mar sereno rebrillaba... Cuando cesó la artillería se adelantó Mr. Bauer a la orilla del estrado, y habló. Mr. Bauer es un hombre bajo, pálido, de cara femenina y ancha, cabellos colgantes en bucles sobre los hombros, aseado, afeitado, perfumado, delicado y con una voz asombrosa. Lo que él decía eran palabras de fraternidad entre Oriente y Occidente, esperanzas de una Humanidad más unida por aquel vínculo marítimo, palabras afables a los invitados reales y recuerdos piadosos de los valientes trabajadores que durante aquella obra de lucha murieron obscuramente. Cuando pronunció el nombre de M. De Lesseps, toda la inmensa multitud batió palmas. Monsieur Bauer terminó, y el cortejo volvió a la playa y se dispersó por los navíos. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, los clamores alegres de la ciudad, el ruido de las lanchas sobre el mar llenaron de vida la bahía.

Al otro día, los navíos comenzaron a moverse lentamente, volviendo la proa hacia un punto de la bahía de Port-Said, donde se erguían, como los dos umbrales de una puerta, dos obeliscos de madera, pintados de rojo. Era la entrada del canal de Suez.

II

Entre tanto corrían por los barcos extraños rumores. Decíase que el *Latife*, pequeño vapor que en la víspera había partido como explorador, encallara; que los na-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

víos reales e imperiales, los vapores egipcios con los invitados, no podían pasar por la angostura del canal, y que, a pesar de ir alijados de su artillería y sin lastre, necesitaban más agua de lo que el canal tenía de fondo; que el Virrey y el Sr. De Lesseps habían marchado a ver el *Latife*; que se resolviera, en último caso, hacerle saltar; que las fiestas cesaban, y que todos regresaban a Alejandría, como en el tiempo de las derrotas de Actium (1).

En Port-Said, y a bordo de los buques, había inquietudes; los comisarios, las oficialidades, los ingenieros, interrogados, callábanse discretamente; esperaban órdenes de Ismailia, y temían. En efecto, el *Latife* estaba encallado. Esto, en primer lugar, demostraba la impracticabilidad del canal. El *Latife* es un vapor pequeño, estrecho, de poco calado, casi un remolcador... A más de eso, era un obstáculo material, brutal, para que los otros navíos hiciesen una tentativa audaz.

Decíase que el Virrey estaba desconsolado, que el Sr. De Lesseps había perdido su habitual impasibilidad y firmeza de espíritu, y que se telegrafara a París anunciando el desastroso resultado. Realmente, después de diez años de tantos esfuerzos y tantas luchas, tantos combates con el desierto y tantos combates con la intriga; después de tantos millones sorbidos por las arenas, de tantas vidas aniquiladas, de tantas fiestas anunciadas; después de la oratoria del Sr. Bauer y de las ovaciones al Sr. De Lesseps, era doloroso verlo acabar todo repentina y vergonzosamente, comprobar que en un canal hecho para la navegación no cabían navíos, que

(1) *Actium*—que nosotros podemos traducir por Accio—es la antigua ciudad (con el promontorio del mismo nombre) del Epiro, donde Augusto venció a Antonio y Cleopatra. Hoy es Cabo Figalo.—N. del T.

aquello era una obra ridículamente grandiosa y que, en lugar de terminar todo en triunfos, todo terminaba en carcajadas!...

Estuvimos en estas incertidumbres parte del día. Esperábase al Virrey, que fué en una lanchita al canal a ver el desastre del *Latife*. Al fin, hacia el principio de la tarde, los buques comenzaron a moverse, las inquietudes acabaron; el Virrey regresaba; el *Latife* estaba desencallado; el *Aguila* seguía ya y la obra del Sr. De Lesseps comenzaba a justificarse.

El *Fayoum* penetró entonces valerosamente en el canal. El *Fayoum* era el mayor buque del cortejo. Marchaba con gran cuidado; en medio del canal, unas banderas blancas marcaban precisamente la línea que debían seguir los buques para encontrar la profundidad necesaria de agua. Manteníanse cuidadosamente a distancia; iban despacio, sondeando; había más cuidados y escrupulosos recelos que en la navegación por entre un laberinto de rocas. En realidad, el canal se nos aparecía estrecho, bajo, y a cada momento temíamos ver la proa de un navío ir a clavarse en las arenas de las márgenes elevadas. El canal, al salir de Port-Said, atraviesa el Mensaleh, antiguo lago fangoso. Veíamos en ambos lados del canal relucir al sol aquel agua muerta, densa, verdosa...

Esta fué la primera gran dificultad de los trabajos. Era necesario, en medio de aquel enorme lodazal, abrir un canal navegable y hacer márgenes. Las dificultades crecían con la insalubridad de aquellos lugares miasmáticos. Afortunadamente, al violento sol de Egipto, el lodo extraído y amontonado, a fin de formar las márgenes, secábase rápidamente. Empleáronse allí esfuerzos heroicos. Los obreros de Europa abandonaron aquel trabajo peligroso. Era necesario emplear a los

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

habitantes de las márgenes de aquel lago de cieno; éstos entraban hasta la cintura en el agua espesa, sacaban con las manos la mayor cantidad de lodo posible, lo apretaban al calor del pecho hasta secarlo, íbanlo amontonando en pequeños montículos, formando así el comienzo de las márgenes. Las dragas venían, por fin, y profundizaban y perfeccionaban aquel trabajo elemental.

Después del lago Mensaleh, el canal entra definitivamente en el desierto hasta el lago Timsah, a la orilla del cual está Ismailia. A mitad del camino de Ismailia, el *Fayoum* encalló en la arena de la margen derecha; se desembarrancó con grandes esfuerzos, y siguió; pero como a poco espacio encontrase el camino obstruido por otro navío que estaba encallado, soltó anclas durante la noche. Había una luna admirable, que iluminaba de un lado y de otro la extensión blanca del desierto. Aquel lugar donde estábamos parados había sido precisamente uno de los más difíciles del trabajo. Llamábase El-Guisr. Había allí enormes simas de arena, que era necesario remover. El viento del desierto incomodaba e impedía los trabajos. Vivían allí en trabajo incesante 18.000 obreros. De la tierra que se sacaba para hacer el lecho del canal se formaron a un lado y a otro enormes parapetos; a medida que los parapetos crecían, más difícil era echarles encima la tierra que se sacaba; los árabes la llevaban, rodando, cayendo, en cestos llamados *couffins* (1); negábanse obstinadamente a emplear cualquier otro medio moderno y eficaz, para llevar la tierra, que no fuese el *couffin*. Calcúlase que todos los cestos empleados, puestos en fila, darían tres veces la

(1) Aquí la palabra *couffin*—que acaso está corrompida en otro pasaje por una errata no corregida en ninguna edición de NOTAS CONTEMPORÁNEAS—designa claramente cesto, banasta, y tiene equivalente a nuestro *cofin*.—N. del T.

vuelta al globo. Sin embargo, los parapetos aún no eran obstáculos suficientes contra el viento del desierto y contra la invasión creciente de las arenas; se clavaban empalizadas, se levantaban muros de cieno seco, se hacían plantaciones numerosas y vivaces para impedir la fluctuación de las arenas. En aquella multitud de obreros reinaba el orden más absoluto; allí, en todo el transcurso de los trabajos, había hospitales, ambulancias, almacenes, incesantes caravanas que recorrían el desierto trayendo víveres. Los europeos, al principio, abrumados por la inmensidad y novedad del trabajo, desertaron. Entonces vinieron griegos, dálmatas, armenios, árabes. Todas las razas, todas las lenguas, todas las religiones, se reunían allí. Del interior del desierto corrían las tribus de beduínos a pedir trabajo. Había campamentos enormes.

El Sr. De Lesseps andaba siempre por el camino de sus trabajos, en su bello dromedario blanco, envuelto en el albornoz árabe, aclamado por los obreros. ¡Aquellas pobres razas de la planicie y del desierto estaban fascinadas por dos cosas nuevas para ellas: la ganancia por el trabajo y el agua abundante!

Nada quedaba ahora de aquel gran movimiento, sino a grandes trechos algún barracón levantado a orillas del canal, de donde los operarios venían a saludar con gran alborozo el paso de los buques.

Al otro día, por la mañana, entrábamos, al rumor de las salvas, en el lago Timsah. En el fondo veíamos la ciudad de Ismailia. Allí era el centro de las fiestas. Ismailia es la capital del canal. Es un puerto admirable, inaccesible a las tempestades y aun a la más sencilla agitación del agua; no puerto de tránsito, como Port-Said o Suez, sino una perfecta estación de descan-

so para la navegación de Oriente. Comunica con Egipto por el camino de hierro y por el canal de agua dulce. Tiene plazas, calles de futura capital. No es ciudad ruda y trabajadora, como Port-Said, llena de oficinas y de obreros. Es ciudad llena de *chalets*, de esbozos de palacios, de paseos con arboledas, de muelles ampliamente construidos. Tiene ya los refinamientos civilizados de una capital; hasta tiene unos leves aires de corrupción; las almeas desterradas del Cairo, refugiadas en Esneh, en el alto Egipto, se han venido aproximando a Ismailia. Todo ello se asienta, es verdad, sobre la arena, y hacia el lado del desierto vive una población árabe en toda su pintoresca miseria. Pero su situación es excelente; confinada entre un desierto y un lago, tiene para bastecerse el bajo valle del Nilo, a seis horas de distancia, y para comunicarse con el mundo, la navegación del canal. Por su posición es un puerto obligado y el mejor de Oriente. Todos los bajás (1) de Egipto han tenido, como los antiguos tiranos, el deseo de ligar su memoria a la edificación de una ciudad: Mehemet-Alí, Said-Bajá, Abbas-Bajá, todos. La ciudad que este último y tan original Bajá fundó, Abbasiada, aun hoy está acabando de desmoronarse en El Cairo, en el camino de la antigua Heliópolis, en una vasta planicie.

Ismail-Bajá tal vez será más afortunado, e Ismailia podrá venir a ser la capital europea del viejo Egipto, como Alejandría es su capital comercial y El Cairo su capital histórica...

(1) Eça de Queiroz emplea siempre *Pachá*—por *bajá*—, pero en nuestros idiomas ibéricos esto es un galicismo terrible; por eso yo sustituyo el *Bajá*, tan genuinamente hispánico.—*Nota del Traductor.*

III

Ismailia estaba invadida por una extraordinaria multitud. En los anchos arenales, más allá de los muelles, se habían levantado campamentos para los viajeros que no venían de Alejandría en los buques. Habíanse improvisado hoteles semejantes a grandes dormitorios. Había barcos anclados sirviendo para alojamiento. El aspecto de la ciudad en aquel día era poderosamente vivo y original.

Los regimientos egipcios habían acampado junto al lago. En el centro, en un ancho espacio que hay al pie del canal de agua dulce, estaban las tiendas para los *xeques*, que son los jefes de las aldeas árabes, o jefes de las tribus del desierto. Las tiendas, abiertas por delante, dejaban ver los grandes tapices colgantes, las alfombras de La Meca o de Damasco, donde se entrecruzaban las figuras soberbias de los *xeques*, fumando gravemente el *narghilé*. Habíanse levantado barracas enormes, donde en todo momento se servían a los convidados y a todos los que entraban, refrescos, vinos, ensaladas y comidas. Había todo género de juegos, de danzas, de músicas. Las tribus beduínas habían acampado cerca. Yo vi una caravana beduína en descanso, a lo largo de los bazares; habían clavado en el suelo dos lanzas, y en derredor, los caballos y los hombres—figuras duramente esculpidas en bronce, altivamente envueltas en sus albornoces—, hacían un grupo extrañamente pintoresco. Las anchas calles estaban pobladas de una multitud ruidosa, colorida, original. Habían venido almeas de la provincia de Fayoum, que debajo de sus tiendas celebraban sus misteriosas y extrañas danzas. El Emperador de Austria y la Emperatriz habían

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

paseado por Ismailia, montados en dromedarios; después de eso, las calles estaban llenas de viajeros que querían sostenerse en equilibrio sobre las excéntricas sillas de los camellos y de los dromedarios. Había por todas partes tocadores, cantadores, hechiceros, fascinadores de serpientes.

Los beduínos formaban danzas y luchas y carreras de caballos. Algunos, de pie sobre los dromedarios, lanzados a galope, hacían toda suerte de destrezas y equilibrios, jugando la lanza. Todo esto era acompañado por las salvas constantes de los buques y por los *hurrahs* de las marinerías. A la noche, todo resplandecía. Por todas las plazas había encendidas grandes hogueras. Se veía, al fondo del lago, a través de los buques iluminados, brillar fantásticamente la ciudad, hecha de puntos de luz. Los campamentos estaban flameantes. En todas las tiendas de los *xeques* había cantos de mujeres árabes, acompañados de *darbouka*. Los fuegos de arteficio estallaban en el aire. En medio de grandes grupos, entre un círculo de antorchas enormes, danzaban las almeas. En otros círculos iluminados, la multitud abría los ojos delante de los improvisadores árabes. La luz corría por entre toda aquella multitud, atacada de alegría. Había sobre la ciudad y el lago aquel fuerte rumor de fiestas, que está compuesto de los cantos, de las músicas, de las voces, de los aplausos, todo armónicamente confundido, y que por su originalidad arranca al hombre fuera de la vida vulgar, con irritantes atracciones. Todo esto lo veíamos al atravesar la ciudad, en los enormes carruajes que nos llevaban al gran baile de Ismailia, en el palacio nuevo de Ismail-Bajá. El palacio, rodeado de jardines, tenía en ellos una iluminación de gusto oriental. Había luces esparcidas por todas las ramas de los árboles, entre las hojas de las

flores, en la tierra de los tiestos. Sobre la hierba estaban dibujados arabescos de luz, de un aspecto original. El canal de agua dulce, que corre al pie, estaba lleno de barcos iluminados, que cruzaban en una perpetua serenata. Al comienzo de la noche, entre las mesas, los árabes extendían a veces la mano, metían los dedos en los platos y se alejaban comiendo desdeñosamente. En las salas, el baile sólo era una oscilación sofocada de cuerpos. El oro bordado de los uniformes arañaba los hombres desnudos, y los enormes zapatos de los *xeques* del desierto rasgaban los largos vestidos de las *lorettes*. No había orden, ni espacio, ni ambiente, ni alegría. Era pesado y brutal; fatigaba. La mayor parte de la gente dispersóse por la ciudad a ver las iluminaciones y las fiestas populares. Cuando yo salía para ir a un café italiano, en compañía de algunos oficiales ingleses, a ver a las almeas de Beni-Irouef bailar *la danza de la abeja*, encontré al Sr. De Lesseps en el vestíbulo, buscando ansiosamente su abrigo.

Lesseps es una figura delgada y nerviosa, bigote corto y blanco y dos ojos que brillan en negro, llenos de inteligencia y sinceridad. Tiene una fisonomía y, sobre todo, una sonrisa, que revelan tendencia a las concepciones abstractas, pero firmeza en las dificultades de la vida. Es diplomático, orador, ingeniero, financiero y soldado. Tiene algo de todo esto; y esa armonía de facultades es el secreto de su inquebrantable fuerza y de su constante triunfo en esta obra de Suez. Yendo a visitar el desierto líbico, en compañía de Said-Bajá, entonces Virrey, fué cuando resolvió, con apoyo del Said, iniciar las obras; desde entonces, ¡cuántas luchas, ya con Inglaterra, que intriga contra él y que le difama; ya con Turquía, que le quita sus trabajadores; ya con los capitales, que se retraen delante de sus planos; ya

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

con el desierto, que contradice la ciencia de sus teorías ; ya con el cólera, que le destruye sus operarios, cuántas luchas hasta que pudiese buscar tranquilamente su paletó en una fiesta que celebraba al fin de tantos y tan ásperos trabajos!...

A mitad de la noche, cuando yo volvía a bordo, las luces morían tristemente en toda Ismailia y las sombras cubría el lago. Al otro día, la gran procesión de buques salía del lago Timsah en dirección a Suez. Comenzaba ya entonces a verse, al lado del canal marítimo, el canal de agua dulce, que va casi paralelamente con él hasta Suez. El paisaje comienza a ser de una monótona uniformidad; la roja amplitud del desierto a ambos lados del canal. El canal de agua dulce es una de las mejores obras de Lesseps, y uno de los episodios más notables de la perforación del istmo. Los obreros del canal habían de trabajar en el desierto. La primera necesidad era el agua; un ejército de obreros no podía subsistir durante muchos años sólo con agua traída por las caravanas. Al principio, cuando las obras estaban aún junto al lago Mensaleh, sacábase el agua de algunos pozos aislados; se hacía venir de la próxima ciudad de Damietta; o se destilaba el agua del mar. Pero a medida que los trabajos avanzaban hacia el centro del istmo, las dificultades resurgían. No había pozos ni agua del mar. Damietta estaba lejos. El tonel de agua comenzaba a costar veinticinco francos. Además, como venía en caravanas, cualquier demora, cualquier trastorno producía sed entre los obreros y comenzaban las confusiones de trabajo. Aumentaban las inquietudes por causa del agua. Entonces, el Sr. De Lesseps resolvió ir al Nilo, a treinta y cinco leguas, a buscar agua dulce y traerla al desierto por un canal que siguiese una línea casi paralela al canal marítimo, bordease los La-

gos Amargos, pasase al pie de las montañas de Djebel y fuese a detenerse en Suez. El canal sería así para uso de los obreros, para la irrigación de aquellos terrenos áridos y para la navegación de pequeños barcos. Veíamos, en efecto, el canal de agua dulce, lleno de velas, cuyas puntas aguzadas y blancas salían por encima de las márgenes.

Uno de los episodios épicos del canal de agua dulce fué el paso de las dragas. Fué necesario llevar aquellas monstruosas máquinas al pie de los Lagos Amargos para atascar las arenas del Serapeum. Fueron transportadas por el canal de agua dulce. Centenares de hombres iban llevándolas arrastradas por cuerdas desde las márgenes. Pero aquellas enormes máquinas a cada momento encallaban, viraban o, cuando el viento era violentamente contrario, hacían fuerza hacia atrás. Para sacarlas del lodo, para impelerlas, para equilibrarlas, eran necesarios esfuerzos sobrehumanos, en los cuales sucumbieron muchos valerosos obreros.

Fué al anoecer cuando llegamos a los Lagos Amargos. Toda la escuadra de la comitiva ancló allí durante la noche. Había una luna espléndida, que llenaba el lago de luz, y diseñaba vagamente hasta el horizonte las ondulaciones del Desierto.

IV

Los Lagos Amargos son los restos del antiguo golfo Heroopolita, aguas del Mar Rojo que venían hasta aquí. En este lugar fué donde pasaron los hebreos, guiados por Moisés; fué aquí donde quedaron sepultadas las legiones de los Faraones, quince mil hombres y mil doscientos carros. Hacia el lado de Egipto, la luna

blanqueaba una vasta planicie; era Gessen, la tierra de los patriarcas. Los Faraones habían dado a los hebreos aquel sitio, paraje entonces lleno de cultivos y de mieses, hoy cubierto de arenas. Desde allí fué de donde partieron en demanda de Canaán. Desde allí se dirigieron hacia el Sur, hacia los desiertos de Arabia y del Sinaí, para evitar el encuentro de los ejércitos egipcios. Moisés conocía bien aquellos lugares. Su mocedad se había deslizado en el istmo. Además, aquel lugar era tradicionalmente el paso de los que venían de Siria, por Caldea y por Idumea. Abrahán, José y Jacob habían pasado por allí en sus viajes a Egipto. Fué también por allí, pero un poco más al Norte, a poca distancia del lago Timsah, por donde muchos siglos después el descendiente de tantos patriarcas y de tantos profetas, Jesús, pasó, llevado por su madre, que huía hacia el valle del Nilo. Los árabes muestran aún este sitio. Mientras mirábamos aquellos parajes bíblicos, los fuegos de artificio estallaban en el aire.

Al otro día por la mañana íbamos aproximándonos a Suez. Salimos despacio, porque la marea del Mar Rojo venía contra nosotros. Fué esta cuestión de las mareas y de desigualdad de niveles entre el Mar Rojo y el Mediterráneo el origen de una de las grandes oposiciones que se hicieron al canal.

Decíase que, según los sondeos hechos bajo la dirección de Lepère en 1799, el Mar Rojo era nueve metros más alto que el Mediterráneo; decíase también que la obra era impracticable a causa de las arenas movedizas y de los vientos del desierto; decíase, por fin, que la navegación del Mar Rojo no podía, por su dificultad y por su peligro, constituir una verdadera ruta marítima. Una Comisión internacional fué al istmo a esclarecer estas dudas. Era una legión de sabios, de arqueó-

logos, de ingenieros, de geólogos. Said-Bajá les hizo recepciones regias. Atravesaron el istmo, en sus estudios, de Suez a Pelusa. Sondearon todas las ensenadas, todos los lagos; estudiaron todos los terrenos. Acamparon grandiosamente; y seguiales una caravana de ciento setenta camellos. Los árabes venían de todos los puntos del horizonte para ver pasar aquel extraño cortejo.

La Comisión dispó todas las objeciones. El nivel de ambos mares fué declarado igual por nuevos y más perfectos sondeos; reconocióse que las arenas no eran un obstáculo; si las arenas, arrastradas por el viento del desierto, habían de sepultar el futuro canal, ¿por qué no habían sepultado ya los Lagos Amargos, por qué no habían enterrado las antiguas ruinas, por qué no habían borrado al menos los vestigios de las caravanas de la última peregrinación a la Meca? Por último, el Mar Rojo fué declarado bueno como vía marítima, contra los impugnadores del canal. ¿Qué tiene de malo el Mar Rojo? Algunas rocas... ¿No las tiene el Adriático? ¿No las tiene el Canal de la Mancha? ¿No las tiene el Archipiélago? El Mar Rojo tiene vientos regulares; el Mar Rojo tiene corrientes conocidas; el Mar Rojo tiene la admirable claridad de sus noches. ¿Impide esto la navegación? Si el Mar Rojo fué de una navegación fácil para las flotas de Salomón, si venecianos y portugueses pudieron allí derrotar al turco, ¿qué será hoy con los medios científicos de navegación a vapor? Todas las objeciones caen por sí solas.

En las márgenes del canal comenzábamos a ver muchos campamentos de obreros; venían hasta la orilla del agua a batir palmas a los buques que pasaban, saludando con pañuelos y velos entre grandes *hurrahs*. Desde los buques respondían. Lucía un sol fuerte; el desierto

brillaba hasta el horizonte. Veíamos a nuestra izquierda el camino de las caravanas que van a la Meca, a Medina, a Bagdad y a Damasco, en la dilatada Siria. Arabia y Asia quedaban más allá de aquel desierto. Del lado de Egipto, del fondo del arenal cubierto de salinas, estaba la obscura y triste ciudad de Suez. Más allá extiéndese el monte de Djebel-Attaca, llamado de la *Liberación*, porque, cuando las caravanas que vienen del Desierto lo divisan, es que están fuera de peligro. Al fondo, borrada en la pulverización de luz del horizonte, entreveíase la cordillera del Sinaí. A medio día entrábamos en Suez, entre salvas.

Suez es una ciudad obscura, miserable y decrepita; es el comienzo de nuevas regiones; es ya casi el Asia y la India. Tiene un aspecto mortuorio; y el cólera y la peste aparecen, en efecto, allí, con frecuencia. En algunos barrios ruinosos, casi deshabitados, conserva, sin embargo, en sus construcciones desmoronadas, un notable carácter de antigua y pura arquitectura árabe. Por lo demás, la civilización europea comienza a estar representada en Suez por cafés cantantes y por *gourgandines* (1) de Marsella.

Suez ha tenido hasta hace poco una vida incompleta por falta de agua. En Suez el agua era conservada en cajas de hierro, traídas del Cairo. El agua de la fuente de Moisés, que está a tres leguas, sólo pueden beberla los camellos. En tiempo de lluvia había, a más de la del Cairo, algún agua potable a seis leguas de distancia. En tiempo de sequía, la sed era una enfermedad; había mercados de agua donde los precios eran fabulosos, horribles. Los ricos bebían un agua medio

(1) He querido conservar el vocablo francés por ser más decoroso que el español. *Gourgandine* es equivalente de buscona, mujer de mala vida.—N. del T.

salobre. Los pobres bebían el agua de los camellos o se morían de sed. En Suez no había (y aun no hay hoy) un árbol, una flor, una hierba. Existía gente que, habiendo vivido siempre allí, no tenía idea de la vegetación. Contábase de árabes de Suez que, habiendo venido al Cairo por primera vez, huían de los árboles como de monstruos desconocidos. Esto hizo a la raza dura, áspera, hostil. El canal de agua dulce mudó la faz de las cosas. El agua es gratuita y abundante. En el día en que el agua llegó a Suez, fué un vértigo. Los pobres árabes no podían creerlo; se chapuzaban en ella; bebían hasta hacerles daño; extendidos sobre las márgenes del canal, daban gritos locos. Algunos estaban aterrados y se asombraban de la pérdida de tanta riqueza. La población gritaba llena de amor en torno de Lesseps, postrándose y besándole las manos. Y desde entonces la ciudad tiende a revivir.

Cuando llegamos a Suez se separó aquella caravana de invitados, que hacía seis días saliera de Alejandría. Unos quedaron en Suez, otros fueron para el Cairo. Nosotros fuimos hacia las costas de Arabia, hacia el lado del desierto de Sinaí a ver el oasis de Moisés. En el *Exodo* se lee: "Y los hijos de Israel vinieron después a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras..." Eran estos doce manantiales, y estas setenta palmeras, las que nosotros íbamos a ver, pasando el Mar Rojo en una barca árabe. Habíamos hecho nuestra peregrinación a través del canal; la escuadra de Europa echaba sus anclas en el Mar Rojo; la obra de Lesseps estaba completa.

Hacia diez años que un grupo de trabajadores estaba, un lunes de Pascua, reunido en la playa, en el lugar que después fué Port-Said; no había nada en ese lugar, sino la bandera egipcia plantada sobre la arena...

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Un hombre salió del grupo, se descubrió y dijo: "En nombre de la Compañía de Suez, doy el primer golpe de piqueta en este terreno, que abrirá a las razas de Oriente la civilización de Occidente..." Y cavó la arena con la piqueta. El hombre que pronunció aquellas palabras era el Sr. De Lesseps; y, como se ve, su piqueta ha abierto ampliamente un camino...

1869.

II

RAMALHO ORTIGÃO

CARTA A JOAQUÍN DE ARAUJO.

Mi caro colega:

Recibí la carta de usted pidiéndome con prisa la biografía de Ramalho Ortigão. Creo que lo que usted desea es la biografía del espíritu de Ramalho, la historia interior, la de su talento, no la historia exterior, la de su vida.

Un hombre de letras, que no escribe sus memorias, tiene realmente derecho a que los otros no se las escriban. Por lo demás, la historia de Ramalho Ortigão cuéntase fácilmente: ha vivido con honra y trabajado con valor. Puédesse añadir que nació en Porto (intelectualmente en Lisboa) y que posee dos cualidades eminentes, de gran resultado moral, raras en sus contemporáneos: no es bachiller y tiene salud. La biografía de su espíritu es más compleja.

Dícese generalmente: Ramalho Ortigão, autor de las *Farpas*; no sería inexacto decir: las *Farpas*, autoras de Ramalho Ortigão. Su obra le ha creado. Si él, hace

siete años, da a las *Farpas* tiempo, cuidados y estudio— las *Farpas* le han pagado regiamente, le han *hecho*. Le han dado la disciplina de raciocinio, la observación, la exclusiva fe en la ciencia, la crítica, una bella elevación moral, una forma magistral. Las *Farpas* han sido para él la gran escuela de la Ironía; Ramalho ha hecho en la ironía su educación y su carrera. El epígrafe invocativo de las *Farpas* es enteramente exacto como historia de su progreso: es la Ironía la que le ha libertado de la rutina, de la adoración de los falsos dioses y de los falsos diablos, de las mixtificaciones de la política, de las pequeñas ambiciones, de los pequeños lujos, de la infatuación, de la melancólica esclavitud de los partidos, de las supersticiones sociales y de los mandamientos transcendentales. Es la Ironía la que, haciéndolo libre, le ha hecho justo.

Ramalho Ortigão, después de las *Farpas*, es un hombre completamente distinto de Ramalho antes de las *Farpas*. Y sin embargo, aún no hace un año que yo vi un estudio pintándolo como un *janota* (1) amigo de los cortes de traje excéntricos, y juzgando el *boulevard* la más noble institución de los tiempos modernos. Esta apreciación no era una perfidia ni un error; era un viejo *cliché*, la tirada reciente de una antigua estampa, era una *rutinería*.

La rutina, en una de sus formas más estúpidas, es la persistencia terca en una primera impresión. Es el gran vicio chino. Hace dos mil años la China, en un momento de gran impulso interior, abrió los ojos del alma y concibió, en una ojeada, una cierta idea del Universo, del Hombre, del Arte y de la Sociedad; dos mil años

(1) *Janota* es una frase portuguesa casi intraducible, aplicada a los brasileños principalmente, y más expresivo que elegante, *dandy* o *mirliflor*.—N. del T.

pasaron y la China persiste impasible en la adoración y en el uso de estas concepciones primitivas. El portugués moderno tiene mucho de chino. La primera impresión que nos viene a la retina nos queda perpetuamente en el espíritu. Ramalho Ortigão, hace años (su talento podía decir hace siglos) fué visto en el Chiado (1) con un sombrero Panamá, ensalzando los méritos de Mlle. Rigolboche, la antigua Carlomagno de la prostitución; hay sujetos para quien Ramalho, a pesar de treinta volúmenes de *Farpas*, es aún hoy el hombre del sombrero Panamá y el Plutarco de Mlle. Rigolboche (2).

Yo le conocí antes de las *Farpas*. Ya tenía entonces las cualidades eminentes del cuerpo y del corazón. Era fuerte, era sano, era bueno, era alegre; pero desde el cabello a la punta de los zapatos era, en cada pulgada, un literato; más aún, era un *janota*. El sombrero Panamá era entonces exacto a los de París... París, o más bien uno de los aspectos de París; el París del *chic*, de las *cocottes*, de las operetas, de los *boursiers*, de los *jockeys*, de las bailarinas y de los pequeños tiranos:—que le dejara en los ojos y en el espíritu un gran deslumbramiento; si se hubiese entonces establecido allí, hubiera escrito con fervor en el *Figaro*; hubiera ido todas las tardes al *Bois* a curvar el espinazo delante de la librea verde y oro del personaje taciturno y caquéxico que entonces dominaba el mundo; iría, por buen gusto, a comer *chez Vachette*, con el ramo de violetas

(1) El *Chiado* es el nombre clásico de la hoy llamada Rua Garrett, con algo de las calles adyacentes, y constituye un centro de animación de Lisboa, como la Carrera de San Jerónimo en Madrid.—*N. del T.*

(2) Una afamada bailarina francesa que apareció por Lisboa hacia el año 70, y de quien Ramalho Ortigão fué algún tiempo *amant de cœur*.—*N. del T.*

de rigor, y a ensalzar las grandes ideas del reinado, bebiendo *Romanée-Imperial*; publicaría en casa de Michel Levy un volumen titulado *Cuentos del asfalto*; y, declarada la guerra, como era bravo, se hubiera alistado en los Zuavos y hubiera muerto heroicamente en Gravelotte o en Saint-Privat. En Portugal era la caricatura lisbonense de este tipo amado; decíase conservador, admiraba (Dios me perdone) a los tenores de *São Bento* (1)—de los cuales más tarde debía hacer la prodigiosa caricatura—; detestaba la Democracia, porque le suponía caspa; era entre nosotros el San Pablo barbado del *crevettismo*; escribió un libro—*En París*—que fué su carta a los Corintios; si no era integralmente devoto, juzgaba la religión un accesorio indispensable al hombre bien educado, y preferiría de seguro haber escrito *La familia Benoiton* a haber compuesto *Los Lusíadas*. Al mismo tiempo seguía siendo en la forma un literato portugués; era un purista—tenía el estilo vernáculo, *quincentista* (2), arcaico, obsoleto; expresaba sus preferencias del boulevard en el lenguaje de Bernardes (3); sus ideas eran de *dandy* y su prosa de *fraile*.

Y en diez años, por un prodigioso trabajo dentro de

(1) *San Bento* o San Benito es el Palacio de las Cortes (donde se hallan reunidas la Cámara de Diputados y la antigua Cámara de Pares del Reino, hoy Senado), designado así por estar construido sobre el emplazamiento de un antiguo convento de Benecictinos.—N. del T.

(2) Designase en Portugal con el nombre de estilo *quincentista* aquel estilo pomposo y almidonado que en el siglo XVI se formuló como la aspiración del idioma nacional.—N. del T.

(3) Diogo Bernardes, poeta clásico, cuyo año de nacimiento se ignora y que murió en 1605, autor de colecciones de poesías muy bellas, como *O Lima* (1596), *Flores do Lima* (1596) y *Rimas varias ao bom Jesus* (1594).—N. del T.

sí, sobre sí mismo, es el autor de las *Farpas*... Sus primeras revelaciones habían sido en el *Jornal do Porto*; ya entonces había en sus folletines salidas, *boutades*, repentes, chorros de vena que mostraban un espíritu original más sarcástico que irónico, petulante, amando la lucha. Mas su buena vena natural estaba inutilizada por su pesada prosa vernácula; era como un ágil jugador de *cricket* metido dentro de una armadura del tiempo de Don Sancho II; después no tenía disciplina; vagaba, entretenido con bagatelas, ocupándose ahora en fustigar a una pacata asamblea de Foz, luego a un pobre poeta lírico de la *Rúa das Hortas*. No tenía las armas modernas ni veía al enemigo moderno; su ironía necesitaba un estilo y una filosofía.

Creo que pertenecen a este período las *Historias color de rosa*. Léilas hace diez años y tengo la impresión de un libro arregladito con esmero, de este romanticismo modernizado en que los gritos de pasión plebeya son substituídos por los suspiros de la sensibilidad elegante; algo de ornamentado, satinado, precioso, de *étagère* rica; y terminando por unas páginas admirables, *La Visita de pêsames*, en que ya se entreveía el realista, el caricaturista, con los procedimientos casi científicos del escarnio.

El gran éxito de *La Lanterne*, que había puesto en moda, como sistema, la risa de oposición, dió origen tal vez a las *Farpas*; mas la intención, cábeme decir la pretensión de las *Farpas*, era más amplia, mucho más crítica; un *vaudevillista* heroico, representante de la *gaminerie* en la Revolución, lanzaba la *Linterna* contra un hombre; nosotros queríamos lanzar las *Farpas* contra un mundo. ¡Tales son los ardores, las desmedidas ilusiones de la mocedad!...

Apenas comenzó las *Farpas*, Ramalho Ortigão halló

bien pronto su forma; desembarazóse de la vieja armadura quincientista—y saltó de dentro de ella, rápido, vivo, brillante, sacudiendo su frase como una hoja de florete. Mas antes de atacar (no lo puede negar) tuvo un momento de vacilación muy perdonable, sin duda; ¡veía delante de sí, en las filas enemigas, tantos santos de su antigua devoción!... Es duro, por ejemplo, para un viejo conservador, tener que tirar estocadas al pecho del orador del Parlamentarismo, de voz sonora y presencia agradable; es duro para un antiguo literato, frecuentador de *Amor y Melancolía*, ir a perseguir, con el hierro en el puño, hasta debajo de las sayas de la Academia, a todo un pueblo agachado y trémulo de tropos y de lirismo. En vano voces exaltadas y tentadoras le decían que todo aquel grupo de abusos políticos, literarios y sociales eran antiguos reos, a los cuales el Buen Sentido y el Buen Gusto (para no invocar entidades más altas) habían formado un proceso profundo y habían condenado a muerte; estaban allí contra una pared; podía con la conciencia tranquila tirarles, según su temperamento, balas o cebollas. Ramalho vacilaba; aquellos reos eran sus dioses. Tuvo un gesto de grande y conmovedora honestidad; fué él mismo a revisarles el proceso. Volvió desolado; ¡los Dioses eran de paja!... Cabezas, corazones que juzgaba llenos, daban un sonido hueco. Y su antiguo mundo, que amara y que siempre juzgara fuerte y sano, como el mármol, ¡tenía hendiduras por donde corría la podredumbre!...

No volvió a vacilar; el folletinista *dilettante* acababa; comenzaba el libelista ilustre.

El primer fin de *Las Farpas* fué promover la risa. La risa es la más antigua y aun la más terrible forma de la crítica. Láncese siete veces una carcajada en torno de una institución, y la institución se derriba; es la

Biblia la que nos lo enseña bajo la alegoría, generalmente estimada, de las trompetas de Josué en torno de Jericó. Hay una receta vulgar para producir la risa: tómesese, por ejemplo, un personaje augusto; se le alarga la lengua hasta el ombligo; estíransele las orejas en una extensión asinina; rásgasele la boca hasta la nuca; pónesele un sombrero de picos de papel; se redobla el tambor y se llama al público. ¡Mal método, mi caro amigo! Apenas la multitud ríe su risa y sale—el personaje encoge la lengua, contrae las orejas, frunce la boca, esconde el sombrero de picos y continúa siendo augusto. Las *Farpas* tenían completamente otro procedimiento: era obligar a la multitud a *ver verdadero*. Un gran pintor de París decíame el año pasado: *La multitud ve falso... Ve falso, sí, en Portugal sobre todo*. Por la aceptación pasiva de las opiniones impuestas, por el apagamiento de las facultades críticas, por pereza de examen—el público ve como le dicen que es. Que mañana el *Diario de Noticias*, o bien otro órgano estimado, declare que el Hotel Alliança, en el Chiado, es una maravillosa catedral gótica, que insista sobre esto en las noticias locales y en el folletín;—y dentro de una semana el Público vendrá a hacer en el *largo do Loreto* (1) semicírculos extáticos y verá, positivamente verá, las ojivas, las rosáceas, las torres, las maravillosas esculturas del Hotel Alliança. Uno de los fines del arte realista es obligar a *ser verdadero*. Las *Farpas* tenían esta manera—hacer reír del ídolo, mostrando por debajo el maniquí. Ramalho Ortigão era admirable en estas

(1) *Largo do Loreto* es una pequeña plazoleta que se forma casi al final de la *Rua Garret* antes del *Largo das Duas Igrejas*, remate de la calle y desde la cual arranca la *Rua da Trindade*, en cuya esquina está el Hotel Alliança aún hoy. *N. del T.*

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

demostraciones. Por ejemplo, un orador ilustre hablaba en San Benito; nadie como Ramalho para recoger en una bacia los períodos escurridos, y mostrar al público que aquella elocuencia sublime eran las heces biliosas de viejos compendios ilustrados.

Para hacer esto era preciso cierto valor. Los franceses dicen: es necesario aullar con los lobos. Yo digo: es útil balar con los carneros; gánase la estimación de los anodinos, las cortesías de los sombreros de copa, palmas suaves en el hombro, de la mañana a la noche un chorreo de gloria. Mas ir a sacudir e incomodar el reposo de la vieja tontería humana, trae inconvenientes: vienen las pequeñas calumnias, los pequeños odios, las sonrisas amarillas, la cicuta de Sócrates en las cucharas. Con todo, Ramalho Ortigão fué siempre estimado; creo que nunca en los periódicos, ni en ese gran *Diario de Noticias* hablado que se llama en Portugal conversación, se removió seriamente cicuta para Ramalho. Esto, dicen los escépticos, proviene de que generalmente en un país civilizado y donde el árnica no es barata, se respeta una conciencia límpida que usa una garrota sólida. De ningún modo: proviene de que Ramalho Ortigão no ha puesto acedumbre en su ironía.

Il n'y a pas d'enfer dans le feu de la forge.

Nunca odió. Casi es inútil decir que nunca envidió. No hace privilegios ni tiene resentimientos; cuando yo, su mejor amigo, escribo una página mediocre (lo que me sucede diabólicamente con frecuencia) me lo dice en seguida, furioso; que B. le insulte hoy, aplástale el cráneo; que B. escriba mañana *Los Lusíadas*, bésale las manos.

Este culto de la justicia fué, desde que comenzó *Las*

Farpas, su religión. Y por el principio de que un poeta debe ser tan poético como sus poemas y un moralista tan moral como su enseñanza—aplicábase la justicia a sí mismo con un fervor de místico. Decidido a dirigir las *Farpas* contra todo lo que no fuese recto, en la intimidad hacía a veces *Farpas* terribles contra sí mismo; si sentía un desfallecimiento, o una parcialidad, o un despecho, o una pereza, o una tentación, meditaba y recitaba artículos terribles contra Ramalho Ortigão. Cuando, debajo del crítico, quería reaparecer el dandy, lanzábale dichos tan crueles, tiradas tan centelleantes, que el dandy, envuelto en la tempestad, sumíase, como un diablo de magia, en las capas del subsuelo. “Querido (me enseña muchas veces), cuando se critica a otros, es necesario ser irreprochable.”

No me compete a mí, su colaborador de entonces, hablar de ese primer período de las *Farpas*. A veces releo uno de esos viejos números; y la verdad es que mis artículos parécenme anticuados, fríos como un mosaico, de una gracia senil, completamente deshojados; y en los suyos ¡qué vigor! ¡qué frescura! ¡qué color!... Conservan todo el calor con que fueron escritos; la risa tiene la misma sonoridad cantante. Es que el verdadero espíritu de *Las Farpas* estaba con Ramalho. Yo hallábame en aquella publicación, no completamente como Pilatos en el Credo, porque esta comparación sería irreverente para *Las Farpas*, pero sí como un curioso en una profesión ajena. Yo era un *dilettante* de oposición. Y para Ramalho Ortigão *Las Farpas* eran su obra: iban tomando ya para él la gravedad de una misión.

Habían sido hasta entonces simplemente un instrumento de demolición; una pequeña catapulta, barnizada, de madera negra, con herrajes muy lustrosos;

—ora aplicada contra un ridículo, un abuso, un vicio, un sistema; ora más alto, contra una institución; casualmente, rara vez, contra un individuo, tipo, símbolo de tendencias o de ideas—; rara vez, porque él y yo teníamos horror a los nombres propios; en las pruebas, antes de peinar los períodos, eliminábamos los nombres propios.

Mas Ramalho Ortigão ya en esa época pensaba en dar a *Las Farpas* un giro más amplio. Estaba cansado de reír, decía. *Las Farpas*, según la declaración del editor, tenían dos mil suscriptores; esto representaba de cinco a seis mil lectores; aprovechando tal auditorio (proponía él) ¿no podríamos enseñarle algunos principios?... Quédé aterrado: ¡enseñar! Yo era y soy aún, en filosofía, un *touriste* fácilmente cansado; en ciencia un *dilettante*... ¿Convertir la alegre y pequeña catapulta en una cátedra de profesión?... Me fuí prudentemente para La Habana (1).

Y Ramalho, solo, hizo las nuevas *Farpas*, las buenas, las grandes, las ilustres. Son las que realmente me agradan. Las otras estímolas por los recuerdos que me traen de ese tiempo alegre y mozo; éstas admírolas por su valor moral y literario, ámolas por la gloria que dan a mi amigo.

(1) Alude Eça de Queiroz a su viaje a las Antillas españolas, adonde fué destinado como cónsul por decreto de 16 de marzo de 1872, firmado por el Ministro de Negocios Extranjeros, João d' Andrade. En La Habana tenía su residencia y allí permaneció hasta 29 de noviembre de 1874, en que fué destinado a Newcastle (Inglaterra) con el paréntesis de una larga licencia, que aprovechó en viajar por el Nuevo Mundo (desde 30 de mayo a 15 de noviembre de 1873). Este viaje lo recuerda el propio autor muy de refilón en uno de sus libros: *Emquanto eu errava pela America, pelas Antilhas, pelas republicas do golfo de Mexico*. (*Correspondencia de Fradique Mendes*, cap. IV).—N. del T.

Para enseñar hay que cumplir una formalidad: saber. Y Ramalho hacía tiempo que andaba cumpliéndola con ardor: entraba en la Ciencia con la exaltación de un convertido. Reconoció que el moderno hombre de letras debe poseer en una generalidad suficiente los principios del movimiento científico-contemporáneo:— y como un guerrero que en un arsenal se arma rápidamente para una batalla urgente, comenzó a proveerse de los elementos esenciales de la filosofía, de la economía, de la moral, de la política, de la historia, de las bellas artes, de la ciencia, de la industria. Fué un período de su vida muy grave, de una gran elevación moral, casi religioso. La ciencia dió al pamfletario el deslumbramiento que París había dado al dandy; tornóse su preocupación, su fin, su vicio y, además, su fuerza. ¡Con qué ardor trabajaba!... ¡Como si tuviese delante de sí un monte de dos mil años de ciencia y sólo doce horas para desbrozarlo!...

Naturalmente, su trabajo tenía tal vez aún la irregularidad de la precipitación; iba del socialismo a la astronomía, de la historia a la química, leyendo hoy un estudio sobre el jubileo de Bonifacio VIII, mañana un *compte-rendu* sobre la refinería de azúcar. Henchíase de nociones, de hechos, de puntos de vista, de ideas. Y dáballo todo a *Las Farpas*: ellas eran entonces como una ventana abierta, por donde entraban hacia el país grandes ráfagas de civilización y de educación, irregulares y sin método, como todas las ráfagas; mas bariendo los miasmas y trayendo siempre alguna buena simiente. ¡Qué admirable, por ejemplo, el volumen dedicado a la *Instrucción en Portugal*!... La pedagogía le había atraído constantemente; el espectáculo de una generación atrofiada de espíritu y raquíca de cuerpo desconsolábale; y no ha dejado de pedir una reforma

de la educación que haga los cuerpos sanos y las almas libres.

Algunos amigos nuestros hallaban entonces (y se lo decían) que *Las Farpas* tenían un excesivo aparato científico; y que él, como acontece a los pobres que heredan grandes fortunas, no podía casi sacar el pañuelo del bolsillo sin mostrar hábilmente mazos de billetes de banco. Yo mismo se lo censuré, me figuro; parecíame que esta torciendo la vocación de *Las Farpas*; éstas eran una sátira y no un curso. En la legión asiática del cristianismo—había la legión de los iconoclastas para derribar los ídolos, y detrás la cohorte de los apóstoles para fundar la Ley Nueva. *Las Farpas* eran iconoclastas; venían a dismantelar las estatuas olímpicas; debían dejar a los San Pablos el cuidado de plantar las cruces; pero en el fondo él tenía razón: no esparcía erudición por vanidad, sino por filantropía. Veía al país en una ignorancia crasa, frailesca; y con la liberalidad de un filántropo que considera de los pobres todo el dinero que gana, apresurábase a arrojar profusamente a los destituídos de talento todo su peculio de ideas. Y después tenía otra razón: que los de su generación, que con gran ciencia y autoridad podían enseñar, persistían en un silencio impasible. Realmente, a no ser el silencio de Anthero de Quental, el mayor de todos, la más poderosa organización filosófica y crítica de la Península en este siglo, silencio impuesto hasta ahora por la enfermedad, ¿cómo explicar la mudez marmórea de los demás?... Hace casi doce años apareció, venida en parte de Coimbra, en parte de aquí, en parte de acullá, una extraordinaria generación, educada ya fuera del catolicismo y del romanticismo, o tendiendo a emanciparse de ellos, acogíendose exclusivamente a la Revolución y para la

Revolución. ¿Qué ha hecho esta generación? A no ser Teófilo Braga, constantemente; Oliveira Martins, en los intervalos de las empresas industriales, y Guerra Junqueiro, el gran poeta moderno de la Península, ¿quién trabaja? ¿Dónde están los libros? Esta generación tiene el aspecto de haber *fracasado*.

El tiempo urgía y nadie hablaba. Ramalho se encontró sentado en pequeño púlpito con cuatro o cinco mil oyentes, y juzgó necesario, en lugar de divertirlos, instruirlos; hizolos reír, ahora hacíalos pensar. Es lo que comprendía muy bien, en un artículo sobre la Literatura portuguesa el *American Correspondent* de New-York:

“En medio del marasmo innoble de las letras portuguesas (dice en resumen), una sola individualidad vive: Ramalho Ortigão. En *Las Farpas* hace la sátira de su época; mas también da nociones muy justas sobre las cuestiones más vitales; encárgase del trabajo de demolición y de reconstrucción.”

Las Farpas, en efecto, tal como él las creó moderadamente, son la obra más viva de la literatura portuguesa. Podría parecer cómico que yo tuviese esta opinión de una publicación que en su cubierta azul tiene mi nombre haciendo ángulo con el suyo, al lado de la cabeza del famoso diablo, si no fuese cosa absolutamente notoria en Lisboa y en la provincia que yo hace seis años no escribo en *Las Farpas*; él dejó allí mi nombre, dióle incluso el mejor lugar, en lo alto, por una conmovedora superstición de amistad. Por lo demás, en el extranjero, donde *Las Farpas* son conocidas, también lo saben: leo en el *Diccionario Universal del siglo XIX*, de P. Larousse, en el artículo RAMALHO ORTIGAO (José Duarte): “Esta publicación (*Las Farpas*, que él traduce *Les Flèches*) no deja de tener analogía

con *Les Guêpes*, de Alphonse Karr, pero con una crítica más amplia y más acerada, de ideas muy avanzadas, refiriéndose a todas las cuestiones de Política, de Arte y de Ciencia. Ramalho Ortigão redáctalas solo desde 1872."

En los treinta volúmenes de *Las Farpas* que él ha publicado solo, hay de todo, en efecto: hay ciencia, hay crítica, hay arte, hay paisaje, hay novela.

Ha perseguido sin descanso los vicios portugueses, pequeños y grandes. No los deja, ora fustigándolos con sarcasmos, ora persuadiéndolos con reflexiones. Las vanidades del falso *elegantismo* (*janotismo*), los hábitos disolventes del enamoramiento, la dependencia del protectorado, las educaciones atrofiadoras, el sentimentalismo mórbido, el abandono de los interiores domésticos, la religión por *chic*, la porquería inveterada, etc., etc., etc., todo lo ha procurado destruir por la ironía y por el argumento, por la burla y por la lógica. El lisbonense debe estarle agradecido. Ramalho se ha ocupado paternalmente de él; mientras la mayoría de la Prensa, con un desprecio superior por la felicidad moral y material del lisbonense, apenas registra sus fechas biográficas—nacimiento, viajes, años y óbito—; Ramalho ha procurado reformar sus costumbres, enseñándole a educar sus hijos, a escoger una esposa, a arreglar las comodidades de la casa, a trabajar, a formar el espíritu; ha procurado por todos modos desviarlo de la gandulería, de la frecuentación de la poesía lírica, del abuso de la comadrería, de las fortunas arruinadas en sombreros nuevos y fracs de seda; ha reclamado para él con impaciencia, casi con cólera, las calles limpias, el agua abundante, la canalización purificada, la arborización; le ha querido evitar los ridículos—las corridas de caballos con un solo caballo,

las tragedias en que el único verbo es el verbo *haber*, la fundación de *restaurants* en que una perdiz dura una generación, las exposiciones de pintura compuestas, invariable y exclusivamente, de un carnero y de una Venus, etc., etc. Lisboa débele una estatua.

En política se ha dicho que Ramalho Ortigão es republicano. Nada menos exacto. Ramalho teme, creo yo, la República tal cual es tramada en los clubs de aficionados de Lisboa y Porto. La República, en verdad, hecha primero por los partidos constitucionales disidentes, y rehecha después por los partidos jacobinos que, habiendo vivido fuera del Poder y de su maquinismo, la toman como carrera, sería en Portugal un torbellino sangriento (1).

(Pido disculpa a la Nobleza y al Pueblo si estoy diciendo barbaridades; soy un simple artista; mi crítica política es mediocre. Constitucionales, socialistas, miguelistas y jacobinos son, por lo demás, para mí, como novelista, productos sociales, buenos para el arte, cuando son típicos, todos igualmente explicables, todos igualmente interesantes. El deber del artista es estudiarlos, como el botánico estudia las plantas, sin importarle que sea batata o belladona, que envenene o nutra.)

Lo que Ramalho más ha odiado e inyectado en la política es la retórica; es lo que le exaspera en el Constitucionalismo; y la prodigiosa caricatura que ha hecho de la retórica parlamentaria, de la retórica ministerial, de la retórica regia, de la retórica burocrática, es lo

(1) En sus últimos tiempos, Ramalho ya era francamente monárquico y gran amigo del Rey D. Carlos—como Eça mismo—, de manos del cual aceptó el puesto de bibliotecario del Palacio Real de Ajuda. Véanse sus *Últimas Farças* (1915).—*N. del T.*

que le ha dado la reputación republicana. No pienso, sin embargo, que él fuese hostil al sistema, si el sistema no tuviese un tan desordenado flujo labial. Si el sistema trabajase prácticamente, en lugar de perorar con furor, estoy convencido de que Ramalho no lo importunaría; él supone, creo yo, que lo que hay más urgente, ciertas reformas pedagógicas, sociales, económicas, podrían bien realizarse dentro del sistema, si los tropos no hubiesen ocupado todo el lugar de las ideas. Y contra este abuso del tropo, Ramalho ha dirigido, bien inútilmente, una campaña viva, astuta, valiente, pertinaz. La retórica es como su hija querida, la hidra de Lerna: por cada vieja cabeza cortada, nace una cabeza nueva.

He visto imágenes, lirismos, figuras que tienen una vitalidad que desconcierta y aterra la imaginación del hombre sencillo. Esta frase, por ejemplo: *Nuestro programa es orden y moralidad*—ha resistido a todo lo que Ramalho le ha aplicado: a la injuria, a la mofa, al veneno de la maldición, al apóstrofe, a la súplica, al puñetazo, al nitrato de plata:—¡a todo!... ¿De qué substancia está hecha?

Si Ramalho ha guerreado contra la retórica conservadora, no ha ahorrado (1) a la retórica democrática, que no es en Portugal menos nociva; es su vaga fraseología democrática la que mantiene a tanto mozo estimable en un humanitarismo nebuloso y sentimental; en que aspiran a ver toda la Europa libre, sin pauperismo, sin guerra, sin prostitución, sentándose en

(1) Lo traduzco así a riesgo de correr las censuras de los vernaculistas de Portugal, como de los casticistas de aquí. Soy fiel a Eça, aunque sé que él comete un galicismo empleando el participio del verbo *poupar*, equivalente al *épargner* francés.—*N. del T.*

banquetes fraternales, presididos por los genios, en una concordia universal, bajo la protección de Jesús, no del Jesús católico, sino del Jesús revolucionario, demócrata, que sonríe de lo alto de los cielos, mientras las espigas del trigo nacen por sí solas, en campiñas arcádicas, al son de los coros de la libertad.

¿No es en este estilo en el que escriben nuestros periodistas demócratas, nuestros obreros? Y es aún la influencia remota de este lirismo democrático la que hace decir a los conservadores de cincuenta años, con la sonrisa melancólica de quien habla de amores difuntos: —¡La República es una hermosa quimera!...

Mas la gloria de Ramalho son su estilo y sus concepciones satíricas. Es, sin duda alguna, el estilista más poderoso de Portugal; tiene un lenguaje vivo, colorido, bien acuñado, de una gran elasticidad y de una gran solidez, hiriendo admirablemente, adhiriéndose a la idea como una tela, al mismo tiempo práctica y resplandeciente. Es un gran paisajista, por ejemplo. Dícese generalmente que Julio Diniz es nuestro paisajista. Julio Diniz, en efecto, hace sentir admirablemente la impresión genérica del paisaje; siéntese bien la grandeza noble de la montaña cuando nos lleva allá; siéntese bien el plebeyismo humilde del campo de habas cuando nos lo hace atravesar.

Mas Ramalho nos da *el realismo* del paisaje. El otro es un Fromentin, menos el color. Este es un Corot, con más relieve. Su descripción de la Galería del señor Vizconde Daupias es, en pura literatura, una página insuperable. Teófilo Gautier, el maestro, no tiene nada superior. Ciertos pequeños paisajes de *Las Farpas* son prodigiosos; es la naturaleza sorprendida en flagrante con el tono, el verde, el luminoso, el esfumado o el saliente, el fresco o el tórrido; en su pluma hay un

pincel. La misma maravillosa ejecución resplandece en la reproducción o en la creación de tipos, de figuras, sobre todo de los que tienen un relieve cómico; con un trazo sobrio, intenso, incisivo, pone al personaje en vida, con un relieve indeleble. Sería un novelista extraordinario si fuese psicólogo como es dibujante y si tuviese el instinto cierto del momento dramático, como tiene la visión exacta de la actitud característica. Necesita experimentar. Una obra admirable, que él podría hacer, sería una amplia caricatura de la época, a lo *Pickwick*, dando sólo las superficies de la vida, las grandes líneas, poniendo en relieve, con una factura amplia de contornos fuertes, lo cómico contemporáneo. Mas, como él dice, habituóse a hacer *Farpas*, sólo pretende hacer *Farpas*.

¿Hablaré de su ingenio? Es su gloria indiscutida. El negó un día en *Las Farpas* que lo tuviese; llamó al ingenio (1) una lesión cerebral que hace ver los objetos, criticarlos, fuera de las correlaciones generales, de un modo imprevisto, disforme y cómico. Declaróse de simple buen sentido burgués; juró que era como todo el mundo. ¡Vanidad, gran vanidad!... Es como él solo. Y al fin, el ingenio, la *verve*, es lo que dará a *Las Farpas* la inmortalidad a que ellas puedan aspirar; no es su filosofía, ni su exégesis, ni su estética, ni su ética, las que le llevarán a la gloria; es su ingenio, su inmensa vena cómica.

El ingenio no es una lesión cerebral que hace *ver cómico*; es una disposición cerebral que hace *descubrir lo cómico*, que lo hace descubrir a través de las exterioridades convencionales y las formas consagradas;

(1) *Espirito*, dice Queiroz con evidente galicismo, caléndolo del *esprit* francés. Yo preferí castellanizarlo más.—*N. del T.*

hallar lo cómico en una mala institución o en una mala costumbre (malas por su amplia existencia o malas por perpetuarse más allá del momento histórico que las justifican), es ponerlas en contradicción con el buen sentido y con el buen gusto y anularlas. Un acto de ingenio puede ser así un acto de gran justicia social. La palabra *ingenio*, últimamente, ha sido empuqueñecida; hácenlo significar las salidas picantes de la conversación graciosa, el *bon mot*, el *lazzi*, el chiste... Mas él es una más alta entidad; es la crítica por la risa; es el raciocinio por la ironía. ¿Quiénes son los grandes precursores de la Revolución en la literatura? Los grandes sarcásticos: Rabelais, Cervantes, Lesage, Voltaire. De *Gargantúa* a *Las Bodas de Figaro*, ¿por quién está guiada la campaña social y revolucionaria? ¿Quién desprende la idea puramente racional de los mitos retóricos del paganismo y de los misterios confusos del cristianismo? ¿Quién viene dirigiendo la civilización hacia la justicia? Los que ríen: *Pantagruel*, *Don Quijote*, *Gil Blas*, *Candide*. ¿Por qué es Boileau ilustre? ¿Por los lirismos insoportables de sus obras? ¡Quia! Por la ironía gala de su *Lutrin*.

La risa es la más útil forma de la crítica, porque es la más accesible a la multitud. La risa dirígese, no al letrado y al filósofo, sino a la masa, al inmenso público anónimo. Por eso es por lo que hoy es tan inútil como irreverente reírse de las ideas del pasado: la multitud no se ocupa de ideas; ocúpase de las fórmulas visibles, convencionales, de las ideas. Por ejemplo: el pueblo en Portugal, en las provincias, no es católico; es clerical (1). ¿Qué sabe él de la moral del cristianis-

(1) *Padrista* dice Queiroz con frase de intraducible vigor; tendríamos que decir *curista* para reproducir esa frase y sonaría mal.—N. del T.

mo? ¿De la teología? ¿Del ultramontanismo? Sabe del santo de barro que tiene en casa y del cura que está en la iglesia. Y *Las Farpas* muestran un alto buen sentido, argumentando sobre las ideas para los letrados y riéndose de las fórmulas para el público; y esta parte es seguramente la más brillante, aunque Ramalho guste más de la otra.

Su *ingenio* ha hecho grandes servicios; es su procedimiento, su instrumento, su fuerza. Es la misma médula de *Las Farpas*; si un día se lo quitase, como nos amenaza a veces, ellas perderían la viabilidad, la vitalidad, el movimiento, el arranque, y morirían de dolencia de la médula sobre almohadas de prosa.

Hablé del arranque de *Las Farpas*; es una de las bellas cualidades de su valor; tienen un ímpetu, un brío, un entusiasmo como todas las proezas de la fuerza racional y disciplinada. Hay artículos que tienen un paso de marcha, un impulso de vigor alegre hacia adelante, un soplo de conquista—que el espíritu les va siguiendo el compás; electrizado, como un rapaz al lado de una banda militar. Son la expresión de la naturaleza de Ramalho, impulsiva, luchadora, *mouvementée*.

Ramalho Ortigão casi me parece comparable a un artista del Renacimiento italiano. ¿Paréceles que no? Tiene un cierto parecido con aquellos pintores que tomaban en la historia los nombres de su patria: *el Veronés, el Calabrés, el Bolonio*; hombres de acción y de arte, pintando con fogosidad, batiéndose con valor, apasionados de los lujos, de las galas, de las aventuras, adorando el color, rebeldes contra las instituciones. Naturalmente en una ciudad constitucional, llena de faroles de gas y de policía, no se puede vivir la vida artística del Renacimiento, no hay duelos a la luz de la luna en una esquina del Palacio ducal, ni se sus-

penden éscalas de seda de los balcones de las Blancas y de las Fiorellas; no. Ramalho es un artista del Renacimiento dentro de la Carta Constitucional; esto es, la vitalidad brillante recogióse de sus actos a su espíritu: por dentro es un artista del Renacimiento; por fuera es un súbdito de Su Majestad.

Tiene, en primer lugar, el culto de la fuerza física y de la plástica humana; ama a los valientes, y a pesar de negarlo, siente preferencias secretas por los héroes; gusta de todos los juegos de destreza y esto es lo que le inspira aquella admiración devota por la fuerza física de los ingleses; tiene el amor del lujo artístico, del *bric-à brac*; y se ve bien por el placer, por la *gourmandise* con que describe, siempre que puede, pompas o arquitecturas, muebles o joyas; adora el color—en pintura, Fortuny y su escuela; en música, Meyerbeer y los fuertes maestros de la instrumentación; y su prosa escurre el color, con los tonos crudos, más fuertes que los que tienen sonoridad y refracción; gusta de toda explosión de fuerza y adora a Balzac por la exuberancia monstruosa de su genio indisciplinado; si ama la lucha, el combate, *la fronda*, el asalto—*Las Farpas* lo demuestran; y en fin (gran rasgo de semejanza), tiene el genio decorativo y sería feliz si pudiese organizar galas y entradas triunfales.

Su programa de una gran *revista rural*, con ocasión de la visita del Príncipe de Gales (*Carta a John Bull*), es prodigioso y haría honor a un artista florentino, organizador de fiestas históricas. Es una página soberbia y sería el más bello espectáculo que podía dar un pueblo agrícola. Primero pone “al Norte del gran campo doscientos carros de trabajo formados en fila, llenos de mujeres y de mozos de campo, empujados por los grandes bueyes de yugos ornados de cabezales bermejos,

con los largos cencerros..." Después hace desfilar con pompa las grandes labranzas de Ribatejo y de Golegá "con los labradores al frente, vestidos a la portuguesa, de chaqueta y cinturón, montando los caballos de Alter y de Castello Melhor, enjaezados a lo Marialva, con el arnés de piel de cabra, la silla semi-árabe, los estribos de madera..." ; en seguida vienen los arados, las rejas, las carretas, empujadas por cuatro o seis yuntas de bueyes; después la larga y pintoresca procesión de animales, con los guardianes; en seguida, los instrumentos de labranza; detrás, los frutos "desde las pirámides altas de naranjas" hasta "los haces de trigo, de centeno y de cebada"; y en fin, en un trofeo especial, "el odre, el simpático odre, el mejor símbolo de la abundancia y de la riqueza de nuestras tierras; ¡las tierras del aceite y las tierras del vino!..." Es un programa de genio; vale tanto como los mejores festejos de gala de los Médicis; y el hombre que lo concibió es un gran portugués y un gran artista. Por este detalle es por lo que me parece un pintor del Renacimiento, a pesar de ser un ciudadano lisbonense; los hombres aseméjase por lo que piensan, no por lo que hacen.

La figura de Ramalho (una vez que se trata de su retrato) tiene en medio de la figura anémica y maltrecha de sus contemporáneos, el mismo resalte vivo que tiene su espíritu entre los espíritus neutros y apagados. Tiene la salud, la firmeza, la fuerza, la línea desembarazada y suelta, la marcha firme, el movimiento ágil. Cuando llego a Portugal, después de un año de Inglaterra—a más de tanta, tanta, tanta cosa que extraño—hay una cosa que me deslumbra y otra que me desconsuela: deslúmbranme las fachadas blanqueadas, y desconsuélame la población anémica. ¡Qué figuras!

El andar desquiciado, el mirar mórbido y acarnerado, colores de piel de gallina, un derrengamiento de riñones, el aspecto de humores linfáticos, la paseata triste de una raza caquética en corredores de hospital; y después un aire de vagabundeo, de "allá voy, sí señor", de estolidez, mirando en derredor con fatiga, el cráneo exhausto y las uñas largas para quebrar la ceniza del cigarro, *a lo elegante*.

¡Triste, triste! Dame mucha melancolía—y mi consuelo es ver dos o tres sólidas figuras; sobre todo, Rmalho Ortigão. Este sí, es el verdadero tipo del hombre moderno, resistente a la fatiga, alegre en el trabajo, pudiendo caminar quince leguas, trabajar doce horas, defenderse si le atacasen, sin miedo a la lluvia ni al infierno, creyendo en sí mismo y queriendo por sí mismo. *A first-rate man! A capital man!*

Es una de las más bellas organizaciones que yo conozco; tiene la fuerza, tiene la bondad, tiene la alegría. Tiene una alegría serena, luminosa, lo que los ingleses llaman *a cheer full mind*. Nunca le oí soltar una carcajada; a veces da una buena y sana risotada, y raras veces le veo sin una sonrisa. Educado fuera del romanticismo, o antes del romanticismo, no tiene el vicio sentimental de la *rêverie*, de la tristeza mórbida, de la desesperación melancólica; es un sano—en la sangre y en el alma. Tiene dos adorables formas de bondad; aquella *milk of human Rindness* de que habla el poeta, y que era un sentimiento tan característico de Dickens: el amor de los pequeños, de los sencillos, de los flacos, de los oprimidos, — y esa otra forma, que es la sensibilidad viva; una bella obra, una buena acción, un heroísmo, una abnegación traen luego a sus ojos el brillo húmedo de la admiración enternecida.

Es un hombre sencillo en el fondo; no tiene ambi-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

ciones, excepto la de saber; no tiene temores, excepto el de errar.

Es una de las personalidades eminentes del Portugal contemporáneo. Escribiendo su idioma es un maestro incomparable; satirizando a su época, es un artista completo; viviendo su vida, es un hombre de bien.

Acabo de releer estas páginas. ¿Para qué me pidió usted a mí, pobre artista, la biografía intelectual de un hombre ilustre? Ahí tiene el resultado; en lugar de una metódica coordinación de ideas críticas, una narración de impresiones. Que mi disculpa sea que le escribo esta carta en un sábado. Si usted vivió ya en Inglaterra, en la provincia, en una ciudad industrial típica, sabe lo que es el sábado: una inmensa multitud brutal, ruda, tumultuosa, llena estas amplias calles crudamente alumbradas por los faroles fulgurantes del gas, de los escaparates de las tiendas; los bars, los palacios del alcohol, flamean; los *cabs* ruedan entre las estaciones con una bulla estridente; borrachos tambaléanse y boxean; un predicador de la calle, sacudido por un ataque religioso, aúlla en una esquina versículos de la Biblia; de los salones de música salen gañidos de flautines, y el estruendo de tacones claveteados batiendo una polka animal; una prostitución insolente impónese, reclama salario; pilletes desmelenados, agitando los periódicos, gritan con furor *las traiciones de Rusia*; dos enormes policías arrastran a una vieja borracha que blasfema; pelotones de mineros, de pipa en la boca, seguidos de galgos, hablan el áspero dialecto de Northumberland; parejas amorosas pasan enlazadas, besuqueándose sin pudor; los silbidos de los trenes cortan el aire denso; una niebla húmeda, amarillenta, fétida, hiela e impele al alcohol; y por las plazas, por

E Ç A D E Q U E I R O Z

las encrucijadas, en los pianos de los restaurantes, patriotas exaltados de bebidas cantan la nueva canción guerrera: *We don't want to fight, but by Jingo if we do...* afirmando aún en un berrido que: "Los rusos no irán, no, a Constantinopla..."

En un día como éste un portugués sólo puede aspirar a una aldea del Minho o a la paz de un convento; y es disculpable que, habiendo de hacer la biografía de un escritor su amigo, no pueda, completamente embrutecido, producir las reflexiones sabias que inspira una obra ilustre, y se deje ir a recordar solamente las impresiones luminosas que le dejó una convivencia querida.

Soy, con toda consideración, de usted devoto colega,

EÇA DE QUEIROZ.

Newcastle, 25 de febrero de 1878.

III

BRASIL Y PORTUGAL

Bristol, 14 de diciembre de 1880.

Mi querido Pinheiro Chagas: Recibí el número del *Atlántico* conteniendo su excelente artículo *Brasil y Portugal* (I). Como hoy es domingo y llueve y no puedo ir a pasear bajo los bellos árboles de Severn, conversaré con usted un momento, aquí al rincón de mi lumbre.

Evidentemente, sin embargo, el hombre que le escribe no es aquel que usted hace meses abrazaba entero e intacto en la esquina sagrada de la *Casa Havaneza*; a ese lo desmoronó usted, lo derribó con las tres pesadas columnas del *Atlántico*, blandidas con ambas manos en un esfuerzo entumecido de Sansón. No conozco, realmente, en la historia o en la leyenda, ejemplo de

(1) Estos dos artículos (o más propiamente, cartas de disputa y batalla intelectual) que siguen, combinados en uno, son fuertes palestras de polémica contra Pinheiro Chagas—*sempre este homem fatal*, como él decía—, que fué historiador, orador, periodista, novelista a ratos, secretario de la Academia. Estas dos cartas son de lo más bello que ha producido la pluma de Eça de Queiroz, y muestran sus condiciones de polemista.—N. del T.

una ferocidad igual, a no ser tal vez la de aquel centurión muy barbudo que, en las litografías del Martirio de San Esteban, está lanzando con los dientes crujientes un peñasco horrible sobre el cráneo aureolado del desventurado confesor...

Así usted me aplasta bajo pedruscos desproporcionados: son la crítica histórica, la teoría científica del medio ambiente, el Reverendo Bernardo de Brito, Darwin, la revuelta del Marañón, el general Madeira, la Casa Havaneza (1) y su tabaco, las Molucas (pero ¿todas las Molucas, Pinheiro Chagas?), Lord Welesley, rajás de la India uno a uno, la Holanda y sus colonias, Cochim y Cananor, el cadáver de Lord Mayo, la *emisión* de Newton, señales algebraicas, operaciones cabalísticas, la regla de tres, los climas, las razas que son iguales a N., Pernambuco y el Universo...

¡Y todo esto arrojado sobre mi miserable esqueleto, con arte, con elocuencia, con lujos de actitud, con las elegancias sabias de bello atleta!...

Porque la hediondez de su ferocidad no excluye, mi querido Pinheiro Chagas, la excelencia de su talento. Pero sinceramente fué usted excesivo. Desde que recibí su *Brasil y Portugal*, de sopetón, he estado ocupado en apañar laboriosamente aquí y allá, por el suelo, los pedazos de mí mismo. Tan violentamente me despedazó usted, sin embargo, que no consigo reconstruirme; no sé, por ejemplo, dónde anda mi pierna derecha; fáltame todo un pedazo de hígado; y sólo con dos dedos y medio estoy trazando estas líneas...

Toda esa indignación, mi querido Chagas, fué pro-

(1) Ya he dicho otra vez que la Casa Havaneza es la tabaquería más elegante de Lisboa, centro de reunión de la gente "bien", en pleno Chiado.—N. del T.

vocada, a lo que parece (pues el caso es obscuro), porque yo, según usted proclama, "he injuriado y zaherido a mi patria".

¿De qué modo pérfido y villano? Con dos frases que intercalé de comentario a un artículo de *The Times* sobre el Brasil, traducido en mi correspondencia para la *Gazeta de Noticias*, de Río de Janeiro (1). Esas dos frases eran solamente dos afirmaciones históricas: la primera, que "a fines del pasado siglo y comienzos de éste, Portugal se había tornado como una colonia del Brasil"; la segunda, que "nuestro Imperio del Oriente fué un monumento de ignominia..." ; De donde usted dedujo que yo insulté a mi patria!...

De donde yo deduzco, mi querido Chagas, que usted, a pesar de habitar la Lisboa contemporánea de 1880, es realmente un viejo personaje del siglo XVIII, con más de ciento cuarenta y cinco años de edad, pintado por fuera de un colorido natural de vida moderna, pero reseco y polvoriento por dentro, que, habiéndose substraido milagrosamente a los años y a las revoluciones, anda ahora entre nosotros representando los modos de hablar y de pensar que caracterizaron la sociedad portuguesa del tiempo de la Señora Doña María I.

Usted se acuerda aún de que en esas épocas, *criticar* era sinónimo de *injuriar*; en literatura sólo se admitía la Epístola Laudatoria, y como comentario a las cosas públicas, sólo se toleraba la Cantata. Cuando

(1) Este artículo a que alude Eça y en que intercaló esas frases, fué recopilado en *Cartas de Inglaterra*, y puede verse en este libro traducido por mí y publicado en esta misma Biblioteca Nueva. (Vid. *Cartas de Inglaterra*, pág. 252 a 265.) N. del T.

su contemporáneo y amigo el Padre Macedo (1), encontraba malo un verso de Bocage; éste, como usted seguramente se acuerda de habérselo oído en el café de Nicolás, declaraba al Padre Macedo *un borracho*. Y noto que me refiero a los dos grandes hombres de la época: porque en las camadas subalternas de la plebe del Parnaso, el poetastro atacado en su estro iba a hacer una denuncia a la Intendencia de Policía.

La crítica histórica no corría tales peligros. No existía entonces entre nosotros. Pero, si en los bellos tiempos del señor intendente Pina Manique, hubiese aparecido un historiador como el señor Alejandro Herculano, o el señor Oliveira Martins, usted (que tantas veces paliqueó con el gran intendente por los patios de los conventos y que conocía bien su energía y su fibra) sabe perfectamente que hubieran ido a pudrirse en una mazmorra el señor Martins (2) o el señor

(1) El padre José Agostinho de Macedo fué censor literario durante varios años, desde 1824 a 1829, y fundó la *Nueva Arcadia*, en contraposición a la antigua *Arcadia Lusitana*. Se hizo famoso por sus acerbos crítica de Camões y sus inectivas contra los autores de la época en su *Motim Literario*, que era una especie de revista a estilo de las que más tarde habían de fundar aquí, en España, el crítico *Clarín*, con sus *Folleto Literarios*, o la señora Pardo Bazán, con su *Nuevo Teatro Crítico*. En ella, el padre Macedo destilaba su corrosivo veneno contra los autores de la época, y su enemiga contra Camões le hizo concebir la absurda pretensión de competir con él en su poema *Oriente*. En cuanto a Manuel María Barbosa du Bocage, el mordaz poeta, que es el Quevedo portugués, y tan popular allí como aquí el nuestro, ¿quién no conoce, por lo menos, el nombre y las principales poesías picarescas y satíricas?—*N. del T.*

(2) Joaquín Pedro Oliveira Martins fué el gran historiador,

Herculano (1). ¿Y por qué? Precisamente por “haber zaherido al país e insultado a la patria”. Por eso usted, antiguo amigo de Manique y su colega de novena, me acusa ante la opinión, exactamente con las mismas palabras y precisamente por los mismos motivos con que habría sido formulada en 1801 contra un historiador una querrela de la Intendencia de Policía... ¡Ah, mi querido Pinheiro Chagas; con su ingenio y con su *verve*, qué interesante debe de ser, en una noche de invierno, oírle contar los casos de esa época, de la Lisboa del siglo XVIII, en que usted floreció: los celestiales encantos del locutorio, las comedias del Patio de las Arcas (2), los gorjeos de la Caffarelli, las meriendas, las procesiones y los días gloriosos en que usted, entre azafatas y frailes, de pareja con la negrita anamita Doña Rosa y el señor Arzobispo de Tesalónica, acompañaba a la corte que iba a cazar a Salvaterra!...

Mire, eso que usted publicó en el *Atlántico* lo había dicho ya, la víspera por la noche. ¿Sabe dónde? En un sarao, en casa del señor Marqués de Marialva; en aquel sarao del tiempo de la señora doña María I,

etnógrafo y político, contemporáneo e íntimo amigo de Eça de Queiroz y de Guerra Junqueiro, autor de *A civilização ibérica, Portugal contemporâneo, Os filhos de Don João I, O Príncipe perfeito, Systema dos mithos religiosos, etc.*—Nota del Traductor.

(1) Alejandro Herculano de Carvalho (1810-1877) fué el Walter-Scott portugués, el gran novelista histórico e historiador, autor de obras que ya han sido traducidas al español, y muy leídas, como *El monje del Cister, Eurico el Presbítero, Leyendas y narraciones, Arras por fuero de España.*—Nota del traductor.

(2) Uno de los teatros más típicos de Lisboa, algo como aquí nuestro Corral de la Pacheca.—N. del T.

que tan admirablemente describe el señor Oliveira Martins en su espléndido monumento *Historia de Portugal*. ¡Si yo sé hasta con quién entró usted! Fué con el señor Conde de Vila-Nova; habían venido ambos de acompañar al Viático con sus hopas rojas.

Apenas estuvieron en el salón, usted, mi querido Chagas, con el zapato de hebilla en paso de minué, fué a saludar a una de las muchachas, *sécia* (1) galante de la época, y le comparó los ojos negros a dos *flechas de Cupido*. Esto fué juzgado en derredor lindamente delicado. Pero no pudo usted proseguir, porque ya Policarpo, el contralto castrado de la Capilla Real, estaba cantando junto al clavicordio...

Después, la señora Marquesa, golpeando con el abanico en la mesa de marfil a su lado, exclamó en medio del silencio:

—¡Allá va un mote!... (2)

¡Y en seguida, nuestro Chagas se puso a glosar! ¡Y con qué ternura, con qué languidez le recompensaron de los refinamientos floridos de su estro los dos bellos ojos negros, *las dos flechas de Cupido*!...

Comenzó entonces la partida de tresillo del señor Marqués. Usted no fué admitido a la partida del hidalgo, sino que jugó sólo un *chaquete* (3), subalterno con un Monseñor de la Patriarcal. Y por la sala, entre tanto, iban susurrando las conversaciones.

(1) *Sécias* es el nombre que se dió en Portugal a las damitas de Palacio, a las *mirlifloras* o coquetuelas que prendían a los palatinos en sus lazos.—*N. del T.*

(2) Estribillo que era como el pie forzado sobre el cual habian de glosar los poetas improvisadores.—*N. del T.*

(3) El chaquete era un juego hoy ya no usado y parecido al de las damas; se jugaba también sobre un tablero. En portugués llamóse *gamão* y en latín *latruncolorum ludus*. Es también el *trictrac* francés.—*N. del T.*

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Discutiase el proceso de una linda mujer del barrio de Alfama, que comía criaturas en ensalada; un magistrado aconsejó, para curar cuartanas, perlas que hubiese usado la Reina, molidas en polvo; hablóse de la escandalosa aparición de Belcebú en el convento del Sacramento de Alcántara; y una dama contó del juicio que diera una dentellada en la pierna al señor de los Pasos de Gracia...

Esto estremeció de horror. Y entonces fué cuando usted, Pinheiro Chagas, dijo, después de tomar un sorbito de rapé con deleite:

—Pero ¡hay algo peor! ¡Hay algo peor!...

Y usted, pausado y grave, narró mi nefando caso; un jacobino, un traidor comprado por el oro del Brasil, había escrito que Portugal fué una colonia brasileña y que hubiera horrores en nuestra dominación de India!...

Hízose en la sala un silencio trágico. Las *sécias*, despavoridas, se agazaparon junto a los monseñores. De conmovido que estaba, el heredero ilustre de la casa de Angeja perdió la baza... Y los fulgores de las antorchas parecieron más tristes.

El señor Prior de San Julián, aguzando sus ojos de lechuza, exclamó tembloroso:

—Y el monstruo, ¿aún no está en el Santo Oficio?

—Lo tengo sobre ojo, reverendo—dijo usted, severo...— Y he de hablar a Manique.

Cuchicheó entonces por el sarao un suspiro de alivio. ¡La sociedad estaba salvada! Chagas velaba por ella... Ya, abajo, tintineaban los cascabeles de las literas. Fueron saliendo todos... Y usted fué quien, llegando al señor Arzobispo de Tesalónica, y queriendo resumir en una palabra todo el mundo de verdades y de ideas que se había agitado en ese sarao, el esplendor in-

telectual que allí brillaba, y al cual usted había contribuído, dijo respetuosamente al prelado:

—Portugal es pequeñín, pero es un terroncito de azúcar (1).

Y Su Eminencia replicó, después de eructar:

—Tiene usted razón, brigadier Chagas.

¡Brigadier, sí! ¡Brigadier del tiempo de la señora doña María I! ¡El último brigadier patriota!

¿Se acuerda usted del tipo? Eran aparatosos y formidables; habían estado en el Rosellón; en las fiestas de familia—boda o cumpleaños—eran ellos quienes se levantaban de sobremesa y, con una lágrima en el bigote, golpeándose sobre el corazón, hablaban del *viejo Portugal!* Alardeaban de opiniones, y no comprendían que el Estado hiciese otra cosa sino airear los laureles de Arzila, ni que el pensamiento pasase más allá de las maravillas de la *Nueva Castro* (2). Decrépitos, mandando tres veteranos en un fuerte, aun todas las mañanas, después de beber su ginebra, golpeaban furiosamente con el bastón en las losas y querían tragarse al mundo. ¡Excelentes almas! Dejaban siempre dinero a una sobrina y sabían echar fondillos en los calzones. Odian al librepensador; atribuíanle todos los males de la patria; ¡para ellos, hacer crítica histórica del pasado

(1) La frase tiene más fuerza con los diminutivos lusitanos tan suaves, que reproduzco: *Portugal é pequenino; mas é um torraõzinho de açúcar*. La frase está recogida por Oliveira Martins en su *Portugal contemporáneo*, y fué pronunciada por un corregidor de Vizeu.—N. del T.

(2) *A Nova Castro* es una refundición o imitación de la *Castro* primitiva del clásico Antonio Ferreira (1527-1569), tragedia en que se canta el dolor de doña Inés de Castro. *A Nova Castro* fué escrita por un dramaturgo de segundo orden, hoy innominado, João Baptista Gomes, al final del siglo XVIII.—N. del T.

era ofender las glorias de la nación!... Usted es el último de esta noble raza.

Bien sé, bien sé lo que mi querido Chagas me va a decir: "¿Y mis libros, mis trabajos, mis opiniones liberales, mi democracia?..."

¡Oh, mi querido Chagas; sus libros nadie los admira más que yo! Y huélgome de decirlo aquí. Le veo hace más de diez años en la brecha, luchando, forjando violentamente la novela, el drama, el verso, la crítica, la historia; y me llena de respeto una vida moza, agitada así por una tan vasta labor intelectual. Tal vez yo encuentre, con mis "detestables teorías", como usted dice, que en esa producción rica y exuberante, la parte artística (que no es la menos valiosa) esté un poco concebida fuera de la realidad y de la experiencia social. Mas eso es un detalle. La verdad es que toda su obra está atravesada por un fuerte y armonioso soplo de elocuencia, y que la vena que allí corre es amplia, límpida y bella. Su verbosidad humeante, su imaginación delicada e ingeniosa, le dieron ya un grande y noble puesto en la historia literaria de Portugal; y su saber, su palabra de orador que enardece y excita, destinanle a ocupar en breve un sitio mayor aún en su historia política. Pero esto, mi querido amigo, no impide que usted, como patriota, sea un brigadier.

Y lo curioso es que usted se convirtió en brigadier (nadie nace tal), con las intenciones más bellas y más generosas. Como todo espíritu activo y ambicioso, cuando usted comenzó su carrera deseó distinguirse y destacarse de la generación contemporánea suya por una originalidad vigorosa. Esto es nobilísimo; nada más miserable que salir de la escuela e ir en seguida a ocupar un puesto servil en la fila balante de los carneros de Panurgo. Por eso, usted, para orientarse, miró

en derredor. ¿Y qué vió? Un espectáculo triste: una mocedad desengañada y escéptica, desconfiada de sí misma y del país, ignorando la tradición y escarneciendo las instituciones, quejándose de la falta de todo y no tratando de proveerse de cosa alguna, odiando el suelo en que naciera, la lengua que hablaba, la educación que había recibido, agazapada dentro de ese odio estéril, como un mochuelo dentro de su agujero, y, en realidad, tan ajena a la patria y al genio de la raza como si hubiese sido importada de Francia, en cajones, por el vapor-correo de El Havre!... Esto era suficiente para indignar a un corazón elevado como el suyo. Pero, a más de eso, usted comprendió que, en medio de tal generación, de tal mocedad, de tal literatura, la originalidad suprema, el gran relieve, estaría en esto: *ser patriota*. Desde ese momento, usted poseía su especialidad, su nota individual, su campo propio para cultivar: *el patriotismo*. ¡Y con qué solicitud, mi querido Chagas, se apoderó usted de esa mina de oro!... ¿Y cómo no? ¡El patriotismo sería, de ahí en adelante, para usted, no sólo una doctrina, sino *un asunto*!... ¡Asunto para drama, para oda, para folletín, para discurso, para grito, para sollozo!... En fin, el patriotismo era su espléndida carrera... Carrera original, y para la cual usted se preparó con una sinceridad, una labor, una abnegación que le honran.

Otro cualquiera se hubiera contentado con hojear un libro de Historia para coger aquí y allí fechas o nombres de batallas. Usted, no. Usted se encerró dentro de la Historia, como Carlomagno, revolviendo el polvo de los antepasados, procurando penetrarse de la noble fe que los hizo grandiosos, durmiendo con las hazañas del conde Nuño Alvares debaio de la almohada para sorprender y poder imitar las palpitations de aquel puro

corazón de héroe. Infolios, códices, manuscritos, memorias, crónicas, cartas forales: todo lo absorbió usted. Mil veces atravesó usted y volvió a atravesar, como dice Michelet, *el sombrío río de los muertos*. Día a día revivió todo el pasado épico. Y, por fin, llegó una hora en que usted se consideró digno de haber recibido en Sagres, en alguna víspera de partida de las carabelas, las confidencias sublimes del Infante D. Enrique.

Entonces, usted abrió de par en par las puertas del santuario en que hasta entonces se encerrara, y adelantándose hasta el público, con la mano sobre el pecho, soltó su gran grito patriótico. Pero, ¡oh sorpresa!, cuando usted y yo y todos imaginábamos que el público iba a levantarse, arrebatado, y a gritar en una aclamación: *¡He ahí un gran patriota!*, el público quedó sentado, y dijo simplemente: *¡He ahí un buen brigadier!*...

Es un desastre tremendo, bien lo sé, y nadie lo lamenta más que yo. Pero confesemos, mi querido Chagas, que la cosa estaba prevista. Cuando en esta nuestra edad, que marcha hacia lo futuro con la deslumbradora velocidad de un expreso; en esta edad, en que el hecho de la víspera queda al punto tan rezagado como la rendición de Troya; y en el que el héroe de ayer, apenas muerto, se torna al punto tan vago como el mismo Ajax; un hombre que nos venga a hablar de Cochim y de Cananor; que reproduzca las jactancias honrosas, pero obsoletas, del patriotismo de Jacinto Freire de Andrade; que nos agarre por la solapa de la levita para que nos quedemos llorando con él por el desastre de Alcázar-Kebir; un hombre tan original, en medio de una sociedad que no le comprende, termina por parecer algo difunto, arcaico, desenterrado, un verdadero brigadier del tiempo de la señora Doña María I, que la Muerte olvi-

dó, y que yerra por entre nosotros aturdido, como una lechuza en la luz.

Su plan de ser patriota, querido Chagas, era sublime y fecundo. ¿Sabe cuál fué su error?... Que en lugar de apoyar su patriotismo en las fuerzas vivas de la nación, inspirándose en ellas, para ayudarlas y dirigir las, usted las fué a apoyar sobre el polvo de los héroes muertos, tornándolo así seco y frío, desde luego.

Su patriotismo, en vez de ser de utilidad pública, era sólo de curiosidad arqueológica. Usted no había estado sacando de la Historia una fuerte lección moral; recortó allí, simplemente, pintorescos casos de guerra y de armada. No traía un programa para el movimiento social de las generaciones futuras; sólo una recapitulación sonora de hazañas vetustas. Esperábase un revelador de verdades; apareció un cronista de monasterio.

Por eso el público exclamó: *¡He ahí un brigadier!* Y no fué bastante severo. Debiera tal vez haber dicho: *¡He ahí un bonito sebastianista!...*

Y es que hay dos especies de patriotismo, mi querido Chagas.

Hay, en primer lugar, el noble patriotismo de los patriotas; esos aman a la patria, no dedicándole estrofas, sino con la serenidad grave de los corazones fuertes. Respetan la tradición, pero su esfuerzo va todo hacia la nación viva, la que en torno de ellos trabaja, produce, piensa y sufre; y dejando atrás las glorias que ganamos en las Molucas, ocúpanse de la patria contemporánea, cuyo corazón late al unísono del suyo, procurando comprender sus aspiraciones, dirigir sus fuerzas, tornarla más libre, más culta, más fuerte, más sabia, más próspera, y por todas estas nobles cualidades, elevarla entre las naciones. Nada de lo que pertenece a la patria les es extraño; admiran, sin duda,

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

a Alfonso Henríquez, pero no quedan para siempre petrificados en esa admiración; van entre el pueblo, educándolo y mejorándolo, proporcionándole más trabajo y organizando mejor su instrucción, fomentando sin descanso los dos bienes supremos: Ciencia y Justicia. Ponen la patria por encima del interés, de la ambición, de la vanidad, y si tienen, a veces, un fanatismo estrecho, su misma pasión los diviniza. Todo lo que es suyo lo dan a la patria; sacrificanle vida, trabajo, salud, fuerza. Danle, sobre todo, lo que las naciones necesitan más y lo único que las hace grandes: le dan la Verdad. La verdad en todo: en historia, en arte, en política, en las costumbres. No la adulan, no la engañan; no le dicen que es grande porque tomó a Calicut; dicenle que es pequeña porque no tiene escuelas. Le gritan sin cesar la verdad ruda y brutal. Le gritan: “¡Eres pobre, trabaja; eres ignorante, estudia; eres débil, ármate! ¡Y cuando hayas trabajado y estudiado, cuando te hayas armado, yo, si fuese necesario, sabré morir por ti!...” He ahí el noble patriotismo de los patriotas.

El otro patriotismo es diferente; para quien lo siente, la patria no es la multitud que en torno suyo palpita en la lucha de la vida moderna, sino la otra patria, la que hace trescientos años embarcó para las Indias, al repique de las campanas, entre las bendiciones de los frailes, para arrasar aldeas de moros y traficar en pimienta. Para ese, su manera de amar a la patria es tomar una lira y dedicarle lánguidas serenatas. Ese sube a la tribuna del Parlamento o al artículo de fondo, y desde allí exclama, con los ojos en blanco y los labios espumeantes de lujuria: ¡Oh, patria! ¡Oh, hija mía! ¡Ay querida! ¡Ay, pequeña, qué linda eres!, exactamente como había dicho la víspera en un reservado a una an-

daluzas baratas. Ese, ¡cosa pavorosa!, no ama la patria: la enamora; no le da obras: le dedica odas. Ese, cuando la patria se aproxima a él, con las manos vacías, pidiéndole que coloque en ellas el instrumento de su resurgir, le pone en las manos (¡oh, ironía pícaras!), ¿qué?... ¡los laureles de Ceuta!... Cuando el pueblo le pide más pan y más justicia, respóndele, retorciéndose el bigote: —*Deja eso... Tú tomaste a Cochim...*

Es ese patriotismo el que, cuando alguien lanza una verdad, acude con la mano en la cintura y con *La Monarquía* de Fray Bernardo de Brito apretada contra el corazón, exclamando: “¡Mira, qué injuria es esa a la patria!... ¿Pues tú no sabes, ignorante, que somos aún temidos en la India?... Y la prueba la tengo en este infolio.” Y queriendo garantizar la propia indolencia por una gran inercia pública, ese patriotismo aconseja que no se haga nada, nada se estudie y nada se cree, ¡porque el Sr. D. Manuel fué antaño un gran Rey!... Y apenas un hombre sincero intenta despertar el alma portuguesa y su genio del marasmo en que se sumerge, ese patriotismo corre, se pone de bruces y procura hacer ese sueño de la patria más pesado y más profundo, cantándole al oído la leyenda arrulladora de la toma de Arzila!...

Este patriotismo, querido Chagas, es el de los brigadieres vestidos a la moderna. Y (lamento tener que decirlo) parece mucho al suyo. Los franceses lo llaman *chauvinisme*; yo le llamaría entre nosotros *patriotería*. Y a los que lo cultivan daríales los nombres (según sus diferentes temperamentos) de *patrioteros* o *patrioteadores* (1). Es el vicio fatal que lleva a las ca-

(1) No se pueden traducir por no haber correspondencia en castellano todos los adjetivos de desprecio (diminutivos

tástrofes. Es el que no dejando hacer nada, bajo el pretexto de que se hizo todo, inmovilizando a la nación en un pasmo ficticio ante el pasado, le impide trabajar para lo futuro. Es el que a Austria da un Sadowa y a Francia, un Sedán. Es él el que grita en el *boulevard*: —¡A Berlín! ¡A Berlín!...—, cuando, moralmente, en el *boulevard* ya marchan los prusianos. Haciendo discursos como Mr. Prudhomme, produce finales como Esquilo. ¡Y luego los patriotas tienen que recomponer las ruinas que hacen los patrioteros!...

Afortunadamente, el mundo va viendo desaparecer esa plaga funesta. Ni Austria ni Francia sufren ya de ella. Después de la victoria, el buen sentido de Alemania la libró de ella muy aprisa. En estas naciones, como en las más pequeñas, lo que quedan son patriotas que dicen la verdad a la patria. En realidad, tal jactancia de glorias muertas, obstruyendo los progresos vivos, sólo existe en dos siniestras clases de individuos: los bajás de Constantinopla y los mandarines de Pekín!...

Portugal estaba también, hasta ahora, exento de la *patriotería*. Ni en el Gobierno, ni en la Enseñanza, ni en la Literatura, ni en la Administración, ni en el pueblo, ni en la burguesía, advertí jamás esa peligrosa tendencia a renovar las prosapias de Jacinto Freire de Andrade. Por el contrario, dudábame en demasía del país, de sus fuerzas, de su genio, de su vitalidad latente. Y es para mí una sorpresa dolorosa que usted, con la autoridad de su saber y la luz de su talento, quiera hacer aparecer entre nosotros la grotesca, la peligrosa

grotescos) que emplea Eça: *patriotaças, patriotinheiros, patriotadores ou patriotarrecas*.—N. del T.

patriotería de los bajás, de los mandarines y de los brigadieres del reinado de la señora Doña María I.

¿Y quién sino un brigadier de esa época, un contemporáneo y amigo predilecto del señor Arzobispo de Tesalónica, frecuentador galante de las rejas del locutorio, teniendo por novia una monja del Sacramento de Alcántara; podría venir en 1880 a sostener en público esta opinión, tan elocuentemente expresada por usted en el artículo del *Atlántico*: “que se injuria a un país cuando se le critica el pasado; que es insultar a Portugal decir que, a fines del siglo XVIII y a comienzos de éste, fué como una colonia del Brasil”?

Pero entonces el insultador no soy yo, querido Chagas. Es el Sr. Alejandro Herculano. El lo dijo; yo le seguí. En la página 245 del segundo volumen de la *Historia de Portugal*, del Sr. Oliveira Martins, leí esta cita: “Portugal, el antiguo colonizador de América (dice el Sr. Alejandro Herculano), se había convertido a su vez en una colonia del Brasil, donde un gobierno corrompido, etc.”

Quien insulta al país, según su noble expresión, es el Sr. Alejandro Herculano. ¿Y entonces le va la patria a levantar una estatua? ¿Y al lado del Epico luminoso que la cantó, va a resplandecer, a la luz de sus cielos, en bronce o en mármol, la faz hosca de aquel que la insultó? ¿Y lo consiente usted, Pinheiro Chagas? ¿Y no ha de despedazar usted con sus manos el monumento maldito? Porque la *Historia de Portugal* y la *Historia de la Inquisición* son insultos tremendos...

Mas yo sé que usted es un patriota; y el Sr. Herculano no tendrá su estatua. Usted vela con la espada en alto, al lado del *Viejo Portugal*; y a todo aquel que al pasar no se incline, murmurando: —¡ Sólo tú

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

fuiste sublime y grande y contigo todo murió!—usted le corta la cabeza.

Tenga, pues, la bondad de cortar, no la mía, sino la del Sr. Oliveira Martins; pues fué él quien, desde la página 197 a la 297 de la *Historia de Portugal*, me probó, contándome en cada frase una torpeza, que “el Imperio de Portugal en Oriente fué un feo monumento de ignominia”. Esta fué la otra afirmación mía (en la *Gazeta de Noticias*), que le pareció “una injuria a la patria”. Aquí ahora el injuriador no es el Sr. Herculano; es el Sr. Oliveira Martins. Ese es la Hidra; corra usted a matarla. Allá está esa hidra, ese monstruo, en su antro de la *Rúa da Boavista*, en Porto, entre sus flores y sus libros. Usted aspirará al comienzo de la calle aquel olor de azufre y anarquía que se exhala de todas las cavernas donde existe un dragón de escamas de bronce, aplastando el orden sobre esqueletos de instituciones. Mas de nada se atemoriza un buen caballero. Y en servicio de su Dios, del Dios de Ourique, de las Crónicas, de las Damas, de las Molucas y de los laureles de Ceuta;—no es más bravo que usted Lanzarote del Lago, el buen señor Percival, que trae un pelícano en el yelmo o ese raro y lustroso espejo de caballería, el rubio Galaad, que anda buscando el Santo Graal y que tiene la fuerza de mil hombres porque su corazón es virgen...

Pero me hizo usted otra acusación, más grave y más vaga; me dijo usted que “yo llamé a Portugal un país de brutos”. Esto es divertido; y me veo forzado a citar mis palabras de la *Gazeta de Noticias*. Léense allí, en la columna cuarta, estos períodos: “... El juicio que de Badajoz acá se forma de Portugal no nos es favorable. No hablo aquí de Portugal como Estado Político. Bajo ese aspecto, gozamos de una razonable

veneración. En efecto, nosotros no traemos a Europa complicaciones inoportunas; mantenemos, dentro de la frontera, un orden suficiente; nuestra administración es correctamente liberal; satisfacemos con honra nuestros compromisos financieros. Somos lo que se puede llamar *un pueblo de bien...* Europa reconoce esto; y, sin embargo, mira para nosotros con un desdén manifiesto. ¿Por qué? Porque nos considera una nación de mediocres, digamos francamente la dura palabra; porque nos considera *una nación de estúpidos*. Este mismo *The Times...*" (1)

Aquí yo citaba el *Times*, el *Daily Telegraph* (podría haber citado mil) que nos han acusado de estúpidos, de mazorrales y de intelectualmente fósiles. Y después agregaba estas palabras mías: "Tales observaciones son, de fijo, a más de descorteses, perversas."

En este momento yo veo desde aquí al lector honrado que va recorriendo estas líneas, detenerse, soltar el diario y el cigarro y decir para sus adentros o a las señoras que cosen al lado:

—¡Esto es singular! ¡Caso lamentable y raro! ¡Cómo! ¿Es esto lo que él había escrito? Entonces el procedimiento del Sr. Pinheiro Chagas no me parece correcto. ¿Con que el otro cita las palabras del periódico inglés, ofensivas para Portugal, las condena como perversas y descorteses, y el autor de *A Morgadinha de Valflor* atribúyelas a él y quiere hacerle soportar la responsabilidad de ellas? Si estas son las costumbres y maneras literarias, ¡bien hago yo en odiar a los literatos! ¿Por qué el Sr. Pinheiro Chagas no citó lo que el otro escribiera?... ¡Caso triste y antipático!...

(1) En efecto; esas son las frases que, reproducidas del *Times*, transcribe Eça en su ensayo *Brasil y Portugal (Cartas de Inglaterra, X)*.—N. del T.

Ríámosnos, mi querido Chagas; riámosnos aquí en este rincón, abrazados uno a otro. ¡Regodeémosnos! ¡Cómo se ve que aquel hombre honrado que lee *El Atlántico* ignora las amarguras y las necesidades formidables del periodismo!... ¡Querer que usted me citase!... ¡Oh, ingenuo! ¡Si usted me citase, no podía hacer el artículo; y usted tenía que hacer absolutamente ese artículo!...

Conozco la situación; es tremenda. La víspera se le ha dicho al director del periódico, apretándole enérgicamente la mano y con la voz temblorosa:

—¡Palabra de honor, chico! Por mi vida, que tienes allá el artículo, pasado mañana, a las nueve. Soy incapaz de comprometerte. ¡Júrotelo por el alma de mis hijos! ¡Buenas noches! Lo tendrás...

Después, naturalmente, como usted sabe, no se piensa más en el artículo. Pero ¡cruel destino!, en el día en que cumple el plazo, suena la campanilla; ¡allá llega fatal, implacable, inaplazable, el muchacho de la imprenta! ¡Es horroroso! Sobre todo cuando usa botas que rechinan. Quédase en espera, paseando, en el patio o en el pasillo; y aquel lento gemir de suelas tristes, cadencioso y acusador, alucina.

Y aquí, en nuestro gabinete, ¡qué pavorosa lucha!... Las cinco tiras de papel allí están sobre la mesa, lívidas, irónicas, vacías, y es necesario llenarlas todas, de arriba abajo, con cosas sacadas de nuestra cabeza. Es trágico. La parte del esqueleto humano a que se recurre primero es naturalmente al cráneo, depósito de ideas, impresiones, adjetivos y teorías; se aprieta uno el cráneo con las manos trémulas; se sacude el cráneo como una vieja faltriquera; nada sale del cráneo. ¡Y las botas a lo lejos crujiendo!...

¡Maldición! Se recurre entonces al pecho, asilo de

los afectos, de los sentimientos generosos. Tal vez de allí salga un canto, un grito, un apóstrofe. Se araña convulsivamente el pecho; se golpea desesperadamente en el pecho como en una puerta cerrada; el pecho permanece mudo como el cráneo. ¡Y las botas a lo lejos crujen!...

¡Infierno! Y entonces los creyentes rezan a la Virgen María; los ateos invocan la muerte, el dulce aniquilamiento de la materia; los más violentos piensan en atraer al mozo de la imprenta con palabras dulces, cortarlo en pedazos con una navaja de afeitar, esconder los fragmentos en la letrina doméstica... ¡Y las botas, allá en el fondo, irónicamente crujen!...

¡Ah, querido Chagas, de ahí vienen las canas precoces! ¿Sabe usted lo que yo hice en una de estas agonías, sintiendo al muchacho de la imprenta toser en la escalera, y no pudiendo arrancar una sola idea útil del cráneo, del pecho o del vientre? Agarré ferozmente la pluma, y medio loco, di una tunda desesperada al Bey de Túnez. ¿Al Bey de Túnez? Sí, mi querido Chagas, a ese venerable Jefe de Estado, a quien yo nunca viera, que nunca me hiciera mal alguno y que incluso creo que en esa época había muerto. No me importó. En Túnez siempre hay un Bey; lo aniquilé...

Por eso yo comprendo muy bien que usted no me pudiese citar. ¡Qué demonio! Si me citase, ¡adiós, bellas frases! ¡Adiós, bello patriotismo! ¡Adiós, bello artículo!... Y usted oía en el corredor las suelas malditas crujendo. Tal vez yo, en su caso, hubiese hecho algo peor...

¿Comprende ahora el lector las razones de orden íntimo que impidieron a mi amigo y colega Pinheiro Chagas el citarme?... Bien; déjeme entonces ponerle delante de los ojos otro párrafo de la *Gazeta de Noti-*

NOTAS CONTEMPORANEAS

cias. Escribí yo: "Pero la verdad es que en una época tan intelectual, tan crítica, tan científica como la nuestra, no se logra la admiración universal, ya sea una nación, ya un individuo, sólo con tener comedimiento en las calles y pagar lealmente al panadero. Son cualidades excelentes, pero insuficientes. Requiere más; requiere la fuerte cultura, la fecunda elevación de espíritu, la fina educación del gusto, la base científica, la cultura del ideal, que en Francia, en Inglaterra o en Alemania, inspira en el orden intelectual la triunfante marcha hacia adelante; y en las naciones de facultades menos creadoras, en la pequeña Holanda o en la pequeña Suecia, producen ese conjunto eminente de sabias instituciones, que son, en el orden social, la realización de formas superiores de pensamiento."

Este debía ser (y creo que realmente es) el punto de discusión entre nosotros. Yo digo que Portugal, en esta época en que no puede hacer conquistas ni tiene ya continentes que descubrir, debe esforzarse por lograr un puesto entre las naciones civilizadas, por su educación, su literatura, su ciencia, su arte; probando así que aun existe porque aun piensa... Fuimos grandes, por lo que antaño hacía grandes a las naciones: la fuerza; procuremos hacernos fuertes, por lo que hoy hace a las naciones fuertes: la idea. Fué esta noble superioridad la que yo deseé a mi patria.

Usted, mi querido Chagas, responde a esto que Portugal no necesita ciencia, ni gusto, ni arte, ni literatura, ni cultura, ni un conjunto de sabias instituciones; y que desearle tales ventajas es insultarle... Y usted da la razón por qué Portugal no necesita nada de esto: es (dice usted), porque Portugal antaño poseyó Cochim y Cananor, y porque el nombre portugués es respetado

aún en Ceilán. ¿Por qué no lo había dicho hace mucho tiempo, mi querido Chagas?...

Estoy vencido. Yo, que como usted afirma, soy un ignorante, no sabía realmente nada de ese respeto que nos tributa Ceilán. Pero ahora veo con evidencia que Portugal no necesita ni fuerte cultura intelectual, ni educación científica, ni elevación de gusto; no necesita tener escuelas ni saber leer; esos esfuerzos son para Francia, Inglaterra, Alemania, países no privilegiados. Portugal lo tiene todo garantido: su grandeza, su prosperidad, su independencia, su riqueza, su fuerza, desde el momento en que (según usted lo afirma con la autoridad de su saber) hay en los mares del Oriente una isla donde, debajo de un cocotero, a la orilla de un arroyo, andan cuatro indígenas, de caperuza blanca y taparrabos sucio, ocupados en estar en cuclillas adorando y respetando a Portugal...

En efecto, Portugal, teniendo esto, lo tiene todo. ¿Usted está bien cierto de que los indígenas existen allá debajo del cocotero? ¿Nos asegura que se hallan allí comiendo banana, o tejiendo esparto, o pensando en el Budha divino? ¿Nos asegura que, día y noche, no hacen más que respetar a Portugal, allí firmes, en cuclillas, debajo del cocotero? Bien. Entonces somos grandes; ¡es evidente! Somos fuertes; ¡está probado!...

No; no, buen Pinheiro Chagas; no, yo no "zaherí a la patria", como usted dice con su pluma de ganso, trémula de horror. Solamente que amo a mi país, de un modo distinto, de un modo íntimo, y burgués como yo soy; es por eso por lo que no nos comprendemos. No siendo poeta ni orador, como mi querido Chagas, no puedo dedicar cantatas a la patria, ni balancear delante de ella, como incensarios, las frases crujientes de

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

donde se exhala un aroma. En un alma discreta de burgués no hay lugar para esos grandes soplos patrióticos que atraviesan las almas del trovador, amplias y profundas como el mar. En nosotros no es por gorgoros de rui señor parlamentario, por apóstrofes balbuceados a los pies de las Molucas, por sollozos de un pecho ahogado de éxtasis, por serenatas y endechas, como se traduce el amor del país; es por emociones pequeñitas, triviales y caseras, que poca relación tienen con la estruendosa toma de Ormuz; emociones de burgués que vive en el extranjero, en un rincón solitario de su hogar de solterón.

No se las describo, porque temo su sarcasmo. Pero, en fin, para que no sea yo solo en reírme, en esta carta, ahí entrego a su justa hilaridad esta ridícula confesión: es verdad, amigo; es verdad, veo con un secreto enternecimiento desde aquí, a veces, en días de fiesta, colgando de una humilde ventana, sobre su hermoso campo azul y blanco, la venerable imagen de las Quinas (1), que no tiene culpa de las odas en que sirve de rima, ni de las arengas en que sirve de tropo, y que allí se balancea a la brisa extranjera, modesta y grave, como conviene a quien vió tanto peligro y tanto mar...

Usted, bien lo sé, encuentra esto risible. Pero ¡qué diablo!, usted es un poeta, un orador, un luchador; yo soy sólo un pobre hombre de Pova de Varzim (2).

(1) Es el emblema de la antigua bandera de Portugal, que describe aquí Eça de Queiroz.—*N. del T.*

(2) Pova de Varzim es un pueblo marinero del Norte de Portugal, de la provincia del Minho, donde se supone nació Eça de Queiroz, en vista de este testimonio personal; pero hay biógrafos que sostienen que nació en Villa do Conde, pueblo inmediato. Antonio Cabral (*Eça de Queiroz; A sua vida e a sua obra; Cartas e documentos inéditos; Lisboa, 1916*)

Creo que hemos conversado bastante. No terminaré, con todo, sin aludir a una parte del artículo que no me parece prudente: es cuando usted habla de sumas recibidas de la *Gazeta de Noticias*, del alto precio en que me vendí para injuriar al país, etc. Yo bien sé que usted usó notables precauciones oratorias; mencionó el rumor y desmintió luego el rumor; tornó al punto a poner en pie el rumor y volvió a derribarlo con más furia. Esto es amable; pero, en fin, usted traicionó la confianza que yo le hice (1). ¿Acuérdase, Chagas? Fué en aquella noche de tormenta, en la encrucijada, a pocos pasos de la capilla solitaria donde estaban doblando a difuntos. Yo llegué rebozado en un manto color de tiniebla, el puñal al cinto, dejando en la sombra un tintinear de espuelas. Un relámpago fulminó y hubo un *trémolo* en la orquesta. Hasta yo le dije, me acuerdo bien:

—¡Mi querido Chagas, esta situación patética parece incluso inventada por usted, amigo!...

Usted respondió ingeniosamente:

—Lo parece. Yo habría colocado alguna luz eléctri-

se inclina del lado de Pova de Varzim, con el testimonio del padre, de la madre y de Ramalho Ortigão; Fidelino de Figueiredo, en cambio, defiende el nacimiento en Villa do Conde; e não em Pova de Varzim, como por um melindre familiar fez crêr. (Vid. *Historia da litteratura realista*, cap. IV, página 117; Librería Clásica Editora; Lisboa, 1914). El resumen de esta discusión puede leerse en mi artículo "Eça de Queiroz", en la revista *Estudio*, de Barcelona; octubre de 1918. Compárese con mi Introducción al volumen *San Onofre*, publicado por esta misma Biblioteca Nueva; Madrid, 1920. *N. del T.*

(1) Adviértase desde este párrafo la transición del tono satírico y, a veces, agresivo contra Pinheiro Chagas al tono de pérfida ironía fina, apta para iludir al lector incauto.—*N. del T.*

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

ca iluminando los ropajes de una virgen cuya alma el mundo no comprende...

Entonces yo le arrastré al pie del crucero donde brujuleaba una lámpara; y sentado sobre las gradas de piedra fría, comencé a contarle mi secreto: que la *Gazeta de Noticias* me daba un millón (¡un millón en oro!) para que yo injuriase semanalmente a Portugal, echase veneno en los manantiales del Alviela e hiciese saltar con dinamita la estatua de Camões...

¡Usted tembló, amigo! Y me murmuró al oído estas palabras:

—Prudencia, prudencia...

Yo repliqué con furor:

—He de beberle la sangre a Portugal. ¡He de bērsela!...

Un trueno retumbó. Sobre uno de los brazos de la cruz graznó un mochuelo. Y separámonos en el camino negro cuando daba la media noche en la torre de la Catedral.

Usted me había jurado secreto. ¡Y ahora viene a publicarlo todo en *El Atlántico*! ¡He de asesinarle en el quinto acto!...

Ahora a otra cosa, mi querido Chagas. ¿Conoce usted la historia del pueblo judío?... Pero, en fin, sabe que la Biblia, la Ley, el Talmud, Jehovah y otras instituciones terribles prohíben a los israelitas comer tocino...

Un día, en un *lunch*, un judío es convidado por la señora de la casa a servirse fiambres. El hombre vacila, tentado por Belzebú. La sonrisa de la dama era adorable; el cochinito, colorado y tierno... Pero ¿y la ley santa? Una raza, tan maltratada ya por su Dios, no se arriesga fácilmente a injurarlo.

Por fin, sucumbiendo a la gula, el buen israelita ex-

tiende la mano trémula a escondidas (¡a escondidas de Jehovah!) y recoge sutilmente en el plato una gorda loncha de fiambre.

Inmediatamente en el cielo, que estaba torvo y cargado, revienta un trueno enorme.

—¡Ahí está!—exclama el hijo de Israel, dejando colgar desconsoladoramente los brazos—. ¡Siempre la misma exageración!... ¡Todo ese barullo cielos adelante por causa de un pedacito de tocino!...

Creo que esta será la impresión general con respecto a nosotros: estábamos haciendo mucho ruido por causa de muy poco tocino...

¡Y pensar, querido Chagas, que, mientras usted está ahí ocupado en componer en *El Atlántico* una formidable ecuación algebraica para probar (¡Dios me perdone!) no sé qué cosas siniestras sobre las Molucas; mientras yo estoy aquí abandonándome a este charlar indiscreto;—el gran Darwin publica su libro sobre *El movimiento de las plantas*; el profesor Huxley lanza su gran manifiesto de *Educación científica contra educación clásica*; Zola nos da su prodigioso trabajo sobre *Gustavo Flaubert*; tantos otros trabajan y crean, y el Genio del siglo forja, con un ruido sublime, en su yunque de bronce y de oro, las palabras y las ideas que quedan... ¡Y nosotros aquí, escriboteando no sé qué cosas minúsculas, que apenas rasgúan un momento sobre el papel y son luego polvo imperceptible!... ¿Usted no siente ganas de tirarse a un pozo? Yo sí las siento...

En todo caso, amigo, usted sabe cómo yo le estimo y cuán agradables me serán siempre sus artículos, aunque me inmolen en holocausto a Ceilán. Y después, querido Chagas, como a Ovidio desterrado entre los bárbaros, me es dulce todo lo que viene de ahí, de

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Roma, de la imperial Roma, llegándome en la cadencia de oro del hablar latino—con un aroma de los jardines de Augusto—aunque sean los blandos epigramas de Hyginus...

Afectuoso apretón de mano de quien es amigo y cofrade,

et nunc et semper,

EÇA DE QUEIROZ.

Bristol, 28 de enero de 1881.

Mi querido Pinheiro Chagas: *El Atlántico*, sorteando los temporales, no me trajo hasta hoy sus dos cartas, ambas muy joviales, muy eruditas ambas. Y creo realmente que podemos acabar aquí este memorable encuentro.

Estamos hace unas semanas, en este circo de azar, trocando golpes espaciados y blandos, delante del César que, bajo el velario de púrpura, no repara en nosotros; delante del grupo de caballeros ocupados de las cosas superiores de la vida—la renta de la casa, el enamoramiento y la política—; delante de una Plebe que, en estos tiempos de miseria y de frío, sólo puede pensar en la lumbre y en el pan, ¡desgraciada de ella!, cuando los tiene; y delante de las Vestales... Tal vez sea mejor no hablar de las Vestales...

Si le parece, pues, aprovechemos esta indiferencia del Anfiteatro para deponer subrepticamente las armas en el suelo y conversar aquí en un rincón, limpiando los chorros de sudor bajo el yelmo... ¡Pues,

amigo Chagas, la cosa estuvo linda! Y sus tres artículos han de quedar, indiscutiblemente, como tres ricas y considerables piezas de prosa. Lo que los estropea, a mi ver, es el encarnizamiento excesivo con que a cada paso usted apostrofa mi ignorancia; y el deleite baboso con que constantemente alude a su sabiduría...

Por lo demás, un espectáculo delicioso; y sólo lamentó que no estuviese presente Molière. A él pertenecía (a él, o tal vez a Henri Monnier) (1) este hermoso documento humano. Pinheiro Chagas, nuestro amable Pinheiro Chagas, con la frente alta y la mano en la cintura, hablando de la teoría del medio, de los procedimientos científicos, de la crítica científica, del positivismo, de la raza latina, del saqueo de Roma, de Maquiavelo, del asesinato de Guisa y de San Francisco Javier; juzgando, con una ingenuidad que arranca lágrimas, que todos esos fragmentos de vieja fraseología crítica, recogidos entre el estiércol de vetustas *Revistas de Ambos Mundos*; que todos esos hechos y nombres arrastrados desde hace varias generaciones por los compendios del liceo, son enormes revelaciones críticas, filosóficas e históricas, y volviéndose para mi humilde persona exclamando por encima del hombro, en un tono de piedad y desdén:

—¡ Todo esto para usted, mi querido señor, son cosas completamente nuevas!...

¡ A mí, Molière! ¡ A mí, Henri Monnier, descubridor de Mr. Prudhomme! ¡ A mí, fino Labiche (2), de la Academia Francesa!...

(1) Todo el mundo sabe que este gran dramático francés del siglo pasado es el creador del tipo inmortal de monsieur Prudhomme.—*N. del T.*

(2) Eugène Labiche (1815-1888), en el auge de su repu-

Después, si yo, tímido y asustado, aventuro una opinión, usted, mi querido Chagas, inmediatamente, dando un puntapié a las restricciones que la urbanidad impone a la infautación; ¡clasificala de *disparate!* (textual).

¡A él, Lord Chesterfield! ¡A él, Marqués de Coislin! ¡A él, todos vosotros, que marcasteis en la sociedad las reglas de la cortesía!...

¡Usted es terrible, Chagas! Ya se trate de un libro, ya de un raciocinio, ya de un héroe, ya de un sistema, he ahí que usted me apunta con el dedo y exclama con tedio:

—¡Vean aquello! ¡Qué ignorancia! No leyó nada... No sabe nada...

Después, una pausa. Y poniéndose bien en evidencia, dándose en la barriguita pedagógica palmaditas acariciadoras, he ahí que usted murmura hacia ambos lados, bañado en risa y gozo:

—¡Ahora, miren para mí! ¡Vean esto! ¡Qué sabiduría! Lo leí todo, lo sé todo...

Tal vez usted repruebe, amigo, esta manera de apreciarle, trazándole el contorno y sorprendiéndole el movimiento, en una crítica dramatizada y llena de colorido. ¿Que quiere, Chagas? De su carta no me quedó la impresión de una idea, sino sólo el recuerdo de una actitud; de suerte que, para juzgarla, he de emplear, no los métodos del raciocinio, sino las artes del dibujo.

Por lo demás, querido Chagas, usted tiene razón. Nadie ignora que yo soy un camello. Mi puesto no está

tación, por lo tanto, cuando Eça escribía estos párrafos, fué comediógrafo de gran fama, autor de muchas piezas teatrales, entre las cuales sobresalen *Le chapeau de paille d'Italie*, *L'affaire de la Rue Lourcine*, *Le misanthrope* y *L'Auvergnat*.—N. del T.

aquí, en *El Atlántico*; está allá, a lo lejos, en la extensa fila de mi caravana, por el desierto adelante, en derechura a la costa del Hedjaz, llevando un fardo entre las dos jorobas, rumiando la ración de cardos, con los ojos cerrados y el labio colgante, balanceándome en cadencia, a la melopea de marcha que el guía va cantando a las estrellas. Mientras que usted, la sabiduría misma, con todos los atributos divinos de la antigua Minerva, de la Palas vencedora, de la luminosa patrona de Atenas; usted lleva el casco, la lanza, la doble coraza de oro sobre los dos senos y la túnica cayéndole en pliegues dogmáticos; así se explica el nimbo color de aurora que le cerca y el suave aroma de ambrosía y de rosa que de usted se exhala. Usted es Minerva, usted es diosa...

Solamente déjeme recordarle que Minerva era modesta. En general, los dioses eran modestos; mezclándose tanto en la vida de los hombres, tenían mucho a su sarcasmo. Y los hombres mismos, actualmente, cuando tienen algún valor, son siempre modestos. Las grandes ínfulas de sabihondo, como las ínfulas de richacho, como las ínfulas de valentón, pasaron totalmente de moda. Hay hoy en las sociedades cultas un tono general de buen gusto, de ironía, de fino sentido, que ponen muy pronto en su lugar a los fanfarrones de la sabiduría, del millón o del músculo.

Al nabab que nos agita delante de la faz una bolsa llena de oro, diciendo: —*¡Pobretones! ¡Yo soy rico!*—, se le responde tranquilamente: —*¡Tal vez; pero eres grosero!*...—. Al matasiete que nos muestra sus puños de Sansón y nos grita: —*¡Cobardes, yo soy fuerte!*—, se le replica fríamente: —*¡Tal vez, pero eres brutal!*—. Y al sabihondo que, con cuatro volúmenes debajo de cada brazo, nos venga a decir desde

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

lo alto: —¡Ignorantes! ¡Yo soy sabio!—, se le contesta serenamente: —¡Tal vez; pero eres pedante!...

Y este tono, mi querido Chagas, es indispensable. Si no, los ricachos, los valentones y los sabihondos, coligados entre sí, harían bien pronto la sociedad inhabitable. Estas cosas pasan así en las relaciones de hombre a hombre; pero, evidentemente, otro y muy diverso es nuestro caso. Yo (como usted dice) soy un camello; usted (como yo afirmo) es Minerva. Está claro que deben ser reguladas por una ley diferente las relaciones entre una Diosa y una bestia de carga.

Esto, en cuanto a la forma, querido Chagas; en cuanto al fondo mismo de nuestra copiosa discusión, me enorgullece el ver que usted, en estas últimas cartas, trae a mis ideas el formidable apoyo de su supradicho saber. De hecho, esas cartas, si las despegamos las ricas lentejuelas de su estilo, si las despojamos de su hermosa ornamentación científica, nos aparecen simplemente como la comprobación desenvuelta de mis ideas y de mis palabras; palabras e ideas que ahora me vuelven revestidas de una autoridad imprevista y suprema.

Tomemos, por ejemplo, esa fatal frase de la *Gazeta de Noticias*, en que yo osé decir que “nuestra dominación en Oriente fuera un monumento de ignominia”. ¡Al principio, su furor fué grande, Chagas!... Esa frase humilde, compuesta de cuatro palabras, la atacó usted, fiero y carnicero, con un aparato de erudición suficiente para demoler los cimientos de una obra en veinte volúmenes!... La frase resistió, sin embargo. Después, yo le perdí de vista; ¡usted había partido desvariado, dentro de una nave, y andaba gritando cosas patrióticas, allá lejos, muy lejos, por el Indostán, por Ceilán, por las playas de las Molucas!...

Ahora, en esta penúltima carta, usted aparece, al regreso del viaje, más circunspecto y más grave; y apretándome enternecidamente la mano, confiésame “que nuestra dominación en Oriente fuera, en efecto, un monumento de ignominia”. Y pruébalo usted; pruébalo con un prodigioso lujo de saber. Extiende por *El Atlántico* el hazañudo sudario de las históricas torpezas; allí se ve al famoso D. Duarte de Menezes piratando; allí se contempla al terrible Alfonso de Alburquerque degollando al infeliz moro de Ormuz!... Y su justicia, tardía, pero implacable, va ahora por esa historia adelante, arrancando a cada estatua su dorado ficticio: Vasco da Gama, cuyas cenizas usted ayudó a transportar en una gran apoteosis cívica, es ahora solamente un criminal y un asesino, según usted. Ese Don Francisco de Almeida, causa de tanto elogio, es, según usted dice ahora, un siniestro autor de bárbaras carnicerías. Su gráfica descripción de la toma de Dabul me heló la sangre. ¡Y al leerlo, todos nuestros héroes del siglo XVI me aparecen como una turba bestial de furiosos irresponsables, asolando tierra y mar!...

Y aun exclama usted que las infamias son tan numerosas, tan vastas, que con ellas puede llenar dos gruesos volúmenes. ¡Dos gruesos volúmenes empleados en hacer una carnicería crítica de todos los varones ilustres de la patria!... ¡*Dos gruesos volúmenes!* ¡Ah, Chagas injusto, Chagas parcial!... ¡Y truena usted contra mí por haber compuesto *una sola frase!*...

Pero añade usted que si yo tuviese el menor concepto de la crítica histórica (a más de mis dos jorobas de camello), debía considerar que estos hombres, viviendo en el siglo XVI, participaban de la ferocidad de su época. Y es cómico verle argumentar conmigo, ¡como si yo, sobre el asunto, hubiese escrito un *infolio!*... En

esa frase corta, hecha de cuatro palabras, ¿cómo podía yo incrustar todos los desenvolvimientos críticos, científicos, filosóficos que usted reclama?... Aún así no di a entender que las conquistas de Oriente se hubiesen realizado ayer por la noche en el callejón venerable del *Fala-só* (1), o dentro del Arca, bajo el ojo paternal de Noé. Sí, amigo; fué en el siglo xvi, y dejó incluso pasar esa idea nebulosa que usted me parece tener del Renacimiento, considerando una era bárbara lo que, en realidad, fué todo un mundo de humanidad y de simpatía universal; como no discuto esa comparación del saqueo de Roma, que no fué una expedición como las nuestras a las Indias, organizada por un Estado civilizado, sino una feroz correría de mercenarios, de demagogia militar, que nada tenía de común con los ejércitos imperiales de Carlos V; anarquía armada semejante a la de los mercenarios que atacaron a Cartago; multitud de rapiña a quien el hambre impelía, donde Borbón no era un jefe único, sino un rebelde más.

Sin embargo, no son estos los puntos que yo traté. Aquí está mi punto particular; di una línea, un resumen de una época, y usted, hombre de erudición, acumulando hechos sobre hechos, prueba que mi resumen fué exacto. Parece, pues, que habiendo concordado usted con mis conceptos, sólo nos queda que caigamos uno en los brazos de otro, con un grito de reconciliación. ¡No! Porque usted aún está enfurruscado. ¿Por

(1) El callejón del *Fala-só* o "Habla solo" en castellano, es uno de los callejones más típicos y arcaicos de Lisboa; está al comienzo de la alta cuesta denominada *Calçada da Glória*, por donde sube el funicular, que remata en el jardín de San Pedro de Alcántara, comunicando la Lisboa central y nueva con el Barrio Alto.—N. del T.

qué? Porque yo he ido a beber mis informes a la *Historia de Portugal* del Sr. Oliveira Martins, en lugar de haber ido a buscarlas con solicitud a su *Historia de Portugal*, a la *Historia de Portugal* de Pinheiro Chagas. Yo comprendo el furor de un historiador, con etiqueta y puerta a la calle, al ver a un parroquiano ir alegremente a proveerse de ciencia a la *Historia* del vecino y del rival. Son momentos que bastan para depositar en un alma de compilador o de tendero capas insondables de hiel. Y el mismo público, el público serio, constitucional y parlamentario, puede extrañar tal vez que yo, teniendo aquí la *Historia de Portugal* de Pinheiro Chagas, monumento, sin duda, grandioso, de donde brota por cañería de oro el puro y fuerte chorro de la Verdad, fuese a beber en la *Historia de Portugal* de Oliveira Martins, ¡fuente hecha con un ladrillo entre dos hierbas, de donde gotea espesamente la baba densa del error!... Mi comportamiento parece, en efecto, una ofensa a todas las leyes humanas; pero yo voy a justificarlo...

Conociendo bien, mi querido Chagas, sus bellas obras de teatro, de polémica, de poesía y de crítica, ignoraba totalmente que fuese usted un historiador y hubiese escrito una *Historia de Portugal*. Sabía de fijo que usted publicaba estudios, fragmentos, episodios, constituyendo una interesante serie de ensayos históricos; y a ellos aludí cuando procuré analizar su organización de brigadier. Encontré también en las *Notas sobre la historiografía en Portugal*, del Sr. Oliveira Martins (¡siempre este hombre fatal!) (1) la mención de “una compila-

(1) Esta misma frase que aquí emplea Eça con ironía cariñosa, aplicándola a Oliveira Martins, la utiliza en otro de sus ensayos para abominar del supracitado Pinheiro Chagas (¡siempre este hombre fatal!).—N. del T.

ción que dió a luz, bajo el título de *Historia de Portugal*, una Sociedad de literatos (el Sr. Pinheiro Chagas)". Y de esta curiosa frase deduje, como todo el mundo deduciría, que algunos literatos habían compilado una de esas historias anecdóticas y populares que publican las *Bibliotecas recreativas*, y que usted había sido encargado por el editor de planear, dirigir y revisar esa recopilación. Francamente, pensé eso; veo que cometí un error abominable. Usted, en efecto, había escrito una *Historia de Portugal*, bajo el numeroso seudónimo de una "Sociedad de literatos", precisamente como se puede publicar un poema bajo este seudónimo múltiple: "Las once mil vírgenes", o una opereta por "Una Sociedad filarmónica". Ahora que sé que ese trabajo existe, y que debe ser (si usted puso en él la elevación y la elocuencia de sus demás libros) una obra fuerte, sólida y bella, iré a aprender, de ahora en adelante, a amar mejor a mi patria.

Hay otro punto en que también le agradezco haber convenido conmigo: acerca del *patriotismo*. En su primer artículo, usted se mostró (como se ha mostrado desde el día en que tan gloriosamente se estrenó en las letras) partidario apasionado de ese patriotismo que predica que la mejor manera de solucionar el conflicto de la vida contemporánea es ir a contemplar el brillo de las pasadas glorias; patriotismo que entiende que, para tener derecho a un puesto respetado entre las naciones cultas, no necesitamos literatura, ni ciencia, ni arte, ni modales, ni buen sentido, ni buen gusto, sino que basta dar un barnizaje fresco a los viejos laureles de Arzila y mostrar al extranjero cómo refulgen aún... Yo, entonces, modestamente (como compete a un camello que deja su caravana para venir a agitar con hom-

bres y entre hombres estas altas cuestiones), le recordé, mi querido Chagas, que había un patriotismo mejor: "el patriotismo activo que piensa, trabaja, crea", etcétera

Y usted podrá imaginarse el júbilo mío al verle ahora correr hacia mí y, arrojando lejos las creencias de toda su vida, como harapos importunos, gritarme, con los brazos abiertos, que sí; que sólo hay un patriotismo noble y útil: el que piensa, trabaja, crea, etc., etc. ¡Y que el otro, aquel que usted canta hace quince años en folletín canoro y canora estrofa, es un patriotismo hueco, estéril y lamentable!... ¡Y todo esto lo dice usted con una exaltación de converso, los cabellos al viento, las pupilas inflamadas, usando mis propias frases!...

¡Muy bien, Chagas, muy bien!!... Sólo hay un pequeño incidente picaresco: es que usted, en ese impaciente fervor de que son atacados los que abrazan una fe nueva, olvidando que es sólo un neófito y juzgándose ya un Mesías, está predicando contra mí el sermón que yo, anteayer, prediqué contra usted. La carta que yo le escribí, predicándole la buena doctrina, me la remite usted a mí mismo, como suya, recalentada y con salsa fresca en derredor para que parezca un manjar nuevo. ¡Es el corintio convertido escribiendo a su San Pablo la Carta a los Corintios!... Es el moro bautizado, el cristiano nuevo, que, en su entusiasmo de *parvenu* del catecismo, se vuelve a enseñar el Padre nuestro al prior que le convirtió, exclamando con los ojos en llanto: "Prior, ¿cuándo dejarás de ser moro?..."

¡Y con mis mismas frases, pérfido!... Yo le había dicho al oído: "Mi querido Chagas, nada de declamaciones; ¡es necesario trabajar!..." Usted se levanta

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

ahora sobre las puntas de los pies, y grita: "¡Nada de declamaciones, amigo mío; es necesario trabajar!..."

Aos infieis, Senhor, aos infieis,
e não a mim, autor do que escreveis! (1)

Disculpe esta correría dentro de los dominios poéticos; pero el júbilo de verle convertido ¡me hace desvariar!...

Parece, pues, que, concordando tan intensamente sobre la noción del patriotismo y sobre el juicio que se debe formar acerca de nuestro imperio en Oriente, sólo queda que caigamos uno en brazos de otro, con un grito de reconciliación. Usted termina su carta pidiéndome en un apóstrofe conmovido ¡que no desdigne tanto a mi patria!...

Déjeme tranquilizar su corazón sobresaltado; hay cosas en mi patria que yo amo profundamente y hay hombres en mi patria que yo admiro profundamente. Solamente creo que nuestras admiraciones no son las mismas. Usted vive en un mundo ficticio, convencional, artificial, por el cual yo sólo me puedo interesar como artista, siguiéndolo con una mirada curiosa y triste por ese declive por donde va rodando al abismo; por otro lado, el mundo más vivo y real a que yo pertenezco, lo ve usted solamente a través de una vaga niebla mental que le falsea las proporciones y la verdadera significación de las cosas. De modo que no podremos jamás entendernos...

No; me engaño. Hay un punto en que nos entendemos ricamente, una admiración en que estamos íntima-

(1) Estas dos estrofas súbitas, irrumpiendo en la prosa nitida de Eça, rezan así: "¡A los infieles, Señor, a los infieles, y no a mí, autor de lo que escribís!"—*N. del T.*

EÇA DE QUEIROZ

mente de acuerdo. Ambos admiramos a un hombre profundamente, prodigiosamente: y ese hombre es usted mismo.

Con lo que soy, querido Chagas, servidor y amigo;

EÇA DE QUEIROZ.

IV

INGLATERRA Y FRANCIA, JUZGADAS

POR UN INGLÉS

Hace días encontré sobre mi mesa, llenando con desordenados garabatos tres hojas de papel Whatman, una carta en que mi perro *Don José* contaba sus impresiones de Francia a mi gata *Pussy*.

Don José es un perro inglés, gordo, sesudo, conservador, que ahora por primera vez salió de Inglaterra conmigo, y vino a descansar de un rudo invierno sajón en estos aires suaves, tédidos, casi latinos, del país de Anjou... *Pussy* es una gata inglesa, color de manteca, que quedó en Inglaterra, caseramente, durmiendo en un rincón del fogón.

Don José pertenece a esa raza ilustre e histórica de perros que los ingleses llaman *pug* y los franceses *carlin*. Italiano de origen, introducido en Francia por el Cardenal Mazarino, el *carlin* se convirtió, desde el siglo XVII, en el perro favorito de la Monarquía, como el galgo había sido el perro fiel del Feudalismo. Y, en efecto, al final de la Fronda, después de ese último esfuerzo del espíritu feudal, es cuando el *carlin* mete por primera vez el hocico en la Historia. La turbulen-

cia aventurera de los galgos les hacía incompatibles con una aristocracia pacificada y policiada, en que ya tampoco había lugar para la galantería heroica de las Longueville, de las Chevreuse, de las Chatillon; esas damas sediciosas y sentimentales que alternaban las indolencias del amor con la fatiga de las campañas, y aun fatigadas de la *chaise-longue*, iban, con sombreros de plumas y seguidas de galgos, a guerrear en Picardía, con Turenne o con *Monsieur le Prince*. El *carlin* pesado, obeso, pacato, ceremonioso, era realmente el perro que convenía ahora a la Francia centralizada y unificada bajo la autoridad real. Por eso es esencialmente el perro de Luis XIV y de Versailles—tan característico del *gran siglo* como las cabelleras de bucles, la tragedia clásica y la aparatosa simetría de los jardines de Le Nôtre—. A medida que Luis XIV envejece, que va absorbiendo todo el Estado dentro de su propia majestad, de suerte que ya no se ve a Francia y sólo se ve al Rey, la importancia del *carlin* crece paralelamente. Llega a tomar parte en los Consejos de Estado, tan nutrido que no se puede mover del cojín; entre Luis XIV, ya lleno de arrugas, ya con la fistula, mortalmente tétrico, y Madame de Maintenon, hipocondríaca, cubierta de negro, con su libro de rezos en la mano. De la residencia en Versailles, el *carlin* conserva la nobleza de los bellos modales, las actitudes de gala, la majestad del hocico y ese modo de mirar con la piel encogida, en que se siente el orgullo de los Borbones y del derecho divino. Su mismo estilo de ladrar tiene un ritmo pomposo que no se oye en los otros perros; no diré que sea tan suave como los versos de Racine; mas adviértese que esta raza oyó predicar a Bossuet. Durante el reinado de Luis XV el *carlin* permanece siendo perro de la corte y de la Casa de Francia.

En los grabados de la época, en los retratos, en los paisajes de abanico, no se ve ninguna graciosa dama de guardainfante (1) sin tener, como contraste de su gracia, un paje negro y un *carlin* gordo. Sin embargo, la gran gloria del *carlin* en el siglo XVIII fué haber sido adaptado por la Filosofía y por las Letras. Había *carlin* en el salón erudito de Madame du Deffant. Diderot tenía un *carlin*. Y atendiendo a la influencia que el perro ejerce sobre el hombre, puede decirse que el *carlin* no es ajeno a la Enciclopedia. Fué entonces cuando Inglaterra recibió de Francia el *carlin*, como ya recibiera otras formas del gusto: la pulidez, el corte de las casacas, la corrección de la prosa, la ligereza moral, los bailables y la elocuencia sagrada.

Mas, verdaderamente, es durante la Revolución cuando el *carlin* se establece en Inglaterra. Después de la toma de la Bastilla, atraviesa el canal de la Mancha con la aristocracia emigrada; y habiendo encontrado por fin una tierra en que el pueblo no se considera hecho de la misma osamenta que la nobleza y encuentra hasta excelente que él patalee en el lodo mientras los Lords se embriagan en las nubes—el *carlin* tórnase el *pug*, hace de Inglaterra su patria y arraiga confortablemente para siempre en la paz lujosa de los castillos, al abrigo de la democracia y de la *blague*.

Así fué como el *carlin* desapareció de Francia. Hoy constituye una antigualla. Si por acaso aun se encuentra, es en alguna silenciosa calle de villa dormida de provincia, siguiendo tropezonamente a una vieja marquesa de caracoles blancos, que, encogida en su manteleta de franjas y pegada a los muros tristes de los

(1) Las anquillas (*anquinhas* en portugués) eran el aparato que usaban las damas para sostener las caderas; era el sinónimo de nuestro guardainfante.—N. del T.

conventos desiertos, se va arrastrando hacia el *Lausperenne* (1).

El *pug* es hoy, pues, un perro exclusivamente inglés, desprendido de su patria francesa, pudiendo simpatizar con ella o detestarla, según una impresión personal, sin que en su clara razón actúen influencias de origen o recuerdos sentimentales. Para el *pug*, el francés no pasa de ser un extranjero; y según los hábitos de la nación que lo perfiló, ordinariamente le ladra. Por eso esta carta de *Don José* me parece un documento sincero e instructivo. Y aquí la transcribo con sus incorrecciones, los bruscos resúmenes, las generalizaciones excesivas, en que se siente al animal que piensa *en bloque*, sin nuestras distinciones desmenuzadoras, sin la delicadeza crítica de nuestras medias tintas.

“*Pussy amiga*: Aprovecho la ocasión en que nuestro amo fué a la Biblioteca, lugar de sabiduría y de soledad, donde yo no soy admitido, para escribirte lo que pienso de esta tierra de Francia, como te lo prometí al abandonar Inglaterra, en aquella mañana en que había una niebla tan triste...”

“Aquí no hay niebla, y esta es la primera superioridad de Francia sobre nuestra patria gloriosa y hosca. Bajo este cielo sin nubes, las neblinas del espíritu disípanse también. Ahí las ideas (y las mías no son difíciles) aparecíanme siempre tan vagas e indeterminadas como nuestros edificios de ladrillo a través de la niebla húmeda; aquí tengo las ideas tan nítidas como

(1) Es el modo vernáculo de denominar en Portugal las fiestas eclesiásticas en que está reservado el Santísimo Sacramento.—*N. del T.*

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

estas casas blanqueadas que se recortan, con precisión y relieve, sobre el cielo azul-prusia. Por la mañana, en el patio del Hotel, entre las plantas en flor, cuando me estiro al sol, con todo este azul por encima y la caricia suave del aire corriéndome por el lomo, el pensar conviértese para mí en un placer delicado.”

“Esta misma influencia del cielo suave me ha quitado la hipocondría; ya no siento, como en Inglaterra, el atormentado deseo de aullar; antes bien, me apeetece ahora un ladrar ligero y cantarín, que es como la expresión triunfal de la alegría de vivir. Este clima templado es el que da a los franceses los modales suaves. Entre nosotros la bruma helada actúa sobre los caracteres como sobre la piel; los hiela, los torna ásperos al contacto. Ahí, cuando nos encontramos, gruñimos torvamente; aquí nos lamemos. Nada facilita más una civilización que un buen clima. Aun ayer decía un inglés gordo que está aquí en nuestro hotel y que manda al *Times* correspondencias sobre Política y sobre Moral, con la firma de *Un amigo de la Imparcialidad*; aun ayer decía con aquella profundidad que le caracteriza: *Siempre que el hombre está al sol y que éste no incomoda, experimenta, tanto moral como físicamente, una satisfacción mayor que cuando está a la lluvia.*”

“La primera impresión que me dió Francia, *Pussy*, fué de una adorable variedad, procedente tal vez de la democracia. Tomo por ejemplo las fisonomías de los perros. En Inglaterra, nosotros estamos divididos en cinco o seis razas, aisladas unas de las otras como castas en la India, sin convivir, sin cruzarnos, irreconciliables y casi hostiles. El resultado es que en cada clase, el tipo inicial reproducese en todos sus individuos fielmente, fotográficamente, con una monotonía

intolerable. ¿Eres tú capaz de distinguir un perro *fox-terrier* de los otros ocho mil o diez mil *fox-terriers* que honran nuestra patria? No. Todos son blancos como este papel, suaves como cachemira, del mismo tamaño, con el mismo trozo de rabo corto y derecho, una pelusilla castaña en el hocico, el aire ligero, honesto y tierno. Parecen acuñados por el mismo molde, como las libras; y el hombre que pierde a su perro no puede distinguirlo más del perro de su enemigo.”

“Por otro lado, como en Inglaterra todos los hombres de la misma clase tienen el mismo corte y color de patillas, y usan exactamente la misma levita, y traen en la solapa la misma flor, y calzan guantes del mismo color, y caminan con la misma elasticidad de paso, y hablan con el mismo timbre de voz, y saludan del mismo modo brusco, si un perro pierde a su dueño no lo puede diferenciar de la multitud uniforme. Dirás tú que lo debe conocer por el olor. ¡Difícil, *Pussy*, muy difícil!... Todos los hombres en Inglaterra tienen el mismo olor, que está compuesto de jabón Windsor, tabaco Maryland, agua de Colonia y carbón. Dirás tú que un perro puede interrogar a su amo y diferenciarlo por las opiniones; no, porque todos los ingleses tienen las mismas opiniones y se expresan con las mismas frases. La posición de un perro, en este caso, es entontecedora; y es por eso por lo que muchas veces hemos pensado en poner colleras a nuestros amos.”

“Lo mismo sucede con las casas. ¿Cómo un pobre perro que no sabe leer números puede distinguir la vivienda de su amo en esas largas manzanas de casas de ladrillos, sin fisonomía y sin individualidad, en que todas las fachadas tienen la misma puerta pintada de negro, el mismo visillo medio levantado en la misma

ventana, y por detrás de la misma vidriera el mismo tiesto blanco con el mismo geranio triste? Dirás tú, *Pussy* ingeniosa, que es fácil penetrar por la ventana entreabierta y reconocer la casa por el mobiliario; no, porque todas tienen la misma silla cubierta de cuero a un rincón del fogón, el mismo espejo en la pared forrada del mismo papel, y en los mismos marcos floridos los mismos grabados enternecedores. El gran horror de nuestra patria es *la igualdad* (1)."

"Ahora bien: como dice el *Amigo de la Imparcialidad*, con aquella elevación de ideas que le hace tan venerable: *Cuando las cosas se asemejan absolutamente unas a otras comienza a dejar de haber variedad.*"

"Aquí, en este país que me cuesta trabajo entender, y donde los marqueses son socialistas de la subdivisión anarquista y la restauración del Derecho Divino es reclamada por bohemios sin botas de la taberna del Gato Negro; las razas diferentes de perros, al cruzarse, han producido una deliciosa infinidad de tipos. ¡Qué fantasía, qué imprevisto, qué originalidad, qué pelo, qué hocicos en esta multitud de perros nacidos de mezcla de sangres diversas, y del barajar de temperamentos contradictorios!... Quisiera que vieses a un amigo que tengo aquí en el hotel. Su nombre clásico es *Priamo*: muy viejo, muy pequeño, tiene una obesidad de canónigo, padece de reumatismo, rezonga y gime, se entrega al libertinaje y gusta de la cerveza; cuando se mueve es para apelonarse, con el aspecto tocinoso de un cerdito de la India; pero ordinariamente, sobre todo después de la cerveza, está sentado de espaldas a una puerta, con la barriga hacia arriba, los ojos lagrimeantes, un

(1) Yo me atrevería a traducir la fuerte palabra portuguesa *a mesmice* (*de mesmo*—mismo) por la *mismez*; pero temo que se me subleven los alabarderos del idioma.—*N. del T.*

pedazo de lengua bermeja colgándole del hocico; ¡imagen estupenda de un pequeño sileno borracho!...”

“¡Y las perras, *Pussy!* ¡Ay, las perras!... ¡Qué gracia, qué gesto, qué finura, qué aire vibrante y leve, qué tono irresistible de ladrar, qué *pschutt* en el olfatear!... *Pussy*, si no fuese la respetabilidad que me da la nutrición y la cautela que debe tener un perro de mi tradición histórica, yo hacía tonterías. Y las señoras tienen los mismos encantos. Les encuentro un sentimiento más vivo que el de nuestras inglesas, color de oro y de marfil, y de una expresión más agradable. Una dama inglesa, si me encuentra con mi amo, me dice como le dice a él y como diría a Jesús si lo cruzase en la calle: “*Good morning, sir.*” Aquí las francesas que me ven caen de rodillas, con el corazón y los ojos en blanco, bésanme todo el hocico, gritanme en un éxtasis: “*Oh, le beau toutou! Oh, le beau chéri! Oh, qu’il est beau!*...” Tal vez las otras, con su seco y correcto *Good morning*, sean más sinceras y más profundas que éstas con sus *toutous* y sus *cherris*. No importa; para mí vale más un besuqueo, que yo saboreo luego en el hocico, que una grave simpatía de alma que queda escondida dentro de las varas de tela del corpiño. Como dice el sapientísimo *Amigo de la Imparcialidad*, en una de aquellas admirables máximas que recuerdan a los Platones y a los Aurelios: *las cosas que están a la vista, consideradas en relación con las cosas que están ocultas, tienen, tanto para el individuo como para la sociedad, la ventaja de poderse ver!*...”

“Nosotros afirmamos en Inglaterra, con la Biblia apretada contra el corazón y la garrafa de ginebra escondida debajo de la mesa, que la moralidad de nuestras costumbres es superior a la de todas las naciones

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

del Universo. Tú sabes, *Pussy*, cómo esta púdica afectación nos parece divertida, a nosotros, perros y gatos, testigos permanentes de la vida íntima, delante de quienes los seres racionales, en su imbécil orgullo y suponiendo que somos mudos, no se toman la molestia de tener recato... Inglaterra es una pocilga de abyección. Francia es un salón de libertinaje. *Pocilga, salón*; la diferencia está aquí. El pecado, entre estos amables franceses, es amable también; lo dora un aturdimiento juvenil; tiene en el fondo una puntita de sentimiento o de sensiblería, y en el beso más superficial hay siempre bastante emoción para hacer, en caso necesario, una lágrima. En Inglaterra el pecado es brutal y huele a aguardiente."

"Nosotros decimos también en Inglaterra que los franceses, perro y hombre, tienden a trasnochar, no aprecian el encanto del hogar como se aprecia ahí en Inglaterra, y no tienen como nosotros la veneración de las cosas domésticas. De todos nuestros alardes, *Pussy*, es éste de fijo el más desfachatadamente impúdico. Tú sabes, *Pussy*, cómo ahí nuestros amos, apenas se enciende el gas, se largan tan derechos y tan vivaces hacia los clubs como éstos se van aquí hacia el café. Solamente que en Inglaterra, todo ser racional, con pantalones, tiene un club, frecuenta un club que le retiene, con la baraja y la bebida, lejos del hogar doméstico; y que los que van de noche aquí hacia esos lugares forrados de espejos donde se juega al sereno dominó y se filosofa amenamente, son en general celibatarios y bohemios; lo mismo que ahí van melancólicamente hacia una taberna sin espejos a trasegar copas de cognac. Hay seguramente entre nosotros sujetos que, de vez en cuando, pasan la noche en zapatillas al lado de su estufa; mas ¿acaso tornan con su presencia la

sala más animada y más alegre la velada de familia? Nosotros sabemos, *Pussy*, cómo transcurren esas horas sombrías en que el tedio fluye de las paredes, penetra por los resquicios de las puertas y se agolpa en los pliegues de las cortinas. El caballero, de pipa en los dientes, lee taciturnamente su periódico; *Madame*, de toca y broche de oro, teniendo al lado la copa de cognac, lee desabridamente el *magazine*. De vez en cuando sueltan el papel y riñen; y si sucede que viven en una armonía bien compuesta, dejan caer la prosa y dormitan. Los hijos, si son pequeños, viven desterrados allá arriba en la *nursery* con la criada; el papá apenas tiene respecto a ellos la vaga noción de que están vivos y continúan consumiendo su copiosa ración de pan con manteca. Si los hijos son crecidos, están en las colonias o en el barrio vecino, mas siempre fuera de casa y sin relaciones, ni por visita ni por carta, con el hogar de origen. Si son prósperos y ricos, el padre les quita el sombrero o habla a veces de ellos a las señoras; si fracasaron en la vida, pasan a ser para su progenitor como viejas latas vacías de sardinas de Nantes, destinadas al estiércol social. Por su parte, los hijos, si no se separan del hogar paterno, consideran negligentemente al padre como un mero dueño de hotel, y ni *padre* le llaman; llámanle *governor*, el gobernante; la madre, ésa es buena para tratar de la ropa blanca, y es denominada *the old woman*, la vieja; y ordinariamente estas personas siéntanse a la mesa, en torno del perol del té, para decirse unos a otros cosas desagradables... Entre tanto, ¿qué está el caballero leyendo en su periódico y qué está leyendo la dama en su *magazine*? Que sólo en Inglaterra existe el sentimiento doméstico y que sólo ahí el hogar es dulce y unido. Ahora bien; en esto es en lo que somos admirables: en la *réclame*.

Atribuámonos majestuosamente todas las virtudes, negámoslas a los demás con amargura, y esperamos que el mundo nos inciense en nuestra perfección. Y el mundo, ingenuamente, crédulamente, inciensa. Cuando una nación afirma, con energía de hierro y voz de trueno, que es grande, pasa inmediatamente a ser grande. Las otras no tienen tiempo de ir allí a comprobar; y como dice el *Amigo de la Imparcialidad*, con su habitual esplendor de pensamiento: *nunca se puede afirmar con certeza que una proposición es falsa mientras no se sabe con evidencia que es contraria a la verdad.*"

"Otra cosa que me espanta aquí es el sentimiento de igualdad. Aún ayer vi a un esbelto galgo, de la más vieja nobleza de Normandía, con abuelos citados en las crónicas de Froissart, corriendo y retozando con un perrico proletario de pelo áspero, perteneciente a las últimas capas caninas, socialista tal vez. En Inglaterra, un perro de la Cámara de los Lores preferiría cortarse el rabo a que le vieran conversar con un perro de la plebe, aunque fuese tan honesto como un Cation y sólido en el trabajo como una máquina. Y lo que me sorprendió es que el proletario estaba completamente a gusto, sin timidez y sin servilismo, hablando al galgo como a un igual, seguro de que Dios los hizo a ambos perros y con idénticos derechos a los huesos de este mundo... En Inglaterra, el perro plebeyo perdería la voz de emoción o se arrojaría a lamer con idolatría las patas del galgo Lord, si un galgo de la aristocracia, por una aberración mórbida, o en un momento faceto de embriaguez, o para ganar una apuesta excéntrica, viniese un instante a fraternizar en la calle con un perro de la ralea."

"Ahora bien; si la civilización no significa igualdad, entonces no significa nada. Nosotros los ingleses somos

un pueblo de hombres libres... que es al mismo tiempo un pueblo de sabandijas.”

“Y, sin embargo, como dice nuestro compatriota, el erudito *Amigo de la Imparcialidad*, con aquella sagacidad de miras que le ha de granjear el hábito de Santiago: *es mejor que el hombre no se rebaje, porque entonces tiene, según las leyes de la Naturaleza, una gran probabilidad de conservarse derecho.*”

“Pasando incidentalmente a otro aspecto hermoso de la civilización francesa, déjame hablarte, *Pussy*, de la cocina. ¡Qué cocineros estos hijos de la Galia!... Y ¡cómo al pie de estos refinamientos y de estas salsas, nosotros somos aún el silvestre bretón, cubierto de pieles de fieras, que en el fondo lóbrego de sus cavernas devoraba pedazos sangrientos de carne mal asada, antes de que San Patricio hubiese arribado a estas islas con su cruz en la mano, a contarnos las cosas tristes que habían pasado en Jerusalén!... Tú sabes que yo gusto siempre de comer con mi sopa una zanahoria. En Inglaterra dánmela invariablemente dura, medio cruda, sin sabor y lívida; aquí es tierna, es dulce, es perfumada, y es de un lindo tono verde... Apenas es más que una zanahoria; pero en esto poco, ¡Jesús mío, cuánta gracia y cuánta perfección!...”

“Dirás tú, *Pussy*, que en compensación poseemos el Imperio de las Indias. De acuerdo. Mas yo como la zanahoria por causa de mis trastornos intestinales de perro gordo, y la zanahoria bien cocinada me da alivio, que de ningún modo me lo da la certeza, por lo demás lisonjera, de que S. M. la Reina Victoria, a quien los ángeles sonrían, es Emperatriz de las Indias. Y si hubiese un criado tan imprudentemente patriótico que, al servirme en Inglaterra la acostumbrada zanahoria dura y pálida, me recordase, como consuelo

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

y como compensación, nuestro dominio de las Indias, yo le mordía.”

“Por lo demás, *Pussy*, yo soy inglés; sé que a Inglaterra pertenece el gobierno de los continentes; sé que su lugar en la civilización es el más vasto y el más noble. No es una zanahoria mal cocida lo que me oculta la grandeza moral de la patria. Y soy de la opinión del profundo *Amigo de la Imparcialidad*, que dice con su usual amplitud de ideas, en su frase tan tersa: *Suprimid Inglaterra de la faz del globo e inmediatamente veréis, con sorpresa y con dolor, que la superficie del globo tiene una nacionalidad menos... Muy justo, pero...*”

.....

.....

Aquí, sintiéndome volver de la Biblioteca, *Don José* interrumpió su carta. Yo no concuerdo con algunas de sus opiniones excesivamente genéricas. Sin embargo, estas mismas opiniones, que lo abarcan todo en un solo cachiporrazo, son característicamente inglesas. Todavía ayer leía yo en una revista de Londres, la *Modern Society*, el estudio de un autor estimado sobre “las mujeres francesas”. Y al punto en la primera página, ese crítico, que tiene la cabellera entretejida de laureles, sorprendiome singularmente diciéndome: “que las mujeres francesas son todas pequeñitas, de pelo muy negro y áspero, como crines, con un color de piel verdoso y obscuro, el aire aceitoso y un bozo tan fuerte sobre el labio superior que es casi un bigote!...” Es evidente que este escritor se engañó. Al componer laboriosamente su artículo, basado en el Diccionario de Geografía Universal, tomó del estante, por equivocación, el tomo sobre Marruecos en lugar de sacar el volumen sobre Francia y, queriendo describir las fran-

cesas de París, describió las marroquíes de Fez. Engaños de éstos son fáciles y no obstan para que un autor continúe siendo aclamado por sus conciudadanos...

Así también, hace días, el más esclarecido diario de Londres, *Daily News*, decía en un ponderado artículo de fondo, a propósito de la guerra en el Tonkín, "que París no es en cosa alguna superior a Pekín". Es claro que este periodista estaba embriagado. Casos de éstos pueden suceder: se camina en un día frío hacia la redacción, se entra en un comfortable café, se carga un poco en el cognac, se sale pesado y confuso; y Pekín y París, danzando una zarabanda alegre en el cráneo del crítico, se le aparecen, a través de las fantasmagorías del alcohol, ambos adornados con la trenza. Ocurrencia explicable y que no impide que un diario continúe bañando abundantemente de luz la inteligencia de sus suscriptores.

Sólo que ¿no os parece, amigos, que, ya en el caso de equivocación con el diccionario, ya en el otro más lastimoso de la embriaguez, esta prontitud en generalizarlo todo denota una tendencia condenable en el espíritu inglés y en la Prensa inglesa, esa lámpara conductora de la tierra? ¿Pues qué? ¿*Todās* las damas, aunque sea en Marruecos, con bigote? ¿No habrá siquiera, a la sombra lánguida de los jardines del Jerife, una más favorecida por Mahoma, que tenga el dulce labio limpio de pelo?... ¿Y París *en cosa alguna* superior a Pekín? ¿Pues señores! ¿Conque ni la Avenida de la Opera será un poco mejor que la famosa calle de la Choua, la principal de Pekín, donde mendigos desnudos roen huesos en el lodo y a la esquina cuelgan jaulas de mimbre con las cabezas de los decapitados chorreando sangre? ¿Pues ni al menos Re-

NOTAS CONTEMPORANEAS

nan y el viejo Hugo, y Pasteur, y Vacherot, y Taine, serán más interesantes que esos sabios mandarines que reciben el botón de cristal de la Sabiduría desde el momento en que son aprobados en Gramática?

Evidentemente estas generalizaciones son desconso-ladoras. Y ellas son la manera usual de juzgar en la Prensa inglesa, en los libros de viaje ingleses o en una conversación inglesa.

Por eso las disculpo en *Don José*. En él, por lo demás, no hay el rasgo grosero y brutal. *Don José*, de todos los escritores ingleses, paréceme el más moderado. Y esta moderación hasta le torna mezquino, retraído y apocado, cuando ha de escoger adjetivos para designar al *Amigo de la Imparcialidad*, llamándole el *sapientísimo*, el *eruditísimo*, el *ilustre*, el *profundo*. Adjetivos aceptables cuando se hable de Aristóteles o de Buffon; pero cuando se trata de este asombroso colaborador del *Times*, de todo punto mezquinos e insuficientes.

1890.

V

VICTOR HUGO

CARTA AL DIRECTOR DE LA "ILUSTRAÇÃO"

Bristol, 20 de julio de 1885.

Mi querido amigo:

Cuando París se preparaba, con un patriotismo ruidoso, a celebrar la deificación cívica de Víctor Hugo, usted deseó que yo fuese, como devoto del maestro, quien recordase en la *Ilustração* la genial grandeza del hombre y de su obra. Respondíle que en ese momento yo sólo sentía la misma emoción confusa que agitaba a París y que sólo sabría unirme al tumulto de la glorificación, ofreciendo mi pobre palma verde y dejando también algunos granos de incienso sobre las llamas sagradas. Y hoy que la apoteosis del épico de *Los Miserables* parece ya tan remota como la coronación del prosista de *La Henriade*, descubro aún, ante su amable insistencia en conocer cuál fué el influjo de Hugo sobre mi generación literaria, que este fanatismo del maestro, de que no me quiero curar, me impide toda crítica lúcida y tranquila (1).

(1) En el libro *Grilhetas*, de Albino Forjay de Sampaio hay una muy curiosa ampliación a esta carta a Mariano Pina.—*N. del T.*

Yo admiro a Víctor Hugo, mi amigo, precisamente como él admiraba a Shakespeare, *comme une brute*. Le amo en toda su luz solar y con todas sus extrañas manchas. Aun delante de aquellos aspectos de su vida y de su obra, de donde otros se retiran impacientes y sonriéndose, yo permanezco obtusamente postrado. ¡Yo soy, amigo mío, de los que aun creen en la sociología de Hugo! Ya ve usted que la *Ilustração* nada ha de ganar con las opiniones de una persona tan embrutecida en su superstición.

No sé siquiera, francamente, lo que usted desea averiguar; la influencia que Hugo tuvo en mi generación literaria limitase a la influencia general que él ejerció en la literatura francesa, de la cual la nuestra es un reflejo, al mismo tiempo bisoño y afectado. Mis más queridos camaradas de letras (con excepción del poeta, hermano de Juvenal, que escribió *A morte de Don João* (1) ni se impresionaron jamás de Hugo ni siquiera lo admiran sino incidentalmente, por su fortaleza de luchador y por el raro poder de su verbo lírico. Por lo demás, mantienen hacia él una respetuosa aversión.

No es a propósito para una carta familiar explicar estas disidencias de mis amigos, en que entran razones de filosofía y razones de temperamento; baste decir que a uno de ellos, uno de los más altos y nobles espíritus críticos de nuestra época, oí yo, con inexplicable horror, llamar al maestro "papagayo de genio" y "foco de infección espiritualista"; y otro, a quien cupo la gloria de resucitar el viejo Portugal histórico, que dormía en el fondo de vetustas crónicas, cubier-

(1) En ese paréntesis Eça de Queiroz alude a Guerra Junqueiro, autor de ese admirable poema, y gran hugólatra.—*N. del T.*

to de rapé de fraile, nos le describió aún recientemente, en el prólogo de un libro de versos, como un enorme Sileno borracho de énfasis, llevando a la boca un cántaro colosal que traspasaba de retórica.

En cuanto a la generación más moza, primavera sagrada que da su flor "en esos escritos publicados todas las mañanas", como dice púdicamente el Arzobispo de París; esa alude siempre a Hugo misteriosamente, llamándole "el titán", "el coloso", "el águila", "el volcán". No se puede saber por tales exclamaciones cuál sea la impresión que le dejó *La Leyenda de los Siglos*, porque esta manera de hablar de un poeta tratándolo de "volcán", es sólo un modo inhábil de desembarazarse del severo deber de comprenderlo.

Supongo que la influencia de Hugo entre nosotros se manifestó sobre todo en lo que más nos importa como meridionales: la forma, la imagen, la manera lujosa de envolver la idea... Hombres voluptuosos del país del sol, amando principalmente los sonidos y los colores, en un poeta admiramos sólo el brillo del verso, en lo que tiene de más material; por eso con Hugo aplicámonos principalmente a remedar el modo estridente y centelleante de chocar la antítesis. Creo que no nos preocupamos de nada más;—como recientemente en el Naturalismo, del todo indiferentes a los nuevos métodos de análisis que traía, nos apresuramos sólo a desfigurar sus rasgos inesperados de trazo y de colorido. En todas las evoluciones del Arte nunca aprovechamos los principios, y nos quedamos siempre con los amaneramientos.

En cuanto a la influencia que Hugo tuvo en mí, ¿acaso vale la pena, querido amigo, de recordar cosa tan personal y poco interesante? Yo aprendí a leer

NOTAS CONTEMPORANEAS

en las obras de Hugo, y de tal modo cada una de ellas me penetró, que, como otros pueden recordar épocas de la vida o estados de alma por un aroma o por una melodía, yo reveo de repente, al releer antiguos versos de Hugo, todo un pasado: paisajes, casas que habité, ocupaciones y sentimientos muertos... Fuí realmente educado dentro de la obra del Maestro, como se puede ser criado en una selva; recibí mi educación del rumor de sus odas, de los amplios soplos de su cólera, del confuso terror de su deísmo, de la gracia de su piedad y de las luminosas nieblas de su humanitarismo. Todo esto erguía en torno de mí como una selva, y me comunicó, para bien o para mal, mucho de su vaguedad, de sus sombras y de sus injustificables visiones...

Fueron míos con pasión sus odios, y corrí arrebatado detrás del vuelo lírico de sus entusiasmos. Y así quedé detestando siempre a ese personaje melancólico y narigudo que responde por el nombre equívoco de Napoleón III en las sentinas de la Historia; sin que de nada me hubiese servido el comprobar más tarde que era sólo, en el fondo, un pobre César quimérico, hipocondríaco, libertino y banal. Y así permanecí siempre, creyendo cándidamente en los Estados Unidos de Europa, aun cuando amigos caritativos me procurasen arrancar con súplicas y sarcasmos esa creencia infantil. Acompañé a Hugo en su indulgencia arrebatada por todos los extraviados, todos los vencidos y todos los miserables. El deísmo de Hugo fué el mío; como él, tuve fe en el mesianismo de Francia; y un horror irracional e indomable hacia ese cuartel untado de metafísica que queda más allá del Rhin. He ahí mi lamentable confesión. Es humillante; me da la apariencia de una yerba rastrera temblando junto a

las raíces de un cedro y viviendo de los restos de su savia. Hubo, es cierto, bruscas rebeliones en mi idolatría. El mismo pueblo de Israel, con toda su frenética pasión por Jehová, lo encontraba a veces intolerable. Y cuando yo veía últimamente a Hugo morfarse del venerable y santo Darwin, como de un inglés petulante y vano, de monóculo y de guantes amarillos, que había puesto por excentricidad y humorismo un rabo de macaco en las espaldas del hombre;—dejaba colgar la cabeza entre las manos, lleno de vergüenza y de dolor... Pero, en fin, aun realizo con suficiente perfección el tipo del *hugólatra*. Para mí el maestro sigue siendo excelso y augusto entre los hombres. *Je l'admire comme une brute*. Amo toda su obra: novela, sátira, drama, visión, poema, crítica, discurso, cántico y canción de la calle.

Se me impone por su grandiosa y armoniosa unidad. Hugo es un poeta épico; y en él todo, ya sea novela social, o estrofa a *Jeanne*, o estudio sobre Voltaire, toma la forma épica. Toda su obra es, en realidad, una vasta epopeya, en mil fragmentos de prosa y de verso, que tiene por asunto la lucha del Hombre y la Fatalidad; fatalidad de la Naturaleza, fatalidad de la Religión, fatalidad de la Sociedad.

Puede pintar a veces ese formidable combate en una completa y patética historia como en *Les travailleurs de la mer*; puede murmurar sólo una fugitiva y trémula impresión junto a una cuna o viendo en los campos a los sembradores echar los granos a tierra. En las estrofas del enternecido abuelo o en la amplia imprecación del Profeta todo pertenece a la misma epopeya.

Esa dolorosa batalla del Hombre y de la Fatalidad—Hugo ni la analiza ni la explica. La canta con la exal-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

tación de un bardo—ya lleno de infinita compasión, ya atacado de infinita cólera. Bajo la indignación o bajo la piedad, sin embargo, palpita siempre enérgicamente la certeza de la definitiva victoria del Hombre; y él lo ve al fin, en todo el esplendor de un Adán perfecto, desembarazado de las Religiones, máscaras sofocantes y falsas del rostro de Dios; libre de la Realeza, envoltura de todas las servidumbres sociales; casi libertado de las leyes mismas que clavan sus pies a la tierra y remontándose a las nubes en las invenciones del siglo xx. Esta afirmación del triunfo último de Adán es toda su filosofía; y todo su Arte prodigioso se empleó en contar los heroísmos y los desfallecimientos de esa desesperada ascensión hacia la luz.

Para cantar tan sublime conflicto, creó el verbo más poderoso y más bello que jamás encantó a oídos humanos. El lenguaje pulido y sobrio de Ronsard, de Racine, de Voltaire, admirablemente trabajado para expresar sentimientos medianos y equilibrados, perfecto como un instrumento de crítica, sería completamente impotente para esta esforzada epopeya. Por eso tuvo que construir otro lenguaje, que pudiese traducir todo el hombre, toda la naturaleza en sus más adversos extremos, desde lo bestial hasta lo divino: tan fino, delicado y transparente que en él pudiese transmitirse, sin evaporarse, el aroma de una sencilla flor silvestre; tan fuerte y resplandeciente que a través de él cobrasen brillo y fuerza el diamante y el oro; tan dúctil, penetrante y transcendente que pudiese modular lo invisible y *decir lo indecible...* Hugo *dice lo indecible*, desde el fulgor de los ojos azules de un niño hasta las cortinas de viento que barren el mar de la Mancha... Por eso, cuando considero esta asombrosa epopeya, agitando la más alta cuestión que se pue-

E Ç A D E Q U E I R O Z

de erguir ante los hombres y cantada al son de la lira de mil cuerdas en lenguaje como jamás hubo otro en la tierra—páreceme que mis queridos amigos exageran diciendo que este hombre que así habló era un “papagayo genial” y “un Sileno ebrio de énfasis”...

Sí, ciertamente Hugo no tiene simplicidad ni ironía. Divaga a veces, acerca de un árbol o sobre el rincón musgoso de un muro con el clamor y el atolondramiento de un profeta. Es porque Hugo, como todos los profetas, vive en la llama de una idea única: la pelea vehemente del Hombre y del Hado. Ella es la compañera espectral de su vida; surge de repente ante él detrás de las cosas más sencillas, solicitándole la conmiseración o la ira; y así en el ramaje que gime sacudido por la tormenta, siente al punto las lamentaciones de una multitud oprimida, y no puede ponerse de bruces sobre una cuna adormecida sin que tanta paz le recuerde las violencias que sacuden al mundo. Y le falta también a Hugo la ironía: testigo de esa contienda cuyos invisibles y terribles episodios juzga sorprender a cada instante su ojo de vidente, él permanece en un perpetuo estado de vibración trágica en que no podría jamás producirse la ironía.

Esta ausencia de ironía hace de fijo caer al gran poeta en grandes flaquezas, no siendo la menor de ellas ese pavor mezclado de adoración que le inspira el Universo, y que nos parece a nosotros tan anticientífico. Ninguno de nosotros, en efecto (que hicimos con honra nuestro examen de *Introducción a los tres Reinos*), imaginaría jamás que en las fibras de la ortiga, que Hugo tan grandiosa y despavoridamente inyectiva en *Les Contemplations*, se debate presa y para siempre erizada de cólera el alma negra de Judas. Nosotros, infinitamente más instruídos, conocemos, a

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Dios gracias, la honesta naturaleza de la ortiga; y estamos al corriente de que Judas fué sólo, tal vez, un patriota exaltado e impaciente. Encontrando a nuestros pies una piedra, no permanecemos en un temblor de emoción, interpeándola en violentas estrofas, a la espera de que una voz de dentro responda revelando el inefable misterio: hombres positivos, utilizamos las piedras para levantar más nuestro muro o apedrear más a nuestros semejantes. Pero un alto espíritu poético que en un perpetuo arranque quiere penetrar más allá de lo mensurable y de lo tangible, descifrar la piedra y tocar en el secreto de las cosas, si no produce verdades que la ciencia pueda registrar, asciende más que ningún otro espíritu hacia las proximidades de ese Ideal, al que nosotros damos, por convencionalismo, el nombre tradicional y teológico de Dios... Y si ese ansioso esfuerzo para *llegar a la orilla de Dios*, como dice Proudhon, no hace que la tierra nos dé más frutos y que disminuyan los dolores humanos—estimula una alta educación espiritual, levanta los corazones, eleva desde la pesada materialidad hasta las formas más bellas y más puras del pensar y del sentir y da dulcemente a la vida no sé qué gusto divino... Hugo es, de todos los poetas, aquel que, en su ardiente idealismo, más se acercó a *la orilla de Dios*.

Este sollozo agitado que palpita a través de toda la obra de Hugo parece quitarle la superior serenidad, que es la soberana belleza del Arte. Pero serenidad no es indiferencia. Nada había más sereno (si usted me permite esta libre comparación) que Minerva, patrona de Atenas; y, sin embargo, como usted sabe, se ingería en las contiendas de los pueblos, encrespaba los cabellos de los héroes y se batió furiosamente, armada de diamante, en Salamina y en Platea. Su inmor-

tal serenidad consistía en que todas sus acciones de Diosa concurrían en una bella armonía para un fin justo y bello: la independencía y la gloria de Atenas, el victorioso perfeccionamiento de su raza hermosa, la pacífica eflorescencia de su genio equilibrado, la concertada majestad de su República, perfecta de formas como el frontón de un templo. Así sucede con la musa de Hugo: acorazada de oro, traspasa de flechas a los opresores, gime sin fin sobre los vencidos, perturba toda la Naturaleza, revuelve toda la Historia; pero este aparente delirio tiende a un fin de excelsa serenidad:—la concordia universal, la rescatadora igualdad, el reino imperecedero de la Justicia. Y este Paraíso prometido por el poeta, distante como está, baña toda su obra de una inmortal claridad—que es la esencia de la serenidad. Y la alta belleza de la obra de Hugo está en ese vigoroso optimismo, en esta grandiosa fe en el Hombre, en la certeza radiante de que triunfará de las fatalidades y de los cautiverios.

Lo que únicamente desentona tal vez es el excesivo papel que da a Francia en la liberación definitiva de la humanidad.

Ciertamente, educado por Hugo, yo creo piadosamente en el mesianismo de Francia. Ninguna nación ha contribuído más que Francia para hacer del rudo bárbaro del siglo VI el hombre culto del siglo XIX. Ella posee en el grado más puro esas divinas cualidades espirituales de *dulzura* y *luz*, que son los más penetrantes agentes de la educación humana. Ninguna nación como ella dió al mundo la gran lección de igualdad; y la igualdad es, sin duda, la mayor evidencia de civilización. Pero aun amando a Francia, no es posible aceptarla tal como Hugo la concebía y como la pintó en versos bien conocidos: cubierta de oro y

de diamante, viniendo a combatir sola en el campo el gran combate, seguida sumisamente por un león familiar, que es Dios. La creación del Paraíso humano, si es realizable del todo, no será obra exclusiva de la Francia armada, trayendo a Dios detrás como un carro de batalla; sino que será obra colectiva de todos nosotros, latinos y sajones, que pertenecemos a esa nación brillante de claridad, sin fronteras y sin capital, que se llama el Espíritu...

En todo caso, este mesianismo de Francia, espléndidamente cantado sin cesar a los oídos franceses como un canto de esperanza, fué lo que tornó a Hugo tan prodigiosamente amado en Francia; a más de la necesidad que Francia tuvo, después de la derrota de 1870, de oponer a la supremacía política de Alemania una supremacía intelectual, encarnada, como pedía el instinto latino, no en una clase, sino en un héroe. Por lo demás, ¿es Hugo perfectamente un francés, un gallo? Más bien me parece a veces celta y teutónico. Su genio sombrío, su visión descomunal, su inquieto espiritualismo, ese esplendor de lenguaje que torna sus ideas difíciles de circulación; porque en vez de esa ligereza de medalla que da a las ideas francesas su facilidad de transmisión, ofrecen la pesada complicación de un monumento—todo eso se me figura estar en contraste con el espíritu francés, definido, sobrio, exacto, regulado, claro, terso y positivo.

Él mismo dice en alguna parte que *Hugo* es un nombre sajón. Por el padre pertenece a los Vosgos, tierra de gente tenaz; de allí heredó, tal vez, su férreo heroísmo de voluntad. Por la madre era de Bretaña, el poético reino de las siete florestas, la más bella de las cuales, la de Brocelianda, pertenecía de derecho a las Hadas; de ahí sacó, tal vez, su vasta y um-

brosa imaginación. En el fondo, sin embargo, es bien francés y tiene las dos cualidades latinas: orden y luz. Hay simetría en su delirio; y sus más violentas concepciones están surcadas por una luminosidad interior.

Una grandeza de Hugo, bien francesa, es su amplia clemencia y su infinita piedad por los débiles y por los pequeños... Y en esto su ascendiente pesó considerablemente sobre el siglo. Hugo no inventó, seguramente, la misericordia; pero la popularizó. En el mismo Evangelio hay aún mucha cólera; Jesús tiene palabras inexorables de condenación y de castigo. Hugo, sobre todo en su vejez, había llegado a un estado tal de "piedad suprema", que perdonaba aún a los tiranos, a los feroces exterminadores de pueblos, a los monstruos. Y su justificación de *Torquemada*, que quemaba por amor, para purificar a la criatura y darle a trueque de una angustia fugitiva la bienaventuranza eterna, constituye, a más de una obra de arte incomparable, el punto culminante de la excelencia moral de Hugo. Dió un profundo impulso de compasión al alma humana; la filantropía, que es la aurora confusa y vaga del Socialismo, coincide, como práctica social, con su predicación lírica de la bondad. Su noble clamor en pro de los débiles, penetrando en las almas, tendrá una acción eficaz en los Códigos; y porque un poeta cantó, el mundo se vuelve mejor.

Por una razón paralela yo considero como muy fecunda la acción política de Hugo. En su tiempo, Hugo no era un hombre de Estado como Turgot: Hugo es el bardo de la Democracia. A él no le compete organizarla; compétele anunciarla. Predica en un radiante lirismo el advenimiento del Reino del Hombre; y su voz rimada llama hacia él a las multitudes. Las ins-

tintivas masas humanas no se mueven sino por la imaginación y por el sentimiento; la lógica persuade al hombre culto, pero no convierte al sencillo. Un llamamiento a la Libertad y a la Justicia, hecho en estrofas que seducen como las antiguas "voces del cielo", arrebatada a turbas a quienes dejarían indiferentes largos volúmenes de filosofía. Cuando se quiere hacer marchar a un regimiento, no se le explica, con la sutileza de un protocolo, las causas que llevan a la guerra; desdóblase una bandera, se hace sonar un clarín, y el regimiento arremete. El Cristianismo fué hecho así, con imágenes, con parábolas, con *declamaciones*. Sin embargo, en tiempo de Jesús, antes de él, hubo hombres como Hillel, Schammaï y el noble Gamaliel, cuyas predicaciones contenían ya todas las sementeras del Cristianismo. Pero ¡qué!, eran doctores, argumentadores, políticos, hombres prácticos. Nadie los escuchó. Surge un inspirado, allá, del fondo de Galilea, que viene hablando vagamente de piedad, de amor, de fraternidad y del Reino delicioso de Dios—y el mundo, maravillado, deja los viejos cultos y las viejas religiones y va detrás de él, preso para siempre. Son los himnos los que hacen las revoluciones; y no conceder influencia social a Hugo, porque no escribió como Stuart Mill, paréceme no querer advertir que en todos los movimientos sociales, el más poderoso agente es el sentimiento, y que tan benemérito es de la Democracia el que la exalta en sus cantos como aquel que, legislando, la hace después estable y fuerte.

Esta carta, querido amigo, comenzada para negarle como inútiles y poco originales mis impresiones de sectario, va derivando en una inacabable jaculatoria al Altísimo Poeta. Y al terminar, recordando esta inmensa obra y esta gloria tan difundida, pregunto:

¿Qué quedará de aquí a siglos de Víctor Hugo? Tal vez, sólo el nombre—como quedaron el de Homero, el de Esquilo y el de Dante. Con el correr de los tiempos, los nobles genios que hicieron vibrar más enérgicamente el alma de su época, pasan poco a poco a ser solamente tema de estudio para los comentadores. Profeta popular antaño, aclamado en las plazas, hoy infolio de biblioteca, al cual sólo la alta erudición sacude el polvo. ¿Quién lee hoy a Homero? ¿Quién lee al Dante? ¿Cuál de vosotros, cuál de nosotros, leyó la *Odisea* y *Los Siete contra Tebas*, y a Sófocles, y el *Purgatorio*, y a Tácito, y los dramas históricos de Shakespeare, y hasta Voltaire, y hasta Camões? Seguramente se tienen opiniones sobre “el noble estilo de Tácito” y sobre “la ironía de Aristófanes”; pero esas sentencias se transmiten ya hechas, para uso de la Elocuencia, un poco apagadas y llenas de cardenillo, como las monedas que van de mano en mano. Se cita a Virgilio, pero se lee a Daudet.

— Sólo a los veinte años, al entrar a una Universidad, en el comienzo de una carrera de Letras, se abren aquí y allá esos libros que llamamos “los clásicos”, y se recorre distraídamente algún episodio famoso—como el de *Francesca de Rimini*, o una arenga del *Cid*. Después sólo se vuelve a encontrar el gran Poema o el gran Drama, más tarde, en una sala, sobre la mesa, con ilustraciones de un Doré, una encuadernación tan dorada como la caja de una momia egipcia, y sirviendo de ornamento, al lado de un cofre de marfil o de rosas frescas en un jarrón de China. *La Divina Comedia*, el *Don Quijote*, *La Iliada*, son hoy—a no ser para los comentadores o para los espíritus refinadamente literarios—volúmenes decorativos. La multitud conoce sólo a Hamlet por haberlo visto constantemen-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

te en oleografías, vestido de negro, entre la nieve de un cementerio, con la calavera de Yorick en la mano. Y Fausto se escaparía de nuestra memoria—si no se presentase todas las noches delante de los atriles a contarnos, al son de los violoncelos, los anhelos de su alma grande, arreglados en arias y valsos donde se arrulla el cavilar de las mujeres...

Sin embargo, una cosa queda de los grandes genios: el contorno legendario de su personalidad. Es como un retrato moral que se fija en la imaginación y que se va reproduciendo a través de mucho tiempo; así vemos perpetuamente a Dante en sus largas vestiduras fúnebres, lívido y siniestro, y contemplado en las calles con terror, como aquel que volvió del Infierno. Y esa imagen material hace al hombre de genio tanto más amado cuanto que ella simboliza más la actitud moral que su espíritu tomaba al servicio de la Humanidad: y así veneramos la figura de Voltaire, que invariablemente nos aparece en su poltrona, en Ferney, soltando de labios, *que sonrien siempre* y que ya no podemos concebir *sino sonriendo*, esos epigramas que iban a herir mortalmente en el flanco a la vieja sociedad.

Por eso yo supongo que de aquí a quinientos años, sólo se conocerá el nombre de Hugo. La mocedad en sus primeras curiosidades literarias leerá alguna de sus poesías líricas, y sólo confusamente se sabrá quién era Jean Valjean o Triboulet.

Pero su personalidad será siempre recordada; y eternamente será visto, en infinita gloria, como él impresionó más a su siglo—no pacífico y ancestral, cercado de la idolatría de París, sino lejos, en la isla de Guernesey, sombrío y agitado, lanzando imprecacio-

EÇA DE QUEIROZ

nes contra los tiranos, defendiendo a todos los oprimidos y sobre el rumor del mar hablando a los hombres, espléndidamente, de Piedad, de Paz, de Fraternidad, de Libertad y de Perdón.

De usted colega y amigo

EÇA DE QUEIROZ.

VI

AZULEJOS (I)

Bristol, 12 de junio de 1886.

Mi querido Bernardo:

En los tiempos en que Voltaire, ya después de *Candide*, y aun ya después de *La Pucelle*, se contentaba con cien lectores—tiempos que nos deben parecer bien

(1) Este trabajo, hasta hoy inédito en lengua castellana, es un prólogo en forma epistolar al libro de tan fulgurante título español, típico y definitivamente de raza, que escribió por aquel año, en edad juvenil aún, aunque ya madura y formada, el íntimo y fraternal amigo de Eça de Queiroz, Bernardo de Pindella, primero Vizconde de Pindella, y luego, por la muerte de su hermano Vicente, primogénito, cuyo título heredó, Conde de Arnoso. El Conde de Arnoso en sus juventudes tuvo veleidades literarias y fué un enamorado de las Bellas Artes, herencia que transmitió a su hijo, que hoy es el Dr. Vicente Arnoso, autor teatral, muy aplaudido en Lisboa y poeta delicado y exquisito—que era por entonces un encantador chiquillo de tres años, pues de dos años antes de este prólogo (de 30 de agosto de 1884) se conserva una carta de Eça de Queiroz al Vizconde de Pindella y al Conde de Arnoso (escribía conjuntamente a los dos hermanos, Vicente y Bernardo), y en esta carta, que ha publicado Antonio Cabral, se alude a los pequeñines de la casa, entre los cuales estaba Vicentito. “*Caro Bernardo, ainda estás ahí em Pindella? Atira n’este caso da minha parte chuva de beijos sobre os teus pequerruchos.*”

Antonio Cabral, que publicó esta carta (en su libro *Eça de Queiroz.—A sua vida e a sua obra.—Cartas e documen-*

incultos, en este año de gracia y de voraz lectura en que *Le Petit Journal* tira 800.000 números y *Germinal* es traducido a siete idiomas para que lo bendigan siete pueblos—; esos cien hombres que leían y que satis-

tos inéditos; tercera parte, págs. 264 y 265, nota: Livraria Aillaud et Bertrand; Lisboa, 1916), añade como anécdota pintoresca el caso que ocurrió en la casa de Pindella un día que fueron a visitar a los dos hermanos aristócratas Eça de Queiroz, su íntimo amigo Ramalho Ortigão y el Conde de Ficalho, el gran botánico y aristócrata de abolengo... Eça, con su monóculo sempiterno, quedóse fijo contemplando en el baño al pequeño *menino* de Bernardo Pindella, que se revolvía en el agua con piernas y brazos, auxiliado por el ama. Y cuando notaron que Eça no aparecía por la sala, preguntó uno de sus amigos: —¿Dónde quedaría encallado José María?—Vete a ver, Bernardo... Y cuando el Conde fué a verle y le encontró con el monóculo sobre la bañera, le preguntó: —¿Qué haces, hombre de Dios?—Cállate—respondió Eça—. ¡Estoy aquí admirando a tu chiquillo, encantado de haber descubrierto, por fin, una criatura más flaca que yo!...— El Conde de Arnoso fué siempre de los amigos íntimos y más queridos de Eça, y formó parte y ocupó puesto muy principal entre el grupo de *Os vencidos da vida*, célebre en Lisboa por aquellos años—pues precisamente la formación de esa tertulia aristocrática (a la que pertenecían políticos y aristócratas tan distinguidos como Luis de Soveral y el Conde de Sabugosa; periodistas como Carlos Lobo d'Avila; historiadores como Oliveira Martins; oradores como Antonio Cândido; escritores como Guerra Junqueiro, Ramalho Ortigão y Eça de Queiroz), fué hacia fines de 1887 o principios del 88. En ella fué contertulio muy relevante Pindella que, según los retratos de la época, tenía una gallarda prestancia de mozo meridional, que sería *de certo* deleite de las *meninas* de Lisboa, de la Lisboa *fidalg*a en que él vivía. De varias comidas dadas por él en su casa de Santo Domingo, en el barrio de Lapa (*Rua de Santo Domingos à Lapa* se llama la calle donde está situado su palacio solariego), en Lisboa, nos da noticias el periódico *O Tempo*—dirigido por uno de los contertulios, Carlos Lobo d'Avila—que era algo así como el órgano oficial del grupo. Así sabemos de dos banquetes dados por Pindella en 16 de febrero y en 21 de mayo de 1889; en uno de ellos recibióse un bello telegrama de Guerra Junqueiro, que estaba en su retiro campestre de Lima, escrito en versos alejandrinos, de gran vigor y plasticidad. Los admiradores de Eça de Queiroz

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

facían a Voltaire, eran tratados por los escritores con un ceremonial y una adulación que solamente se usaban con los Príncipes de la Sangre y con las Favoritas. En verdad, el Lector de entonces, "el amigo Lec-

debemos eterna gratitud al Conde de Arnosó, porque, no olvidando, como otros, la memoria del gran novelista, presentó una proposición en la Alta Cámara, de la cual era miembro—en 15 de marzo de 1901—para que se concediese una pensión anual de 1.200\$000 a doña Emilia de Castro Eça de Queiroz, viuda del eminente escritor, y a sus hijos María, José, Antonio y Alberto. Esta pensión había de ser vitalicia (según se expresa en el segundo artículo de la proposición de ley); pero el Gobierno de la República tuvo a bien, es decir, a mal, revocar esa legislación en 30 de junio de 1912 para traspasarla a la viuda del caricaturista Bordálo Pinheiro—con el especioso pretexto de que los hijos del escritor conspiraban contra la República. Fué poco noble y gallarda la actitud del Gobierno, aunque fuese exacta la conspiración—tratándose de escritor que tanto había contribuído a democratizar e infundir espíritu liberal en el alma portuguesa, aunque no fuese *republicano profeso*, por tradición de familia, por espíritu de compañerismo con sus amigos el Conde de Arnosó, el Conde de Sabugosa y el Marqués de Soveral—; en suma, por su amistad personal con el Rey D. Carlos I.—Eça de Queiroz fué liberal y esto basta; y el espíritu amplio de una República democrática no debió ampararse en más menudencias ni exigir con escrúpulos monjiles devoción sumisa a la República a los hijos del novelista, que al fin no tenían obligación de sustentar las doctrinas del padre, máxime cuando *dos* de los hijos eran los que conspiraban y la pensión era para *toda* la familia, en la cual había dos damas, la viuda y la hija María, dignas, sólo por serlo, del respeto del Gobierno de la República. Desgraciadamente no pesaron estas consideraciones, ni hubo quien las adujese donde definitivamente se aprobó la supresión de la pensión anual, o sea en la Cámara baja, en 18 de junio de 1912, aunque hubo algunas raras protestas, ni en la Cámara Alta, donde pasó, en 29 de junio. Por desdicha, el gran amigo de Eça, el Conde de Arnosó, no pudo protestar, por haber fallecido en 21 de mayo de 1911, que de fijo, al estar vivo, hubiera opuesto las dificultades obstructivas que su experiencia parlamentaria de muchos años le hubiera sugerido, para que no se hubiese retirado la pensión a la familia de su ilustre y querido amigo.—*N. del T.*

tor", pertenecía siempre a los altos cuerpos del Estado; el alfabeto aún no se había democratizado; casi sólo sabían leer las Academias, algunos de la Nobleza, los Parlamentos y Federico II, Rey de Prusia; y naturalmente, el hombre de letras, aun cuando no fuese un poeta parásito del melancólico tipo de Nicolás Tolentino, al entrar en relaciones con ese lector de grandes modales, emplumado, vestido tal vez de armiño, empleaba todas las formas y todas las gracias del respeto y se ponía siempre, genuínos o fingidos, los puños de encaje de Mr. de Buffon.

Pero esta cortesía, en que había emoción, procedía sobre todo de que el Escritor, hace cien años, dirigíase particularmente a una persona de saber y de gusto, amiga de la Elocuencia y de la Tragedia, que ocupaba sus ocios lujosos en leer, y que se llamaba "el Lector"; y hoy dirígese dispersamente a una multitud atropellada y tosca, que se llama "el Público".

Esta expresión, "la lectura", hace cien años, sugería al punto la imagen de una biblioteca silenciosa, con bustos de Platón y de Séneca; una amplia poltrona almohadillada, una ventana abierta sobre los aromas de un jardín, y en este retiro austero, de paz estudiosa, un hombre fino, erudito, saboreando línea a línea *su libro*, en un recogimiento casi amoroso. La idea de lectura, hoy, recuerda sólo una turba hojeando páginas aprisa, en el rumor de una plaza.

Ahora bien; cuando este Lector docto, agudo, amable, bien empolvado, íntimo de las edades clásicas, recibía al Escritor en su soledad letrada, el Escritor necesitaba presentarse con reverencia y *modestement courbè*, como aconsejaba Beaumarchais. Es un hombre culto, que va a casa de otro hombre culto; y ese

encuentro está regulado por una etiqueta tradicional y gentil.

Ni el filósofo que viene a someter un sistema; ni el poeta laureado en *El Mercurio galante*, que trae su oda; ni Chénier, con sus tragedias; ni Masillón, con sus sermones; ni los rígidos, ni los ligeros; ninguno, por muy ilustre que fuere, irrumpía bruscamente en la atención del Lector, sin espera y sin medida, como se entra en un patio público. Había de haber una presentación solemne, condigna, copiosa; y eso se hacía en ese fragmento de prosa en tipo grueso, con citas latinas, que se llamaba *Prefacio*. Allí, el autor, *modestement courbè*, delante del Lector acogedor y risueño, hablaba con prolijidad de sí, de sus intenciones, de su obra, de su salud; decíale dulzuras, llamábale *pío*, *perspicaz*, *benévolo*; justificaba sus métodos, citaba sus autoridades; si era joven, mostraba su inexperiencia en botón, ruborizándose; si era viejo, despedíase del Lector a la manera de Boileau, en una pompa triste, como desde el borde de un sepulcro... Trocadas estas cortesías no se entraba al punto secamente en las ideas y en los hechos; si el libro era de versos, el Poeta, teniendo al Lector a su lado, balanceaba el incensario y hacía una invocación a los dioses, como en los peldaños de un santuario; si era Tratado de Moral o de Historia, había en el liminar del capítulo primero—para que el Escritor y el Lector reposasen—un pórtico de consideraciones generales, dispuestas con simetría, a manera de columnas de mármol puro, donde se enguirnaldaban, en festones, flores de lenguaje, pomposas o medio mustias. Después, el Autor iba llevando al Lector de la mano a través de su obra, como a través de un jardín que se enseña, recorriendo con gusto las avenidas más adornadas de erudición,

parándose a veces a conversar dulcemente a la sombra de un pensamiento frondoso. Así se formaba entre ambos una enternecida intimidad espiritual. El Lector poseía en el hombre de letras un compañero de soledad, de un encanto siempre renovado... El Autor encontraba en el Lector una atención detenida, fiel, creyente; como Filósofo, tenía en él un discípulo; como Poeta, un confidente...

Luego, una mañana de Julio tomóse la Bastilla. Todo se revolvió y mil novedades violentas surgieron, alterando la configuración moral de la tierra... Vino la Democracia; se inauguró la iluminación de gas; apareció la instrucción gratuita y obligatoria; se instalaron las máquinas Marinoni, que imprimen cien mil periódicos por hora; vinieron los Clubs, el Romanticismo, la Política, la Libertad y la Fototipia. Todo comenzó a hacerse por medio de vapor y de ruedas dentadas, y para las grandes multitudes. Esa cosa tan maravillosa, de un mecanismo tan delicado, llamada *el individuo*, desapareció; y comenzaron a moverse las multitudes, gobernadas por un instinto, por un interés o por un entusiasmo. Entonces fué cuando se hundió el Lector, el amigo Lector, discípulo y confidente, sentado lejos de los ruidos incultos, bajo el busto claro de Minerva; el Lector amigo con quien se conversaba deliciosamente en largos y locuaces *Proemios*; y en lugar de él, el hombre de letras vió delante de sí la turba que se llama el *Público*, que lee alto y aprisa en el rumor de las calles.

Los modales del escritor para con estos cien mil ciudadanos, que extendían tumultuosamente la mano hacia el libro, no podían ser selectos y pulidos, como los que tenía con el lector clásico que le abría sonriendo y ya atento la puerta de su intimidad erudita. Para descen-

der a la plaza donde se congregaba el Público no eran necesarios los puños de encaje de Mr. de Buffon, como para penetrar en la biblioteca del Lector amigo, donde iba el Escritor a encontrar a Cicerón y a Aristóteles revestidos de marroquín y oro...

Inmediatamente dejó de haber esa amable y conversadora presentación que se llamaba el *Proemio*; nunca más el hombre de letras desmenuzó al Lector sus motivos para discurrir o cantar, pidiéndole con humildad un lugar en el estante. Ahora, terminada la obra, el Escritor, aún sudando y con el chaquetón de trabajo, la arroja a la calle brutalmente. La obra ya no es la sabia composición, compuesta con arreglo a los dictámenes de las Artes Poéticas, para ser agasajada y encuadernada por Mecenas... Idea o Imagen, debe ser cosa viva, y, como tal, se lanza al remolino de la Vida para ir a rodar con ella, a pleno sol.

Así se tornó inútil la caricia aduladora con que en el antiguo régimen se atraía y se retenía al Lector. Ya no se conversa íntimamente con él, caminando a su lado a través de páginas galantes o solemnes... El historiador, el novelista que hoy interrumpiese el fluír de sus deducciones para dar un estirón a los puños de encaje y decir: "Nota tú, lector amigo...", sería considerado un intolerable *caturra* de las edades caducas. El Lector dejó de ser una persona a quien se habla aisladamente y con el tricornio en la mano; el Escritor tornóse tan impersonal como él. No son individualidades cultas comunicándose: son dos substancias difusas que se penetran, como la luz cuando atraviesa el aire.

Sin embargo, hay aún hoy escritores que, seducidos por la gracia noble de las maneras clásicas, cuando buscan al Público con un libro amorosamente trabajado, quieren poner en ese encuentro las formas aparatosas

de la etiqueta de antaño. Son, sobre todo, aquellos que, escribiendo delicadamente y para delicados, cuentan sólo con el Lector de los antiguos tiempos, que ya no usa espadín ni cita finamente a Horacio, sacudiendo el rapé de la gorguera de encajes; pero que posee todas las delicadezas del gusto nuevo y encuaderna y obsequia a los estilistas, a los parnasianos, a los femeninos, a los Coppée, a los Daudet, a los Verlaine, con cariño religioso con que los Mecenas de la época de Boileau encuadernaban y releían a Tácito y a Cátulo.

Tú eres de esos... La grosera multitud te asusta un poco con su desatención ruidosa; y confías, sobre todo, en ese Lector perfecto, enamorado acaso de las lindas flores modernas de Fantasía y de Estilo. Pero sabes cómo ese lector gusta de las prácticas graciosas que ennoblecían la vida antes de la toma de la Bastilla; y ni por un lugar en el cielo, entre San Hilario y San Hilarión, le querías ofender, interrumpiendo brusca y democráticamente su atención preciosa. Por eso deseas llevar alguien a tu lado, ya más familiar con él, que le diga, siguiendo la buena tradición de los añorados (1) *Proemios* y desde luego *modestement courbè*: "Lector pío, benévolo y amigo, aquí te presento..." Y soy yo aquel a quien tú escoges, para esta gentil ceremonia, perfumada de arcaísmo, entre tus amigos, "simples hacedores de libros", como decía altivamente el viejo Carlyle...

Aquí estoy yo, amigo. Pero temo que te suceda como a aquel caballero de la balada, cuya historia yo leí en un viejo infolio español, donde aparecía conceptuosa y

(1) Aquí quiero traducir por *añorados* el adjetivo *saudosos*, ya que esa palabra se ha avecindado en el castellano, venida del catalán—*anyoranca*, *anyorament*, que, según el cultísimo lusófilo Sr. Ribera y Rovira, tiene la misma fuerza de expresión que la mágica palabra lusitana *saudade*.—*Nota del traductor.*

florida para servir de ejemplo a *los peligros de las malas compañías*... Este mozo heroico y cándido resolviera por uno de esos motivos de fe, de guerra o de amor, que eran entonces los únicos que dirigían las acciones humanas, ir a ofrecer su gran espada a una Virgen, cuya clara ermita, en un rincón de la sierra, entre rumorosa arboleda, era como una fuente espiritual donde perennemente fluían los misericordiosos milagros.

Tenía este poético mozo un amigo que en esos ardientes tiempos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y *de la Caballería a lo divino* (1), era secretamente, bajo su cota de malla, un ateo, como si ya leyese todas las noches en su alcázar, a la luz radical del petróleo, *Le Rappel* y *L'Intransigéant*... Como este incrédulo, acorazado de hierro, conocía bien los senderos de la montaña, quiso el devotísimo caballero que le acompañase en su bucólica romería. Y mal sospechaba el héroe ingenuo que mientras él subía con un alborozo piadoso por esos caminos un poco ásperos, como los de la Fe; su camarada iba a su lado lamentando amargamente que una tan buena espada, de tan fino linaje, de tan vigoroso golpe, forjada en Toledo por Mestre Francisco Ruiz, flor y nata de espaderos, quedase de allí en adelante enmoheciéndose a los pies de una Señora, que era sólo un tosco pedazo de madera, con dos ojos de vidrio y un poco de satén encima, bordado de lentejuelas... Y ¿sabes lo que sucedió? Que apenas el caballero, de rodillas y murmurando el *Ave Reina de gracia*, colocó junto a la imagen la lámina purísima de acero; la imagen bajó severamente los ojos y repelió

(1) Lo mismo esta frase que la anterior subrayada en el otro párrafo—"los peligros de las malas compañías"—las ha puesto Queiroz en castellano en el original para garantizar la autenticidad de la anécdota.—*N. del T.*

la espada con el pie justiciero y dulce que al mismo tiempo aplasta la serpiente y acaricia la tierra... La hoja de acero templada por Mestre Francisco Ruiz se deshizo en pedazos negros, del color del tizón, que es el color del demonio; y sobre la selva, llena de gorjeos y aromas, se esparció una obscuridad horrible, como si la luz que la doraba se hubiese recogido toda bajo las pestañas cerradas de la Virgen ofendida... ¡Ay de mí! ¿Por qué no escogió el devoto mozo para compañero de romería a algún clérigo íntimo del cielo o a algún escudero leal y buen rezador de su rosario? La imagen era española, y por lo tanto, impresionable, y viendo al caballero y su espada escoltados por un escéptico, que orgullosamente pensaba que no habría santos si no hubiera santeros, se rigió impremeditadamente por el adagio, que es de España y de otras tierras "Dime con quién irás, te diré lo que pensarás..." (1).

Esta historia, como todas aquellas en que aparecen santos y caballeros, encierra una fecunda lección. Y ¿no temes tú, amigo mío, que, a semejanza de aquella Virgen española, los espíritus tímidos para quienes escribiste tan acariciadoramente tus *Azulejos*, bajen los ojos y rechacen el libro gentil, al ver que lo viene acompañando por estos lodazales de la publicidad un infiel, un renegado del Idealismo, un esclavo de la ruda Verdad, uno de esos ilegibles, de gustos soeces, que hozan gozosamente en el lodo social, que se llaman "naturalistas"

(1) Sí, es de España; pero no en esa forma, maestro Queiroz. Están trocados los tiempos de los dos verbos y puestos en futuro, cuando debe ser presente de indicativo. Todo el mundo sabe que el clásico y manoseado proverbio español reza: "Dime con quién andas, te diré quién eres".—N. del T.

y que tienen el apodo de "realistas"? (1). *Dime con quién irás, hijo mío, te diré lo que pensarás.* ¿No temes que te juzguen también un "realista"?...

¿No temes que tu libro de Literatura, casto de aroma y de color, sea tratado como uno de esos frutos podridos que ama el Naturalismo? ¡Frutos tremendos que han depravado el paladar de las multitudes, a tal punto, que sólo ellos apetecen y sólo ellos se venden y ya nadie va a feriar en los puestos donde rojean las frescas fresas acabadas de coger en el fresal del Romanticismo!...

¡Ah!... Si nuestra amada Lisboa, vieja ama de cura que se emperifolla a la francesa, hubiese comprendido lo que en este año de gracia de 1886 ya comprendió hasta la aldea de Carpentras, famosa por su mojigatería (2): que el Naturalismo consiste sólo en pintar su calle como ella es *en su realidad*, y no como tú la podrías idear *en tu imaginación*, sería honrar tu libro hacerlo sospechoso de Naturalismo. Significaría entonces obra naturalista, para nuestra bondadosa Lisboa, obra observada y no soñada; obra modelada sobre las formas de la Naturaleza, no recortada sobre patrones de papel; obra asentada en las eternas bases de la Vida, y no en ese muladar muelle, hecho de sentimentalismo hediondo y de cascajo de retórica, que aún entorpece el camino del Arte y donde se ve todavía, a veces, brotar una florecita triste y melada que cuelga y que hiede a moho.

Mas como tú sabes, amigo, en esta capital de nuestro Reino permanece la opinión cimentada a piedra y cal,

(1) No se olvide que en 1886, cuando se escribía este prefacio, era la época de *sturm und drang*, de lucha del naturalismo con el idealismo en toda la Península, así en Portugal como en España.—*N. del T.*

(2) Aldea de Francia a la cual atribuye Eça la *caturrice*. *N. del T.*

entre legos y entre letrados, de que el Naturalismo o, como dice la capital, el Realismo, ¡es *grosería* y *suciedad!*... ¿No has reparado tú en que cuando un periodista, copiando en su diario con pluma hábil el parte de la Jefatura de Policía—que es el *roast-beef* de la Prensa—menciona a un salvaje que profirió palabras inmundas, nunca deja de llamarle, con una ironía cuyo brillo raro le llena de legítimo orgullo, *discípulo de Zola?*... ¿No has notado que en los periódicos, cuando se quiere definir una manera especial de ser torpe, se emplea esta expresión consagrada: *a lo Zola?*... ¿No has visto que al describir un caso sórdido o bestial, el hombre de la gaceta añade siempre con un desdén grandioso: “Para contar bien cómo ocurrió todo, necesitábamos saber manejar la pluma de Zola”? ¡Así es, así es!... ¡Extraña maravilla de brutalidad!... ¡El nombre del épico genial de *Germinal* y de *L'Oeuvre* sirve para simbolizar todo lo que, en actos y palabras, es grosero e inmundo!... ¡Esto ocurre en una población que en la Geografía política es una capital y se llama Lisboa; pero que, en el orden del pensamiento y del saber, es un lugarejo sin nombre!...

¡Dios mío, seamos justos!... También en Francia y en Inglaterra, hace quince años, hubo la misma opinión sobre el Naturalismo; también los necios y los malignos gritaron: *grosería, suciedad*, al aparecer esas vivas, fuertes, fecundas, resplandecientes creaciones de *L'Assommoir* y de *Naná*. Solamente que en Francia y en Inglaterra bien de prisa los necios comprendieron (como ya muy bien habían comprendido los malignos) que no se trataba de una literatura expresamente libertina, hija de Bocaccio, de Brantôme y de Piron, especulando con el vicio y haciendo dinero con él—como paralelamente el Sr. Ulbach y otros púdicos peores procuran

juiciosamente acumular pecunia, fabricando correctos cuadros de virtud para uso de los colegios de señoritas—; sino que estábamos en presencia de un Arte amplio y poderoso, que hacía una profunda y sutil investigación en toda la sociedad y en toda la vida contemporánea, pintando sincera y crudamente lo feo y lo malo, y no pudiendo en su santa misión de verdad ocultar detalle alguno, por muy torpe que sea, como en su científica necesidad de exactitud, un libro de Fisiología no puede omitir el estudio de ninguna función ni de ningún órgano. Ahora bien; este noble Arte no juzga que debe mutilar la Realidad o falsearla, comprometiéndose así su grandioso fin moral, sólo porque pudiera hacerse ruborizar a las señoritas; a las señoritas que, según nos reveló últimamente el castísimo e idealísimo Feuillet, conocedor perfecto de las costumbres de la virginidad, cuando están juntas, todas de blanco, en un rincón de la sala, tienen conversaciones *qui feraient rougir un singe*, ¡que harían ruborizarse a un mico!... Y en verdad os digo, mis conciudadanos, que el mono está considerado desde Plinio como la más impúdica, la más obscena de las criaturas que salieron de las manos inagotables del Señor...

Pero nuestra tierra, amigo, nunca lo comprendió así. Para ella, Naturalismo es cosa sucia, y cosa sucia seguirá siendo... Desde que nosotros, portugueses, conseguimos organizar una idea dentro del cráneo, nuestra pereza intelectual, nuestro abandono, este fondo de desdeñosa indiferencia que todos los meridionales tienen por las ideas y por las mujeres, impídenos removerla, sacarla de su rincón, donde queda criando moho con toda tranquilidad y para siempre. En Literatura, en Costumbres, en Política y en la fabricación de zapatillas de orillo, estamos viviendo y estamos murien-

do de este obtuso y viscoso apego a la vaguedad de las primeras impresiones. Sería inútil explicar con alaridos, en una trompeta de bronce, a los oídos de nuestra suave Lisboa, acurrucada a la orilla del Tajo viendo correr el agua, lo que significa el Naturalismo. Después de destrozarnos el pulmón gritándole que no es de la filiación del Marqués de Sade, que *no es grosería ni suciedad*, y que proviene de Homero, a través de Shakespeare y de Molière, la deleitosa ciudad, lega o letrada, desviaría de la corriente del río la mirada lenta y murmuraría con aquella voz pachorrenta y bonachona, que es tan suya: “¿El Naturalismo?... ¿Está hablando del Naturalismo?... Bien lo sé; es grosería y suciedad” (1).

Así es ella: dulcemente testaruda. Lo que no impide que se abalance con voracidad sobre todas esas *Naná*s, esos *Pot-Bouilles*, encuadernados en amarillo, que declara groseros y sucios. Y a tal punto que no tolera, y deja cubrirse de moho en las librerías, los bizcochos inofensivos que le cocinan los maestros con la harina pura del Idealismo (2). No le placen. ¡Quiere lodo, el

(1) ¡Cuánta aplicación tendrían estas frases a España por aquel entonces, donde, cuando se debatía la cuestión del naturalismo, Pedro Antonio de Alarcón hablaba de “la mano sucia”, y Luis Alfonso, el crítico de guante blanco, se escandalizaba desde *La Epocal*—Véase *La cuestión palpitante*, de la señora Pardo Bazán, y *Sermón perdido* y *Mezclilla*, de Leopoldo Alas.—*N. del T.*

(2) Este período del interesante prefacio es una alusión a Castello Branco y otros idealistas, que se veían obligados a escribir en naturalistas porque la gente no compraba los libros de idealismo. Así el autor de *Amor de perdición* escribía al final de su vida *A Corja* y *Eusebio Macario*. Esta fina y muy intencionada alusión, algo pérfida en verdad, provocó una réplica de Castello Branco en unas *Notas a Procissão dos Mortos*, y en contestación a esa réplica, escribió Eça de Queiroz la *Carta a Camillo Castello Branco*, que aparece en el

lodo que condena en las salas, descotada y austera!...

De tal suerte, que asistimos a esta cosa pavorosa: los discípulos del Idealismo, para no ser del todo olvidados, agáchanse melancólicamente, y con lágrimas reprimidas, ¡se untan también de lodo! Sí, amigo mío; estos hombres puros, vestidos de lino puro, que tan indignamente nos reprendieron por revolcarnos en el lodazal, vienen ahora a emporcarse con nuestro barro... Después, levantando muy alto las cubiertas de sus libros, donde escribieron en gruesas titulares este letrero: *Novela realista*, parece que dicen al Público con una sonrisa triste en el semblante enmascarado: "Miren también para nosotros; léannos también a nosotros... Crean que también somos groserísimos y que también somos muy sucios..."

Todavía hay, sin embargo, en esta tierra espíritus escrupulosos y tímidos que, considerando ingenuamente los libros naturalistas como inmundicias in-8.º, los repelen con un desdén que es pueril, pero sincero; cómico, pero honrado. Y para ellos se hace ya necesario ir gritando hasta lo alto de las sierras, que tu libro, a pesar de ir acompañado por uno de esos escarbadores de Verdades que hozan en los estercoleros humanos, lejos de ser uno de esos frutos podridos que ama el Naturalismo, es una flor bien granada, bien graciosa, bien aromática!... Pero es preciso decir también a los espíritus más numerosos y superiores que detestan las flores de papel: ¡que el Naturalismo acepta

libro póstumo ULTIMAS PÁGINAS: (*Manuscritos inéditos*); segunda Edición.—Lisboa, 1917; y que yo he traducido en mi volumen de antología de Queiroz, titulado *La decadencia de la risa*, en esta misma Biblioteca. Ese ensayo o *Carta a Camillo Castello Branco*, reaparecerá en el volumen titulado ULTIMAS PÁGINAS, que publicará próximamente esta misma *Biblioteca Nueva*.—N. del T.

tu flor como suya, por ser natural, fuerte y llena de savia, con firmes raíces en el suelo de la Naturaleza!...

Tú pusiste al libro amable el título de *Azulejos*, ¡nombre claro, alegre, lustroso y bien meridional!... El expresa gentilmente la naturaleza de tus cuentos, que ofrecen cada uno el diseño vivo y corto de un pedazo de vida real, entrevisto, fijado ligeramente en la primera frescura de la emoción... Sin duda, te fué sugerido por esos revestimientos de azulejos que tanto embellecen las paredes de conventos, de viejas viviendas de campo, y donde se ven, dentro de un bordado ingenuo de follajes de acanto, en un dibujo azul y nítido, escenas concisas de la vida activa: una cacería con lanzas, una comitiva de hidalgos viajando, barcos de vela deslizándose por un río, frailes en recreación bajo los árboles de una cerca... (1).

Así tú trazas en tus *Azulejos* breves esbozos de la vida interior y afectiva; ya es la historia discreta de una pasión novelesca, de esas que llenaron de lágrimas el principio del siglo, en el tiempo de los blasones, de los monasterios y de las jácaras; ya es la ternura sencilla y absoluta de una pobre costurera, rosa medio marchita de buhardilla, que el primer soplo de realidad inclemente hace caer del todo deshojada; ya es una devoción religiosa y sencilla de clérigo, toda perfumada de esas creencias de aldea que son humo, como el

(1) En todo Portugal los azulejos son muy usados en la ornamentación de edificios y de calles. El viajero inglés Aubrey Bell dice a este propósito: "Sometimes they are entirely covered with *azulejos* (glazed tiles) easily washed and looking very bright and clean." (Aubrey F. G. Bell: *In Portugal*, capítulo X, pág. 74.)—*N. del T.*

humos de los hogares, pero que, como él, revelan el descanso, la paz íntima, el alma aquietada y contenta en su fe; ya es la *Guitarra de Blas*, gimiendo por las tabernas la sensibilidad enfermiza y viciosa de los barrios de fábricas... Y todos estos cuadros son *azulejos*, son verdaderamente tratados a la manera de los *azulejos* de loza en un corredor de monasterio; no hay en ellos nada de duro, de opaco, de empastado; son fáciles y límpidos; tienen la precisión fina y graciosa de un contorno azul sobre un fondo blanco...

Y lo que me agrada en tu libro es esta manera fugitiva, alada, acariciadora, de pintar las cosas en *azul* y *blanco*. Te revelas así como un delicado. Sin serte extraña la esencia de la Vida y de la Realidad, no parece estar en tu gusto, tal vez en tu temperamento, ir a revolverla hasta las bascas con la curiosidad áspera de la pasión. Tu pluma roza simplemente los contornos de la Naturaleza, marcándolos con un trazo suave y tenue. No escarba abajo, donde están la hulla y el oro. Comprende bien la utilidad y la belleza de descender hasta las sombrías entrañas de la Vida, de sorprender la palpitación que todo lo determina; pero hallas con razón más atractivos en quedar en la superficie, donde los jazmines florecen y cantan los mirlos...

El hijo más joven del descuidado Augías, que era también un artista en cerámica, fué el único que ofreció el vino de la buena acogida y aplaudió a Hércules cuando llegó para limpiar las pavorosas caballerizas del rey su padre. Pero apenas el sereno héroe, poniendo en un rincón la clava, partió a afrontar las seculares inmundicias, el hijo de Augías se refugió en la más alta torre, donde no pudiese advertir el sobrehumano trabajo de Alcides, ni oliese los hedores que de él se iban a exhalar; y allí, graciosamente, comenzó a pin-

tar en un vaso una caballeriza, pero toda de jaspe y oro, donde estaban presos, fulvos y color de aurora, los cuatro caballos de Febo. Así tú, comprendiendo la grandeza magnánima de quien remueve lodos y detritus para purificar el aire de un Reino, encuentras, no obstante, más dulce quedarte espejeando colores en un vaso, viendo brillar entre los racimos de la viña el azul del mar de la Hélade. ¡Haces bien!... Coges sólo la flor de las cosas, que puede ser roja y melancólica o amarilla y festiva, pero siempre es una flor; mientras que nosotros nos inclinamos a analizar científicamente las raíces, que son negras, que son feas y que vienen sucias de la tierra áspera donde arraigan y cuya savia absorben...

Para fijar esos pedazos de vida real entrevistados y presentidos, tienes una forma excelente, toda de naturalidad de transparencia. Fáltate, ciertamente, ese relieve cespado, intensamente trabajado, que en Francia tanto sorprende y agrada modernamente, y donde se revela el doloroso esfuerzo del artista, en un ansia de originalidad, gimiendo y palideciendo sobre su buril. ¡No importa! Fué esa forma francesa (cuya simiente imprudente lanzaron los Goncourt y con la cual los parnasianos en prosa y verso produjeron las flores supremas, frías y brillantes como labores de joyería) la que, desembarcada, en un desastroso día, de un vapor correo de Francia, y luego parodiada (1) sin sentido y sin gusto, originó entre nosotros esos estilos grotescos e insensatos que infestan toda la obra escrita de la generación nueva, desde el informe de los tribunales has-

(1) *Macaqueada*; sería mejor conservar esta palabra portuguesa tan gráfica, haciendo con el verbo *macaquear*, del sustantivo *macaco*, la sustitución de *parodiar*.—N. del T.

ta el madrigal; estilos disparatados, pícaros, soeces (1), recuerdan la incoherencia de quien baraja palabras en el desvariar de una fiebre y evocan la cursilería (2) de quien, en una villa remota de provincia, enarbola corbatas de terciopelo verdegay, juzgando reproducir “modelos de París”; y así dan el horror inesperado y estremecedor de una cosa que es al mismo tiempo delirante y canalla...

Tu sencillez, Dios sea loado, es flúida y correcta; y posees así la mejor manera en el arte del cuento con esas medias tintas, esa aguada límpida que no empasta y deja ver hasta el fondo diáfananamente.

En el cuento es menester que todo sea apuntado en un rasgo ligero y sobrio; de las figuras sólo debe verse la línea flagrante y definidora que revela y fija una personalidad; de los sentimientos, sólo lo que quepa en una mirada, o en una de esas palabras que escapan de los labios y revelan todo el ser; del paisaje, solamente las lejanías, en un color uniforme. Tú seguiste fielmente en buen hora esta poética, que es viejísima, que ya viene de Horacio. Y eso forma uno de los encantos de tus *Azulejos*.

Mas el encanto mayor para mí está en esa vibrante y fina sensibilidad, medio llorosa y medio risueña, que en cada página palpita. Tú comienzas por tener una emoción triste en presencia de la vida. ¡Oh, no derra-

(1) *Reles* es una palabra portuguesa, y mejor aún lisboeta, muy típica; se oye decir a cada momento *muito reles*, en el sentido de vulgar, bajo, soez, grosero, zafio, etc.—*N. del T.*

(2) *Pelintrice*, sustantivo derivado del adjetivo *pelintra*, que es en lisbonense—casi en caló—lo que *pelana* en caló madrileño, o lo que *pelagatos* en buen castellano. Pero aunque *pelintrice* sería en tal caso *pelagatería*—como ya lo traduje en un pasaje de *LA DECADENCIA DE LA RISA*—publicada en esta misma *Biblioteca Nueva* (Madrid, 1918)—aquí por el contexto tiene un sentido más amplio de cursilería provinciana.—*N. del T.*

mas ciertamente los llantos obstinados del elegíaco, ni te devasta la desolación del profeta!... ¡Muy lejos de eso!... La tuya es una melancolía ligera, resignada, como la puede sentir quien, teniendo un temperamento simpático a los dolores humanos, comprende al mismo tiempo que ellos son la parte ineludible, casi necesaria, de un mundo en que es delicioso vivir. Ahora bien; esta fe mundana en el encanto de la vida mantiene desde luego en tu emoción un tono justo; la impide caer en el *sentimentalismo* y en la *sensiblería*; y es ella la que te da esa ironía, tímida y desvaída, pero bien visible, que paralelamente a una tristeza dulce atraviesa tus cuentos, corrigiendo tu vago enternecimiento de apasionado con su rasgo de finura crítica...

Y así sensibilizado, vibrando suficientemente para sentir la poesía sutil de las cosas; armado de una punta de ironía para impedir que tus creaciones se te azuleen del todo bajo la pena, en un impulso de piedad sentimental y se tornen novelescas y, por lo tanto, falsas, tú pudiste hacer la obra delicada y original, mezclando tu libro de gracia poética y de verdad humana. Son tus cuentos, pues, aun por este lado, realmente *azulejos*. El color es azul y, por lo tanto, idealizado; pero en esa idealización de tono que pertenece a la imaginación y al sueño, las figuras, por la exactitud del dibujo, permanecen en la Realidad y son sólidas expresiones de Vida.

Esta manera de pintar la verdad, levemente desvanecida en la niebla dorada y trémula de la fantasía, satisfaciendo la necesidad de idealismo que todos tenemos nativamente, y al mismo tiempo la seca curiosidad de lo Real que nos dieron nuestras educaciones positivas, parece la mejor manera y la más interesante para quien, como tú, nada más pretende en las regio-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

nes del Arte que saber contar de vez en cuando, con buen sentido y buen gusto, una historia imaginada o recordada. Dulce ocupación es, amigo mío, la del cuentista, en los vagares de un casto Decamerón; en ella encontrarás un placer adorablemente fino y perfecto. El Arte, para los que no se clausuraron en él como en los muros de un monasterio, poetiza singularmente la existencia. Si en la intimidad es una esposa celosa, absorbente y devoradora, muéstrase llena de encantos y de gracia que cautiva, para aquellos que sólo de tarde en tarde dan con ella un paseo furtivo en los viejos bosques del laurel délfico!... Uncirse penosamente a la lanza de un arado de hierro, e irlo empujando desde el alba hasta el crepúsculo, en una gleba reseca y empedernida, es labor dolorosa y que llena el aire de gemidos; es la labor de un Flaubert, levantando heroicamente palabra a palabra su monumento, con una pluma rebelde. Pero en este mismo campo, cultivar un macizo de rosas, en la limpidez de la tarde, cuando hay frescura y sombra, es cosa reposada y saludable; y el cuento es esta ligera flor de arte que se cultiva cantando. Distracción que implica una educación: pasar el día lejos de la *Casa Havaneza* y de sus pompas, perfeccionando una frase, burilándola, recortando una imagen en el tejido alado de la imaginación, coloreando de luz y verde un rincón del paisaje; es una alta lección de gusto que ennoblece y afina más delicadamente todo el ser...

Y luego, amigo, el Arte nos ofrece la única posibilidad de realizar el más legítimo deseo de la vida, que es el de no ser apagada del todo por la muerte. Ahora que el Espíritu, teniendo una conciencia más segura del Universo, se niega a creer en la capciosa promesa de las Religiones de que no acabará totalmente e irá aún, en regiones de azul o de fuego, a continuar su existencia por el éxtasis o por el dolor; la única esperanza que nos queda de no morir absolutamente como las coles es la Fama; esa Inmortalidad relativa que se otorga al Arte.

Sólo el Arte puede decir realmente a sus elegidos con firmeza y certidumbre: "Tú no morirás por completo; y hasta amortajado, metido entre las tablas de un ataúd, regado de agua bendita, podrás continuar viviendo por mí. Tu pensamiento, la manifestación mejor y más completa de tu vida, permanecerá intacto, sin que contra él prevalezcan todos los gusanos de la tierra; y aunque fijado definitivamente en tu obra, parezca inmovilizado en ella, como una momia en sus ligaduras, tendrá, sin embargo, el supremo síntoma de la Vida: la renovación y el movimiento, porque hará vibrar otros pensamientos, y a través de las creaciones tuyas estará perpetuamente creando. Hasta tu risa de un momento revivirá en las risas que haya ido despertando; y tus lágrimas no se secarán porque harán verter otras lágrimas. Quedarás para siempre vivo, por mezclarte perpetuamente a la vida de los demás; y las mismas líneas de tu rostro, tu traje, tus modales, no morirán, rememorados constantemente por la curiosidad de las generaciones. Así no desaparecerás ni en tu forma mortal; y serás de esos Eternos Vivientes, más eternos que los Dioses, que son los contemporáneos de todas las generaciones, y van siempre mar-

chando en medio de la Humanidad que marcha... Espíritus originales en los cuales toman luz los demás espíritus para que no se apague el fuego perenne de la Inteligencia, iguales a esas cuatro o cinco lámparas que lleva la gran Caravana de la Meca para que en ellas se enciendan las antorchas, y la Caravana pueda marchar orando siempre y con rumbo seguro."

Y esta promesa, amigo mío, no es falaz. El arte es todo porque sólo él tiene duración; ¡y todo lo demás es nada!... Las Sociedades, los Imperios, son barridos de la tierra, con sus costumbres, sus glorias, sus riquezas; y si no desaparecen de la memoria fugitiva de los hombres, si aún para ellos se vuelven piadosamente las curiosidades, es porque de ellos quedó algún vestigio de Arte; la columna caída de un palacio, los cuatro versos en un pergamino... Las Religiones sólo sobreviven por el arte; sólo él hace a los dioses verdaderamente inmortales, dándoles forma. La Divinidad sólo es absolutamente divina cuando un cincel de genio la fija en mármol; inspira entonces el gran culto intelectual, que es el único desinteresado y el único consciente; ya nada tiene que temer del Libre Examen; entra en la serena región de lo Indiscernible, y sólo entonces deja de tener ateos. El más austero católico es aún pagano, como se era en Citea, delante de la Venus de Milo. Y Nuestra Señora del Cielo sólo tiene adoraciones unánimes y loores sin disputa, cuando el pincel de Murillo la levanta sobre el Orbe, rubia y llena de estrellas.

El Arte es todo y lo demás es nada. Sólo un libro es capaz de hacer la eternidad de un pueblo. Leónidas o Pericles no bastarían para que la vieja Grecia aún viviese, joven y radiante, en nuestros espíritus; le fué preciso tener a Aristóteles y a Ésquilo. Todo es efí-

mero y vano en las Sociedades; sobre todo lo que en ellas más nos deslumbra. ¿Puedes decirme quiénes fueron en los tiempos de Shakespeare los grandes banqueros y las hermosas mujeres? ¿Dónde están los sacos de oro de ellos y el brillo de su lujo? ¿Dónde están los claros ojos de ellas? ¿Dónde están las rosas de York que florecieron entonces? Pero Shakespeare está realmente tan vivo como cuando, en el tablado angosto del *Teatro del Globo*, colgaba la linterna que debía ser la luna, triste y amorosamente invocada, iluminando el jardín de los Capuletos. Está vivo de una vida mejor porque su Espíritu refulge con un sereno y continuo esplendor, sin que lo perturben más las humillantes miserias de la Carne!...

Nada hay más ruidoso y que más vivamente se zarandee con un brillo de lentejuelas que la Política. Por toda esta antigua Europa se ven multitudes de politiquillos y politicastros enflorecidos, emplumados, aturdidores, cacareando infernalmente, con la cresta alta. Pero ¿conoces tú la posibilidad de que aquí a cincuenta años, cuando se estén levantando estatuas a Zola, alguien se acuerde de los Ferry, de los Clemenceau, de los Cánovas, de los Brighth (1)?... ¿Puedes decirme quiénes eran ministros del Imperio en 1856, hace sólo treinta años, cuando Gustavo Flaubert escribía *Madame Bovary*?... Para saberlo es preciso desenterrar y rebuscar con repugnancia viejos diarios mohosos; y encontrados los nombres, nunca podrás

(1) De Jules Ferry y de Brighth, realmente ya pocos se acuerdan; a Cánovas diariamente se le rememora en España, en vista de la ausencia de hombres; Clemenceau, "el viejo tigre", ha sido en estos últimos años de guerra y de armisticio (1917 a 1920) dueño de los destinos de Francia y acaso de Europa.—*N. del T.*

verdaderamente diferenciar al sujeto Baroque del sujeto Troplong; pero de *Madame Bovary* sabes la vida toda, y las pasiones y los tedios, y la perrita que la seguía, y el vestido que se ponía cuando marchaba los jueves en *La Hironnelle* (1) para ir a encontrar a León en Rouen!... Bismarck omnipotente, que es canciller de hierro, de aquí a doscientos años, será, bajo la herrumbre que lo ha de cubrir, una de esas figuras de Estado que duermen en los archivos y que pertenecen a la erudición histórica; el Papa León XIII, tan grande, tan presente, que hasta las criaturas se saben de memoria su sonrisa fina, no será en la larga lista de los Papas mas que una vaga tiara con un número; pero pasarán doscientos años y mil, y el nombre, la figura, la vida de cierto hombre que no gobernó ni la Alemania ni la Cristiandad, estará tan fresco y brillante como hoy en la memoria agradecida de los hombres. ¿Por qué? Porque un día, en una isla del Canal de la Mancha, al rumor de los mares y de los vientos, escribió algunos cantos en verso, que se llaman *La Leyenda de los Siglos* (2).

Bastante mejor que yo lo dice la corta canción:

De vingt rois que l'on encense,
le trepas brise l'autel...
Mais Voltaire est immortel! (3)

¿Quiere decir esto, amigo mío, que tus *Azulejos*,

(1) Es el nombre que da Flaubert a la diligencia que hace viaje diario a Rouen desde el pueblo donde sitúa la acción de su novela inmortal *Madame Bovary*.—*N. del T.*

(2) Sería hacer un agravio a la cultura del lector recordarle que el autor de la maravillosa "epopeya lírica" *La leyenda de los siglos*, es el genial Víctor Hugo.—*N. del T.*

(3) Canción francesa de Beranger, que parece del siglo XVIII. "De veinte reyes a quienes se incienso la muerte derriba el altar... Pero Voltaire es inmortal."—*N. del T.*

por el mero hecho de no ser un informe de tribunales, han de vivir tanto como los mármoles del Partenón? ¡Ay de ti! ¡Ay de mí! El sol da luz, existe coruscante y redondo hace centenares de siglos, y la Ciencia aún le asegura largos millares de años de esplendor y de gloria en lo alto de los cielos; pero en nuestras casas los fósforos de cera también pertenecen a la substancia que da luz, y cuando alumbran trémulamente un minuto, ya enaltecemos su buena calidad, agradecidos. Tus cuentos son flores de Arte, modestas y sencillas; conténtate con que ellas, como flores que son, duren una mañana de verano. ¡Serás feliz! Mis obras ni siquiera cuentan para vivir con ese "espacio de una mañana" que Malherbe garantiza a las rosas (1). No sé cómo es; les doy mi vida toda y nacen muertas; y cuando las veo delante de mí, me asombro de que, después de tan duro esfuerzo, después de tan ardiente y laboriosa insuflación de mi alma, salga aquella cosa fría, inerte, sin voz, sin palpitación, amortajada en una capa de color!...

Pero en fin; consolémosnos, amigo... Puede muy bien suceder que un día, más tarde, uno de esos enamorados de antigüedades que se entretienen en revolver el detritus de las épocas pasadas, encuentre en el rincón olvidado de vieja biblioteca, entre el polvo y

(1) Aquí se advierte cuán modesto era Eça de Queiroz y cómo dudaba de sí mismo, y cuán terriblemente dramático era su anhelo de perfección, a lo Flaubert, que le hacía soñar en una prosa *como ainda não ha*, según confesaba en CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES, por ese capcioso medio de confesión semi-autobiografía, semi-novelesca; y en este párrafo se ve cómo desconfiaba de sus propias obras. Pero su profecía no se cumplió y viven y perduran y perdurarán como obras maestras del arte peninsular y como culminación del genio de su raza sus novelas inmortales, especialmente O PRIMO BASILIO, A RELIQUIA, A CIDADE E AS SERRAS.—N. del T.

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

el moho, amarillento y roído de gusanos, uno de nuestros libros; estos tus mismos *Azulejos*, ahora tan frescos y tan lustrosos al sol. Y por curiosidad arqueológica, puede ser que ese paciente excavador de las Edades muertas sacuda el polvo al volumen caduco y hojee aquí y allá... Y ¡quién sabe! Tal vez la *Guitarra de Blas*, gimiendo dolientemente desde el fondo del pasado, le enternezca un momento; tal vez respire en los *Aromas Campesinos* la exuberancia y la gracia idílica de las aldeas y de los caseríos, sobre los cuales ya entonces habrá rodado, despoetizadora y niveladora, una nueva máquina de la civilización... Y leerá el libro todo; y lo que tú pensaste le ha de hacer pensar, y sonreirá con tu sonrisa... Tus creaciones traspasarán, quejosas o alegres, con la vida que tenían en tu espíritu, por delante de su lámpara, habiendo recibido en su espíritu una encarnación fugitiva; y por ellas tu ser, disperso en la substancia, estará un instante mezclado a un ser vivo y palpitando en su vida toda... ¿Y quién osará decir que esto no sea una resurrección?...

Sólo por eso, amigo mío, vale la pena de que te vengas a juntar a aquellos que (como decía Carlyle) son "simples hacedores de libros". Y si por acaso nunca hubiese de llegar ese día de la Resurrección—al menos en vida, hallándote entre "hacedores de libros", estarás en la cofraternidad de hombres que tienen una noble ocupación en la existencia, una magnífica ambición, alegría, generosidad, calor y entusiasmo... ¡Y esto no se encuentra en todos los vasallos del Rey!...

Trae, pues, tu libro, una resma de papel para hacer otro, y ocupa tu puesto, confiada y holgadamente, en esta Ilustre Compañía.

VII

EL BRASILEÑO SOARES (1)

Bristol, 21 de mayo de 1880.

Mi querido Luis de Magalhães: Cuando usted me leyó el año pasado el boceto de *O Brasileiro Soares*, lo que al punto me cautivó en él fué la originalidad amplia y rigurosa con que estaba modelada la figura de su Joaquín Soares *da Boa Sorte* (de la Buena Suerte). Y, sin embargo, si hay un "tipo" de que hayan abusado inmoderadamente la Novela y el Teatro en Portugal, es, sin duda alguna, ese labrador del

(1) Este trabajo es el prefacio que, en forma epistolar, dirigió Queiroz desde Bristol (donde estaba destinado como cónsul de su país) a su gran amigo y leal compañero Luiz de Magalhães, autor de la novela *O Brasileiro Soares* y de algún libro más de narraciones, y que fué, después de muerto Eça, quien más fielmente veló por su memoria, encargándose de compilar la obra póstuma y dispersa del gran novelista en los volúmenes *CONTOS* (1903), *PROSAS BÁRBARAS* (1903), *CARTAS DE INGLATERRA* (1905), *ECOS DE PARÍS* (1907), *CARTAS FAMILIARES* (1907), *NOTAS CONTEMPORÁNEAS* (1909) y *ULTIMAS PÁGINAS* (1911). Por ello le rinden homenaje los editores Lello e Imão en la segunda edición de *NOTAS CONTEMPORÁNEAS* (Porto, 1913), que es el volumen que ahora estoy traduciendo y del cual es éste uno de los mejores ensayos.—*N. del T.*

Minho, enriquecido y vestido de paño fino, que en las aldeas se llama *el brasileño*...

Hace más de treinta años, en novela, en drama, en poesía, el Romanticismo (o más bien el *amaneramiento sentimental* que entre nosotros representó el romanticismo) ha utilizado al *brasileño* como la encarnación más ingeniosa y más comprensible de la sandez y de la materialidad. Siempre que el enredo—como se decía en esos tiempos vetustos en que vivían las Musas—necesitaba un ser de animalidad inferior, bozal o grotesco, el Romanticismo tenía en su polvoriento depósito de figuras de cartón, recortadas por los maestros, al *brasileño*, ya aderezado, ya indumentado, con todos sus juanetes y todos sus diamantes, craso, glotón, astuto, y revelando plácidamente en el lenguaje más bronco los sentimientos más sórdidos. Bastaba sólo pegarle en la nuca un nombre muy plebeyo, arreglarle una aldea de origen que oliese bien a estiércol, arrojarlo en medio de páginas trémulas y regadas de lágrimas, y comenzaba al punto a ser bestialmente burlesco y a enojar a los delicados.

En esto, los maestros del Romanticismo no procedían, en principio, por animosidad contra una clase, cuyos modales, gustos e intereses les repugnasen; obedecían, por instinto, a un idealismo nebuloso, a la teoría del alma profundamente separada del cuerpo, y a la consiguiente división de los "tipos" literarios en ideales y materiales, según personificaban el sentimiento, cosa noble y alta de la vida, o representaban la acción, que al Romanticismo le pareciera siempre cosa subalterna y grosera. Ahora bien: en Portugal, el hombre que más evidentemente simbolizaba la acción a los ojos turbios del Romanticismo era ese labriego que, soltando la azada, embarcaba para el Brasil en

la bodega de un barco con un par de zuecos (1) y un baúl de pino, y años después volvía en la Mala Real, con botas nuevas de charol, jocundo y grisáceo, a edificar un palacete, a dar comidas con lechón al párroco, a muñir elecciones y a ser barón...

Y note usted que este mismo cavador adinerado conmovía al Romanticismo hasta llegar a la Elegía, cuando aun era el *triste emigrante*, parándose por última vez en la carretera para oír el ruido de la brisa entre las carballadas de su aldea; cuando era el pobre pasajero, de noche, en el mar gimiente, recostado en la borda de la fragata *Amelia*, levantando los ojos llorosos hacia la luna de Portugal...

Apenas regresaba, con el dinero que había ahorrado cargando todos los fardos de la servidumbre, el candoroso emigrante pasaba a ser al punto el *brasileño*, el bruto, el soez, el vulgar. Desde el momento en que había dejado de sollozar y de ser sensible para bregar rudamente como dependiente en los almacenes de Río de Janeiro, el Romanticismo le repelía como criatura brutal y soez. El trabajo había despoetizado al triste emigrante. Y era entonces cuando el Romanticismo se apoderaba de él, ya rico y brasileño, para mostrarlo, en el libro y en el escenario, en caricatura, siempre materialista, siempre rudo, siempre risible, no por un justo odio social contra un inútil que engorda, sino por aversión novelesca al burgués positivo, vividor y ordenado, que no lee versos, que se ocupa de cambios, que sólo mira a la luna cuando anuncia lluvia, y que sólo repara en Beatriz y en Elvira cuando son rollizas y fáciles...

(1) *Tamancos*, equivalentes a las almadreñas asturianas y a los zuecos de Galicia; es el calzado que usan los labradores *minhotos*.—N. del T.

En contraste con este materialista estaba el hombre de poesía y de ensueño, flaco, altivo, malhadado, elocuente y (como decían en serio los estilos de entonces) “con un infierno dentro del pecho”. Este seguía pobre o desdeñaba líricamente el dinero; su ocupación especial y única era la pasión; por él las mujeres pálidas, todas de blanco, iban a llorar, agarradas a las rejas de los monasterios... En los finales de acto, él, sólo él, lanzaba, en un gesto sombrío, “las palabras sublimes”, dulcemente subrayadas por los violoncellos, entre el rumor de los llantos ahogados... El *brasileño* decía las sandeces, que en las farsas más francas también eran subrayadas... por un redoble de tambor.

Estos dos tipos, insípidamente falsos como generalización, parecían aún más postizos, más distantes de la vida y de la realidad como factura. El hombre ideal era invariablemente un gran muñeco larguirucho, con largos y tristes bigotes, una aguada de amarillez en la máscara de cera, siempre contraída de amargura, y unos guantes blancos, que retorció en la tortura perpetua de su atroz destino; por dentro, para darle una apariencia de alma, se le metía al azar, como se machaca la paja dentro de los Judas de Semana Santa, un manojo seco de frases lacrimosas y fofas.

El hombre material, el *brasileño*, consistía en otro muñeco achaparrado, tosco, con un chaleco amarillo, pelos en las orejas, y juanetes—los inmensos juanetes que el romanticismo, de pie chiquito, nunca dejaba de acentuar con un trazo de sarcasmo y de asco—. Este muñeco, por dentro, no tenía nada; ni frases, ni paja.

Y lo curioso, mi querido Luis, es que de todos los tipos habituales de nuestra novela romántica, sólo el

brasileño tiene origen genuinamente portugués, de raíz... El hombre fatal y poético; la mujer de negros cabellos revueltos, que pierde; la mujer de pestañas bajas que salva; el arrogante hidalgo, con nombres muy largos y hostil al siglo; el cura risueño que bendice y halaga:—todos esos vinieron importados de Francia; y sus dolores, sus incredulidades, sus murmullos de amor, todo llegó por el vapor correo y pagó derechos en la Aduana, mezclado con los cueros ingleses y las piezas de paño de Sedán. Nuestro romanticismo no es responsable por esas gentiles creaciones de más allá de los Pirineos. Ya llegaron al Tajo y al Duero, así, falsas y contrahechas, fuera de la Naturaleza y de la Verdad. El romanticismo las acogía con una sumisa reverencia provinciana; y luego las mandaba imprimir a la Casa Moré y a la Casa Roland, tal como las recibía, traduciendo sólo en vernáculo los martirios y los júbilos.

El brasileño, sin embargo, era nuestro, todo nuestro, de este suelo que pisamos, castizo y más originalmente portugués que la chungá (1), y la loza de Caldas (2). Más que nacional, era local. Era del Miño, como el vino verde. Ahora bien; el romanticismo, que siendo triste amó siempre esa provincia verde—triste, encontraba allí al *brasileño* constantemente en la feria, en la romería, en la iglesia, en la villa... En el mirador pintado de amarillo, que divisaba entre los ramajes, estaba el brasileño tomando el fresco; en la

(1) *Chalça*, palabra típicamente portuguesa, expresa la idea de chungá, guasa, broma; Eça quiere decir que tiene un humorismo peculiar el pueblo portugués, y testimonio bien flagrante es él mismo.—*N. del T.*

(2) Renombrada es en todo el mundo la loza tan característica de Caldas da Rainha.—*N. del T.*

carretela forrada de reps azul, que cruzaba en la carretera y que le llenaba de polvo, venía el brasileño, con las piernas estiradas. Muchas veces, el romanticismo (incongruencias inevitables de la vida terrenal) comía con el brasileño. Así, profusamente, codeándose por esa provincia con innumerables brasileños, los vió de todos los rasgos exteriores: secos, obesos, de barba, rapados, menuditos, membrudos, altivos, grefiudos, flacos y fuertes, como los bueyes de Barroso. Los vió hombres varios, con las varias y múltiples cualidades humanas: buenos y bellacos, ridículos y venerables, generosos y torpes, finos y soeces... ¡Qué importa!...

El romanticismo dedujo una vez de su odio a la Acción y al "hombre que suda", un tipo simbólico de brasileño gordinflón y abrutado, y así lo presentaba invariablemente, implacablemente, en novela, en drama, en poema, como si no hubiese existido jamás sino bajo este aspecto y fuese tan imposible mostrarle sin los atributos de materialidad que le individualizaban, como es imposible pintar a Marte sin su armadura, o narrar la historia de Tiberio sin esbozar Caprea a lo lejos en las brumas del mar... ¿Desmentía a cada paso el brasileño de la calle al brasileño del libro? ¡Qué importa! El buen romántico no se cuida de la calle; si es un maestro, marcha altivamente, con los ojos alzados a las nubes; si es un discípulo, sigue cautelosamente, con los ojos atentos, las pisadas de los maestros.

¡Extraordinarios estos románticos! ¡Y bien simpáticos—los primeros, los grandes, los que tenían talento y materia soberana—con este inspirado y magnífico desdén por la Naturaleza, por los hechos, por lo real

y por lo exacto! ¡Los discípulos, loado sea Nuestro Señor, son bien tontitos, bien cursilitos!...

Ahora bien; usted, querido amigo, nacido ya fuera del romanticismo (que a nosotros, más viejos, nos entenece como una patria abandonada), habiendo aprendido a leer en Flaubert, como nosotros aprendimos a leer en Lamartine, hace una cosa muy sencilla, que revoluciona la antigua novela, hoy rara, pero aun cultivada por algunos retardatarios en medio de la evolución naturalista, con la lúgubre puerilidad de quien está clavando rosas de papel en medio de un jardín de mayo lleno de rosales en flor. Quiriendo estudiar *un brasileño* en una novela, usted hace esto, que es tan fácil y tan útil, y que ninguno de los antepasados de la literatura quiso hacer jamás: abre los ojos muy rasgados y muy claros, y va a mirar de cerca al *brasileño*, a uno cualquiera, a uno que pase por un camino, en Bouças, o que esté en la puerta de su casa, en Guardeira, con su chaqueta de alpaca. E inmediatamente reconoce que él, como usted, y como su vecino, es un hombre, sencillamente un hombre, ni ideal ni celestial; solamente humano; tal vez capaz de la mayor sordidez y tal vez capaz del más alto heroísmo, pudiendo muy bien usar un horrible chaleco de seda amarilla y tener debajo de él el más noble y más leal corazón; pudiendo muy bien ser innoble, y pudiendo, ¿por qué no? tener la grandeza de Marco Aurelio...

Aquel que usted encuentra en Guardeira, Joaquín *da Boa Sorte*, era excelente, cándido, casto, trabajador, sincero, magnánimo, de alma vigorosa y amante. Y usted, muy sencillamente, muy rigurosamente, habiendo de contar cómo lo vió y cómo lo sintió, comete esta audacia pavorosa, que va a hacer blasfe-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

mar de cólera a los veteranos del idealismo; da al antiguo grotesco, *al brasileño*, las cualidades de corazón que pertenecían exclusivamente, por el dogma del romanticismo, al hombre pálido, al hombre de poesía y de sueño...

Y como procede con sinceridad, dibujando del natural, conserva usted a este brasileño que ama y sufre, toda *su realidad material*; no juzgándose forzado, por haberla sentido capaz de emoción y tormento moral, a darle todos los atributos poéticos, la plástica macilenta y lánguida que el romanticismo considera inseparable del dolor y de la pasión...

No comprendiendo que un hombre gordo y rubicundo pudiese amar—el novelista romántico haría al pobre Joaquín *de la Buena Suerte*, delgado como un Lara, de bigotes tristes—, y nunca más lo dejaría comer sosegadamente su lechón!... De los labios de Joaquín, que se tornarían convulsos, colgarían fragmentos de palabras gimientes; y para prepararle a su fin trágico, no le permitiría más que se ocupase, honesto y pacato, de su fábrica de papel, trayéndolo siempre, de página en página, con la mirada torva en las piedras del cementerio o en el torrente que hierve entre rocas... Esto, claro está, si, por una concesión inverosímil, el romanticismo permitiese al brasileño, *al regreso del viaje* a su caserío recogido, tener un corazón humano y que palpitase humanamente.

Usted no vió así, sin embargo, al buen Joaquín de la Buena Suerte. Y a pesar de que ese brasileño tiene realmente, más que cualquier hombre de poesía, "un infierno dentro del pecho", usted lo conserva en el libro, tal como apareció en Guardeira, bebiendo regaladamente el vino fresco, con una chaqueta mal hecha y patillas mal afeitadas... Sí; usted, olvidándose de la

Retórica, nuestra madre común, llega a esta monstruosidad: presenta un héroe que ama ardientemente, que muere de ese amor, y que usa enormes patillas!... ¡Así eres tú, mocedad irreverente y rebelde, que no respetas las viejas ideas, ni los viejos preceptos, ni las viejas barbas;—tales como los maestros las cortaban en la faz de sus héroes para glorificación o para humillación de ellos!...

Su libro, querido Luis, ofrece la realidad bien observada y la observación bien expresada, las dos cualidades supremas, las que deben buscarse antes de todo en la obra de Arte, donde se admiraba antaño principalmente la imaginación y la elocuencia. Pero, a más de eso, usted hace en *O Brasileiro Soares* una verdadera rehabilitación social.

Entre nosotros las novelas, aun falsas y distantes de la Naturaleza, ejercen una influencia lenta en las costumbres, y más lenta, pero muy perceptible, en la formación de las ideas. Nosotros somos, como meridionales, una raza imitadora y copista; nos domina siempre la tendencia a repetir y a gozar en nosotros mismos los modos de ser y los modos de sentir de los personajes que nos conmovieron en los libros admirados y releídos.

“El hombre poético”, por ejemplo, produjo antaño por este dilatado reino, desde Melgaço hasta Faro (1), innumerables hombres poéticos de actitud y de palabra. Hoy casi han desaparecido, en esta vasta marea positiva de la Democracia y de la Industria; pero aun existen aquí y allá, solitarios y tristonos;—como en ciertos atrios antiguos, donde se estableció una fábri-

(1) Dos poblaciones del extremo septentrional y del meridional de la nación portuguesa, respectivamente.—*N. del T.*

ca, se yergue aún, olvidado, un ciprés. No es raro, en villas tristes de provincia, encontrar a la hora del Angelus, a un mozo pensativo y melencólico, envuelto en un capotón; y éste es un último *hombre poético*, que antes de retirarse al Casino a leer los diarios de la capital, anda allí esparciéndose sombríamente, viendo sólo en torno de sí y fuera de sí un mundo que se desmorona (1).

Por otro lado, paralelamente a estos modelos dados a la provincia, la novela ayudó a que se formasen ciertos criterios consagrados. Y así sucedió que ese *brasileño* del romanticismo, apareciendo constantemente en novela y drama, soez y faceto, consiguió crear, en una sociedad que no conocía al brasileño de la realidad, la idea de que todo hombre que volvía del Brasil, con dinero y brillantes en la pechera, era irremediablemente un bestia, un burlesco. Poco a poco se formó así una amplia corriente de antipatía social hacia el brasileño; no se comprendía que pudiese tener elevación en el sentimiento ni gusto en los modales, ni cultura en el espíritu; y de antemano se deducía que su figura debía reproducir, en chabacana fealdad, la grosería interior. El *brasileño*, según esta leyenda, se convertía en la columna de la Estupidez, en el sostén de la Vulgaridad; él era el popularizador de lo feo y de lo mezquino; era él quien maculaba las vegas bucólicas del Miño con sus hotelitos rebozados de verdegay; era él quien introducía la "inmoralidad" en nuestras aldeas, virginales como las de la Arcadia, en tiempos de Teócrito!...

(1) Este tipo del hombre poético era el que había descrito Eça por aquella época en el poeta Arturo, héroe del conato de novela *A Capital*, que quedó en esbozo y fué luego refundida en *Os Mafas*.—N. del T.

¡El *brasileño* aparecía como una mancha escandalosa del suave idilio portugués!... Y así una creación convencional de la ironía romántica llegó a envolver a toda una clase de ciudadanos en un descrédito que, si ya no perdura tan intenso y tan acre, aún se arrastra en todos esos numerosos espíritus que, habiendo formado una vez laboriosamente una idea, no la mudan, no la corrigen, por indolencia, por impotencia, y, sobre todo, por indiferencia hacia la exactitud de las ideas!...

Por lo tanto, usted, yendo a buscar al *brasileño* a esos limbos de la caricatura disforme para hacerlo entrar de nuevo en la Naturaleza, y en la participación común del bien y del mal humano; revistiéndole, por la verdad observada, de todas las excelencias morales le despojara sistemáticamente la calumnia romántica; mostrando en el antiguo tipo del bruto la posible existencia del santo,—ejecutó una verdadera rehabilitación social. Usted *desbrasileñizó* al *brasileño*, humanizándolo; y como todo aquel que, con un tranquilo desprecio de los convencionalismos, realiza una obra de Arte, usted se elevó insensiblemente a este hecho más raro y mejor que se llama una Buena Acción.

VIII

ACUARELAS (I)

Lo que ha caracterizado principalmente la poesía francesa en estos últimos veinte años (y la poesía francesa es la única que conocemos en Portugal) fué, a mi parecer, el extremado refinamiento y la ciencia suprema de la forma.

En el período lírico que va de Lamartine a Brizeux, la poesía brotaba de la emoción, tan naturalmente como de la tierra brota un manantial, que se prolonga y corre, abundante y fácil, reflejando en su curso toda la Vida y la Naturaleza toda: cielos, árboles, viviendas de las márgenes y hombres que se inclinan sobre su transparencia. Hoy (para continuar esta imagen), el divino manantial parece ir secándose. Ya no borbotea entre las hierbas sencillas; está canaliza-

(1) Este es el prólogo a un libro de poesías de João Diniz, poeta portugués de aquella época, que no debe confundirse con el muy renombrado novelista Julio Diniz, de corte tan sentimental y estilo tan dulce y a la vez analítico, como médico que era, autor de las novelas, muy leídas, *A Morgadinha dos Cannaviaes* y *Uma familia inglesa*; de quien Eça de Queiroz habla en su estudio sobre Ramalho Ortigão, incidentalmente. De Eça ha quedado esta frase sobre Julio Diniz: *Viveu de leve, escreveu de leve, morreu de leve.*—N. del T.

do en una fuente de mármol; pero sólo cae de ella, a trechos, alguna gota solitaria que, en la atmósfera glacial de este siglo de análisis y de crítica, tan poco propicio a la poesía, inmediatamente se hiela y se hace cristal. Estas gotas de cristal son las que unos cuantos poetas, llenos de arte y de paciencia, engastan en filigranas de oro, orlan de pedrerías y ponen a la venta *chez Lemerre* (1). A estos poetas se dió en Francia el nombre de "cincladores". Su obra, realmente, pertenece más a la joyería que a la poesía.

¿Debemos deducir de aquí que el alma francesa va perdiendo la divina cualidad de la Emoción? Evidentemente, en Francia, como en todas partes, las almas ya no vibran al concepto de ciertos sentimientos colectivos que antaño fueron los grandes inspiradores. La Religión es hoy incapaz—en París como en Lórdelo—de producir un solo alejandrino sincero. El patriotismo padece la misma impotencia, puesto que los desastres de 1870 sólo produjeron un poeta, Paul De-roulède, que, por lo mismo que consiguió inspirarse en la Patria, causó inconcebible sorpresa, se hizo espléndidamente popular, fué investido de un pontificado, presidió asociaciones, derribó ministerios, casi realizó un tratado de alianza. Por su parte, tampoco la Naturaleza conmueve al poeta francés, que nunca fué idílico y que durante mucho tiempo sólo conoció los prados y las mieses por las traducciones de Teócrito y

(1) El célebre editor francés Alphonse Lemerre se tornó famoso por haber editado *Le Parnasse contemporain*, que dió origen a la escuela llamada así, parnasiana, y en la cual destacaron desde luego José María de Heredia, León Dierx, Catulle Mendés, Theophile Gautier y otros que luego hicieron escisión y cisma de la escuela parnasiana y se dieron a conocer por su cuenta, formando escuela, como Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé.—N. del T.

de Virgilio, y cuando en el período romántico se decidió a comunicar con los árboles, fué para descubrir, bajo la dirección del panteísmo germánico, un fragmento de Dios en cada olmo de Bougival. Queda, sin embargo, el hombre interior: el Sentimiento, la Pasión... ¿Y puede, acaso, decirse que el francés ya no ame, ya no llore, ya no pase por las amarguras que son obra de la sensibilidad?... No, ciertamente. A pesar de lo que afirman críticos sutiles, estoy seguro de que aún hoy en Francia, cuando uno es joven, el corazón palpita tan sincera y tan vivazmente como palpitaba en tiempo de Lamartine...

¿De qué proviene, pues, que en los escasos poetas que produce Francia—cuyo genio crítico tiene por expresión más natural la prosa (1)—haya tan poca emoción apreciable? Proviene, creo yo, de las mismas cualidades del espíritu francés, tan eminentemente literario. Proviene de que los poetas más modernos, entrando en el Arte cuando el brillante verbo romántico había decaído en una retórica arrastrada por los almanaques, buscaron, naturalmente, el modo de evitar todas las rancias formas poéticas con que el romanticismo había traducido su emoción. Por eso trabajan con la ansiedad constante de producir formas nuevas, inesperadas, que sorprendan. Cuando Lamartine bogaba en el lago con Elvira, a la claridad de la luna, dejaba desbordar el éxtasis que le asfixiaba en

(1) Nótese que ésta era una idea favorita y muy bien desarrollada por Eça de Queiroz. La explana más por largo en CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES (primera parte), a propósito de Boileau y Baudelaire, y la desenvuelve bellamente en el magnífico ensayo autobiográfico-crítico, titulado *O Francezismo* (ULTIMAS PÁGINAS, 2.^a Edição, Porto, 1917). Véase mi traducción de LA DECADENCIA DE LA RISA, en esta misma Biblioteca Nueva.—N. del T.

el murmullo más natural y más cándido: “¡Qué bella eres! ¡Qué serena es la noche! ¡Qué azul es el lago!...” Cuando a su vez Mallarmé o Verlaine (1) pasean a la orilla del lago con Elvira, experimentan indudablemente la misma emoción, porque tienen la misma mocedad y Elvira tiene la misma belleza. Solamente que por todos los tesoros de Salomón no traducirían esa emoción en las formas claras y amplias de Lamartine. Eso sería anticuado, retórico y banal. Su gusto exquisito y refinado, ávido de modernismo y de originalidad, les induce a cantar el lago y a Elvira refinando tan sutilmente la expresión de su sentimiento, entrelazándola en tantos adornos y floreos, que el sentimiento, ya de suyo refinado y atenuado, desaparece por completo bajo este lujo plástico que lo ahoga. Ocurre decir: “¿Pobreza de poesía, disfrazada bajo la riqueza de la forma? (2)” No. La poesía estaría allí genuina y pura, brotando de la sensibilidad juvenil. Pero fué toda diluída en literatura...

Esta es, si no me engaño, la explicación del parnasianismo, cuya práctica consiste en no llamar nunca a un gato sencillamente “un gato”, como era el ideal de Boileau; sino, por el contrario, en expresar las cosas o las sensaciones más sencillas en una forma que sea, como uno de los parnasianos enseñó, “rutilante de inauditismo”. Dos palabras que constituyen toda

(1) Nótese que Queiroz escribía esto en 1888, cuando Mallarmé y Verlaine estaban en la cumbre de su popularidad en Francia, pero aun no se les conocía en la Península. Fué quizá aquí el primero que de ellos habló.—*N. del T.*

(2) He aquí otra teoría muy discutible, pero grata a Eça de Queiroz, expuesta al final del ensayo *O Francezismo*: la pobreza de emoción y de poesía, visible en todo el lirismo francés.—*N. del T.*

una poética y una poética admirable, porque al mismo tiempo establecen el precepto y formulan el ejemplo. Debe uno ser siempre original; y para comenzar, la misma originalidad debe llamarse inauditismo”.

Ahora bien; si esto lo hacen poetas de París o de Londres, temperamentos de artistas servidos por un gusto perfecto, operando con idiomas dúctiles, maleables, propios para cualquier sutilización de la idea, produciéndose dentro de una atmósfera propicia, de suprema elegancia, ya educada en lo artificial, la obra parnasiana puede ofrecer aún mucho encanto.

Es lo que sucede con las extravagancias de vestuario de un alto *dandy* de París o de Londres. Cuando Lord C. o el Duque de M., soberbiamente brillantes y ricos, con cuarenta caballos en las caballerizas, parques, castillos y toda una leyenda galante de amores y de duelos, se presentan en un baile, entre una sociedad que todo lo comprende, vestidos de frac de terciopelo verde oscuro y calzón de seda negro, hay en esto algo de fantástico y de petulante que puede seducir. Pero que un amanuense de la administración de Marco de Canavezes, queriendo reproducir estas audacias (que leyó en el *Primeiro de Janeiro*), se presente en un baile de la localidad con un frac de terciopelo y pantalones hechos por un sastre de escalera abajo; y en lugar de un *dandy* de corte tenemos un monigote de Carnaval. Fué precisamente lo que aconteció cuando hace algunos años los poetas jóvenes de Portugal se lanzaron a la indiscreta y desastrosa imitación del parnasianismo francés. Todo conspiraba contra ellos: su temperamento, su educación, el ambiente literario, el carácter de la sociedad y el propio idioma que manejaban. Lo que surgió fatalmente fué la contrafigura achabacanada de una refinada afectación. El parnasia-

nismo ya era, en realidad, una retórica; en Portugal fué esta cosa hedionda: el caló de una retórica. Aún me acuerdo, como modelo instructivo de ese género, de cierta poesía en que un parnasiano cantaba a su amante, una "duquesa", pisando "el asfalto" del Chiado, entre "las acacias en flor", con botinas de "satén verde" y una cola de seda "color de oro viejo", mientras él la seguía de lejos lleno de "desprecio hacia Dios", triturando maquinalmente entre sus manos "la flor de Angsoka"!... Nada más acabado. ¿Y qué son en el fondo esta duquesa, estas acacias en el Chiado, estas botinas de satén verde, esta flor de Angsoka, que es una flor fabulosa; todas estas cosas ingenuas, delirantes y pavorosas? El frac de terciopelo verdinegro de Lord C. en los hombros del escribiente de la Administración del Concejo de Marco de Canavezes.

Afortunadamente, este parnasianismo entre nosotros tiende a desaparecer, creo yo; el espíritu, como el cuerpo, no puede permanecer mucho tiempo en una actitud violenta y contorsionada. Conozco muy imperfectamente la poesía de los poetas más jóvenes de Portugal; pero pienso que una saludable reacción, un regreso a la sencillez y al lirismo nativo comienzan a acentuarse, con infinito consuelo del Buen Sentido y del Buen Gusto.

Dicho esto, casi me resta solamente apuntar hacia las propias páginas de este libro gentil, que pertenece a ese movimiento de sincera y pura poesía, para rendirle desde luego todo el loor más exacto y mejor.

Aquí está, pues, un poeta que osa modestamente tener esta prenda rara: ser sencillo y ser claro... No es por un esfuerzo doloroso de imaginación, burilando, con sudor en la frente, labores atormentadas sobre el verso, por lo que él lanza al mundo su canto. ¡Por

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

el contrario! Se abandona simplemente, francamente a su emoción, y cuando aparece, despertada por la Naturaleza o por el Sentimiento, la deja correr en una forma límpida, como la fuente de donde mana, saludable, fresca, que va deslizándose, que va cantando, a manera de uno de esos modestos regatos de prado donde a veces se refleja todo el cielo.

Su musa tiene gustos sencillos. No se remonta a las estrellas ni se sume en los misterios; y el camino por donde ordinariamente conduce al poeta es el familiar y angosto camino que incesantemente trillan los pasos humanos. Son por eso de todos los días las cosas que le conmueven; un ocaso luminoso, una lágrima sorprendida, un paisaje, unos lindos ojos entrevistos, una fragilidad que hace sonreír, bastan para que sus dedos pulsen ese pequeño laúd donde las cuerdas no son de oro ni de bronce; y por eso mismo tal vez dan una vibración más humana.

Para cantar fielmente lo que sinceramente siente, no le son necesarias esas formas nuevas que deben "rutilar de inauditismo". Podría ciertamente producir las, porque su factura no es difícil, habiendo tiempo y papel; pero al servirse de ellas sentiría, sin duda, el embarazo de quien para beber agua de un regato, en una siesta de verano, hubiese de usar un pesado cáliz del siglo XVII, todo de oro, incrustado de pedrerías, sacado de un museo de artes decorativas. A él bástale una copa de cristal, quiero decir, los términos transparentes de la locución familiar. Si la tarde cae, dice con sencillez: "la tarde va cayendo"; cuando le asoma una lágrima, no la cristaliza en forma lapidaria con el angustioso esfuerzo con que los judíos de Amsterdam lapidan los diamantes; y si ríe, no sobrecarga su risa con pesadas instrumentaciones

E Ç A D E Q U E I R O Z

a lo Wágner... ¡Y ved la recompensa de esta honradez de espíritu! Como deja exhalar libremente su alma y su verbo, encuentra cosas de gran belleza, de pura y genuina poesía, sentidas con la más fina sensibilidad, expresadas con una delicadeza rara y llena de encanto. ¡Cuánta gracia y cuánta emoción real en los tercetos del soneto *Dolor*, llorando la dispersión de un hogar feliz!:

Ninho de rosea luz, que um só momento
levou a dispersar, varreu desfeito,
para não mais!... E corpo e pensamento,
circunscritos da vida ao giro estreito,
parecem ter agora o movimento
de uma levada que não acha o leito (1).

Algunos creerán percibir tal vez en esto un eco bello de la manera de João de Deus. Ya esto de recordar a un maestro tan encantador sería excelente. Pero el poeta de las *Acquarelas* es de los que piensan, como Musset, que "*quoique le verre soit petit, il faut*

(1) Realmente Eça de Queiroz no ha estado afortunado al ejemplificar en estos tercetos, que tienen una asonancia de rimas muy deplorable y de gran cacofonía. En todo el prólogo se ve que elude el referirse concretamente a composiciones de este libro, que debía de ser verdaderamente mediocre, a juzgar por la muestra. He aquí la traducción literal al español, en la cual conservo hasta la asonancia cacofónica de las rimas terminales de cada verso, que tiene en el original portugués de João Diniz, transcrito por Eça de Queiroz:

Nido de rósea luz, que en un momento
se dispersó, barriéndose deshecho
para siempre!... Y el cuerpo, el pensamiento,
circunscritos de vida al giro estrecho,
parecen tener ahora el movimiento
de una bandada que no encuentra lecho...

Nota del Traductor.

toujours boire dans son verre" (1). Y nadie mejor que él sabe que nada se gana, antes bien se corre a un desastre seguro, queriendo imitar la poesía intensamente lírica de João de Deus, o la poesía épicamente satírica de Guerra Junqueiro, o aun en esfuerzo más ambicioso, la poesía tan noblemente intelectual de Antero de Quental.

Conténtase, pues, con traducir a su modo su propio sentimiento, ese sentimiento tan suave y sobrio que se transparenta en aquellos tercetos y que reaparece en todo libro. Mas no es esto sólo lo que le caracteriza. Aquí y allí, repetidamente, surge el centelleo fugitivo de una ironía. Es el poeta que, en el camino por donde la Musa le lleva, al lado de una cosa melancólica encontró una cosa risible. Nada sale de sus labios, sin embargo, que tenga aspereza o amargura. Sólo una ironía velada de dulzura que resbala, no insiste (2), y lanza al pasar, sobre una flaqueza humana, el breve claror de una risa amable; y luego huye, se hunde en la corriente más amplia de simpatías poéticas...

Mas ¿para qué insistir? La naturaleza misma de esta poesía no soporta los comentarios. Intolerable sería un jardín donde cada flor tuviese prendido al tallo el lato capítulo de Botánica que la explica y la describe. Prefacios para versos sinceros son infinitamente arriesgados. Cuando se quiere mostrar la belleza de un cristal, moviéndolo mucho entre los dedos, casi siempre se acaba por empañar su transparencia y su brillo casto.

Bristol, 1888.

(1) Aquí hace Eça una paráfrasis caprichosa de este distico famoso de Alfred de Musset:

Mon verre est trop petit;

mais je bois dans mon verre.—N. del T.

(2) Parece recordar Eça aquí el precepto de la escuela clásica francesa: *Glissez, n'appuyez pas.*—N. del T.

IX

LA ACADEMIA Y LA LITERATURA

CARTA A MARIANO PINA.

Bristol, 25 de enero de 1888.

Mi caro amigo: A la vuelta del campo, en Año Nuevo, encontré la *Ilustração*, siempre bien venida, trayéndome su vigorosa y generosa crónica sobre el concurso de la Academia. Después recibí un viejo número del *Jornal do Comercio* con la designación del jurado, la votación y el informe de Pinheiro Chagas. De suerte que, teniendo ahora sobre la mesa el caso y los comentarios, puedo más seguramente conversar sobre el divertido episodio que, durante un momento, sacó a la Academia de esa somnolencia en que se eternizaba, muda y blanda, con la faz venerable caída sobre las hojas blancas de su Diccionario. Es muy probable, sin embargo, que todo el interés por la ilustre asamblea que vive en el barrio de Jesús (1) y por su lento des-

(1) La *Academia das Sciencias* de Lisboa (en la cual están refundidos todos los Institutos científicos y literarios de Portugal) está en la *Rúa do Arco a Jesus*, uno de los barrios más artísticos y evocadores de la capital portuguesa; un barrio tranquilo y silencioso.—N. del T.

pertar, se haya desvanecido ya en nuestra Lisboa ligera. Y como de la Malibrán muerta,

*peut-être il est trop tard
pour parler encor d'elle...*

Pues yo, por mi parte, caro amigo, nunca sentí por ese concurso ni interés ni curiosidad. Y esta indiferencia procede simplemente de que yo mandé *La Reliquia* a la Academia ya con la certeza, y la más visible, la más maciza certeza, de no embolsar esa apetitosa suma de mil duros (1), torcida y redondeada en corona de laurel... Ante esto, usted exclamará sorprendido: ¿Qué fué, pues, *La Reliquia* a hacer a la Academia?...

La Reliquia, querido Pina, fué a la Academia como usted puede ir a casa de Madame de Trois-Etoiles, señora fea, de caracoles y lazos amarillos, que cita a Marmontel y a La Harpe. No es, ciertamente, apetecible penetrar en un interior donde se cita a La Harpe y a Marmontel con lentitud y gula, pasando por labios pintados un pañuelo pretencioso hecho de encajes de sobrepelliz. Pero si Madame de Trois-Etoiles le ofrece todas las semanas un sitio en su palco de la Opera o de la Comédie Française, ¿qué hace usted, querido amigo, cuando por Pascua o por el *Grand-Prix*, la hedionda señora da una de esas recepciones con las salas abiertas de par en par, llenas de gente, que en Inglaterra se llaman un *aplastamiento* y en América un *sudadero*?

Usted, por gratitud, por deber, toma melancólicamente un *fiacre*; sube, con el *claque* debajo del brazo,

(1) *Essa apetecível inscriçao de Conto*—dice Queiroz—. Ya se sabe que un *conto de reis* son, aproximadamente, cinco mil pesetas; pero aquí Eça hace un *trocadilho*, un juego de palabras, entre *conto* (cuento), y *conto* (cantidad de mil escudos). *N. del T.*

la clara escalera entre palmeras y azaleas; curva el espinazo delante de Madame que sonríe y susurra en un *frou-frou* de sedas; irrumpe hasta en el *buffet*, donde coge un *sandwich* de *foie-gras*, y con el pensamiento en los amigos alegres que le esperan a la esquina del Café de la Paix, se desliza sutilmente, murmurando: —“¡Demonio! ¡Qué pesadez!...” Ahora bien; precisamente así, por deber, en un *fiacre* y de levita, fué *La Reliquia* a la Academia—donde, a pesar de eso, no tuvo *sandwich*.

Sabe usted (o no sabe, porque estas cosas no las cuenta la *Agencia Havas*) que hace años la Academia de Ciencias me ofreció aquello que ahí, en la Academia Francesa, se denomina un *siège*—un asiento—a la mesa de sus trabajos. Si estos asientos se conservan altamente privilegiados por ocuparlos sólo los hombres de saber vigoroso y de viva originalidad, o si, por degeneración, se tornaron tan accesibles y fáciles y desacreditados como los bancos del Rocío (1)—no me competía a mí averiguarlo. Cuando Madame de Trois-Étoiles le convida para su palco de la Opera, usted agradece la afabilidad sin escudriñar primero si en las banquetas de terciopelo se sientan archiduques de la casa de Hapsburgo o cajeros del *Bon Marché*. Yo hago lo mismo escrupulosamente. Todo portugués lo debe hacer; porque ya la sabiduría de nuestra nación lo enseñó en versos mediocres e inmortales:

*Pilriteiro, das pilritos...
 ¿Porqué nõ dá coisa boa?...
 Cada um dá o que tem
 conforme á sua pessoa.*

(1) La Plaza de Don Pedro V, centro de la animación de Lisboa, de la vida comercial y alegre.—*N. del T.*

En el asiento que la Academia me dió sólo vi, como debía, el favor, la simpatía, la honra. Y cuando por primera vez, después de una larga existencia de reclusión, abre ampliamente sus puertas, convida a todos los hombres de letras a traer sus obras para coronar la más digna—parecióme que si yo, despreciando este llamamiento aparatoso, me mantuviese aislado, con las espaldas vueltas a la palestra, sin mezclarme a mis compañeros de literatura, en un soberbio desdén de la Academia y de sus coronas, me mostraría singularmente descortés y pedante. Por eso, colgando una capa de papel pardo a los hombros de mi libro, el único que tenía en ese año del Señor, *La Reliquia*, ordenéle que fuese a la Academia, entrase, hiciese a la docta asamblea su reverente ceremonia, aceptase lo que le diesen—empujón o sonrisa—y continuase su camino natural, que es el de la calle y el de la vida... *La Reliquia* fué, recibió en los lomos un empujón y volvió a sumergirse en la turba libre, gruñendo, tal vez, como usted, en el patio de la señora atroz, que cita a Marmontel: “¡Demonio!... ¡Qué lata!...” Pero así quedaba pagada a la preclara asamblea esa visita formal—que los compendios de urbanidad llaman *de digestión*.

Dirá usted tal vez (y esa impresión me parece transparentarse en otros comentarios), que los personajes de *La Reliquia*: Teodorico Raposo, Maricoquinhas, la dulce Adela de la travesía de Caldas, y hasta ese Rabbi Jeschua Natzarieh, preso por predicar contra los cultos, las autoridades y las academias de su país—no eran tal vez los más correctos para llevar mis saludos a una corporación tan profusamente compuesta de consejeros de Estado. No lo creo, caro Pina. A nuestros

consejeros y académicos (¡honra eterna les sea dada en esta voluptuosa tierra del Sur!) no les desagradó jamás encontrar, en aquel crepúsculo en que se complace el Naturalismo, los ojos de Adela, relucientes, tumentillos, prometiendo mil cosas. Así lo insinuó, muy finamente, con una sonrisa disfrazada y picante, Pinheiro Chagas en su informe. Y a más de eso, mezclados a esos indignos, ¡cuántos otros personajes hay en *La Reliquia* gratos a una Academia! ¿No iba allá el facundo Topsisius, historiador de los Herodes y de los Lagidas, miembro del *Instituto Imperial de Excavaciones Históricas*? ¿No iba allá el doctor Margaride, que, por sus dos tragedias de mocedad, por el carácter rotundo de su verbo, por su ahinco “en saborear lo sublime”, tiene de fijo un asiento ya marcado entre los inmortales del Arco de Jesús? ¿No iba allá, sobre todo, con sus cuentas y sus medias, doña Patrocinio de las Nieves, de naturaleza tan congénere con la Academia, que la una comprende la Religión exactamente como la otra comprende la Literatura?...

Y, por lo demás, mi disculpa de enviar a esta gente pecadora y plebeya está en la decisiva máxima que nuestra nación puso en versos inmortales:

*Pilriteiro, dás pilritos...
 ¿Porqué não dás coisa boa?
 Cada um dá o que tem
 conforme á sua pessoa (1).*

Yo no podía dar a la Academia sino lo que tenía entonces y lo que, ¡ay de mí!, tengo siempre: espinos...

(1) “Espino albar, das espinos... ¿Por qué no das cosa buena? Cada uno da lo que tiene conforme a su persona.” Esta es la traducción literal de la copla portuguesa.—*Nota del Traductor.*

En todo caso, no fué esta torpeza de mis hombres y de mis mujeres lo que, desde luego, me aseguró la imposibilidad de embolsar ese *conto* (1)—para mí fantástico como los de Hoffmann. Ni fueron tampoco, por otra parte, las imperfecciones de la obra.

La Reliquia es, ciertamente, un libro mal hecho. A sus proporciones les falta armonía, elegancia y solidez; ciertos personajes, sólo recortados y no modelados, ofrecen una notación uniforme y esfumada; la forma no tiene suficiente fluidez y ductilidad; antes bien, a veces se empasta y acaracola, y por querer ser grave parece rígida, como sucede a los grandes hombres de provincia, etc... Pero estos defectos, que sólo pueden ser sentidos por un gusto muy refinado en la perenne convivencia de las cosas de Arte, nunca podrían provocar la condenación de un libro en una Academia que no está poblada de artistas. No pienso en esto ser irreverente para con mis esclarecidos colegas. Como dijo el Príncipe de Gales al viejo y glorioso sastre Poole, en una circunstancia conocida y ya clásica: "No se puede razonablemente esperar que en un país todos los hombres eminentes sean sastres".

¿Qué me aseguraba, pues, de antemano, que mi libro, presentado a la Academia, no obtendría ni corona ni medias coronas?... (2)

¡Una cosa muy honrosa para la Academia, mi caro amigo! La certeza de que ella obedecería inconscientemente, como todas las Asambleas similares, al sordo

(1) Con esta palabra *conto*—que en portugués significa mil duros: *un conto de reis* y también cuento, narración—vuelve a hacer Eça un *calembour* imposible de reproducir en castellano.—N. del T.

(2) Otro *trocadillo* con la corona de laurel y las medias coronas de las monedas portuguesas.—N. del T.

y seguro instinto de su fin y de su misión en las Letras. Y por eso yo no concuerdo incondicionalmente con su vivo y áspero ataque, nacido, por lo demás, de un amor muy noble por toda independencia espiritual.

Desde que una Academia existe, ¿cuál es en el fondo su misión? Evidentemente constituir un Directorio intelectual que mantenga en la Literatura el gusto impecable, la delicadeza, la finura del tono sobrio, las perezas de forma, el decoroso comedimiento, todas las cualidades de distinción, de proporción y de orden. De aquí se deduce que las Academias deben tener una regla, una medida, una Poética, dentro de la cual sea su encargo hacer entrar, por el ejemplo y por la autoridad, toda la producción de su época. Y simultáneamente se desprende que deben condenar, como tribunal intransigente, toda obra que, brotando del vigor inventivo de un temperamento indisciplinado, se presente en rebeldía contra esa Poética, revestida, para los que tienen el privilegio de conservarla, de la sacrosanta autoridad de una Escritura.

Sin Academias, Inglaterra produjo y produce una literatura de incomparable nobleza y originalidad. Pero, al decir de los maestros, Sainte-Beuve y Renan, a la Academia debe la literatura francesa aquellas cualidades perfectas que la tornaron en todos los tiempos y en todos los géneros un modelo y que hicieron de ella en el siglo XVIII el más persuasivo y efectivo agente de civilización que hubo en Europa. Por otra parte, en los países del Sur, España tiene una Academia muy pomposa y una literatura muy mediocre. Y en Portugal no se puede valuar la eficacia de la Academia como no se puede apreciar la utilidad de un instrumento du-

rante largos años olvidado en el rincón de una casa, oxidándose y pudriéndose bajo la obscuridad y el orín.

En todo caso concedo que, si falta a una literatura una conciencia literaria, siempre presente y siempre activa, representada por una Academia que dé la regla y el tono, esa literatura puede caer a veces en la extravagancia, sobre todo si en ella abundan los genios vehementemente enérgicos, sinceros y apasionados, como en la literatura inglesa. Pero, sobre todo, sustento que, si a una literatura le faltasen los innovadores, revolucionando incesantemente la Idea y el Verbo, esa literatura, sujeta a una disciplina canónica, bien pronto se inmovilizará sin remisión en una mediocridad pulida y fría; sobre todo si en ella predominan las inteligencias claras, flexibles, comedidas e imitativas, como en la literatura francesa. De suerte que para poseer una literatura ideal, fuerte pero fina, original pero equilibrada, fecunda pero sobria, será necesario que en ella se contrapesen de cierto modo estas dos fuerzas: la Tradición y la Invención; que, por un lado, antes de todo, surjan los revoltosos, dando las emociones nuevas y creando las formas nuevas; y que, por otro lado, secundariamente actúen las Academias canalizando, dentro del gusto de la elegancia y del purismo, estas corrientes inesperadas de sensación y de idea. Esto será, por lo demás, en la esfera intelectual lo que es en la esfera social el equilibrio de la Tradición y de la Revolución.

En ese equilibrio está la condición propia del orden, del orden que en la Sociedad se reviste del nombre de Justicia y en el Arte resplandece bajo el nombre de Belleza. Sin la Tradición, los Estados y acaso las literaturas rodarían en la anarquía de un desordenado y estéril individualismo. Sin la Revolución, los Estados

se incrustarían en una tiranía inerte, produciendo, a más de todos los males, el enflaquecimiento de los caracteres; y las literaturas entrarían inevitablemente en la rutina, produciendo, por encima de todos los males, el adormecimiento de las inteligencias.

Aplicando, pues, estos principios, yo no hice seguramente mal en lanzar un libro de humorismo y de ironía, rebelde a la Santa Regla; y bastaría que a ese toque de rebato, dado por mano inhábil pero sincera, un solo espíritu despertase y se pusiese en marcha, para que el libro no fuese totalmente inútil. Pero, por otra parte, la Academia (desde el momento en que aun existe y tuvo la disparatada fantasía de despertar y de manifestarse) fué perfectamente coherente condenando el libro de rebeldía, en nombre de la Regla cuya custodia y defensa se arrogó; y bastaría que a ese aviso, mezquino pero honrado, un solo espíritu arrojado ya en la extravagancia entrase de nuevo en el orden para que ese voto, que usted reprueba, no fuese completamente inútil. Por lo tanto, creo yo que la recusación de *La Reliquia* es honrosa para la Academia. Pero también es honrosa para mí, loado sea el Señor...

Dirá usted, sin embargo, incrédulo y sonriendo: “¿Por qué entonces Pinheiro Chagas, en su informe, no dió estas razones para excluir *La Reliquia*; estas razones que serían las buenas, las grandes, las que ilustrarían al relator y pondrían un enjalbegado fresco en la ruinosa autoridad de la Academia?”

¡Quién sabe, mi querido Mariano Pina!... Tal vez por temer que estas razones no fuesen comprendidas por algunos de los académicos, ajenos a las cosas de la literatura y de la crítica. Tal vez por presentir que estas razones no podían ser aducidas en nombre de una Academia que, durante los prolongados años de su exis-

tencia, nada ha hecho para salvar en la literatura las reglas del gusto, de la pureza y de la delicadeza; antes bien, ha contribuído, por pensamientos y obras, a estragar esa literatura con una retórica, ya panzuda, ya lloramiquera y siempre lamentablemente pedestre.

El hecho es, querido Pina, que Pinheiro Chagas en su informe no da, con indecible asombro mío, las razones honrosas y altas. ¡Antes por el contrario!... Presenta para repeler *La Reliquia* razones extrañamente comineras y menudas, rastreras y groseras, como si en lugar de hablar en una Academia, se hallase conversando en un colmado ante hombres incultos, incapaces de comprender todo lo que es elevado o profundo

Si no, vea usted. ¿Qué subleva a Pinheiro Chagas? ¿Qué apunta él para la reprobación de la Academia? El sueño de Theodorico—ese sueño en que el hombre obsceno presencia aquello que Pinheiro Chagas llama reverentemente “las grandiosas escenas de la Pasión”.

Pero en ese sueño ¿qué rasgo escandaliza y amarga más particularmente al relator?... ¿Por ventura le desagrada, como erudito, la reconstrucción de la vieja Jerusalén, el templo tumultuoso y el énfasis de sus Rabís? ¿Por ventura le ofende, como creyente, la explicación familiar y petulante de Misterios garantizados y protegidos por el Estado? ¿Por ventura le disgusta, como académico, la falta de sobriedad, de armonía, de proporción, de purismo? ¡No! Lo encuentra todo perfecto. Lo que indigna a Pinheiro Chagas, lo que él designa a la Academia como imperdonable, es que Theodorico haya visto la Pasión en su conmovedora posibilidad histórica—en lugar de haberla visto, como escri-

be textualmente, *bajo las formas de un Evangelio burlesco*.

Quiere decirse: para que *La Reliquia* agradase a Pinheiro Chagas y mereciese la coronilla de la Academia, yo debiera haber mostrado a Jesús de sombrero hongo y de lentes ahumados; a Pilatos dejando caer la pinguita de rapé sobre el *Diario de Noticias*; y al lado Ozeas, vocal del Sanhedrín, en un uniforme de policía civil, con un número en el cuello y hurgando un diente agujereado.

¿Es esto un académico hablando en una Academia? No. Es un hombre ingenioso y hábil, dando en un colmado, para condenar un libro, las razones chocarreras, las más apropiadas, las únicas accesibles a la comprensión escasa de sujetos que en torno se echan copas de ginebra al gazzate: —¡Ved, muchachos, qué libro inferior! ¡Jesús en serio como en el Testamento! ¡Pilatos en serio como en la Historia! ¡Así nadie ríe, nadie goza! ¡Lo que nosotros queríamos era Jesús camino del Calvario, con las botas torcidas, cojeando con un dolor en un callo!...

Pero al mismo tiempo, Pinheiro Chagas siente que esos hombres, aunque toscos, deben tener un resto de confuso y supersticioso respeto por la Religión de ese Jesús dentro de la cual fué moldeada su vida. Y muy sagazmente, en su esfuerzo por atraer la desaprobación sobre el libro, apela también a ese sentimiento. Pero ¿cómo? ¿Acusando alguna brutal negación de lo que es Dogma o alguna atrevida simplificación de lo que es Misterio? No. Todo eso lo juzga Pinheiro Chagas muy complicado para esas inteligencias subalternas. Y apunta entonces el detalle cominero y rastrero, el detalle que aquellos hombres broncos podrían más fácilmente apreciar—el cigarro que Theodorico enciende en

el Pretorio. Con la mano trémula, Pinheiro Chagas muestra el cigarro blasfemo. Y exclama textualmente: *¡Estremece, estremece en verdad ver aquel cigarro en medio de tan sublime agitación!...*

Por lo tanto, en resumen, lo que subleva a Pinheiro Chagas en este libro desdichado es que en él, Jesús de Galilea no aparece suficientemente burlesco, y que en él Theodorico Raposo no aparece suficientemente serio.

¡Nunca en una Academia se dijo nada tan extraordinario! Y nunca se trató a una Academia con tanto desdén por su inteligencia, por su gravedad y por su autoridad literaria.

¡Y ahí tiene usted, pues, querido Mariano Pina!... Si yo cuelgo de la túnica de Jesús un gran rabo de papel—¡era laureado! Y los mil duros serían míos—si yo hubiese arrancado prudentemente de las manos de Theodorico el funesto cigarro de Xábregas (1) ¡Siempre Xábregas! Pinheiro Chagas, con aquel ruidoso y valeroso afán que le trae arremolinándose de la Política para la Literatura—confunde la Academia con el Parlamento; ¡tómame aturdidamente por un ministro de Hacienda y acomete contra mí por causa de la cuestión de los Tabacos!...

Pero, en fin, loado sea Dios, si las razones del Informe para excluir *La Reliquia* no son las buenas—la decisión de la Asamblea, rechazando por el silencio el libro indigno de ella, fué admirable, ya naciese de una reflexión muy nítida, ya de un instinto nebuloso. Y ese silencio mismo constituye el único rasgo literario que

(1) Era por entonces la Compañía Arrendataria de Portugal.—N. del T.

advierto en este concurso de literatura. Porque todo lo demás se me figura deplorable.

La idea del concurso en sí es excelente, y revela en aquel que la concibió un sentimiento muy lúcido y muy exacto de este país, donde toda la producción, a más de la aceituna y del mijo (¡bendito sea Dios por ambas cosas!), ha de ser forzada y arrancada de un suelo esterilizado por medios artificiales, oficiales y de estufa. Pero la organización del concurso ¡es particular y conjuntamente desgraciada!

¿Quién la hizo? ¿Fué un académico? ¿Fué un dentista? Bajo el rey Luis XV y aun bajo Luis XVI, cuando en Versalles se necesitaba de un financiero (así lo asegura Beaumarchais) invariablemente se llamaba a un bailarín. ¿Quiso la Academia, en esta clásica coyuntura, traducir Versalles al calor? Necesitando de la experiencia de un escritor para organizar su concurso ¿apeló ella, con la gracia liviana de Luis de Francia, el *Bien Amado*, a la habilidad de un barbero? No sé. Pero si el encargado fué un académico, ¡entonces ahí tenemos otro Pinheiro Chagas, burlándose impudicamente de la inteligencia, de la seriedad y de la autoridad de la Academia!...

Yo no conozco, muy felizmente para mí, ninguna de las obras ofrecidas a concurso y más detenidamente loadas por el Informe. Bástame, sin embargo, saber que había un libro de viajes, un libro de odas, un drama en verso y una novela arqueológica, para pensar, desde luego, que cualquier preferencia, entre obras tan heterogéneas y tan poco susceptibles de comparación, nunca podrá ser determinada por motivos puramente literarios y críticos. Y para que la Academia permaneciese en la equidad, forzoso le sería decidir, no por las cualidades de los escritos, sino por las cualidades de

NOTAS CONTEMPORANEAS

los escritores, todos hombres, todos ciudadanos, todos mortales y todos comparables, ya en su peso, en kilos, ya en su puntualidad a misa, ya en el aseo de su ropa blanca.

¿Cómo se pueden, por Dios santo, comparar libros de versos con libros de prosa, cuando la naturaleza de las dos formas y las propiedades que las caracterizan son esencialmente distintas; naciendo una toda de la emoción y la otra de la reflexión?

¿Quién puede jamás comparar Cartas de viaje y Odas pindáricas? Las cualidades de gracia, de observación, de facilidad, de ligereza, de *humour*, que harían de las Cartas una obra llena de gusto y de interés, desnaturalizarían las Odas hasta lo grotesco; al paso que el vasto soplo lírico, la majestad rítmica necesaria para cantar a Leónidas—o aunque sea al señor Duque de Avila (1)—darían a las Cartas una afectación intolerable.

¿Quién puede escoger jamás, por comparación, entre un drama romántico en verso o una novela arqueológica en prosa, uno viviendo de la pasión, la otra viviendo de la erudición; uno dando la síntesis de los caracteres por la elocuencia, otra dando el análisis de los caracteres por la investigación?... Las cualidades escénicas del drama harían a la novela enfática y vaga—y los predicados de reconstrucción, de resurrección histórica, de sabio detalle, que darían a la novela una viva posibilidad, convertirían el drama en una obra didáctica, difusa, chata y destinada al silbido!...

Suponga usted que yo penetro en la Academia Francesa con dos volúmenes en la mano y exclamo: ¿Cuál

(1) Político portugués de la época de Queiroz; primer Marqués de Avila y Boluma, a quien satirizó Antero de Quental.—*Nota del Traductor.*

de éstos es mejor?—mostrando de un lado *Ruy Blas* y del otro *Salammbô*. ¿Ve usted desde ahí el encogimiento de hombros y la sonrisa de esa asamblea—donde se sienta Taine y donde se sentó Sainte-Beuve? Dice usted que en el jurado del concurso no había Taines ni Sainte-Beuves. No lo sé, porque muchos académicos que lo componían me son, con gran pena y desventaja mías, absolutamente desconocidos. Pero veo entre ellos tres o cuatro hombres ciertamente familiares con las cosas de la literatura. ¿Y cómo sucede que esos, por lo menos, no protestaron contra el encogerse de hombros y la sonrisa de los cuarenta inmortales? ¡Cómo! Con los hombros quietos, con los labios serios, votaron, escogieron, unos el Drama, otros la Novela, con la misma sencillez con que se decidirían a la cena por la pata o por el ala del pollo. Pero, ¡por Júpiter!, creo yo que nadie podrá fundamentar su voto en razones que no sean grotescamente ajenas a la Literatura.

¡Caso sorprendente! Y sobre todo sorprendente para mí, porque descubro que la Academia tiene sobre libros la opinión de nuestro viejo criado Victorino. Este benemérito, cuando en Coimbra le mandábamos a buscar en un cofrecito, apellidado *Biblioteca de Alejandría*, un libro de versos, traía siempre un Diccionario, un Ortolán o un tomo de las Ordenaciones; y si por maravilla nos apetecía uno de estos tomos de instrucción, era seguro que Victorino aparecía con Lamartine o con *La Dama de las Camelias*. Nuestros clamores de indignación dejábanle superiormente sereno. Daba un tirón al chaleco de rayadillo y murmuraba con ingenuidad: —*Esto o aquello, todo son cosas en letra redonda.*

Ahora el jurado de la Academia parece pensar también que libros de viajes, odas, comedias, dramas en

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

verso, novelas arqueológicas—*todo son cosas en letra redonda.*

Victorino aun vive, conserva la misma dignidad fría y es mancebo de botica en Porto. Y dada tal similitud de opiniones literarias, ¿quién podría en la Academia negarle su voto—si Victorino quisiese pertenecer a la Academia? Nadie, lógicamente.

Pero basta... Creo que superabundantemente pali-queamos ya sobre esta desdichada Academia, parecida a una de estas madres de melodrama a quienes los hijos más amados y mimados, como Pinheiro Chagas, desdeñan y escarnecen, y que el hijo preterido y abandonado como yo, piadosamente acude a defender cuando un gentil caballero como usted la llama, riéndose, vieja ridícula y tonta...

Le aprieta las manos, caro amigo, su devoto

EÇA DE QUEIROZ.

X

EUROPA

No sé lo que pasa en esa rozagante América... Pero aquí, en este reseco continente, hace ya más de dos años, *aquellos que se distinguen por conocer las cosas de las naciones*, como decía el viejo escriba egipcio del tiempo de Tulmés III, comienzan a inquietarse y a gritar sombríamente: "La situación de Europa es tremenda. Bajo las crisis que la sacuden, ya la máquina se descoyunta. ¡Nada puede impedir el incomparable desastre! ¡Este fin de siglo es un fin del mundo!... Y en efecto, en efecto; si a este prolongado y triste clamor, el hombre que trabaja, quieto en su morada, repara más atentamente en Europa, se le aparece como una sala de hospital, donde jadean y se agitan en sus catres, estrechos o anchos, los grandes enfermos de la civilización.

Aquí mismo, debajo de mi ventana, en esta Inglaterra de tan rubicunda apariencia, las "crisis" se acumulan más numerosas que las llagas en el cuerpo del clásico Job. Primeramente la más intensa y más extensa, la que arranca más gemidos es la crisis industrial, nacida de la necesidad que la atrafagada y prolífica Inglaterra tiene de vender lo que fabrica para comprar

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

lo que come, necesidad implacable que la fuerza a buscar desesperadamente mercados por toda la tierra; a buscarse pueblos vasallos para obtener pueblos clientes; a considerar toda honrada competencia a su producto como una perversa hostilidad contra su pan; a permanecer con las naciones, a pesar de su humanitarismo, en un estado latente de ávida guerra comercial; y en breve tal vez, como ya prevé al profesor Huxley, a hacer francamente fuego sobre todo aquel que ose como ella vender algodones, o como ella vender hierro. Y después la crisis agrícola, cada día más áspera, producida por esos puertos libres por donde le entra torrencialmente todo el fruto de la tierra extranjera, desde las mieses de América hasta los pomares de Normandía; por las extorsiones desordenadas del capital intermediario, por la división misma del suelo, ya en su quinta parte improductivo, porque la aristocracia territorial lo conserva cercado en parques de lujo y en inmensos cotos de caza... Y después, la crisis social, por la consiguiente conversión de las clases rurales en clases industriales; el trabajo abandonado por la fábrica; una afluencia tumultuaria haciendo que el trabajo escasee cada vez más, bajo la indefinida multiplicación de la plebe obrera; y de ahí la formación de esas turbas escuálidas de proletarios hambrientos y ateridos, sin sitio en la sociedad y sin auxilio en la Naturaleza, rodando del *meeting*, donde la policía los apalea, a la taberna, donde la ginebra los embrutece... Y después, la crisis política, múltiple y confusa, hecha de la rebelión nacional de Irlanda, del descontento agrario de Escocia; del desafecto eclesiástico de Gales, complicada aún por la oleada creciente de una democracia de carácter continental que disgrega los viejos partidos históricos, agría el conflicto de las ideas con

el rencor de las personalidades, y por la lógica de su tendencia descentralizadora pone en peligro la misma solidez del antiguo imperio colonial. Y después, la crisis religiosa; la progresiva hostilidad contra la iglesia oficial llevando a las poblaciones a armarse para no pagar el diezmo; el desdén cada vez más acentuado de las masas por las sectas no conformistas, que hasta ahora las mantenían en una saludable disciplina moral; la Biblia, la gran lección y el gran consuelo, caída en descrédito como voz divina, convertida en mero libro de literatura, lirismo y crónica de un pueblo acabado; y en fin, lo peor de todo, las almas buscando en la religión menos una regla que una excitación, huyendo del abstracto puritanismo hacia las flores y los cantos de los templos ritualistas, o hacia las banderas y panderetas de la grosera *Salvation Army* (1). Y aun por arriba, como complemento a la crisis moral, la inquietante degeneración de las costumbres; las altas clases aristocráticas y plutocráticas rehaciendo la sociedad liviana y galante de los Estuardos; la sensualidad brutal, que es el fondo del temperamento inglés, irrumpiendo y saltando todas las barreras, las más fuertes, aun las de la responsabilidad; el amor del lujo, del goce, de la ostentación y del dinero que los compra, convertido en supremo motor de la existencia; el juego, adoptado como la profesión mejor por esa inmensa clase, compuesta de "gente bien", que apuesta por el *jockey*, por el remero, por el atleta, por el andarín, por el boxeador; la honestidad debilitándose en los sentimientos como en las transacciones; el negociante falsificando todo lo que vende; las familias deshaciéndose

(1) La *Salvation Army* es, como todos saben, el Ejército de Salvación que sirve de propaganda al protestantismo.—*N. del T.*

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

en el tribunal del divorcio; los hijos de las antiguas casas históricas robando en los campos de las carreras...

Pero si de la verde Inglaterra pasamos al Continente, allí encontramos en otros organismos reproducidas las mismas lesiones. Todos sufren de una crisis industrial, de una crisis agrícola, de una crisis política, de una crisis social, de una crisis moral. Y cada uno, a mayor abundamiento, sufre de un mal suyo y propio, que es hereditario o nacido de los desarreglos de la vida. Más allá de la Mancha vemos a Francia, nuestra madre latina, segunda patria de todo espíritu bien nacido, en brazos con su tercera República, que no consigue despojarse de su carácter provisional, ni por el voto del campesino, ni por el dinero de la burguesía, y que en su eterna aspiración a la unidad, busca al hombre providencial que la cimiente y la clave en el suelo, llevando al Poder sucesivos estadistas que luego frenéticamente derriba y arroja al lodo, volviéndose ya hacia un general, ya hacia un abogado, ya hacia un ingeniero, entontecida, jadeante, en ese afán que la trae desde el 79 buscando a su salvador... (1) Como corolario, el ansia mórbida de enriquecerse aprisa, característica de todos los regímenes inestables, estableciendo desde El Havre hasta Marsella una inmensa bolsa, con un *agent de change* en cada finca, un Sindicato metido en cada institución, la lotería infiltrándose en la industria y el *krack* cada cinco años!... Al través de todo esto, en torno de esto, una plebe democratizada hasta lo más sutil, subdividida en tantos partidos militantes cuantas son las teorías sociales, todos

(1) *Cherchant son sauver!*, escribe Eça de Queiroz, con inconcebible errata—*sauver* por *sauveur*—que se repite en todas las ediciones de NOTAS CONTEMPORÁNEAS. Yo he puesto la frase en español.—N. del T.

irreconciliables, todos agresivos, cada una con su club, su héroe y su substancia explosiva... Después, ¡qué enormes crisis especiales: crisis de la Hacienda, de la Administración, de la Iglesia y de las costumbres!... Un presupuesto que cada día se desequilibra más, bajo el peso de hierro de un ejército enorme, que el orgullo patriótico la obliga a mantener, con el dedo en el gatillo, vuelta hacia los Vosgos... La Administración, el eje resistente sobre el cual Francia, desde Colbert, había girado con suficiente equilibrio al través de guerras y de revoluciones, debilitado, rajado, mordido por la República, roído por la huella de la corrupción. La Iglesia, de la cual era Francia la hija primogénita y muy amada, convertida para la mitad de su familia espiritual en objeto de escándalo y de cólera. Los miasmas del boulevard propagándose, esparcidos por el vapor y por la electricidad, a todos los rincones de Francia y deteriorando hasta la vieja burguesía provincial, la austera depositaria de *la haute honnêteté française* (1). Después, para colmo de males, París complicándolo todo con su comuna, su Hôtel de Ville, la impresionabilidad de sus masas, la garrulería de su Prensa, su *blague* y su miseria, su ideologismo y su *cocotismo*... Mil males; y mi querido Oliveira Martins frotándose las manos y amenazando a ese París, "Capital de los Pueblos", con quedar reducido en breve a una Corinto, donde siempre abundaría el dinero extranjero, las cortesanas subirán a los altares, el estómago tendrá su gloria, Arión inventará ritmos nuevos, y todas las noches, entre cantares y luces, la Orgía

(1) "La alta honestidad francesa." Eça, para dar más color a su exposición, intercala de vez en vez frases francesas *N. del T.*

rodará de la puerta Sicyo a la puerta de Ceuceia, bajo la invocación de Afrodita... (1).

Si atravesamos el Rhin, Alemania surge, compacta y maciza como una torre de inconmensurable fuerza. Pero aquellos *que se distinguen por conocer las cosas de las naciones*, ¡saben cuán quebradiza es!... Numerosos Estados, cada uno con su "particularismo", como ellos mismos dicen, dispares de temperamento y de carácter, de costumbres, de religión, de intereses, agregados unos a otros a la manera de animales domésticos en un patio de granja, cuando sienten en derredor aullar el lobo: ¡he ahí Alemania!... Lo que desde el To la retiene unida bajo la bandera amarilla y negra es su temor constante de que el oso moscovita levante las patas de un lado, y de otro aletee y suelte su toque de clarín el petulante gallo francés. Sólo por medio de este temor consigue Bismarck hacer fluctuar, con tolerable estabilidad, la vasta vida germánica; a tal punto, de que para obtener una miserable ley de Tabacos o tres sacos de florines, ha de infundir el pánico en sus gacetas, descender después al *Reichstag* con sus altas botas de coracero, despertar el *furor teutonicus*, apuntando a través de las perífrasis délficas hacia los cañones ya dispuestos del lado de Polonia o del lado de Lorena... Y de aquí ¡cuántas crisis minando a la gran Minerva armada!... Sus seis millones de soldados la chupan fibra a fibra. El suelo avaro que apenas los nutre, los impuestos intolerables, la mezquindad de las profesiones liberales, expatrián a la mocedad burguesa y agrícola hacia Inglaterra y hacia América; la pequeñez de los salarios, que, per-

(1) Oliveira Martins tomó en Portugal, frente a París y sus vicios, una posición austera similar a la de nuestro Unamuno antes de la guerra.—*N. del T.*

mitiendo producir barato y vender barato, da a su industria una apariencia de prosperidad y actúa en realidad como causa constante y sorda de la decadencia moral y física del obrero; y por fin, la disciplina de cuartel, militarizándolo todo, desde la escuela hasta las estaciones (1), uniformando al alemán en el cuerpo y en el alma, disminúyete la individualidad moral como le anula el valor civil. Entallada en la librea prusiana, Alemania pierde todo lo que había de libre, de expansivo y de grande en su naturaleza... El propio genio se le estrecha bajo el peso del casco. ¿Dónde está esa literatura tan viva, original, profunda, radiantemente variada, que salía de las pequeñas cortes pulidas y cultas, en que Goethe era un semidiós y Hegel, como un profeta, acogía peregrinos?... Todo se acabó. ¡Y descontentos con el tiempo presente, las inteligencias se refugian en la erudición y en el polvo de la arqueología!...

Y si continuamos, con iguales males topamos por esa Europa, en todas las naciones, desde la inmensa Rusia hasta la larguirucha Suecia. ¡Siempre la disipación de los Estados, siempre la miseria de las plebes!... En Rusia, los gastos del Gobierno (no contando obras de utilidad ni siquiera armamentos de ataque) subieron, sin que los ingresos aumentasen, en *ciento y cinco por ciento* en diez años. Ahora bien, como el padre, el Czar, gasta así, sus ochenta millones de hijos, los *moujicks*, han de pagar; abrumado de impuestos, el pobre *moujick* corre al prestamista, vende aprisa, vende con pérdida, apenas aparece a orillas del camino el recaudador fiscal entre bayonetas; y la ignorancia en que el Estado le tiene ahogado es

(1) *Gares*, escribe Eça con injustificado empleo de la palabra francesa.—N. del T.

tan sistemática que, en el año de 1886, en el mercado de Karkoff, mientras los agentes de la pequeña nobleza, más ilustrados sobre el precio de Europa, vendían la medida de la avena por setenta kopeks, el desgraciado *moujick* embrutecido, ignorando el valor de su grano, rodando confusamente entre los dedos trémulos el grueso gorro de pieles, dejaba marchar la misma medida, su sudor de todo el año, por *veinte* miserables kopeks!... En la laboriosa y plácida Suecia, por otro lado, para resumirlo todo en el horror de un número, el Estado ha de alimentar, por la caridad oficial, casi *la décima parte* de la población, un pauperismo cuatro veces mayor que el de Irlanda, ¡ese húmedo hormiguero de turbulentos mendigos!...

¿Será necesario, para mostrar la máquina descoyuntándose, desmenuzar Italia, inventariar España, desgranar indefinidamente el rosario de *crisis*? ¿Será caritativo hablar de nosotros mismos? En nuestro rincón, con la azulada dulzura de nuestro cielo cariñoso, la contenta sencillez de nuestra naturaleza medio árabe (dos condiciones máximas para la felicidad en el orden social), nosotros tenemos, a lo que parece, todas las enfermedades de Europa en variadas proporciones—desde el *déficit* enorme hasta ese nuevo partido anarquista que cabe todo en un banco de la Avenida—. Y desgraciadamente, además de estos males, unos nacidos de nuestro temperamento, y otros traducidos del francés, morimos de otro mal, completamente nuestro y que sólo Grecia, menos intensamente, comparte con nosotros; y es que, mientras contra las tormentas sociales, en las otras naos se trabaja, en nuestra maltrecha y arrasada carabela se charla... ¡Se charla en un desordenado flujo labial, cuya calidad desde 1920 no ha dejado de decaer, degenerando, de la elocuen-

E Ç A D E Q U E I R O Z

cia, en la locuacidad, de la verbosidad deshaciéndose en la verborrea!...

De suerte que, mirando en resumen hacia el Norte y hacia el Sur, bien pueden *aquellos que se distinguen por conocer las cosas de las naciones*, afirmar sombríamente que la máquina se descompone y que la situación de Europa es tremenda...

Y sin embargo, en el fondo, la situación es sencillamente normal. Natural y normal, y para nadie puede ofrecer terrores. Ya no hablo como un animal egoísta y casero, que al través de todas estas agonías de imperios continúe saboreando los pequeños regalos de la vida, el calor del hogar, la amistad de los libros, el buen arroz al horno, el cigarro parlero y los pájaros cantando en los follajes de primavera... Pero aun para el crítico o para el humanitario, sobre todo para éstos, este *fin del mundo* no ofrece nada de pavoroso.

La situación de Europa, en realidad, nunca dejó de ser tremenda. Lo ha sido melancólica y apasionadamente todo este siglo. Lo fué durante todo el siglo XVIII, al través de más indiferencia y de una mayor dulzura de la vida. Lo ha sido en todos los siglos, desde que los strios llegaron aquí, cantando los versos y empujando sus rebaños hacia el Oeste. La "crisis" es la condición casi normal de Europa. Y rara vez se ha presentado el momento en que un hombre, tendiendo la mirada en derredor, no crea ver la máquina desconyuntarse y todo pereciendo, hasta lo que es imperecedero: la virtud y el talento. Ya el viejo cronista medioeval murmuraba con infinito desconuelo: "Todo se desquicia, y hasta entre los hombres se va embotando la punta de la sagacidad." Ya el más antiguo poeta clásico, el comedido y satisfecho Horacio, cantó tristemente cuando sobre el mundo comen-

NOTAS CONTEMPORANEAS

zaba a difundirse la inmensa majestad de la paz romana: "Todo se hunde, y más que ningún otro, este tiempo es fecundo en miserias..."

Naturalmente, no se quejaban de *déficits* o de crisis industriales, sino de aquello que entonces más preocupaba a los hombres cultos: el debilitamiento de la virtud, de la moral, de la religión, del patriotismo, de la seguridad pública. Y gemidos iguales oíríamos recorriendo los anales, los poemas y los textos; hasta aquellos que están pintados en colores vivos en los *pylones* de Tebas o grabados a fuego lento en los ladrillos asirios del palacio de Sennacherib...

Pero ¿qué son en el fondo estos lamentos? Son solamente, en un tono más solemne y amplio, aquella queja familiar que cada año repetimos, cuando las hojas caen y los cielos se cubren de nieblas: "¡Ahí viene el invierno y la noche!..."

Es que la sociedad se asemeja a la Naturaleza. Y en Europa, como en cualquier espeso bosque en un fondo de valles, viene un momento en que todo decae y fenece; los ramajes se secan y se desgajan; las más altas encinas caen de vejez, mil podredumbres fermentan, y el suelo desaparece bajo los destrozos, y la oscuridad aterra, y un largo sollozo pasa en el viento... Y a quien entonces lo atraviere, el bosque se le figura en verdad cosa confusa, arruinada y tremenda... Y, sin embargo, todo eso es sencillamente... diciembre. Es la vida, es el orden. De los ramajes podridos ya se están nutriendo las simientes que han de ser árboles; y al través de las descomposiciones se conserva la savia, que hará florecer y reflorece todo cuando llegue marzo... Ahora bien; estos tiempos que estamos atravesando son el octubre fosco que anuncia uno de los grandes diciembres del mundo... Tenemos ya mi-

serias, crisis, disoluciones, viejas raíces que se desgajan, llantos al viento; peor nos irá cuando diciembre venga; pero al través de todas las vicisitudes, siempre se conservará, como en la Naturaleza, la eterna savia, que es la eterna fuerza...

Solamente que los nuevos follajes de marzo no resurgen más verdes ni más duraderos por haber recogido la savia de las capas de hojas caídas; en la Naturaleza, la fuerza no tiene un fin, no lleva a nada mejor; y no siendo moral ni inmoral, la Naturaleza no retrocede ni progresa. Los árboles que nos cubren no son más frescos ni más frondosos que los que daban sombra a los hombres del Lacio; y la helada, el viento del Este, el polvo, no nos incomodan menos que en tiempo de las *Geórgicas*.

La verdad sea dicha, tampoco el hombre mejora en lo que le es innato. No poseemos hoy, ciertamente, más fuerza en los músculos que los soldados de la invasión persa, más belleza en las líneas que los modelos de la estatuaria griega; tampoco podemos alabarnos de más valor que Leónidas, de más genio que Platón, de más poesía que Virgilio, de más virtud que Marco Aurelio. Pero el conjunto de los hombres y la sociedad progresan cada día por la sucesiva acumulación del esfuerzo, del trabajo, de la virtud, del genio, de la poesía, del valor de cada generación que pasa. Y si realmente no pensamos más profundamente que en Atenas, bajo los plátanos de la Academia, ni combatimos más heroicamente que en el desfiladero de las Termópilas, tenemos repartida seguramente entre nosotros más justicia que en tiempo de los Gracos, y hay más saber divulgado entre nosotros que en tiempo de Aristóteles. Y en ese siglo XX, del cual ya nos

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

ocupamos con paternal solicitud, habrá más saber difundido y más justicia realizada...

De suerte que los males presentes, las crisis, las miserias, no son mas que el natural decaimiento de diciembre en la selva humana, donde surgirá una más viva y más rica vegetación de libertades y de nociones... Esas mismas, a su vez, crearán dificultades nuevas en la sociedad e incertidumbres nuevas en el espíritu. Volverá diciembre.

Voces sombrías afirmarán de nuevo, en lenguas aun no habladas, que todo se descoyunta, que la situación es tremenda. Pero cuando marzo vuelva a su vez y se vea más claro en un cielo más límpido, se reconocerá que, en suma, la Humanidad dió otro paso decidido hacia adelante en el camino de la justicia y en el camino del saber... ¡Y así, a tumbos y a sacudidas, ya destrozado, ya florecido de nuevo, el mundo avanza irresistiblemente!...

1888.

XI

A PROPOSITO DE "OS MAIAS" (1)

CARTA A CARLOS LOBO DE AVILA.

„Mi querido Carlos: Si ahí en *O Tempo* hay bastante espacio para que un hombre de letras deshaga públicamente una leyenda que fué injertada sobre su obra y que de ella continúa viviendo, conceda usted a estas tiras de papel el agasajo que sólo merecen por la sinceridad y veracidad de que van animadas.

Esta mañana recibí un periódico de Río de Janeiro, *O Pais*, donde destacaba un artículo de Pinheiro Chagas (¡siempre este hombre fatal!), cuyo título—*Bulhão Pato é Eça de Queiroz*—al punto me causó confusión y asombro. Imaginé al principio que se trataba de uno de esos paralelos literarios, dados antaño como temas

(1) Se sabe que esta admirable novela en dos volúmenes, verdadero cuadro de conjunto de la vida de Lisboa, aparecida en 1888, suscitó gran indignación en el poeta romántico Bulhão Pato, por figurarse que estaba cruelmente retratado en el poeta Tomás de Alencar, a quien el gran novelista satirizaba. Era precisa tal aclaración para hacer comprensible esta carta.—*N. del T.*

en las aulas de retórica, y en que se comparaba, con sonora facundia, el genio de César al genio de Pompeyo, las virtudes de Catón a las virtudes de Séneca... ¡Pero no! El artículo de Pinheiro Chagas versaba sobre hechos bien definidos, auténticos, con un aspecto sólido de pedazos de Historia, que dieron a mi asombro y confusión, ya grandes, una intensidad casi dolorosa. Era un artículo condenando con la mayor severidad cierta injuria que yo hiciera en prosa a Bulhão Pato,—y celebrando en períodos que se babeaban de admiración y ternura cierta venganza que Bulhão Pato tomara en verso.

Mi injuria consistía en *caricaturizar* a Bulhão Pato en *Os Maias*, bajo los bigotes y los rasgos de Tomás de Alencar, y el desquite de Bulhão Pato fué correr a su gran lira y lanzar contra mí una gran sátira. Tales se me mostraron los hechos. Y ante ellos, mi asombro y mi confusión procedían de que en esta fría mañana de enero del año de gracia de 1889, antes de leer *O País*, yo aun ignoraba totalmente la ofensa contra el simpático autor de *Paqueta* y el castigo retumbante que había recibido del autor de esa cruel andaluza.

Tal vez parece poco natural, sobre todo para aquellos para quienes la *Casa Havaneza* y el Café Martinho forman los confines del mundo, que yo no conociese un hecho literario tan considerable, de tan amplio eco como esa Sátira.

La existencia de esa pieza poética, en efecto, no me era completamente ajena; ya aquí, en París, alguien me hablara un día de esto, riendo; pero de esas bromeantes palabras, trocadas aprisa en el rumor de la calle, desprendí que era una Sátira literaria, impersonal, continuando un conflicto de escuela, deteniéndose

en las generalizaciones estéticas; una sátira en que nuestro Pato, en la provinciana y académica suposición de que en arte hay dos grandes falanges con dos grandes banderas, la de los Románticos y la de los Naturalistas, venía una vez más, paladín del Alma, a lanzar su dardo de oro contra la soldadesca de la Materia.

Que fuese una Sátira personal, *directa y cruelísima*, como dice Pinheiro Chagas, atacando sin duda mis costumbres, mis principios, mi moral, mi vida—eso sólo hoy, en esta fría mañana de enero, lo vine a saber por el artículo de *O Pais*, tan sentido y trémulo.

Sólo hoy, a través de las amargas reprensiones de Chagas, vine a saber que la Sátira me fué vibrada por el autor de *Paqueta* en desquite, en ostentoso y clamoroso desquite, de haberle yo encarnado en la persona de Tomás de Alencar... Y apenas recibí de refilón estas revelaciones, murmuré para mis adentros, sin vacilar, inmensamente divertido e inmensamente contento: “¡Está bien! ¡Lo que nuestro Pato gozó en imaginarse retratado en *Os Maias!*”

“Ser retratado” en una novela o en una comedia, constituye hace mucho tiempo, como usted sabe, querido amigo, la más decisiva evidencia de celebridad. Desde Aristófanes, que puso a Sócrates en escena en *Las Nubes*, hasta Pailleron, que retrata a Caro (1) en *Le Monde où l'on s'ennuie*, siempre la personificación de un contemporáneo aparece como la definitiva con-

(1) Edme Caro, expositor filosófico más bien que creador de un sistema. Su obra principal es *El pesimismo en el siglo XIX*, traducida al castellano por *La España Moderna*.—*N. del T.*

sagración de su importancia en la Sociedad, en la Política y en las Letras.

Luego que Sainte-Beuve asciende a Pontífice de la crítica, Balzac pasa a representarlo a través de *La Comedia Humana*, con tenaz y leonina ironía... Apenas Gambetta se afirma como el hombre providencial de la Tercera República, luego Sardou lo reproduce sobre el escenario en el fanfarrón *Rabagas*. La celebridad del Marqués de Bute en Inglaterra lleva a Lord Beaconsfield a dedicarle toda una novela, *Lothair*. Y no pudiendo dedicar un libro a cada uno de los dos dominantes *dandies*, Morny y Cadet-Russe, los funde Octavio Feuillet en uno solo, en el supremo Mr. de Camors. En literatura, el retrato conviértese así en la investidura oficial de la gloria.

De aquí resulta lógicamente, querido Carlos, que "figurar" en una novela o en un drama es la ambición suprema y el placer inefable de todos los glotones de celebridad, sobre todo de aquellos que van sintiendo esa celebridad marchitarse y deshojarse como una corona que fué hecha de las rosas frágiles de un día. ¡Nuestro buen Bulhão Pato saborea hace meses, según me afirma Chagas, ese contentamiento inefable!

Pero ¿a qué viene entonces la Sátira—la Sátira embistiendo y rugiendo, con sus alejandrinos más erizados que las cerdas bravas de un jabalí?... La Sátira, querido amigo, viene muy hábilmente, con el astuto fin de alborozar al público, crear un tumulto de curiosidad, obligar a todos los ojos a volverse hacia el motivo que la provocó, hacia el "retrato", evidencia de la gloria, instintivo homenaje dado al alto poeta.

La Sátira llega así, estridente y alardeando, para que el público sepa y crea que hubo realmente un retrato y que tan elevada es aún la situación del poeta

en la literatura de su tiempo, tan penetrante su influencia en el movimiento de las ideas, que un artista se decidió a rendirle esa suprema pleitesía que el Arte a través de los siglos ha concedido a todos los ilustres, desde Sócrates el divino hasta Morny el mundano.

¡Ahí está a lo que viene la Sátira! Pero mientras ella, delante del público, ruge con un son de hoja de lata, el estimable autor de *Paquita* báñase todo él en un mar de leche, de mirra y de rosas.

¡Fué "retratado"! ¡Es, pues, ilustre! ¡Un artista se dedicó, durante novecientas páginas, a detallarle el gesto inmortal!... ¡Su gloria relumbra en plena brasa!... Y los días de Bulhão Pato corren ahora en incomparable delicia, estirado en una silla, leyendo y relejendo *Os Maias* y sonriendo beatíficamente como un ídolo entre incienso.

¡Pues bien! Aunque me cueste trabajo perturbar este gozo del interesante autor de la Sátira, yo estoy obligado, por la ineludible verdad, a declarar que mi Tomás de Alencar no es la personificación del señor Bulhão Pato y que, durante el largo tiempo en que fuí poniendo de pie, trazo a trazo, la figura de Tomás de Alencar, ni una sola vez me cruzó en la memoria la idea, la imagen, el nombre siquiera del poeta de *Paquita*.

Para retratar a un hombre, ya lo dijo con su acostumbrada profundidad Mr. de la Palisse:—es necesario por lo menos conocerlo. Conocer su fisonomía exterior e interior;—sus ideas, sus hábitos, sus gustos, sus sentimientos, sus *tics*, sus intereses, todo lo que diversa y únicamente constituye el carácter.

Ahora bien; ¿conozco yo por ventura de este modo

íntimo y minucioso al Sr. Bulhão Pato? No; ni íntima ni casi superficialmente. ¿Cuántas veces, en estos últimos diez y seis o diez y ocho años, nos habremos visto a través de nuestras dispares y remotas existencias? Cinco o seis veces, fugitivamente; en la calle, en alguna sala, en una mesa de restaurant. Nada sé de su vida, de sus costumbres, de sus opiniones. Nunca probé de su cocina. Y añadiré también (ya que la defensa me impone esta confesión dolorosa que me abochorna) que casi no probé aún de su mejor poesía. Por circunstancias inexplicables y que me avergüenzan, yo nunca leí la *Paqueta*. ¡Nada sé de él! Si alguien me pidiese para trazar en un papel tres o cuatro rasgos característicos de la fisonomía moral y literaria de este poeta, yo quedaría con la pluma suspendida en el aire, en la más absurda e ignara vacilación.

¿Cómo osaría yo intentar durante una larga novela la descripción de un ser vivo de quien no conozco la vida, de un poeta de quien no conozco la poesía?

Sin embargo, la mayor razón para mí mismo de que al crear el tipo de Tomás de Alencar yo nunca pensé en Bulhão—es que pensé siempre en otro. Tomás de Alencar, en efecto, representa a alguien que vivió. Es un retrato. Un retrato ampliado, completado con rasgos sorprendidos aquí y allá en la vieja generación romántica.

Yo conocí a Tomás de Alencar. Lo conocí en la provincia, de donde nunca salió, cuando ya tenía su largo bigote romántico emblanquecido por la edad y amarilleado por el cigarro, como en *Os Maias*. No era este hombre profesionalmente un poeta; quiero decir, nunca fabricó libros de versos para vender a los editores. Hacía versos, sin embargo, que apare-

cían en un periódico de***. Y era también un poeta por su manera especial de entender la vida y el mundo. Desde el primer día en que le traté sentí al punto en él una soberbia encarnación del lirismo romántico. Y desde luego tuve el deseo, la fatal tendencia de convertirlo en un personaje. Ya, en efecto, este hombre atraviesa en O CRIME DO PADRE AMARO—tan rápidamente, sin embargo, que el tipo va todo condensado en una sola línea. Nadie se acuerda hoy de O CRIME DO PADRE AMARO (1); por eso cito este episodio. Es en la playa de Vieira, una playa de baños al pie de Leiria, a la hora del baño. “Las señoras, sentadas en sillitas de paja, con las sombrillas abiertas, miraban el mar charlando; los hombres, de zapatos blancos, extendidos sobre las esterillas, chupaban cigarros, trazaban emblemas en la arena—mientras *el poeta Carlos Alcoforado*, muy fatal, muy mirado, paseaba solo, sombrío, junto a las olas, seguido de su Terranova.” Nada más.

No aparece más en todo el libro. Pero en esas cortas líneas pasa real, como era, tan vivo que lo vuelvo a ver ahora, flaco, con las greñas sobre el pescuezo, fatal y sombrío, admirado por las mujeres, seguido de su Terranova.

Mi trabajo OS MAIAS consistió en transportarlo a las calles de Lisboa, acomodarlo al aspecto de Lisboa, comenzando por despojarlo de su bufanda y separarlo de su perro—porque estos dos atributos no se compaginan con las costumbres de la capital. Lo completé también dándole ese horror literario al naturalismo que Alcoforado nunca tuvo—porque en esos tiem-

(1) *O Crime do Padre Amaro* había sido publicado en primera edición en 1875; luego en edición definitiva en 1878. Este artículo lo escribía Queiroz en 1889.—N. del T.

pos dichosos aún no se charlaba en Portugal acerca del naturalismo, ni nuestro buen Chagas conocía aún, para reírse de él, de arriba abajo, al épico de *Germinal*.

En todos los rasgos fundamentales quedó, sin embargo, clavado en la novela, exactamente como fué en la vida.

Era de él la solemnidad de Alencar. De él la voz cavernosa y lenta. De él la costumbre (que ayudó a matarle) de echarse al gaznate copitas de ginebra. De él era la costumbre de emplear el invocativo ¡*hijos!*—tan inveterada que este plural surgía incluso cuando se dirigía a una sola persona, como si en espíritu hablase a una descendencia de espíritus. Eran de él, finalmente, la lealtad, la honestidad impecable, la bondad, la generosidad, la alta cortesía de maneras;—y es bien petulante que alguien intente a la fuerza incrustarse dentro de estas nobles cualidades, y procure resplandecer ante la multitud con el brillo que ellas irradian, repitiendo así la fábula siempre grotesca, siempre irritante, del grajo que se reviste con las mejores plumas del pavo real!...

Porque esta cuestión de las cualidades es lo que constituye el absurdo estupendo del caso. ¿Por dónde se reconoció el Sr. Bulhão Pato en el Sr. Tomás de Alencar? ¿Por el aspecto exterior? ¿Por los bigotes? Todos en Portugal usamos este retorcido apéndice. ¿Por las recetas de cocina? Todos los hombres de letras, desde Virgilio a Dumas padre, enseñaban este arte sin igual. ¿Por la efusión de los gestos? Todos nosotros, en estas tierras expansivas del Mediodía, lanzamos nuestros gestos hasta las nubes... ¿En cuáles de estos rasgos se reconoció Bulhão Pato? Píñheiro Chagas, en el artículo de *O País*, afirma que

hay en Alencar dos hábitos que son la reproducción escandalosa de dos hábitos de Bulhão Pato: andar siempre estirando la perilla y siempre recitando malos versos! (*textual*). Ahora bien; ocurre precisamente que Alencar no tiene perilla, sólo largos bigotes llenos de poesía y de tristeza...

Y en cuanto a los versos, es cierto que los de Alencar son malos; pero Pinheiro Chagas me parece injusto cuanto implícita y explícitamente declara que son malos también los de Bulhão Pato. Como ya confesé, sudando de vergüenza, nunca leí, desgraciadamente, la *Paqueta*; sin embargo, tengo la certeza de que no es inferior al *Poema da Mocidade* del severísimo Pinheiro Chagas. En alguna estrofa de Pato, que he tenido el encanto y el privilegio de leer—encontré siempre facilidad, elegancia y dulzura!... Y por lo tanto, los rasgos que Pinheiro Chagas cita, para probar el parecido del poeta vivo y del poeta imaginado, son contraproducentes, porque donde Alencar recita versos malos, Pato recitaría buenos versos, y donde Pato tiene perilla, Alencar sólo tiene barbilla!

Todo esto, querido amigo, es deplorablemente cómico, insusceptible casi de ser comentado con gravedad. A juzgar por estos rasgos exteriores, podrían considerarse retratados en Alencar y vibrar sátiras contra mí todos los hombres que en Portugal tienen bigotes, cometen versos, gesticulan ampliamente y saben modos de cocinar el bacalao—esto es, ¡una buena mitad de los habitantes del reino!...

¡No! Estos rasgos de la superficie, comunes a todos, no individualizan a nadie. Lo que diferencia y caracteriza al hombre es su modo de ser moral y el

conjunto de cualidades y de defectos. Ahora bien: Tomás de Alencar tiene defectos y cualidades, separados y alternados, desde la carraspera hasta la caballerosidad. ¿En cuáles de las virtudes y de los vicios se reconoció el poeta de *Paquita*?

Si fué en las virtudes, entonces aquí vemos a un hombre que solemnemente se adelanta, rodeado de sus amigos, y exclama hacia el público, con la frente levantada: “¡Ahí apareció una novela en que hay un tipo de poeta que tiene lealtad, generosidad, una honradez perfecta!... Ahora bien: ¡con tan espléndidas cualidades sólo yo existo en Portugal!... ¡Ese poeta, por lo tanto, soy yo!...”

En este caso, nunca en las edades modernas se habría visto un tan burlesco ejemplo de pedantería y de jactancia.

Mas si el Sr. Bulhão Pato se reconoció en los defectos, entonces aquí tenemos a un hombre que en medio de sus amigos se acerca al público y declara con serenidad: “Apareció por ahí una novela en que hay un poeta que es un mediocre, un hablador, un far-sante y un borracho. Ahora bien; con tan feas cualidades sólo yo existo en Portugal. ¡Este poeta, por lo tanto, soy yo!...”

En este caso, nunca en el mundo se habría visto un tan doloroso ejemplo de rebajamiento y de envilecimiento de sí mismo.

Me detengo por el respeto que debo al poeta. Pero ¡cuántas crueles y abrumadoras conclusiones, una pluma más hábil y maligna que la mía, podría sacar de ese paralelo a que el autor de *Paquita* tan graciosamente se ofreció y en que se ha complacido tan livianamente!

Me detengo también para no ocupar más tiempo al *Tiempo*. Fué necesaria, sin embargo, esta prolongada y menuda explicación para mostrar que nada hay de común entre Tomás de Alencar y el Sr. Bulhão Pato, aparte de aquellos rasgos literarios por los cuales un poeta romántico está siempre parecido con otro poeta romántico. Fué, igualmente, necesaria para mostrar que sólo una indiscreta ilusión y un celo excesivo por la gloria propia, pudieron inducir al autor de *Paquita* a introducirse, con tanto ruido y tanta publicidad, dentro del autor de la *Flor de Martirio*. Y visto que nada puede ahora justificar la permanencia del Sr. Bulhão Pato en el interior del Sr. Tomás de Alencar, causándole manifiesta incomodidad y estorbo,—mi propósito final con esta carta es apelar a la reconocida cortesía del autor de la *Sátira* y rogarle el obsequio supremo de retirarse de dentro de mi personaje.

En cuanto a la *Sátira*, no tengo para qué ocuparme de ella, ¡a Dios gracias!... Nunca la leí. Naturalmente, nunca la leeré. Pinheiro Chagas afirma que es *directa* y *cruelísima*; de su vernaculidad y concordancia con las reglas de la Poética me sirve como garantía la alta situación académica del satírico; quedame, pues, la grata certeza de que fuí tratado de infame por Bulhão Pato, ¡según todos los preceptos de Horacio!... Esto me basta; y como hombre y como escritor plenamente me satisface.

He ahí lo que yo había de decir sobre este incidente, hijo misérrimo de la ilusión y de la vanidad. Y habiéndolo hoy agotado tan ampliamente, que temo que esta carta no quepa en *El Tiempo*—ni en el es-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

pacio—, no habrá Sátira, ni Elegía, ni protestas, ni quejas que me induzcan a dedicarle de nuevo una sola línea, ni a honrarla con un solo pensamiento...

EÇA DE QUEIROZ.

París, 1889.

XII

LA DECADENCIA DE LA RISA

Fué el gran maestro Rabelais quien dijo:

...Riez! Riez!

Car le rire est le propre de l'homme.

“Reíd, reíd, porque la risa es propia del hombre”... Mas ¿cómo podría pensar de otro modo el tan fuerte y tan profundamente humano Abad de Meudon? Cuando él lanzaba ese saludable dictamen, el mundo todo, en derredor, era alegre y reía. La Edad Media, la edad en que el hombre más bostezó (hasta el extremo de que, en la devota Bretaña, había oraciones contra el bostezo) había acabado o parecía acabar; y con ella acabara ese irreductible desaliento, tan bien simbolizado por el viejo Alberto Dürero, en su grabado de *La Melancolía*, en aquel hermoso mozo de alas potentes que, en medio de un vasto laboratorio donde se acumulan todos los instrumentos de las ciencias y de las artes, deja colgar entre las manos la cabeza coronada de laurel, y queda inerte considerando *la inutilidad de todo*, mientras un inmenso murciélago por detrás desdobra sus alas y tapa el disco del sol. En los días de Rabelais, ya ese hermoso Mancebo ir-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

guiera la faz y se revelara en toda su belleza y fuerza como el Genio del Renacimiento y cogiendo los instrumentos dispersos por el laboratorio, comenzaba, brillante de esperanza y de vida, la reconstrucción de un Mundo.

La tierra toda ofrecía entonces el vigor, el tierno esplendor, el rumor germinal de una primavera y de una resurrección. El murciélago teocrático de la Melancolía huyera despavorido—y otra vez el sol refulgía, tranquilo y fecundo, como en el bello cielo de la Hélade. Las sombrías torres feudales eran abandonadas a las lechuzas y a los fantasmas—y los nuevos palacios abrían a la luz sus pórticos de mármol blanco. A las estameñas de la penitencia substituían los brocados de gala. La vida entera, y hasta la muerte, era una fiesta. La propia Inglaterra, el país de las nieblas y de las brujas, *qui même ses plaisirs les prenait moult tristement*, como afirma el buen Froissart, entra ruidosamente en la alegría universal, y a sí misma se intitula *Merry England*, la chocarrera Inglaterra.

Por todas partes la Fantasía va batiendo el vuelo ligero; y el *Orlando* de Ariosto enseña las formas nuevas del heroísmo como las ondinas de Jean Goujon enseñan las formas nuevas de la Gracia.

Las maravillas del arte antiguo surgen de los subterráneos góticos—y Venus, resucitada de nuevo, es Diosa y reina. A cada instante el hombre adquiere un dominio más directo y amplio sobre el Universo; las naos portuguesas descubren mundos, y los vidrios de Copérnico revelan las realidades de los cielos. A través de Cervantes, de Montaigne, de Shakespeare, el hombre aprende a conocerse mejor y siente su grandeza. El mismo Cristo, la Virgen, los santos, pierden,

bajo el luminoso pincel de los italianos, su delgadez, su color macilento; toman los colores de la paz, de la beatitud divina, son consoladores y son amables.

En la faz del Padre Eterno, aparecen al fin, bajo las arrugas del fiero déspota, las sonrisas del dulce Padre.

La Humanidad aprende a cantar. Y el buen Rabelais, en medio de esta amplia esperanza y de tanto esfuerzo triunfal, bien puede decir:

...*Et maintenant riez!*
Car le rire est le propre de l'homme!

Mas hoy, si para gran beneficio de la parroquia de Meudon y del Universo, Rabelais resucitase y de nuevo caminase entre nosotros con su *Gargantúa* ¿qué diría el noble maestro? De seguro, hojeando nuestros libros, cruzando por entre nuestras multitudes, viviendo nuestro vivir, el buen Rabelais diría que "llorar es propio del hombre"; ¡porque la franca y pura risa de su época no la encontraría en rostro alguno!... Nosotros, en efecto, hijos de este siglo serio, perdimos el don divino de la risa. ¡Ya nadie ríe!... Casi ya ni siquiera nadie sonríe; porque ¿qué queda de la antigua sonrisa, fina y viva, tan celebrada por los poetas del siglo XVIII, o de la sonrisa lánguida y húmeda que encantó al romanticismo? Sólo un entreabrir lento y helado de los labios que, por el esfuerzo con que se contraen, parecen muertos o de hierro.

Yo aun recuerdo haber oído, en mi infancia y en mi tierra, la *carcajada*—¡la antigua carcajada, genuína, libre, franca, resonante, cristalina!...—Venía del alma, hacía temblar todas las vidrieras de una casa, y sólo por su sonido puro probaba la fuerza, la salud, la paz, la sencillez, la libertad!...

Nunca más volví a oír esta carcajada magnífica de mi infancia. Lo que hoy se escucha a veces, es una risa cascada (1) (por tener el sonido del cascajo que rueda), seca, dura, áspera, corta, que sale a través de una resistencia, como arrancada por unas cosquillas, y que bruscamente muere, dejando los rostros mudos y fríos. ¡He ahí la risotada de nuestro siglo! Y lo que más llorosamente la caracteriza es esa resistencia que se le opone, la prisa ansiosa de sofocarla como ruido importuno e incongénere con nuestro estado de alma. Nadie ríe; y nadie quiere reír. Tenemos todos el indefinido sentimiento de que la risa estridente y clara desentona en la atmósfera moral de nuestro tiempo. La risa de Lutero, que se oía al final de las largas calles de Worms; el reír del gran Leonardo de Vinci, "que hacía temblar los mármoles", serían hoy actos de impertinencia e irreverencia. ¡Qué miradas de sorpresa y de censura no provoca, en una multitud agolpada en un teatro, alguna carcajada que tenga aún por acaso el brillante y sano retañir de la risa antigua!...

¡Cosa monstruosa! Enseñamos a nuestros hijos la supresión disciplinaria de la risa. "¡Hijo, qué risotada esa!... ¡Ten juicio! ¡No rías así!"... Todos los días, estas reprensiones, tiernas y graves, sofocan en nuestros hogares la alegría de las criaturas que, apenas surgidas de la santa naturaleza animal, conservan aún, animal y santamente, *le rire qui est le propre de l'homme!*...

(1) Sólo por esta perífrasis se pueden traducir las dos expresivas y casi onomatopéyicas palabras portuguesas que aquí emplea Eça de Queiroz, maestro del estilo, tomadas del buen portugués vernáculo: *uma casquinada, uma cascalhada, de cascalho*, cascajo, piedras menudas de los ríos.—N. del T.

¿De qué proviene esta desoladora decadencia de la risa? Habría un estudio a componer sobre la *psicología de la taciturnidad contemporánea*. (1)

Yo pienso que la risa acabó porque la Humanidad se entristeció. Y entristeci6se por causa de su inmensa civilizaci6n. El 6nico hombre sobre la tierra que aun suelta la infeliz risotada primitiva es el negro de Africa. Cuanto m6s culta es una sociedad, m6s triste es su faz. Fu6 la enorme civilizaci6n que nosotros creamos, en estos 6ltimos ochenta a6os, la civilizaci6n material, la pol6tica, la econ6mica, la social, la literaria, la art6stica, la que mat6 nuestra risa, como el deseo de reinar y los ardidcs sangrientos en que se envolvi6 para satisfacerlo mataron el sue6o de Lady Macbeth. Tanto complicamos nuestra existencia social que la acci6n, en medio de ella, por el esfuerzo prodigioso que reclama, se troc6 en un dolor grand6; y tanto complicamos nuestra vida moral para hacerla m6s consciente, que el Pensamiento, en medio de ella, por la confusi6n en que se debate, se torn6 un dolor mayor. Los hombres de acci6n y de pensamiento est6n hoy implacablemente votados a la melancol6a.

Ese pobre hombre de acci6n, que todas las ma6anas, al despertar, siente en s6 despertar tambi6n el amargo cuidado de ganar el pan, de mantener la situaci6n social, de repeler la concurrencia, de "trepar la 6spera escalera", ¿podr6 afrontar por ventura el sol con sencilla alegr6a? No. Entre 6l y el sol est6 el negro cuidado que le pone una sombra en el rostro, le

(1) Es la 6nica forma aproximada de traducir la expresiva frase portuguesa: *Psychologia da Macambucize contempor6nea*.—*Macambucize* es sustantivo muy sugestivo, sin correspondencia con el castellano; procedente del adjetivo *macambuzio* (ce6udo, encapotado).—*N. del T.*

mata en él, como la sombra hace siempre con las flores, la flor de toda risa. Por otro lado, el hombre de pensamiento, que, constantemente, por el fanatismo de la educación científica y crítica, busca las *realidades* a través de las *apariencias*, y que en el cielo sólo ve una complicada combinación de gases, y que en el alma sólo descubre una grosera función de órganos, y que sabe qué porción de fosfato de cal entra en toda lágrima, y que delante de dos ojos resplandecientes de amor, piensa en los dos agujeros de la calavera que está por detrás, y que en todo sacrificio heroico escudriña luego el motivo egoísta, y que camina siempre en busca de la ley estable y eterna, y que a cada paso pierde un sueño y que, por fin, no sabe adónde va ni siquiera sabe quién es, no puede ser sino un triste!...

Desde el momento en que hombre de acción y hombre de pensamiento son paralelamente tristes, el mundo, que es obra *suya*, sólo puede mostrar tristeza. Tristeza en su literatura, tristeza en su sociedad, tristeza en sus fiestas, tristeza en los trajes negros que viste... Tristeza por dentro y tristeza por fuera de sí. Y cuando al acaso, alguien, por profesión tradicional, como los payasos, o por contraste, o por nostalgia de la antigua alegría, y por deseo de resucitarla, procura hacer reír al mundo, sólo consigue arrancarle tal o cual risa cascada, corta, áspera, rechinante, casi dolorosa, que parece resultar de cosquillas brutales hechas en los pies de un enfermo.

¡No hay que dudar! Volvieron los tiempos de Alberto Dürero. Otra vez el famoso Mancebo de alas potentes, en medio de los innumerables instrumentos de las Ciencias y de las Artes, que abruma su laboratorio, y delante de sus obras colosales, que con ellos construyó, siente, bajo esta producción excesiva que no le tornó

ni mejor ni más feliz, un inmenso desaliento, y considerando *la inutilidad de todo*, de nuevo deja colgar sobre las manos la cabeza coronada de laurel.

Pobre Mancebo, que de mucho trabajar sobre el universo y sobre ti propio, perdiste la simplicidad y con ella la risa; ¿quieres un humilde consejo? Abandona tu laboratorio, entra de nuevo en la naturaleza, no te compliques con tantas máquinas, no te sutilices en tantos análisis, vive una buena vida de padre pródigo que trabaja la tierra, y reconquistarás, con la salud y con la libertad, el don augusto de reír.

Mas ¿cómo puede escuchar estos consejos de prudencia un desgraciado que, en los pocos años que quedan de siglo, aun ha de descubrir el problema de la comunicación interastral y de asentar sobre bases seguras todas las ciencias psíquicas?

El infeliz está condenado al bostezar infinito. Y tiene por único consuelo que los periódicos le llamen y que él se llame a sí mismo el *Gran Civilizado*.

1891.

XIII

LOS GRANDES HOMBRES DE FRANCIA

Francia está en este momento ocupada en comprobar con veracidad, pero con método, cuáles son sus grandes hombres. Este inesperado e interesante examen de conciencia está limitado al siglo XIX, y su motivo fué la decisión tomada por el Gobierno de la República de fundar un Panteón Nacional donde esos grandes hombres (o más bien sus huesos), después de bien escogidos y bien purificados, descansan en paz y gloria, *requiescant in pace et gloria*.

El Panteón ya existe y antaño fué una iglesia. Cuando Víctor Hugo murió y Francia le deificó, fué necesario, naturalmente, buscar un templo para alojar al dios nuevo. La elección recayó sobre la iglesia de Santa Genoveva, que, por lo demás, durante algunos años de la primera República, ya constituyó un Panteón consagrado (según la inscripción que la adorna) a *los grandes hombres por la patria reconocida*. Yo, que soy un hugólatra impenitente, no me quejo de que se despoja-se así a Santa Genoveva.

La iglesia no guardaba el cuerpo de la Santa; tenía sólo su nombre. La gloriosa patrona de París ya disfrutó de largos siglos de adoración y su santidad, per-

fectamente establecida en las almas, no necesita la comprobación material de un altar. Víctor Hugo es un Dios moderno; y convenía que, de este modo visible y comprensible a las inteligencias sencillas, fuese consagrado lo que en su genio había de inconsciente y divino. La iglesia del Panteón, pues, cuya cúpula es una de las líneas aéreas más familiares de París, siguió siendo el mausoleo del poeta de *La Leyenda de los Siglos*. Yacen allí también, a lo que parece, en el fondo de criptas mal conocidas, los huesos de Voltaire y de Rousseau. Pero esos restos de los dos precursores, colocados devotamente en el Panteón por la Revolución, luego arrancados de allí con rencor por la Restauración y arrojados a nichos inciertos, después recogidos aprisa y con entusiasmo confuso por la República de 1848, no tienen autenticidad. Y las reliquias de los dos filósofos naturalistas, expuestas a la veneración indolente de la Democracia, son menos genuinas que las reliquias de los santos de que tanto se rieron ellos en el siglo en que se reía. Nadie sube a la montaña de Santa Genoveva para visitar con convicción a Voltaire o a Rousseau. Como santuario, hasta hoy el Panteón era únicamente el santuario del divino Hugo.

Pero ahora muere Renan. Y Francia, sin grandes disidencias, procedió a su canonización secular. El autor de *La vida de Jesús* era, sin duda alguna, un gran hombre: o más bien contenía en sí algunos hombres (un heresiarca, un artista, un arqueólogo, un moralista, un metafísico y un sacerdote), todos ellos distintos y hasta superiores, que prestándose unos a otros el auxilio de sus aptitudes especiales, formaban exteriormente la apariencia muy aceptable de un grande hombre. El artista prestaba al erudito la gracia de su arte; el erudito comunicaba al artista la suculencia de su saber. El

sacerdote endulzaba al heresiarca; el metafísico vivificaba al arqueólogo. Y todos contribuían así a construir un admirable Renan. Sin embargo, el hombre que dentro de Renan más ayudó a la gloria de Renan, fué el artista. Tenía el don inefable de cautivar a las muchedumbres, como Orfeo, sólo con arrancar a la lira unos sonos dulces y delicados. No creo que con ese simple tañer de melodía alada edificase, a la manera de Orfeo, ciudades duraderas; pero, como Orfeo, fascinó con la lira a muchas piedras y a muchas alimañas. En resumen, no obstante, era un razonable grande hombre. Y como además de eso, fué un justo (algunos dicen que hasta fué un santo), ampliamente merece la canonización.

Canonizado, debía recogerse, naturalmente, al Panteón. Mas, desde luego, el Panteón dejaba de ser un santuario privilegiado de Hugo, Dios único de nuestras letras. Y desde que así se abría la puerta, democráticamente, a otros dioses, era lógico que se dejase penetrar al santuario a todos aquellos en quienes la multitud hubiera reconocido la señal de la divinidad. El Estado, por lo tanto, declaró el Panteón accesible a todos los grandes hombres de Francia.

Pero inmediatamente surgió esta terrible duda: ¿Quiénes son, realmente, los grandes hombres de Francia? Y después, otra duda más perturbadora: ¿Cómo se reconoce un grande hombre? ¿Qué es un grande hombre?

El Gobierno del Sr. Carnot (donde hay filósofos y humanistas de la Escuela Normal), ya tiene una opinión muy nítida y ya la formuló en un decreto. De hecho el Gobierno, nombró ya por decreto a tres grandes hombres. Esos tres grandes hombres (los únicos, por ahora, que Francia posee oficialmente) a quienes se

consagró como un triunfo póstumo el Panteón, son Renan, Michelet y Quinet. Y según los considerandos del Decreto, la grandeza es atribuída a estos tres hombres "por haber defendido el librepensamiento" y luchado en pro de la razón contra la fe. De suerte que, según la definición oficial, grande hombre es aquel que ataca superiormente el catolicismo y a la Iglesia. Sin embargo, este decreto de grandeza, que desde luego excluye de entre los grandes hombres de Francia a Pascal y Bossuet es, por otro lado, injusto, porque no comprende, entre otros, al supremo paladín de la razón con la fe, al heroico Proudhon. ¿Por qué? Porque Proudhon fué un socialista militante. Luego, según el Gobierno, gran hombre en Francia, es aquel que ataca a la Iglesia dentro de un liberalismo metódico y ordenado. Hay espíritus exigentes que consideran esta regla como intolerablemente banal.

Por lo menos, es una regla nacida de un sectarismo muy estrecho y muy seco. Y por eso de todos lados surgieron reclamaciones impacientes. El Sr. Leon Say y otros académicos del Centro Izquierdo, requirieron inmediatamente que a esos tres grandes hombres insuficientes se adicionase otro, el mayor entre todos: Thiers, preceptor de la tercera República y libertador del Territorio... (La cuñada del Sr. Thiers acudió, sin embargo, suplicando al Estado que no perturbase los restos de ese hombre ilustre). Pero ya poetas y literatos declaraban con vivacidad que nunca sería comprensible un Panteón donde no estuviese Lamartine. Y simultáneamente la Academia de Medicina protestó, con indignación, contra una ley que excluía de la grandeza al único hombre verdaderamente grande que Francia tuvo en este siglo: Claudio Bernard, el padre de la fisiología.

En este tiempo ya los novelistas preguntaban con acritud si Francia, en su distribución de glorias póstumas, iba a olvidar a Balzac. Y los músicos acudían también clamando contra la indignidad de no abrir el Panteón para Berlioz. Nadie, sin embargo, reclamó con más alarido que los pintores que consideraban una ofensa al arte francés el no concederse la canonización secular al gran Delacroix y al gran Meissonnier!...

A más de estas reivindicaciones de clases (porque vinieron los químicos, los ingenieros, los militares, los anticuarios, los matemáticos, los economistas, etcétera), otras surgieron individuales, todas justas y persuasivas. ¿Cómo? ¿Será posible entre los grandes hombres no colocar al punto en el mejor pedestal a Chateaubriand? ¿Y a Champollion, que descifró los jeroglíficos de los monumentos de Egipto y reveló al mundo la antigüedad faraónica? Indudablemente Champollion es grande... Pero ¿y el mariscal Bugeaud, que, conquistando la Argelia, dió a Francia una colonia magnífica? ¿Y qué es eso delante de Arago, el astrónomo que, a través de los espacios descubrió mundos y completó el mapa del cielo? ¿Y Guizot? ¿Vamos a dejar a Guizot sin grandeza a la puerta del Panteón? Habláis, amigos, y todavía os olvidáis del mayor... En efecto, nadie se acordaba de Augusto Comté. De acuerdo... Augusto Comté... Pero que la consagración de grande hombre sea también otorgada al viejo Alejandro Dumas... Y así, por la patente justicia de todas estas reclamaciones, el Estado, aturdido, dedujo que no habría jamás Panteón donde cupiesen tantos grandes hombres de Francia.

De aquí proviene la necesidad de una selección severa. E inmediatamente reaparece la dificultad inquietante y angustiosa.

—¿Quiénes son, realmente, los grandes hombres de Francia? ¿En qué signos se reconoce a un grande hombre?

La definición de “grande hombre” está hecha ya y con exactitud. El gran hombre es aquel que, por el raciocinio, alcanzó la mayor suma de verdad, o por la imaginación las mayores formas de belleza, o por la acción los más altos resultados que todos sus contemporáneos en la latitud de su siglo. Esta obra, superior en verdad, en belleza, en bondad o en utilidad, es producida por un *no sé qué* que posee el grande hombre, que se llama *genio*, cuya naturaleza no está suficientemente explicada, pero que constituye una fuerza infinitamente mayor que el simple talento, que el simple buen gusto o que la simple virtud.

Dada, sin embargo, la definición, seguimos con las mismas dificultades: y nunca podremos, sólo por ella, organizar una lista de grandes hombres en el siglo XIX, para colocarlos en un Panteón. Sistemas de raciocinio que hace cincuenta años parecían definitivos, formas de belleza que hace cincuenta años parecían perfectas, están hoy en abandono, en desprestigio. Y hechos de hombres, grandes por la acción, y que en su tiempo pasaban por hechos sublimes, vinieron, por fin, a ser maldecidos, porque, en definitiva, sólo acarrearaban desastres. (*Vide* Napoleón.)

La única regla tal vez segura para decretar que alguien es un grande hombre será el entusiasmo de la multitud. No la popularidad—porque entonces el mayor francés del siglo XIX sería tal vez Offenbach (*proh, pudor!*); sino ese entusiasmo inconsciente, casi religioso, semi-nacido de la adivinación, que hace exclamar sin pruebas, sin elementos de juicio sólido: “Aquél es un grande hombre.” Esa vaga *vox populi* es tal vez el

indicio más cierto de la presencia del Dios. El instinto de las turbas fué siempre adivinatorio; y sólo él puede tal vez sorprender bien, a través de las flaquezas, de los errores y de la obra imperfecta, la existencia, dentro de cierto hombre, de cualidades superiores a las de todos los hombres, y que por encima de todos los hombres le deben elevar, aun cuando las limitaciones del tiempo y de la civilización ambiente, o las propias limitaciones humanas, no les permitiesen el desenvolvimiento pleno. Ahora bien, a juzgar por la suprema voz del pueblo, el único grande hombre que Francia ha tenido en este siglo es Víctor Hugo. Puede el Estado decretar y las Academias decidir que haya otros grandes hombres. La multitud sólo conoce y acepta a Víctor Hugo. ¿Por qué? Sin duda alguna la multitud no lo sabe. Hasta admito (como afirman algunos críticos) que ella nunca hubiese leído los poemas de Hugo. ¿Qué importa? Víctor Hugo es sólo para ella un nombre vago; pero un nombre vago y sublime que llena el siglo y el mundo. Que la filosofía de Hugo tuviera tanta puerilidad como su sociología, que su visión fuese descomunal y falsa, que su lirismo esté repleto de énfasis; eso reza con los críticos, con los literatos. La multitud no leyó y no desmenuza.

Lo que conoce solamente son los rasgos, como si dijéramos, exteriores que constituyen la espléndida personalidad de Hugo; su nombre volando por toda la tierra; la isla altiva y agreste que habitaba en medio del mar; sus combates de Hércules contra todas las tiranías; el enternecimiento de sus llamadas sublimes a la bondad y a la clemencia; su amplia fraternidad; su piedad infinita por los sencillos y por los débiles; su vuelta del destierro en un incomparable triunfo; su vejez augusta, celebrada por toda Francia, en fiestas casi religio-

sas; su fin de apoteosis y todas las ciudades de la tierra celebrando sus funerales.

Y esto es lo que la multitud conoce; y por estas señales, que no encuentra en ningún otro, ella siente y consagra al grande hombre.

En vano le dirán que hay otros tan grandes como éste y que merecen que la patria les honre—como el señor Juan Bautista Say, el señor Ingres, el señor Arago, etc. La multitud nunca lo creerá.

Y el Gobierno, que en una democracia debe ser como la conciencia superior de la multitud, obraría excelentemente no buscando más grandes hombres y limitándose a poseer éste y a dejarlo solitario en su Panteón, como fué único en el siglo por el genio y por la universalidad de la gloria.

De todos los demás no se puede afirmar que son grandes, sino dando en largos considerandos las razones de esa grandeza. Todos ellos necesitan el *quod erat demonstrandum*... Y la demostración está sujeta a dudas, a discusiones y a protestas. Queda, sobre todo, incomprendida por la multitud.

Víctor Hugo, al menos, es un grande hombre — que no necesita demostración...

1892.

XIV

UN SANTO MODERNO

El Cardenal Manning, Cardenal-Arzobispo de Westminster, Primado de la Iglesia católica en Inglaterra, fué un santo; pero fué un santo del siglo XIX. La esencia de la santidad no difiere con las épocas; y el alma de un santo que viva en este año de gracia de 1892, en el fragor y en la humareda de Londres, es aún idéntica, en sus cualidades mejores, al alma de un San Antonio en el desierto o de un San Francisco de Asís.

No obstante, la forma de esa cantidad ha de ser completamente distinta, para que los hombres la comprendan, le reconozcan el origen divino y la acepten como fuerza redentora que los ha de hacer mejores. Un San Antonio, cubierto de llagas de penitencia, comiendo raíces en una cueva, a orilla de un río caudaloso, y rechazando de noche, con gritos desoladores, los asaltos de Satanás; un San Francisco de Asís, robando a su padre para edificar capillas, abrazando a los árboles, llorando por la abundancia de su amor y predicando ardientemente a las aves y a los rebaños en medio de los campos; un San Juan de Dios, despojándose de todo, en una plaza de Sevilla, para regalárselo a unas criaturitas desnudas, no podrían persistir durante

un día en medio de nuestra civilización, donde todo lo que sobresale de la medianía y desconcierta la rutina armoniosa es eliminado por la policía en nombre del orden.

Y estos tres grandes santos, de los más puros de la cristiandad, considerados hoy por la magistratura y por la ciencia como vagabundos o insensatos, terminarían su sueño celeste en asilos, si no en prisiones. El santo que Inglaterra acaba de perder (en la Edad Media ei cronista diría "de lograr"), el Arzobispo-Cardenal de Westminster tenía un alma de tanta piedad como San Antonio y de tanta caridad como San Juan de Dios... Si hubiese nacido siendo Eduardo *el Confesor* Rey de Inglaterra, ciertamente en días de nieve se despojaría también en las calles de Londres para vestir a las criaturitas. Pero nació después de la Enciclopedia, fué educado en la Universidad de Oxford, vivió en la era victoriana, y su santidad tomó, naturalmente, *la forma social*, única que podría ser comprendida en nuestros tiempos y producir en ellos un bien visible.

Como santo, su vida íntima no se aparta mucho, sin embargo, de la vida de los otros santos del *Hagiologio*. Comenzó, como tantos, desde San Agustín, por vivir en el error; o en aquella fe que descubrió después ser el error. Sufrió las pasiones de la carne, y de ellas sólo conservó la tristeza y la amargura. Hizo penitencia, y, como otros santos, *conoció por fin al Señor*.

Rico, repartió todos sus bienes entre los pobres. Prelado y príncipe de la Iglesia, mantuvo un austero vivir de renunciamiento y de abstinencia. Si no se alimentaba de raíces podridas, como san Pacomio, nunca cuidó del cuerpo más de lo necesario para sostener el alma. Habitaba en el Palacio Episcopal el cuarto más reducido y más frío. Su ocupación preferida fué constante-

mente la oración. Tuvo para toda culpa un perdón fraternal; y ningún corazón se separó de él sin consuelo. Su propia figura, descarnada, demacrada, color de marfil viejo, era la de un San Bruno. A la manera de todos los ascetas, vivió mucho más de los ochenta años, siempre flaco, pero sustentado por la gracia. Sus últimas palabras fueron: "¡Paz, inmensa paz!", como santo ya educado en Oxford, que sabe bien que el cielo no es un *sitio*, sino un *estado*. Todos estos rasgos podían formar una *Vida devota* en la colección de los Bolandistas. No hubo en ella milagros, por culpa de Voltaire, de Darwin y de los tiempos modernos. Y si las imaginaciones de nuestro siglo poseyesen la infinita potencia de visión de las imaginaciones del siglo XII, los canónigos de Westminster, que rodeaban su lecho, habrían visto resplandecer en el aire la blancura y las alas de los ángeles que descendían del cielo a recoger el alma del santo Cardenal para conducirla, cantando, al seno del Señor.

Públicamente, sin embargo, la vida del Cardenal Mannings fué la de un tribuno y la de un reformador. Y aquel espíritu, que sólo apetecía la paz del cielo, para realizar mandatos del cielo, no dejó de mezclarse al mundo, a los clamores y a las luchas del mundo con pasión, a veces con violencia. Dos grandes motivos dominaron esta su enérgica actividad temporal: extender en Inglaterra la influencia de la Iglesia católica y mejorar en todas las tierras la vida de las gentes pobres. Dentro de las limitaciones del tiempo y de la doctrina, fué un San Pablo y un Carlos Marx. Y estas dos grandes obras de Iglesia y de Revolución confundíanse en su espíritu, que era simultáneamente ultramontano y democrático. El fin del Catolicismo en esta última parte del siglo XIX debía, según su

idea, ser la redención definitiva de los obreros, los modernos esclavos del industrialismo: y esa redención sólo podría ser intentada y realizada por la Iglesia de Roma, con su conquistador espíritu de caridad universal.

El Cardenal puso al servicio de estas dos obras una alta inteligencia, y (lo que en un apóstol vale tal vez más) un sutil poder de seducción. Era tal vez por esta cualidad por la que él más seguramente triunfaba. Su inteligencia, principalmente en sus últimos tiempos, estaba un poco envuelta en una niebla filosófico-humanitaria, que le disminuía la precisión, la vivacidad y la certeza, y, por lo tanto, la fuerza persuasiva. Pero su entusiasmo, las nobles simpatías de su amplio corazón, su dulzura, su enternecida bondad, su magnetismo espiritual, operaban siempre con irresistible simpatía. Su naturaleza era emocional, no intelectual. No atraía por su pensar, sino por su humanidad sensible.

El Cardenal Manning fué un gran fascinador de almas. Ya en el púlpito y en el confesionario de Santa María de los Angeles, pequeña capilla en Bayswáter y su verdadera sede pastoral; ya en las poderosas Sociedades que fundó y que dirigía, para mejorar todo el vivir moral y material de los pobres; ya en las huelgas, en los ásperos conflictos del capital y el trabajo, en que él aparecía como venerable árbitro, fué por la seducción y no por el raciocinio, por lo que siempre convenció y venció. En esto mostraba también un don especial de los santos.

Así, durante cerca de medio siglo, con inquebrantable voluntad, hizo la propaganda de la Iglesia Romana y de la justicia social.

Mas el apostolado en pro de su iglesia, que al comienzo de su carrera fué ruidoso, polemista, contro-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

vertista, agresivo para con las iglesias disidentes, había tomado en los últimos tiempos un carácter más discreto, casi íntimo; y del antiguo fragor de su batalla teológica sólo quedaba un murmullo de confesionario. Por el contrario, el amor a los pobres, que en sus primeros años de actividad fuera en él solamente un pasivo y poético humanitarismo, se convirtió después en su misión máxima, una misión exaltada, inventiva, iniciadora, que le lanzaba siempre hacia el lado de aquellos que sufren y piden una mejor distribución de los bienes humanos.

— Poseedor de una inmensa autoridad moral, Príncipe de la Iglesia y, como tal, resumiendo en sí una amplia porción de la fuerza de la Iglesia, centro de una vigorosa corriente de beneficencia, que le traía el oro a manos llenas, él lo puso todo al lado de los pobres: oro, influencia de la Iglesia y suave prestigio de su virtud. Pobre él mismo, porque su fortuna se disipó toda en caridades, se mezclaba a las plebes menos como un majestuoso protector que como un hermano sencillo. Para él, como para los santos de la Edad Media, *aquel que tenía hambre y sed* era el elegido de Dios, el bienaventurado enviado por Dios, a quien son debidos todos los respetos antes de que le sea dado el reino final del cielo; y la historia que de él se cuenta de haber un día, en la antecámara del Palacio Episcopal, donde le esperaban una pobre viejecita y una duquesa, corrido a apretar la mano de la mendiga, sin saludar siquiera a la aristócrata, simboliza paralelamente, tal vez en un comienzo de leyenda, su índole de santo, sus íntimos impulsos de ascetismo medioeval (1).

(1) La armoniosa serenidad con que trata Eça de Queiroz este tema le impide comprobar y testificar con documentos esta anécdota, que es auténtica.—N. del T.

Por eso Londres le llamó *El Cardenal de los pobres*. Y son sobre todo los pobres los que, por la sinceridad de su dolor, están convirtiendo su muerte en apoteosis. Cuando todos los periódicos de Inglaterra le están dedicando conmovedores estudios; cuando en todos los púlpitos los predicadores protestantes celebran con veneración la memoria del prelado católico; cuando la Corte, las Magistraturas, las Academias, las Asociaciones prestan a su féretro la pleitesía tradicional de las flores, se trata de una sociedad muy culta y consciente que lamenta la pérdida de un ciudadano grande por el saber, por la virtud, por la energía civilizadora. Pero cuando de todos los barrios humildes de Londres acuden multitudes al Palacio Episcopal a contemplar por última vez en la capilla ardiente donde reposa al viejo cardenal de los pobres; cuando millares de obreros, en una reverente procesión que se extiende por tres leguas de calles, acompañan a su sepelio; cuando mujeres trabajadoras y niños van a ofrendar ramos de flores silvestres sobre la tierra que le cubre,—es un pueblo que llora a su buen amigo, al padre que vivió para hacerles bien, y por el bien que les hizo subió al cielo. Hoy ya no es el Papa quien canoniza, sino el pueblo. Y en este momento, en pleno siglo XIX, Inglaterra, que fué antaño la tierra de los santos, y donde tan intensa y pura se conserva la emoción religiosa,—está creando y consagrando a un santo.

1892.

XV

EUROPA EN RESUMEN

De todas las cinco partes del mundo, Europa, a pesar de estar tan gastada, sigue siendo, indiscutiblemente, la más interesante; y sólo ella, entre todos los continentes, constituye, en realidad, un continente general de instrucción y recreo. No tiene (es cierto), como su madre Asia, esa espléndida diversidad de razas, de instituciones, de mitologías, de arquitecturas, de trajes, de ceremoniales que ofrece a los ojos maravillados del artista, desde Jaffa hasta Yeddo, y desde Ceilán hasta el Thibet, un incomparable tesoro de formas y de colores; nosotros aquí somos todos indogermánicos, usamos todos el mismo sombrero de copa alta, vivimos todos dentro de las mismas paredes de estuco, y el tono de nuestras multitudes es el mismo uniforme y parduzco. No tiene tampoco, como Africa, la irresistible seducción de lo Desconocido, de un vasto suelo que los africanistas afirman que está lleno del divino oro; aquí no hay monte o valle del cual no se hiciese ya una fotografía o una descripción en las Guías Bedøeker, y de oro no poseemos ni una partícula; todo es papel-moneda. Tampoco podemos, como América, ofrecer al diletantismo crítico el sugestivo espec-

táculo de pueblos viejos transportados a un terruño nuevo, y ocupados unos, en el Sur, en construir con ansia un orden social que se les deshace constantemente entre las manos; otros, en el Norte, en unificar tanto el orden material y mecanizar tanto la vida, que sólo con poner el dedo sobre un botón el hombre pueda, según la necesidad especial de la hora, tomar un baño o constituir familia. Nosotros, aquí en Europa, aun conservamos nuestra antigua y desdichada estructura social, burgueses por arriba y plebeyos por abajo, que de vez en cuando nos zambullimos entre sangre y lodo, y nuestras comodidades materiales están tan atrasadas, que en invierno, cuando el Nordeste sopla, aún hay hombres de genio que cuelgan las levitas delante de los resquicios de las puertas. No existen tampoco en esta pobre Europa, como en Oceanía, esas maravillas de la Naturaleza, que son, a lo que parece, las obras más originales y más fuertemente inspiradas del gran paisajista que está en los cielos... Hoy toda Europa, desde la costa del Atlántico hasta la frontera de Tartaria, forma una masa compacta de casas y faroles de gas.

Y sin embargo, esta es la parte más interesante del mundo—la única interesante en verdad—, porque conserva preciosamente ese radiante don de la raza aria, que yo llamaré la fantasía. El mundo sólo vale por el hombre: las más estupendas obras de la Naturaleza, el Niágara, el monte de cristal color de rosa de Nueva Zelandia, esos bosques del Amazonas — de los cuales Darwin, ya anciano, se acordaba con asombro — son menos merecedores de nuestra admiración consciente que el simple cerebro de un pobre alfarero que modela, encorvado sobre el barro, la curva de un vaso liso. Pero el hombre sólo vale por la fantasía; y los negros

de Africa, que se cuentan por millones, pesan menos en el mundo que, no diré ya un Balzac o un Wágnner, sino un desarrapado poeta de café-concierto, rimando una cancioncilla en un cuarto piso de la *Rue Taitbout*.

Ahora bien: de todos los hombres, sólo el europeo posee verdaderamente fantasía—quiero decir la facultad de *ser* o de *crear* con genuina originalidad. Sólo él pone fantasía, no sólo en su obra, sino también en su vida. Fantasía que, tal como aquí yo la entiendo, va en cuanto a la obra, desde el *couplet* rimado en la *Rue Taitbout* hasta el sistema de filosofía concebido en Koenigsberg; y va en cuanto a la vida, desde ese inglés que, para no ver a sus semejantes, construyó un palacio debajo de la tierra, hasta Tolstoi, artista y príncipe, que, por espíritu de comunismo evangélico, guarda los puercos de sus aldeanos y mendiga por los caminos.

De suerte que, bajo el impulso de esta fantasía, siempre viva y siempre operando en este decrepito continente, todos los días hay en la esfera del pensamiento o de la acción alguna cosa nueva, inédita, rara, sugestiva, pintoresca, que seduce y retiene.

Por eso Europa es sobre nuestro globo el más delicioso de los teatros públicos. Dentro de sus amplios bastidores de mar y cielo, representan diez y seis naciones, algunas superiormente inteligentes. El telón nunca baja; y en cualquier momento que llegue el hombre de otros continentes, tiene la certeza de entretenerse magníficamente con lo que en el escenario *se está diciendo* o *se está haciendo*. Constantemente se desenvuelve ahí alguna escena de esas viejas y siempre rehechas tragicomedias, que se llaman *la Política, la Religión, el Dinero, la Sociedad*. Y bien sea un poeta que dice su poema, o una ciudad en fiesta que aclama a su héroe, o sólo un excéntrico que lanza su excen-

ciudad, el hombre de otro continente que se detenga y atienda, con certeza recogerá una noción o una emoción, un motivo para ir pensando o un motivo para ir riendo!...

Pero, por lo mismo que Europa es el continente más interesante ¿es también el más habitable? No. A más de que el clima está echado a perder, de que las casas son pequeñas y tristes, de que el vivir se hizo ultracarástico, y de que el intenso rumor y movimiento de la comedia fatiga los nervios; sucede también que Europa, vista por dentro, como todos los teatros entre bastidores, no produce ilusión, y, por lo tanto, no causa placer. Las civilizaciones muy brillantes y las funciones de magia son para contempladas desde lejos, a través de la vibración luminosa de la batería. Subiendo al tablado, vemos en seguida que el mármol del palacio que nos deslumbra está pintados en cartón, y que los ondulados cabellos de oro, de que ya nos íbamos enamorando, son una peluca teñida, que costó quince *tostones* (1) en casa del peluquero. Aquel que vive mezclado a esta representación de Europa, tropieza a cada instante con la mixtificación sórdida de las cosas bellas.

De ese poeta que por la mañana nos encantaba recitando su obra, venimos a saber por la noche que es un borracho que apalea a su mujer. El heroísmo que habíamos visto aclamado en la ciudad y que nos elevó el corazón, llegamos a descubrir de aquí a poco que fué pagado con un cheque—y vemos el cheque—. No hay aquí posibilidad de ilusión, que es la fuente perfecta de todo goce.

Y el europeo termina por ser el más aburrido de los

(1) Cada *tostão* es una moneda portuguesa equivalente a cincuenta céntimos.—N. del T.

hombres; porque, moviéndose entre los escenarios y los personajes, a cada instante palpa los cartones de las bambalinas, reconoce bajo el brillo del semidiós la pelagatería del histrión (1), y comprueba, como un buidista, la inanidad de todas las apariencias. Gran sentido mostró ese humorista norteamericano que, habiendo conocido en Londres a un alto estadista y a un alto poeta, se negó a conocer otros y abandonó Inglaterra diciendo: "Desde mi pobre casa de madera, en Texas, parecíanme estos hombres hechos de una substancia divina; ahora descubro que están fabricados del más ordinario de los barroes. Hombres y hechos de una fuerte civilización, es necesario verlos desde lejos. Y para conservar la preciosa facultad de admirar, voy a recogerme prudentemente a Texas."

¡Justas palabras!...

En efecto, para saborear sin desilusión esta tan interesante Europa, es necesario estar lejos; en Texas o en cualquier otra parte, más allá de los mares. El ideal (pienso yo) sería habitar, por ejemplo, en el Brasil (luego que ahí haya un poco de orden y de juicio público), bajo un cielo que no tenga, como el nuestro, el peso y la melancolía de un techo ahumado de hollín, dentro de una casa que no parezca, como las nuestras, una jaula forrada de terciopelo y de microbios; junto a un agua que no corra, como la nuestra, a través de caños pútridos; en un aire que no resuene, como el nuestro, con los estrepitosos y groseros ruidos de un materialismo desordenado; y ahí, en alegría y paz abundantes, bajo las magnificencias de la luz natural, dentro del sosiego fresco, en una poltrona, fumando un cigarro que

(1) *Pelintrice*, sustantivo derivado del adjetivo *pelintra*; es palabra muy portuguesa y tiene casi exacta traducción en *pelagatería*, como *pelintra* en *pelagatos*.—N. del T.

no sea de coles de Hamburgo, observar curiosamente, finamente, con vagar y diletantismo, esta nuestra Europa, en todo lo que ella *hace* y en todo lo que ella *dice*, individual y colectivamente, desde lo fútil hasta lo grande, en esta infinita y tumultuosa oleada de ideas y hechos, donde la última *toilette* de Worms se baraja con la última encíclica del Sumo Pontífice, y donde Paulus (1) sobrenada al lado de Bismarck que se hunde.

Ahora bien; para que el Brasil pudiese realizar ideal tan cómodo fué para lo que creamos este *Suplemento* (2). Es el *compte-rendu* de esta famosa representación que se da en el teatro de Europa, que se envía cada semana por el vapor correo, para que el enredo y los actores puedan ser conocidos sin el cansancio, el dispendio y el tiempo consumido en surcar los mares y venir al teatro, que no es confortable ni bien ventilado y que está lleno de lazaretos!... ¡Mejor aún!... Es la representación misma, condensada en media plana de periódico, con una selección cuidadosa de sus episodios más atrayentes, de sus personajes más característicos, de sus decoraciones más vistosas y ricas. En este *Suplemento* va el resumen de una civilización. Y toda ella se saborea de este modo en lo que tiene de más bello y de más fino; sin el desconsuelo de sorprenderse perpetuamente con la ruda realidad de su farsa... Si Europa—como dice no recuerdo qué afectado poeta alemán—es en el mundo el *Jardín de la Inteligencia*, enviamos para ahí, Brasil dichoso, un ramillete de sus

(1) Famoso cancionista francés, muy en reputación en la época (1892) en que Queiroz escribía esto.—*N. del T.*

(2) Este artículo fué escrito para el *Suplemento* de la *Gazeta de Noticias*, importante periódico de Río de Janeiro, donde Eça colaboró muchos años.—*N. del T.*

mejores flores, de modo que puedas regalarte con el encanto de sus colores y la armonía de sus perfumes, sin tener que descender al jardín y sufrir su humedad, sus espinas, sus lagartos y sus guijarros.

No sé cuál de estas dos imágenes te agrada más. ¿Es Europa un teatro o un jardín?... ¡Si es un jardín, recibe, como diría Virgilio, la brazada de lirios!... ¡Si es un teatro—*plaudite, cives!*

1892.

XVI

POSITIVISMO E IDEALISMO

I

Los espíritus serios de París y hasta los fútiles (pues descubro una sombra en la faz de *Le Figaro*) han mostrado en estos últimos tiempos, y tal vez sentido, una preocupación ansiosa respecto de la "mocedad de las escuelas".

De este nombre colectivo, marcando clase y casta, se revisten dos o tres mil muchachos, ruidosos y desaliñados, que, en el Barrio Latino, en el País de la Bohemia, frecuentan las escuelas y, sobre todo, las cervecerías. No les acusan de esta frecuentación más especialmente festiva, porque desde Descartes y Spinoza la cerveza fué siempre una compañera y una inspiradora de la Filosofía. Solamente noto (y como un mérito de sus años alegres) que, si dedican su atención al libro, consagran su entusiasmo al bock; y hay así, en todos sus actos y palabras, a más de mucho raciocinio, mucha cerveza. Por *cerveza* entiendo el impulso y turbulencia de la sangre caliente. En todo caso, si algunos permanecen regalonamente en los bancos de la cervecería cuando se trata de los trabajos que la escuela im-

pone, todos, sin que uno solo deserte, se escudan en la escuela y en sus bancos, en cuanto se trata de los privilegios que ella les confiere como hijos espirituales suyos...

Uno de esos privilegios, y el más precioso para los estudiantes de las escuelas de París, es el poder apalearse, con tranquilidad e impunidad, a todos aquellos que no compartan sus conclusiones o simplemente sus tendencias en materia de Filosofía, de Sociología, de Historia y de Estética. A este lado del Sena, en los barrios que no son latinos y que, por lo tanto, son bárbaros, el ciudadano que en un café dé bastonazos a otro ciudadano porque no admira como él el talento estridente de Sarah Bernhardt, o el antisemitismo rábico del Sr. Drumont, o simplemente las pintas de una corbata comprada en el *Bon Marché*, es sencillamente considerado como un bruto y lo conducen a empujones hacia la humedad de los calabozos.

Del otro lado del Sena, en los barrios latinos y, por lo tanto, de alta cultura, el estudiante idealista que en los patios de la Sorbona agarre por las greñas al estudiante positivista, lo aplaste contra una pared y le pruebe con una tremenda paliza la superioridad de Royer-Collard sobre Augusto Comte, es considerado como un entusiasta, protegido por la Policía en el legítimo ejercicio de su intolerancia metafísica y aplaudido paternalmente por viejos moralistas humanitarios, como el Sr. Julio Simón. Este dulce y antiguo privilegio, que viene ya de los tiempos de Felipe Augusto, cuando los "escolares" de la montaña de Santa Genoveva apaleaban regularmente a los sargentos del preboste de París, asaltaban la residencia de los legados del Papa, asolaban las tabernas, aturdíán la ciudad con sus disputas teológicas, siempre bajo el patrocinio

de los príncipes, han convertido en estas últimas semanas los patios de la Sorbona en *ululantes y polvorientos campos de batalla*, como dice uno de nuestros clásicos. En efecto, en esas querellas sólo hubo polvareda y gritos; pero el motivo que las provocó es en realidad más alto y de una importancia más universal que aquellos que han originado, desde la guerra de Troya, tantas guerras, donde mueren millares de hombres y se funden millares de duros. Y, sin embargo, aparentemente, el motivo fué sólo el profesor Aulard.

Este Sr. Aulard, hasta hace poco pacíficamente obscuro, es, a lo que parece, un jacobino que comenzó este año a dar en la Sorbona un curso especial de Historia de la Revolución francesa, con la pasión y, por lo tanto, con la estrechez de miras de un sectario. No sé qué fecha de la Revolución estaba el Sr. Aulard comentando, y si aún iba en Mirabeau y en el humanitarismo o ya había llegado a Robespierre y a la sangre; lo cierto es que un considerable grupo de la "Mocedad de las Escuelas", irritado con esta apología del jacobinismo hecha en la Sorbona y con el positivismo predicado por el Sr. Aulard en conferencias a través del Barrio Latino, invadió las aulas, sofocó con berridos y aullidos la facundia del profesor, silbó ignominiosamente los inmortales principios del 89, apaleó sin piedad a los camaradas que estaban allí absorbiendo la buena doctrina positivista y revolucionaria. Estos son los escandalosos hechos; y la evidencia que de ellos resulta, desde luego, es que en esta mocedad, nacida y educada dentro del jacobinismo (e ideas congéneres) cuando era superiormente atractivo como partido de oposición al Imperio decadente—y aun después de la guerra de 1870, cuando se hizo superiormente influente como partido de gobierno—, hay una gran masa,

una mayoría, para quien ese jacobinismo es totalmente intolerable. ¡Tan intolerable que pretende expulsarlo de la enseñanza de las escuelas a bastonazos!...

Ya esto es extraño y grave. La gravedad y la extrañeza aumentan, sin embargo, cuando se comprueba que esta reacción no es solamente intentada contra la política, sino contra la estructura general de la sociedad contemporánea, tal como la ha creado el positivismo científico. Bajo todas las formas de la actividad pensante se revela, palpita en la generación nueva esta reacción, de un modo inarmónico, faltándole el esfuerzo y la convergencia hacia la unidad, pero fuertemente caracterizada por el propósito de mudar las fórmulas que gobiernan...

Así, en Historia, estamos asistiendo a la resurrección de la leyenda napoleónica que todos imaginaban enterrada para siempre en el funesto valle de Sedán. ¡Profunda equivocación! He ahí al emperador que vuelve *en redingote grise*, que circula triunfalmente por París, redivivo, aureolado en todos esos libros que se publican ahora cada día sobre él y sobre sus campañas, y sobre sus amantes, y sobre sus mariscales, y sobre sus proveedores, y sobre sus nervios, y sobre todo cuanto menudamente lo muestre en su imperialismo y en su humanidad.

Y cada página de éstas se devora con pasión, como si los jóvenes se quisiesen consolar de la mediocridad sin gloria de la República burguesa reviviendo por la imaginación las aventuras, las marchas, las victorias, las fanfarrias de la epopeya imperial.

En literatura estamos asistiendo al descrédito del naturalismo. La novela experimental, de observación positiva, basada sobre documentos, terminó su misión (si es que jamás existió a no ser en teoría), y el propio

maestro del naturalismo, Zola, es cada día más épico, a la vieja manera de Homero. La simpatía, el favor, van hacia la novela de imaginación, de psicología sentimental o humorística, de resurrección arqueológica (¡o prehistórica!) y hasta de capa y espada, con maravillosos *imbroglios*, como en los robustos tiempos de Artagnan.

En el teatro, aparte de una recrudescencia de fidelidad a la tragedia clásica (Racine es definitivamente dios) y de una renovación del gusto por el drama romántico (*Hernani* volvió a tomar posesión de los corazones), vemos, con espanto, a la multitud correr al melodrama de 1830 y poblar los teatrillos populares donde se refugió con sus innumerables pasiones y terrores. Y al paso que algunas tentativas raras de comedia naturalista, llevada hasta los confines de la lógica de la escuela, son silbadas, repelidas y llevadas a la policía correccional; el parisiense escéptico va a llorar con los dramas sagrados, los piadosos autos y misterios en que Cristo, amarrado a una cruz de cartón, sobre un Gólgota de bambalinas, promete en versos alejandrinos el sumo progreso espiritual, la evolución del hombre al ángel y un paraíso que nos compense sublimemente de los *boulevards* de este mundo. En poesía, la reacción es tan amplia que Coppée y los poetas de la realidad están, a pesar de hallarse vivos, más olvidados que Florián y los bucólicos del siglo XVIII.

En boga están el rutilante Heredia, que nos canta fastuosamente los héroes y los semi-dioses, o bien los simbolistas, que con fragmentos esfumados de verbos y harapos indecisos de sentimiento nos arreglan una de esas nieblas poéticas donde las almas tienen ahora la pasión de anidar, escondiéndose de la vida. En realidad, toda poesía es bien venida con tal que no nos

cante *El cochero de ómnibus*, *La fiesta de Saint-Cloud* y *El pequeño tendero de Montrouge*, que aun hace quince años parecían ser los únicos temas dignos de las inteligencias positivas, ansiosas de realidad ambiente y de modernismo. De nuevo se reimprime y se lee con ternura a Lamartine... La luna de las *Meditaciones* pasa otra vez, pálida y dulce, sobre el lago; y el ruiseñor y Dios vuelven a entrar en la estrofa.

En las Artes plásticas, la reacción contra el naturalismo y *el aire libre* es decisiva. Sobre la exacta, luminosa, sana y succulenta pintura de la escuela francesa se va esparciendo, cada vez más densa, una niebla de misticismo. Todas las formas se afinan, se atenúan, se desvanecen en diafanidad; en el esfuerzo de traducir y poner en la tela un *no sé qué* que habita dentro de las formas, la pura esencia que sólo conserva el contorno indefinido de su molde material.

Ya muy rara vez se pinta el paisaje tal como lo vieron los claros y sinceros ojos de los Daubigny, de los Th. Rousseau; y la ambición es fijar por medio de manchas, de centelleos, de fondos de sombras, de abstracciones, la emoción risueña o doliente que el paisaje da al alma. Los mismos retratos nos aparecen esfumados, envueltos en una ceniza dispersa de crepúsculo, como para desprender, en cuanto sea posible, al hombre de su carnalidad y no perpetuarle más que la semejanza del espíritu. Los temas preferidos son los que contienen el más sutil simbolismo; y los maestros admirados y seguidos son Burne-Jones, Moreau, Aman-Jean, que nos conducen la imaginación hacia el turbio país de los mitos.

II

Pero donde esta reacción contra el positivismo se manifiesta más decidida y franca es en materia religiosa. ¡Ah! Nuestro viejo y valiente amigo, el librepensamiento, está realmente atravesando una mala crisis... Tal vez la más aflictiva que ha afrontado desde que nació bajo los claros cielos helénicos y balbuceó sus primeras elucubraciones cósmicas y éticas sobre las rodillas de Thales y de Sócrates.

Este pobre librepensamiento está, en efecto, pasando por aquella tortura que él infligió al cristianismo en tiempos de Voltaire, que es la más humillante que puede sufrir una filosofía, y que consiste en ser zaherido, acribillado de chanzonetas, jaleado en las calles como un monigote de Carnaval. ¿Quién lo hubiera dicho? ¡El librepensamiento denostado alegremente en este siglo y en este París, que parecía ser su dominio feudal!... ¡Así es!... Y el propio Sr. Aulard lo confiesa; el Sr. Aulard, que es hoy el más glorioso paladín y como el Roldán del librepensamiento. En su último y muy famoso discurso a la *Liga Democrática de la Mocedad* (que fué una de las causas del estrépito y de los bastonazos) reconoce con melancolía que el librepensamiento está siendo más vilipendiado, en este París de la tercera República, que el catolicismo lo fué en el París de Luis XV, cuando Voltaire era rey. Y no sólo reconoce el hecho, sino que concede que en parte está justificado, "porque (añade el Sr. Aulard) ha habido realmente librepensadores muy fanáticos, muy estúpidos, muy groseros, muy intolerantes y muy soeces!" Así se lamenta el Sr. Aulard sobre las cimas de la Sorbona.

Y con razón se lamenta y se asusta, porque cualquier principio que resiste fácilmente al martirio, sucumbe a la burla... Sobre todo, cuando al mismo tiempo comienza a quedar *pasado de moda*, y se va haciendo tan imposible usarlo en la calle como una cabellera empolvada o unos calzones cortos. Ahora bien: el Sr. Aulard confiesa también que (¡cosa horrible!) el librepensamiento está *pasado de moda*, entre la mocedad. ¡Hoy, en este año de 1893, es de mal tono en París ser librepensador!... Es un rancio *chic* pseudo-científico, horriblemente burgués, que ningún mozo intelectual, de alma verdaderamente fina, y de alto estetismo, consentiría en adoptar y que se abandona a los viejos tenderos liberales, a los *prudhommes* del jacobinismo, de la especie grotesca de *Monsieur Homais* o de *M. Cardinal*, padre de las muchachas *Cardinal*.

Todo esto es desolador. Tanto más cuanto que al lado de este movimiento negativo contra el positivismo surge y crece paralelamente un movimiento afirmativo de espiritualidad religiosa. No es ya aquella vaga religiosidad que hace años apareció aquí, sobre todo en la literatura, mera forma de diletantismo poético, que juzgaba refinadamente original el dar interpretaciones modernas a la ternura mística de San Francisco de Asís o al furor de sacrificio de los mártires del siglo III. Y no es tampoco seguramente en la mocedad, el propósito de ir moralmente a Canossa a llamar con las manos contritas a las puertas maternas de la Iglesia... ¡No!... Es otra renovada ansiedad de descubrir en este complicado Universo algo más que fuerza y materia; de dar al deber una sanción más alta que la que ofrece el Código civil; de hallar un principio superior que promueva y realice en el mundo aquella confraternidad de corazones e igualdad de bie-

nes que ni el jacobinismo ni la economía política pueden ya realizar; y de tener, por fin, alguna garantía de la prolongación de la existencia, bajo cualquier forma, más allá de la tumba... Esta es realmente la gran ansiedad, porque cuanto más se agranda en actividad y se multiplica en fuerza la vida terrestre, de más acá del sepulcro, más se infiltra en el alma el ansia de *no cesar*. En suma, esta generación nueva siente la necesidad de lo divino. La Ciencia no faltó, es cierto, a las promesas que le hizo; pero es cierto también que el teléfono, el fonógrafo, los motores explosivos y la serie de los éteres no bastan a calmar y a dar felicidad a estos corazones mozos. A más de eso, ellos sufren de esta posición ínfima y zoológica a que la ciencia reduce al hombre, despojado por ella de la antigua grandeza de sus orígenes y de sus privilegios de inmortalidad espiritual. Es desagradable, para quien siente el alma bien conformada, descender del *protoplasma*; es más desagradable tener el fin que tiene una col a quien no cabe otra esperanza sino renacer como col. El hombre contemporáneo está evidentemente sintiendo la nostalgia de los tiempos gloriosos en que él era criatura noble creada por Dios y en su ser corría como otra sangre un flúido divino, y representaba y probaba a Dios en la creación, y cuando moría volvía a entrar en las esencias superiores y podía ascender a santo o ángel.

Tan tumultuosamente esta generación nueva apetece lo divino, que, a falta de ello, se contenta con lo sobrenatural. Así sucede que, mientras algunos rondan ya con los brazos en cruz, en torno del cristianismo, y otros más osados penetran en la India a buscar el budhismo, hay un número considerable que se sienta en torno de una mesa o de un sombrero, y se instala

cómodamente en el espiritismo. En París, en todas las grandes ciudades, donde el materialismo excesivo exasperó las imaginaciones, no se ven sino hombres inquietos llamando de nuevo a la puerta de los misterios.

III

Estos son los hechos visibles y diurnos. Y de ellos proviene la preocupación de los buenos espíritus que ya pasaron de los cincuenta años, con respecto a esta generación nueva que va a *entrar en la carrera*, como se canta en *La Marsellesa*, y dominar intelectualmente a su época. ¿Cuáles serán sus ideas (era la pregunta incesante) y cuáles, por lo tanto, las formas que mantendrá o innovará en la sociedad? Todos pensaban que continuaría la revolución, que sólo creería en la ciencia y en los laboratorios, y sería jacobina, positivista y naturalista. Más he ahí que de repente se revela y, por medio de bastonazos enérgicos, manifiesta que su tendencia es espiritualista, simbolista, neocristiana y místico-socialista. Es una sorpresa enorme y desagradable para el positivismo científico, que se consideraba el indiscutible señor de las inteligencias y de las voluntades, universalmente reconocido como único capaz, por la verdad y utilidad de sus formas, de dar estabilidad a las sociedades, y que de repente recibe en los hombros el bastonazo irreverente y rencoroso de la mocedad, que creció hasta ahora sumisa y contenta entre las promesas de su enseñanza.

¿Cuáles son las causas, cuáles las consecuencias de esta protesta? La causa es patente: está toda en el modo brutal y riguroso con que el positivismo científico trató a la imaginación, que es una tan inseparable

y legítima compañera del hombre como la razón. El hombre, desde el principio de los tiempos, ha tenido (si me permiten renovar esta alegoría neoplatónica) dos esposas: la razón y la imaginación, que son ambas celosas y exigentes, y le arrastran cada una, con luchas a veces trágicas y a veces cómicas, a su lecho particular; pero entre las cuales hasta ahora vivió, ora cediendo a una, ora cediendo a otra, sin poder prescindir de ellas y encontrando en esta cohabitación bigámica alguna felicidad y alguna paz. Así Arquímedes tenía por emblema en su puerta un compás y una lira.

Sin embargo, el positivismo científico consideró la imaginación como una concubina comprometedora, de quien urgía separar al hombre; y apenas se posesionó de él, expulsó duramente a la pobre y gentil imaginación, encerró al hombre en un laboratorio, a solas con su esposa clara y fría, la razón. El resultado fué que el hombre comenzó de nuevo a aburrirse monumentalmente y a suspirar por aquella otra compañera tan alegre, tan inventiva, tan llena de gracia y de luminosos ímpetus, que desde lejos le hacía señas aún, le apuntaba a los cielos de la poesía y de la metafísica, donde ambos habían intentado vuelos tan deslumbrantes. Y un día no se contiene, derriba la puerta del laboratorio, aniquila al Sr. Aulard, que la custodiaba, y corre a los brazos de la imaginación, con quien se va a vagar de nuevo por las maravillosas regiones del sueño, de la leyenda, del mito y del símbolo.

En cuanto a las consecuencias de esta fuga, es más difícil preverlas; y sobre ellas discrepan los hombres ilustres que están siendo consultados en París sobre la inesperada aventura...

El Sr. Vogüé (1), en su calidad de neo-Chateaubriand, ve en todo esto el advenimiento del neo-cristianismo, tal vez hasta un regreso de las nuevas generaciones a la Iglesia, y ya está amasando la hostia para la magnífica reconciliación... Dumas hijo, que en su vejez se volvió hacia los pensamientos graves, trocó el *Demi-Monde* (2) por el *Demi-Cie*, y es entre los periodistas del Bulevar un tremendo profeta, mi Baruch de alcoba;—ve en esta actitud de los jóvenes un síntoma evidente de que los hombres se van a amar entre sí con desesperada fraternidad... Julio Simón, que, a más de filósofo, es senador, sólo ve y sólo considera los peligros que de estas veleidades místicas pueden sobrevenir a la República... Coppée (porque también el buen Copée fué consultado) entiende que la ciencia fracasó y que, por lo tanto, los hombres, desengañados y aburridos de esa impostora, se vuelven contritamente hacia la fe... Zola encoge los hombros, lleno de incertidumbre; reconoce que la atmósfera contemporánea está, efectivamente, entoldada de espiritualismo, y que lo más prudente para la generación nueva es *trabajar*, porque, bajo el dominio de la ciencia o bajo el dominio de la fe, el trabajo es el único promotor de la felicidad. Y los otros hombres ilustres dicen así igualmente cosas ilustres.

(1) El Vizconde de Vogüé, autor del libro *La novela rusa* (que aquí glosó la Sra. Pardo Bazán en su folleto *La revolución y la novela en Rusia*) predicó un neo-espiritualismo que tuvo mucha boga durante algunos años en París. De él habla más extensamente Queiroz en el ensayo "El Bock ideal" inserto en el volumen *Últimas páginas*, próximo a aparecer en esta misma Biblioteca Nueva.—N. del T.

(2) Se sabe que *Demi-monde* fué una de las obras dramáticas más estimadas de Dumas hijo, y que él creó esta denominación nueva, con la cual hace un juego de palabras Queiroz: *Semi-Mundo* y *Semi-Cielo*.—N. del T.

Yo, por mi parte, registro los hechos. Y pienso que ahora, que el hombre volvió a tomar posesión de su ardiente compañera la imaginación y volvió a probar francamente y *coram populo* las delicias que sólo ella le puede dar, no consentirá en estos años próximos que le secuestren y le separen de esa Circe adorable, que transforma a sus amigos, no en puercos, sino en dioses.

Por otra parte, tampoco es ya posible que con la experiencia de todas las comodidades, del orden, de las fecundas y útiles verdades que en torno suyo y para su grandeza y seguridad estableció la razón, hu^a ya del todo y se abandone por completo, como en la remota Edad Media, a la dirección ondulante y quimérica de la otra esposa: de la imaginación. Habrá, es cierto, entre los hombres que llegan, una reacción contra los rigores del positivismo científico. Muchas almas tiernas, apasionadas, heridas por el materialismo del siglo, se refugiarán en el desierto. El estridente tumulto de las ciudades, la exageración de la vida cerebral, la inmensidad del esfuerzo industrial, la brutalidad de las democracias, han de llevar necesariamente a muchos hombres, los más sensibles, los más imaginativos, a buscar el refugio del quietismo religioso, o, por lo menos, a buscar en el ensueño un alivio a la opresión de la realidad. Pero esos mismos no pueden ni destruir, ni siquiera abandonar, el trabajo acumulado de la civilización. Están dentro de ella, encarcelados en ella, y lo más que pueden es reaccionar, con su idealismo exacerbado, sobre el materialismo ambiente. Lo que sucederá es que, sobre muchos problemas que la ciencia no puede aún resolver, se vaya a ejercer, como un socorro imprevisto, la acción de la fe, de una fe renovada y transformada, acomodada a las exigencias de la civilización y de la propia cien-

cia, que podrá ser llamada neocristiana y que no será tal vez más que una especie de protestantismo a lo Schleiermacher, filosófico y refinado. Es esta acción la que estamos viendo, aún vaga, pero ya viva, operar sobre las cuestiones sociales con el nombre de socialismo cristiano. En suma: parece cierto que, por algún tiempo, como sucede siempre en épocas como estas de grandes disoluciones de doctrinas, el mundo será atravesado, si no purificado, por un fuerte viento de espiritualismo...

Pero todo esto son tremendas cuestiones. Descendiendo de ellas más, especialmente hacia este renacimiento espiritual, hacia esta niebla mística que en Francia y en Inglaterra está envolviendo lentamente la literatura y el arte, yo pienso que será benéfica; benéfica como todas las nieblas saturadas de fecundo rocío, y de donde las flores emergen con más brillo, más color, más gracia y más dulzura de aroma. Nunca más nadie (es cierto), teniendo fijo sobre sí el ojo rutilante e irónico de la ciencia, osará creer que de las heridas que el cilicio abría sobre el cuerpo de San Francisco de Asís, brotaban rosas de divina fragancia. Mas tampoco nunca ya nadie, por miedo de la ciencia y de las reprensiones de la fisiología, dudará en ir a respirar por la imaginación, y si fuese posible, a coger, las rosas brotadas de la sangre del santo incomparable.

Y esto es para nosotros, hacedores de prosa o de verso, una positiva ventaja y un gran alivio.

1893.

XVII

UNA COLECCION DE ARTE

Había hasta hace poco, en París, un hombre que se llamaba Spitzer. Tan mal conocido era este nombre de aquellos que no se ocupan absorbente y únicamente de curiosidades de arte y de colecciones de arte, que no sé si escribo con todo rigor sus letras. Sin embargo, entre aquellos, afortunadamente numerosos, que tienen la religión del objeto de arte y para quienes el coleccionar es la forma superior del vivir, Spitzer era tan popular y venerado como Descartes entre los filósofos y Colón entre los navegantes. Muy rico, muy erudito, de un gusto seguro, de una tenacidad inquebrantable, este hombre dedicó cincuenta años de su vida laboriosa a acumular una colección de objetos de arte del Renacimiento, tan preciosa, tan completa, con un aspecto tan grandioso de museo nacional, que parecía, en medio de ella, no el dueño, sino sólo el *cicerone* celoso y entusiasmado. Para inspirar a aquellos que no son finos entendedores el respeto que esta colección magnífica merece, diré solamente que valdría en el Brasil, con el cambio, veinte o veinticin-

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

co mil *contos* (1). Es una suma que hace meditar. Y no se encuentra allí ni oro ni piedras preciosas. Sólo aquí o allá un objeto de plata blanca o dorada. Las maravillas están en barro, en vidrio, en cera, en madera, en cobre, en hierro. Los veinte mil *contos* fueron puestos allí por el genio de una civilización.

A los buenos entendedores, a esos sólo puedo aconsejarles que vengan a recorrer las diez o doce salas del palacete de la Avenida del Bosque, donde se extienden, espaciados, en un orden claro y sencillo, esos muebles, telas, lozas, esmaltes, herrajes, armas, relicarios, iluminaciones, cofres, dalmáticas, lámparas, joyas, imágenes, que dan, mejor que ningún libro o museo, una lección tangible del lujo fantástico con que el Renacimiento revistió toda su vida civil, militar y religiosa... Nada más instructivo, por ejemplo, que las armas. La continua y más deliciosa ocupación del hombre, durante esos tiempos violentos de pasiones irreprimidas, fué matar, o por lo menos herir, a su semejante. A esta operación corriente, trivial, de todos los días, parece que debían bastar instrumentos sencillos, baratos, cómodos, rápidamente forjados, que se pudiesen embotar, despedazar, abandonar, y en seguida substituir, sin que esto constituyese una carga grave en el peculio doméstico. Por lo menos este es el principio de nuestra civilización prudente, que sólo embellece con riquezas los objetos reservados a la vida ceremonial. A no ser aquel delicioso presidente, no sé si del Paraguay o de Colombia, que hace años asombró a Río de Janeiro con un quitasol bordado y cla-

(1) Cada *conto de reis* en Portugal es equivalente a mil duros españoles.—N. del T.

veteado, en el puño y en la contera, de diamantes enormes, nadie pensaría hoy en amontonar sobre su quitasol las labores y las pedrerías de un cetro.

Ahora bien; para los sanguíneos y los bravos del Renacimiento, la espada, la daga, el puñal, la coraza, eran objetos tan indispensables, desde por la mañana, en las calles y en los campos (aun dentro de las casas donde florecía la traición), como son el bastón y el paraguas para nosotros, los anémicos de este siglo tímido. Y sin embargo, rara es el arma de estos tiempos sobre la cual no se hubiese ejercitado con ostentación y refinamiento el arte profuso y sutil del cincelador y del joyero. Hay en la colección Spitzer espadas enormes para descargar el golpe con ambas manos, armas de batalla y no de gala, embotadas y aun herrumbosas de sangre, que están más preciosamente trabajadas que las joyas de la reina de Saba. ¡El puño de una de esas espadas, de una madera rara, espléndidamente esculpida, representa un Nacimiento!... Todo un Nacimiento; Jesús entre pajas, la cuna, la procesión de los Reyes Magos, San José, que sonrío enternecido, adorables figuritas de una gracia piadosa, que duros guantes de hierro empuñaban con furor!... Un artista tardaba, en su oscuro taller, un año de inspiración en producir una de estas armas, que un aventurero despedazaba después en media hora, entre gritos, sobre el hierro bruto de las armaduras.

Y el lujo complicado y bárbaro no está sólo en las armas. El buen Spitzer nos muestra ahí una sorprendente colección de llaves que perturba y humilla nuestra sencillez democrática. Este modestísimo utensilio, la llave, que el cerrajero de la esquina nos forja por

unos *tostões* (1), tomaba en el Renacimiento las suntuosas proporciones de una joya, tan labrada y rica como un cáliz de altar; y Benvenuto Cellini hacía llaves. No todas ellas se destinaban a las habitaciones de los Médicis o de los Papas. Y tal honesto burgués de Florencia abría al obscurecer su puerta, perdida en un rincón de una calle lóbrega, con una llave que hoy príncipes y banqueros van a admirar con asombro y pagan en cientos de libras. ¡Y campanas! ¡Y doseles de cama! ¡Y mangos de navajas!... En la colección de Spitzer brilla una hilera extensa de facas, de cuchillos, cuyos mangos son delicados y maravillosos grupos de figuritas de marfil. Todas están desnudas, todas son amorosas, todas descendieron del Olimpo. Aquí tenemos a Venus escandalosamente enlazada a Adonis. Más allá se divisa un sátiro que está positivamente abusando de una ninfa. Y aquella, si no me engaño, es Psiquis, más pegada a Cupido de lo que conviene a la decencia. ¿En qué cenas galantes, de cardenales y cortesanas, se usaban estas cucharas suntuosas? No tienen escudo de armas, pero pertenecían a una casa aristocrática y eclesiástica. Y era tal vez algún sesudo mercader de Venecia, un armador de galeras quien, entre su vasta familia, dadas las gracias al Señor, empuñaba, para comer su honrada *polenta*, estos tenedores, donde un artista, aun pagano, esculpiera con entusiasmo la lubricidad de los Dioses.

Pero toda esta magnificencia del Renacimiento es conocida; la teoría histórica que la explica está suficientemente consolidada (ese excelente Taine, a quien

(1) Ya he anotado varias veces el equivalente de *tostão* (tostón) en moneda castellana: 50 céntimos a la par.—*Nota del Traductor.*

acabamos de perder, tiene sobre ella centenares de páginas documentadas y decisivas), y no es esta la lección que se saca del deslumbrante Museo Spitzer. La lección es otra, no nueva tampoco, pero que se destaca aquí con especial y triunfal relieve. A través de esas largas galerías donde brilla todo el arte decorativo del Renacimiento están espaciadas, aquí y allá, pequeñas estatuas de marfil, madera, loza, bronce, de épocas diferentes y de gustos diferentes, entre los siglos XIII y XVI. Ninguna pertenece a la gran Estatuaría. Son imágenes de santos, obra de santeros, a veces ingenuos y a veces excesivos, procedentes de capillas o de aristocráticos oratorios. Ahí tenemos las flacas y primitivas Vírgenes de marfil, conservando la actitud arqueada del diente en que fueron esculpidas, lo que les da un aire diáfano y aéreo de aparición, pronta a remontar a los cielos, recostada en la redondez de una nube. Más allá está un San Cristóbal, rudamente tallado en madera, como cumple a un santo que nunca se desprendió mucho de la tosca materialidad de la naturaleza. También vemos a un adorable niño Jesús, vestido de infante español, de túnica de brocado y zapatos picudos, empotrado en una poltrona abacial, de cuero labrado, donde adormeció sonriendo, con la mejilla recostada en la manecita llena de anillos, y el mundo, como una pelota, olvidado sobre el regazo. Y tan confiadamente duerme, con el Orbe así abandonado, que da ganas de tocarle en el hombro y de murmurarle: “¡Despierta, niño mío, despierta, que por dormirte y olvidarte de él es por lo que este mundo va tan mal!”.

Ahora, para completar la historia de la estatuaría de oratorio y enlazar las épocas, el erudito Spitzer colo-

có en una sala más remota, en un rincón, como un apéndice histórico a un libro de arte, una breve y modesta colección de *terracottas* griegas. Nada de extraordinario; sólo quince o veinte de esas figuritas, color de greda, de ropajes ligeros, designadas con el nombre griego de "Tanagras", representando diosas o mujeres divinizadas, que se vendían antaño por toda Grecia en las barracas de los alfareros y se colocaban en nichos, más por ornato que por devoción, en las paredes de los gineceos. Son obras pertenecientes a la industria más que al arte. Y después de recorrer cinco o seis salas llenas de exuberante y lujosa fantasía del Renacimiento, es cuando la mirada, ya cansada, encuentra en una vitrina discreta estas figuritas de barro y reposa un momento en su gracia sencilla y pura. Una Diana apretando el coturno de caza; Leda sonriendo al Cisne que arquea el cuello para besarla; otra Diosa con un espejo caído en el regazo; una Ninfa conversando con un Fauno sobre un tronco caído: tales son los motivos familiares y sencillos de estos grupos, que no tienen ni un palmo de altura y encierran un infinito de armonía y de belleza. Y esta belleza no deslumbra ni sacude violentamente la imaginación. Se insinúa en la inteligencia, produce una emoción puramente intelectual. Su influencia viene de su simplicidad. En un cuerpo que se inclina, en finos pliegues que caen, en un gesto, en una línea, surge todo el Ideal.

Después se suceden otras salas; la mirada se sumerge en los esmaltes de Limoges, en la aparatosa orfebrería eclesiástica, en los marfiles más trabajados que encajes, en las porcelanas de Palissy, donde los reinos de la Naturaleza se entrelazan ricamente, en toda esa prodigiosa invención de formas y labores y

recamos, con que el Renacimiento sobrecargó todo lo profano y todo lo sagrado. Las estatuitas griegas quedaron olvidadas, como queda eclipsada la luz de un cielo puro si un propagado incendio, todo en oro y púrpuras, estalla de repente y nos deslumbra.

¡Sólo eran quince o veinte figuras, y tan pequeñitas, blanqueando sobre el terciopelo rojo, con tan sencillos contornos!...

Todo acaba, sin embargo; hasta la colección Spitzer. También el mismo Spitzer acabó, pudiendo decir como el viejo Califa de Bagdad: "Gasté cincuenta años en acumular tesoros, y no llevo conmigo ni un ochavo". Los tesoros del viejo Spitzer, que fueron el sobrehumano trabajo de toda su vida, aquí quedaron, para que el martillo del almonedero los disperse ahora por todos los caminos de la tierra, como el viento hace con las hojas secas. Ya esta consideración entristece. Y como toda la arqueología tiene un no sé qué de frío y de muerte que fatiga y melancoliza, se abandonan con placer aquellas galerías llenas de armas que ya no se usan, y de santos que ya no se adoran, y de infolios que ya no se leen, para respirar en la Avenida del Bosque el aire de la primavera y la frescura de las primeras hojas, que tienen siempre actualidad.

Y entonces es cuando, por un deber de crítica y de gusto, se procura recapitular y recordar, conversando, las maravillas visitadas, y se descubre con asombro que ninguna de ellas penetró y quedó aisladamente en la memoria. Sólo con esfuerzo, rascando la cabeza, confrontando ansiosamente el catálogo, apelando a las notas de los amigos, se consigue reconstituír, y muy vagamente, siempre con grandes lagunas, la forma de ciertos relicarios o las líneas de cierto bronce.

Ninguna imagen nítida, que enriquezca el peculio de la educación artística, se trae de aquellas vastas galerías, donde, sin embargo, está soberbiamente representado el genio ornamental de una gran civilización. Hay sólo la impresión rica, pero informe, de un montón de labores, recamos, ornatos, florones, engastes, centelleos de metales, vidriaduras de porcelanas, tonos muertos de viejos brocados... Cada obra por sí se desvaneció con su belleza propia. De la colección inmensa sólo queda en el espíritu la vaga refulgencia de un tesoro.

¿Todo se desvaneció? No; de esta difusa impresión comienzan luego a destacarse algunas imágenes, muy precisas, muy claras, dando por el recuerdo el mismo encanto que dieron por la contemplación.

Y son las quince o veinte *terracottas* griegas, las pequeñas estatuitas de Diosas, o de mujeres divinizadas, que hace tres mil años los "santeros" de Atenas vendían por medio dracma. Sólo esas humildes figuritas de medio dracma recuerdan todo aquel museo que vale, con el cambio del Brasil, veinte mil *contos*. Y no hay movimiento, actitud, pliegue de ropaje, que no nos quedase en el recuerdo indeleblemente. La mirada interior vuelve a ver, maravillada, la sandalia de Diana, y el gesto de Leda, que no repele al cisne, y el reposo noble con que la Ninfa escucha al Fauno. ¡Cuánta gracia, cuánta pureza, cuánta belleza! ¡Y he ahí! De tantos centenares de obras de dos siglos, altamente imaginativas, regiamente instaladas en terciopelo por el viejo Spitzer, sólo media docena de figuritas de barro, salidas de las manos de un oscuro santero griego y olvidadas en un ángulo, nos dejó una emoción durable. Y esta es la lección que se saca del Museo

E Ç A D E Q U E I R O Z

Spitzer. No diré siquiera lección, porque nada más temerario que aleccionar sobre cuestiones de gusto y de arte. Es sólo una sugestión, pero saludable... En Arte, la copiosa, exuberante, lujosa y florida fantasía cansa, se desvanece y pasa, y sólo hay eternidad para la belleza pura y sencilla.

1893.

XVIII

ESPIRITISMO

Hace días, en una de las raras tardes de este hosco invierno en que el cielo difundió alguna dulzura y un poco de sol descolorido, un amigo mío, E. P. (1), que se ocupa de espiritismo, de teosofía, de magia y de ciencias ocultas, por diletantismo intelectual, deseó que yo le acompañase al Centro Espiritista, en París, donde iba a contratar *mediums* y magos para una experimentación solemne de fenómenos psíquicos.

Y yo accedí, más por la seducción del sol color de canario que suavizaba la tarde, que por la curiosidad de esas artes negras que no se combinan con la nitidez y la simplicidad de un espíritu latino.

El Centro Espiritista, en París, es en la redacción de la *Revista Espiritista* (creo que los adeptos vernáculos (2) dicen *Espírita*). Y luego este local me pareció bien característico de nuestro siglo escriboteador. En la antigüedad, un centro serio de lo sobrenatural

(1) Este es Eduardo Prado, gran amigo de Eça, y Director de un importante periódico del Brasil y a quien el novelista pintó en los rasgos de Jacinto, el protagonista de *A Cidade e as Serras*.—N. del T.

(2) Es decir, los adeptos de Portugal que quieren emplear el lenguaje vernáculo o castizo.—N. del T.

sería una floresta como la de Brocelandia o una caverna como en Samotracia, o un rico templo, bien pertrechado de sagrarios tenebrosos y de terrores, como los de Dodona o Delfos. Hoy, es un escritorio de periódico con etiqueta a la puerta, campanita y esterilla. Por lo demás, todas las religiones nacientes se alojan burguésmente. Hasta el tiempo de Trajano, las asambleas de los cristianos, las *iglesias*, eran en terceros pisos de fincas alquiladas, en cubículos tristes, mal alumbrados por dos o tres lámparas de barro, que los diáconos traían escondidas bajo los mantos.

La capilla espiritista está también en un tercer piso pacato de la calle Chabannais. Son dos pequeñas salas, de pisos gastados por las botas de los *mediums*, con reverbero de gas, decoradas de estantes, donde se acumula, en filas densas, la literatura del Ocultismo. Los libros en nada se parecen a esos infolios sombríos y temibles, encuadernados en piel humana, con pesados tejuelos de hierro, que antaño hojeaban los Nos-tradamus, los Faustos, los Mágicos de Toledo. ¡Al contrario! No hay aquí sino amables y ligeros volúmenes, encuadernados en cubiertas alegres, amarillas o color de salmón, a tres francos cincuenta céntimos. Pero si no imponen por su majestad sombría, asombran por su abundancia fecunda. ¡Justos cielos! ¡Qué prodigiosamente se ha escrito ya sobre el espiritismo! ¡Cuánta afirmación sobre tanta incertidumbre! Son tratados, guías, confesiones, compendios, monografías, historias, sistemas, vulgarizaciones, selecciones, diálogos, poemas, y todo versando sobre nada. ¿Sobre *nada*? ¡No! Sobre una posibilidad, sobre una nube que tal vez esconde a Juno o más bien a Psiquis, la Psiquis real y viva... Una fuerza existe, encerrada en lo más recóndito del ser, y de la cual sorprendemos, aquí y allí,

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

de años en años, una manifestación fugitiva, indecisa, mal comprobada, como un puntito de luz indistinto, luego escondido, que refulgiese vagamente en una vasta bóveda de tinieblas. Y sobre este punto de claridad, inciertamente entrevisto a través de un agujero diminuto, ya diligentes escritores compusieron e imprimieron diez mil volúmenes!... En la antigüedad, con eso se habría hecho escasamente un verso, un epigrama. Tal es, en este siglo de papel, nuestro desalmado furor de escribotear, *scribendi sacra fames!*

Mientras yo recorría, asombrado, las densas hileras de prosa ocultista, mi amigo interrogaba al secretario de redacción, un mozo recio y colorado, de pluma detrás de la oreja, que indicaba *mediums*, ensalzaba prodigios, con método, hojeando libros de administración, como un celoso cajero de lo sobrenatural. Arrancó luego vivamente a mi amigo dos suscripciones a la *Revista Espiritista*. Quitándose la pluma de la oreja, anotó en una bella letra cursiva direcciones de casas que suministran *mesas giratorias*. Y, risueñamente guiados por él, penetramos en otra salita, forrada también de libros ocultistas y donde ardía una lumbre pálida en una chimenea adornada con el patrocinio del busto de Allan Kardec. Allí precisamente había un hombre, un viejo, agazapado en un escabel bajo, inclinado, calentándose las manos al fuego; y al cual nosotros sólo veíamos los largos cabellos blancos y el mac-ferland que le caía de los hombros hasta el suelo, en pliegues copiosos de manto antiguo. Nuestros pasos, nuestra conversación no le perturbaron. De espaldas, encogido junto al fuego, todo él nos parecía, en aquella postura familiar y hogareña, una simple peluca blanca, de un blanco sucio, puesta a calentar sobre una peana que un paño negro cubriese.

Mi amigo insistía entretanto con el secretario, reclamando *mediums* (el secretario decía *intermediarios*) que ejerciesen un dominio definitivo sobre las cosas inanimadas; y obligasen a las mesas a subir al aire como santos en éxtasis y a las sillas a girar como faunos en una bacanal...

El secretario se rascaba la barba pensativo:

—Difícil, muy difícil. ¿Ya experimentó a Madame Ravier?

Sí, mi amigo ya había experimentado a Madame Ravier... ¡Oh, pero Madame Ravier!... Bajo sus dedos afilados y lívidos las mesas adquirirían una mudez y una estabilidad de bronce. Y después era en extremo desagradable el tono gruñón y lacrimoso con que invocaba a los espíritus.

El secretario volvió a rascarse la nuca:

—Difícil, muy difícil... ¡Si estuviese aquí Samperini!

—¿Quién es Samperini?

—¡Samperini! ¡Vaya una pregunta! ¡El gran intermediario italiano! ¡Samperini! Pero desgraciadamente está en Italia, en Milán, donde ha asombrado a la Facultad de Medicina. ¡Oh, milagros enormes y comprobados por fisiólogos, por cirujanos! Samperini es monumental. Sólo le tenemos en París por la primavera, en mayo. ¡Sufre de los bronquios Samperini. Hay también Slade. Pero Slade está en Chicago...

Entonces, de dentro de la chimenea, donde la cabellera blanca se sumergía más, aprovechando el calor postrero de las brasas mortecinas, surgió una voz lenta, reposada, penetrada de autoridad y certeza.

—Slade salió ayer de Chicago para New York. Slade es hábil...

El secretario encogió al punto los hombros y lanzó

una mirada y tuvo un movimiento de los brazos rollizos que significaba: "¡El maestro habló! ¡El maestro sabe!" Y mi amigo, a quien la curiosidad consumía, como a mí, interpeló entonces tímidamente a aquellas espaldas misteriosas, cubiertas del mac-ferland:

—¿El señor conoce a Slade?

Lánguidamente el hombre extraño giró sobre el escabel y mostró por fin la faz—una faz macerada, cavada, color de antiguo pergamino, con tonos azulados en las sombras, como tienen los cadáveres, y erizada de una barba grisácea y recia. No respondió a mi amigo—y quedó con los ojos puestos en él, unos ojos de donde se había retirado toda la luz viva, parados, casi vidriosos. Después, sacando de las profundidades del mac-ferland las manos flacas, más amarillas que el limón, que cruzó sobre las rodillas, murmuró, meditativamente, sin quitar de mi pobre amigo la mirada inanimada y helada:

—Estoy reconociendo en usted un *medium* y un vidente...

A esta imprevista y espantosa revelación, mi amigo retrocedió tan bruscamente, que vino a dar con los hombros en el estante, contra la literatura ocultista. Por fin balbuceó:

—¿Un vidente? ¿Está reconociendo en mí un vidente?... ¿Por qué?...

El hombre replicó con sencillez:

—Porque veo. No es un ver con los ojos, sino con el alma, que penetra en la suya y le descubre el poder latente. El señor puede (si a la facultad junta la voluntad) presentir lo futuro y contemplar lo invisible. Pero esa fuerza no le pertenece propiamente por ser en sí innata e inmanente; se la comunica un espíritu que le acompaña.

Mi compañero exclamó con legítima emoción:

—¿Un espíritu que me acompaña? ¿A mí?...

El hombre tenía los ojos vitreos clavados en mi amigo o más bien en un punto sólo para él visible por encima del sombrero de mi amigo. Y repitió con una impasibilidad grave:

—Sí, que le acompaña, que está junto a usted.

Mi amigo dirigió su mirar despavorido a todos lados:

—¡Aquí! ¿Junto a mí?

—Junto a usted.

El secretario, entretanto, alargaba los brazos, en el gesto de plena aceptación y reverencia que significaba: "Si él lo dice... ¡Qué hombre! ¡Qué maestro!" Y mi camarada, que se había tumbado sobre una silla, aplastado por la revelación, terminó por murmurar:

—¿Es un espíritu bueno o malo?

Sin descruzar las manos de las rodillas, ni desviar la fijeza del mirar abatido, el hombre dijo:

—Excelente. Es un espíritu que sólo conoce los caminos rectos y sólo por caminos rectos conduce.

Mi pobre E. P. respiró:

—Está bien. ¡Al menos hay esa seguridad! ¿Es el espíritu de alguien que yo hubiera conocido, que me perteneció?

El hombre contempló nuevamente el *punto fijo*, sólo para él perceptible, por encima del sombrero de mi amigo. Y en el mismo tono sereno y seguro:

—No, no lo conoció. Pero es el espíritu de alguien que le perteneció, un espíritu doméstico. ¡Es la hermana de su padre!...

Mi compañero tuvo como un vago gemido de asombro. En efecto, una hermana de su padre muriera, muy joven, hacía cincuenta años, dejando entre todos los que le habían amado una memoria, nunca desvanecida,

de inteligencia y dulzura. Y era tan imposible que este hombre, en este tercer piso de una calle de París, conociese la existencia de aquella señora, muerta en 1840 en el Brasil, como era imposible que nosotros conociésemos el nombre del soldado que a esa hora se hallaba de guardia en una de las puertas del palacio imperial, en la ciudad maldita, en Pekín... Mi amigo limpiábase el sudor de la cabeza y balbuceaba: —¡Prodigioso! ¡Prodigioso!

Entonces, más para que descansase un momento y se equilibrase el alma trastornada de mi amigo que para comprobar si también me envolvían influencias sobrenaturales, interpele al hombre, alegremente (1):

—¿Y a mí? ¿También me acompaña algún espíritu?

El volvió hacia mí la faz de pergamino vetusto y sin vacilación, con su tono sosegado y seguro, contestó:

—Ninguno...

Sentí una tranquilidad mezclada de humillación. Y bromeé con la temeridad de quien está fuera del misterio, en la alumbrada y sólida región de la realidad:

—Camino, pues, en la vida sin ser acompañado, sin inspiración trascendente, sin Egeria, sin voz socrática!

Pero el hombre ni me atendió, sólo interesado por mi amigo, a quien contemplaba una complacencia, conservando siempre en cruz sobre las rodillas las manos transparentes.

(1) No debió ser tan escrupulosamente histórico como se puede suponer aquí el novelista, pues nunca pudo demostrar gran alegría en estas escaramuzas de espiritismo con Eduardo Prado, el novelista lusitano, puesto que era hombre muy supersticioso, según testimonio de todos sus biógrafos;—asimilándose en esto a Zola, según la declaración del Dr. Toulouse... "Supersticioso como un hespanhol—dice Antonio Cabral—em tudo via maus presagios, agoros, enguiços." (*Eça de Queiroz: A sua vida e a sua obra*, 1.^a parte, cap. III, pág. 148; Lisboa, 1916).—N. del T.

—A veces, muchas veces, somos seguidos por espíritus y no sentimos su influencia. Así una piedra está envuelta por el sol y no tiene conciencia ni de la luz ni del calor. Es necesario que el alma, por educación o por esfuerzo, se afine, se sutilice, adquiera una tal *super-acuidad*, ¿cómo diré?, un tan libre y fino poder de penetrar en lo invisible, de fundirse, de consubstancializarse con él, que los espíritus se le tornen visibles y comprensibles, audibles y tangibles, como las formas son para los sentidos...

Sólo entonces la influencia de los espíritus es real y activa. Estamos desde luego delante de ellos como discípulos ante maestros omniscientes. Es en esos momentos cuando ellos nos pueden guiar, enseñar, revelar... En realidad es como si momentáneamente esta forma material de nuestro cuerpo, que encarcela el alma, la limita, le comunica todas las cualidades de la materia y le impide el ejercicio espiritual en toda su plenitud, perdiese su densidad, su opacidad de muro, y el espíritu que está en nosotros y que forma nuestra individualidad y los espíritus ya libertados que vagan por el espacio, pudiesen irradiar mutuamente y confundirse como luces a través de una vidriera... No está bien esto. Pero ¡el verbo humano es tan impotente!... Ahora bien, esta comunicación, aun para los más favorecidos, para los más *espiritualizados*, no siempre se puede dar—y hay períodos de semanas, de meses, en que el alma está como incomunicable, cerrada dentro de su cofre mortal. ¡Y es lo que me sucede a mí! Yo escribí un libro, un libro definitivo...

El secretarió corrió al estante, gritó, blandiendo un volumen de cubierta roja:

—¡Está aquí! ¡Un libro admirable! ¡Trescientas páginas! ¡Y todo verdadero, comprobado!...

El hombre prosiguió gravemente:

—Sí, es un buen libro. Hay ahí una metafísica tan rigurosa como una geometría. Por lo demás, no fui yo quien lo escribí. Todo él me fué dictado por los espíritus, línea a línea. ¿Y sabe cuánto tiempo gasté en componerlo? ¡Siete años!... Es verdad... ¡Trescientas páginas en siete años! ¿Y por qué? Porque mi comunicación con los espíritus era irregular y rara. Transcurrieron semanas, largos meses, en que había en torno de mí como una soledad y un silencio de destierro. Después, un día, a veces, en los momentos más incómodos, al calzar las botas, al entrar en un ómnibus, sentía bruscamente el impulso de coger el lápiz... Siempre llevaba conmigo papel y lápiz. Y el lápiz corría sobre el papel, desordenadamente, en garabatos informes, sin que yo tuviese conciencia de lo que escribía o más bien de lo que el espíritu escribía por mi pobre mano. Era siempre una frase, a veces un período. Estos fragmentos juntos uno a otro, como pedazos de mosaico, formaron al final de siete años un libro. Sólo lo leí después de impreso. Y era perfecto...

—¡Sublime!—agregó el secretario, con una convicción magnífica.

Y el hombre prosiguió siempre inmóvil, como un ídolo contemplando serenamente a mi amigo:

—Ya se ve por este caso mío que se puede andar acompañado de un espíritu tutelar, como ese que a usted le sigue, sin que el alma lo presienta o lo sospeche. ¿Por qué? Porque no se estableció la afinidad espiritual. El espíritu está ahí a su lado. Pero ¿qué importa si su alma yace muy en lo hondo, inerte, bajo densas capas de materialidad? Por eso le avisé caritativamente. Ya conoce al espíritu que le sigue; sólo le resta romper, por el esfuerzo, por la educación especial,

el muro bruto de la materia y remontarse a la pura espiritualidad. El espíritu gentil está en espera suya...

Y de repente, sin que le sintiéramos moverse, el hombre apareció de pie, crespo y rígido. Era extremadamente alto y su mac-ferland negro descendía hasta el suelo.

Mi compañero aún extendió la mano, imploró una aclaración:

—Pero... esa educación especial para que yo pueda romper la materia ¿quién me la ha de dar? ¿Quién me dirigirá en ese esfuerzo que me haga penetrar en la espiritualidad?... ¿El señor vive en París?...

—Parto esta noche para New York... De aquí a minutos.

—¿Vive usted en New York?...

—A veces. Otras veces en Constantinopla. En la India, también. En Rusia, en ciertos meses... Vagamente, por el mundo...

El secretario accionó con entusiasmo:

—¡Siempre en camino! ¡Ahora aquí, ahora allá!... Anda por el aire. Hace semanas estaba en California. Pasó aquí, calentó las manos, partió para Egipto... Llegó ayer... Viene, se calienta las manos, desaparece... ¡Es prodigioso!...

Yo recordé, riendo:

—Exactamente como Apolonio de Tiana.

El hombre volvió hacia mí con severidad los ojos vacíos y pálidos:

—Es bueno nunca pronunciar en vano el nombre de Apolonio de Tiana.

Secamente, caminó hacia la puerta... Nosotros seguimos, con el secretario, que inclinado y risueño, resregando las manos, "deseaba al maestro una jornada

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

fecunda en obras". Descendió con lentitud la escalera ya obscura.

Cuando llegamos al portal, donde moría la última claridad del crepúsculo, el hombre extraño se detuvo midiendo la calle con un leve balanceo del cuerpo— como el de una cigüeña que vacila antes de soltar el vuelo. Y súbitamente desapareció.

Mi camarada aún juzgó entrever, a lo lejos, bajo un reverbero de gas, el largo y tenebroso mac-ferland. Pero yo pienso que el hombre, que era una sombra, se fundió en la sombra.

En el carruaje que nos llevaba, mi amigo E. P. hizo estas sabias consideraciones:

—Mi alma, según afirma aquel hombre diabólico, yace enterrada bajo densas capas de materialidad. Créolo. Pero está allí muy quieta, muy comfortable, muy feliz. ¿Para qué he de descostrar, cavar y horadar esas galerías de materia, para que mi alma se escape a las regiones tormentosas y aterradoras de la espiritualidad? Es una cosa peligrosa, mi alma así suelta por los aires, en compañía de espíritus... ¿No le parece?

—Así me parece.

—¡Nada! Mi rica almita continuará aquí dentro muy quieta... Y lo más que haré para entretenerla, es cargarle las dosis de Descartes y de Spinoza.

Y como si su cuerpo que, sin embargo, no es flaco ni frágil, no le pareciese suficiente para retener su alma cautiva y segura, mi amigo aun cruzó y apretó con fuerza el paletot en que se envolvía.

Desde esa tarde no aludimos más al hombre extraño del mac-ferland. Esto es todo lo que por ahora conozco del espiritismo.

1893.

XIX

LAS ROSAS

I

Estamos en el mes de mayo, y conviene hablar de rosas.

Cuando en la poesía, como en un reino bien organizado, había categorías y una pragmática, era la Corporación venerable y ligera de los *Poetas de la primavera* la que celebraba puntualmente, en esta fresca mocedad del año, con el corazón contento y la lira fácil, la llegada de las rosas. El poeta, en esos tiempos arcádicos, corría constantemente por oteros y prados, como el antiguo Silvano, atento sólo a las bellezas sencillas y comprensibles de la tierra. Hoy, en esta anarquía que baraja las clases, el poeta invadió el alma humana, desalojó de ella a los filósofos, sus inquilinos hereditarios desde Platón, y es él quien teje la tela de la psicología y sopla las brasas de la metafísica, de donde se elevan humaredas tan densas y compactas... En los parajes tradicionales de la poesía, entre las malezas, junto a las fuentes, bajo las umbrías, ya no se encuentra a un poeta. Están todos agazapados dentro del alma.

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Y en este año de gracia de 1893; en este mes de mayo, de tan suave esplendor, fué un erudito, un gramático, un profesor de la Universidad de Aix, autor de la *Fonética normanda* y de las *Funciones de la letra C en las lenguas románicas*, quien, por falta de poetas, hubo de celebrar a las rosas en un tomo voluminoso de 500 páginas (1), repleto de notas, en el cual narró todos los empleos de la flor adorable a través de los tiempos, en la poesía, en la arquitectura, en el culto, en la mística, en la farmacopea y en el arte culinario... Así la ciencia va usurpando las más preciosas funciones de la poesía. Son ahora los astrónomos, y no los poetas quienes ponen sus sueños en la luna y en los rayos de las estrellas. Es un viejo filólogo quien se torna bucólico y celebra las glorias de la rosa.

Esta flor merece, realmente, ser cantada, porque nunca hubo flor entre las flores con una carrera más triunfal. En todo lo que interesa profundamente al hombre—el amor, la religión, la ley, la guerra, la muerte—se encontró siempre envuelta la rosa; y la civilización entera está saturada de su perfume. Y, sin embargo, no pertenece a la gran aristocracia floreal—como la azucena o el loto...— Sus pergaminos, sus cien pétalos, son recientes; y existen en la India, en las faldas del Himalaya, príncipes con genealogías más remotas que la de la rosa. Los *Vedas* no la mencionan, y los Arios, tan sensibles a todas las fuerzas y las gracias de la Naturaleza, de fijo habrían entrelazado la

(1) Me permito observar al lector español que fué aquí también un erudito, un historiador, D. Juan Pérez de Guzmán, quien cantó los loores de esta bella flor y su utilización como tema poético de nuestra literatura, realizando un verdadero *espicilegio* en nuestro jardín de los poetas, en su interesantísimo libro *Cancionero de la rosa*.—N. del T.

rosa en sus himnos sagrados y en sus rituales, si hubiera florecido en el valle feliz de Septa-Sindhu. En los monumentos del viejo Egipto, donde los escribas grabaron cuidadosamente toda la flora faraónica, no se descubre el rosal entre los arbustos vivificados por las aguas benditas del Nilo. Los antiguos hebreos, en los primeros tiempos de la Biblia, por lo menos hasta el cautiverio de Babilonia, no conocieron tampoco la rosa; y si Raquel y Rebeca se coronaban de flores, era de anémonas, de esos lirios rojos de los campos, que Jesús consideraba después más vistosos y ricamente trajeados que el Rey Salomón con toda su magnificencia.

La rosa aparece en el mundo griego con Homero; pero aun es la rosa plebeya, silvestre, de cinco hojas, que nace en las sebes (1). Homero no la presenta como una flor de belleza, sino de utilidad; una humilde planta medicinal, de la cual se extraía ese óleo con que Afrodita, en *La Ilíada*, unge el cuerpo de Héctor. Sólo con Píndaro y con Arquíloco y con el augusto *Himno a Demeter*, es cuando la rosa, ya perfecta, con sus cien pétalos, con todo su aroma y muchas de sus espinas, entra realmente en la vida de los hombres y de los dioses, y cuando inicia sus aventuras maravillosas.

Una de las primeras fué su mudanza de color. La rosa, primitivamente, cuando nació en las lánguidas playas de Citerea, bajo los pies de Venus, que en ese momento sublime emergía de la espuma de las ondas y pisaba la tierra; era blanca, como los pies que la hacían brotar. Después, la sangre de Venus la puso roja, una tarde en que la diosa, en Siria, corriendo en socorro del lindo Adonis, amenazado por el trucu-

(1) Conservo la palabra portuguesa *sebes*—malezas, matorrales—, que tiene correspondencia en castellano castizo, y más especialmente en el dialecto bable o astur.—*N. del T.*

lento Marte, siempre bestial, clavó el pie en las espinas de un rosal. Este caso lamentable fué atestiguado por muchos dioses, y después contado por ellos, bajo las arboledas del Olimpo, a Hesíodo, a Bion y a otros poetas, que lo propagaron luego, en versos indiscretos, por todas las islas de Jonia. Así, nacida del hollar de su pie divino en la tierra humana, y convertida en flor roja por su sangre, la rosa siguió siendo para Venus la flor bienamada y filial.

La afición de Venus por la rosa fué inmediatamente compartida por los dioses, para quienes las preferencias de Afrodita constituían siempre dictámenes supremos. Y tanto amaron la rosa, que crearon en un valle de Frigia ese incomparable jardín llamado *Jardín de Midas*, donde sólo crecían rosales, y que difundió su aroma sobrenatural por toda la antigüedad pagana. Era de oro la tapia que lo cercaba, y las avenidas que dividían los macizos habían sido enarenadas por los Coribantes con polvo de coral y de diamante. Con tanto celo lo cultivaban los dioses, que Baco no confiaba a nadie el cuidado de regar el glorioso vergel. Y poetas privilegiados, como Anacreonte y Propercio, pudieron ver muchas veces en las siestas de mayo al gran dios de la uva, al conquistador de las Indias, con una regadera de oro en la mano, dando de beber a las rosas un agua de admirable pureza, que las Náyades traían de la Fuente Castalia. En este jardín esocgía Venus las rosas que solía mandar a aquellos mortales perfectos, de quienes brusca y locamente se enamoraba en sus paseos por las colinas pastoriles de la Hélade. Fué también en el *Jardín de Midas* donde Sileno, viniendo de la Tracia, cogió aquella espantosa borrachera que duró cien días, y en la cual deliró tan escandalosamente y en tantos arrebatos lascivos embistió contra

las diosas, que Marte y Mercurio hubieron de amarrarlo, espumeante y rojo, a un robusto tallo de rosal, con cuerdas de púrpura que aún pudo ver el viejo Herodoto... Júpiter descendía a veces, familiarmente, sin el águila y sin el rayo, a este jardín terrestre, y era allí donde Mercurio y Ganimedes le secreteaban los nombres y las moradas de las más lindas vírgenes de Grecia y de Asia. Allí venían también, a la hora del rocío, las Nueve Musas a tejer sus coronas de rosas. Y era tan penetrante la influencia de este jardín, que en el monte Bormio, frontero a él, nunca había invierno, los lirios silvestres florecían hasta en enero, y los pastores que en sus laderas guardaban los ganados conservaban hasta los cien años la flor de su mocedad.

II

Esta dichosa flor, así preferida y honrada por los dioses, fué en seguida adorada por los hombres. El docto autor de las *Geopónicas* comenzó por establecer en este Tratado de las Cosas Rurales, como principio botánico, que “la rosa es de naturaleza divina”. Y Anacreonte no tardó en exclamar enternecido: “¿Qué sería de la Humanidad sin la rosa?...”

La Humanidad ya enlazaba en esos tiempos las rosas en coronas y guirnaldas. Fué Jano (el de las dos caras), ese benéfico civilizador, quien inventó el arte gentil de coger y juntar las flores en ramillete. Pero fué una cierta Glicera, ramilleteira de Scyros, quien creó el ramo, el verdadero ramo atado con cintas, el ramo del afecto, el ramo de fiesta, el terrible *bouquet* que tan despóticamente se implantó en los hábitos cultos, y que, por el precio a que subieron las flores (cua-

tro rosas clavadas en alambres y presas por un bramante cuestan en París 6.000 *reis*) (1), desnivela y desorganiza el presupuesto del hombre sociable... Glicera, diestra florista de Scyros, ¿por qué no dejaste las flores donde eran más felices, en sus tallos airosos, balanceados por Céfiro, hijo de la Aurora?...

Al menos, en esas edades dichosas, los ramos sólo se ofrecían a los dioses. Y con tal generosidad, que el viejo Pausanias (no el vencedor de Platea, sino el otro, el que escribió la *Descripción de la Grecia*), yendo a Thalamas, en la Mesenia, a visitar una renombrada estatua de Ino (que era una diosa del mar), no le pudo ver las formas, ahogada, como estaba, hasta los hombros, en densos manojos de rosas.

El culto en Grecia y en Italia ponía su lujo en la profusión de rosas. Rosas en torno de las imágenes y tapando los altares. Rosas coronando a los Augures y a los Pontífices. Rosas sobre el dorso y en las extremidades de las reses votivas. Rosas en festones de columna a columna, roseando la palidez de los mármoles.

En las fiestas llamadas *Rosalia*, dedicadas a Venus, en las Calendas de mayo, todas las cortesanas de Roma, envueltas en velos amarillos, en una procesión lasciva y devota, al son lento de las cítaras, iban a llevar a la gran diosa, su patrona, las primeras rosas del año.

Era como la proclamación sacramental de la primavera y del amor. En otra de las lindas fiestas rurales de Italia, las de Dea-Día, diosa de la labranza y de

(1) Ya es sabido que el valor de la moneda portuguesa *reis* es, a la par, de una peseta española por cada doscientos *reis*. 6.000 *reis* son, pues, 30 pesetas, o dicho en moneda portuguesa moderna, seiscientos centavos, *seis escudos*, aproximadamente seis duros.—*N. del T.*

los campos, la cofradía de los Hermanos (1) Arvales ofrecía en los altares panes cubiertos de rosas, y después de la ablución, cuando se dispersaba gritando la palabra de buen agüero: ¡*Feliciter!* ¡*Feliciter!*..., iba arrojando por las calles y sobre el pueblo a manos llenas las rosas que el contacto del altar había hecho sagradas. En mayo, todos los lares domésticos eran adornados con rosas. Y no había colono en la tierra pagana que al primer aliento de los céfiros calientes no colgase un ramo de rosas a la entrada de su cabaña, en el tronco rudo del Dios de los Huertos o entre los cuernos de Pan.

Poco a poco, como la filosofía venía afirmando al alma del hombre que es inmortal, a la manera de los dioses; estas guirnaldas y coronas de rosas, que antes se daban solamente a los inmortales, comenzaron a ser ofrecidas a los hombres, sobre todo, a las mujeres, por lo que en ellas había de divino. La rosa tornóse en breve la flor oficial del amor. En forma de corona se depositaban las rosas, en el fresco alborar de la madrugada, a la puerta de la bienamada, para honrarla y adornarle la casa como un templo. La corona de rosas, recogida, significaba, de parte de ella, un *sí* de dulce promesa. Las rosas dejadas fuera de la puerta desdeñosamente, mustiéndose al polvo y a la lluvia, expresaban el amargo *no*.

Tíbulo, en una de sus elegías, echa en cara a una insensible dama la inmensa y dispendiosa cantidad de guirnaldas que había depositado, en vano, en el umbral de su morada. Este amontonamiento de rosas des-

(1) Exagerando la nota humorística y trasponiendo la época actual a la del Imperio Romano, Eça de Queiroz, con delizioso anacronismo, los llama *Freires Arvales*, como si hubiese dicho *Frailes Carmelitas*.—*N. del T.*

preciadas, pudriéndose a la puerta de las matronas, llegó, en el tiempo en que se conservaba en los lares romanos la fuerte tradición de las Lucrecias y las Porcias, a inquietar a los ediles, responsables del aseo de las calles, y la virtud doméstica fué la desolación de los barrenderos urbanos, casi todos esclavos asiáticos y ¡oh, humillación! lusitanos... Después, con el declinar de la República y de las costumbres, todo ramo de rosas depositado a una puerta, con el nombre del enamorado (y la dirección), era arrebatado hacia adentro por bellas manos complacientes.

Ya no se encontraba en las calles una rosa muriendo en el abandono. El austero Juvenal rugía... Pero ¡qué descanso para los ediles y para los lusitanos, nuestros antepasados!...

A más de que las declaraciones de amor habían de hacerse silenciosamente por medio de rosas, toda entrevista de amor, en la sociedad culta, debía ser poetizada y perfumada con rosas. La dama que iba a encontrar a su amante, en algún bosque consagrado a Venus o en un cubículo de Velabro, llevaba una guirnalda de rosas en la mano y una rosa solitaria en la cintura, y al divisar a aquel por quien iba a ofender al amable dios Himeneo, le arrojaba al rostro, dulcemente, un puñado de rosas sueltas. Después...

Pero pasemos, precipitando la marcha... Dejemos a la pareja en su éxtasis, ¡y que las rosas del Lacio les sean leves!...

Si la rosa estaba así asociada al ceremonial de los amores, no presidía menos profusamente la composición de los festines. El mundo antiguo comía entre rosas. Guirnaldas de rosas en las cabezas rizadas o calvas de los convidados; cordones de rosas, en colgante, alegrando la túnica oscura de los esclavos; festo-

E Ç A D E Q U E I R O Z

nes de rosas en los muros de mármol color de rosa; rosas alfombrando el suelo; rosas inundando la mesa; pétalos de rosa fluctuando en los vinos; lluvia de rosas, lloviendo de los techos y de los velarios, mientras resonaban las liras. Hasta una parca merienda en el campo no se hacía sin lujo de rosas. El sencillo y honesto Horacio consiente en que todo falte en su mesa rural, menos el aroma y brillo de las rosas. "Sí, Delio mío (canta); comamos sobriamente, a la sombra de un pino, sobre la hierba verde, junto a un regato suurrante, y que no haya sino un plato y un ánfora, pero brazadas de rosas!..."

Roma llegó a tener el vicio de las rosas, y el Imperio todo se ahogaba deliciosamente en su perfume. Verres, aquel a quien Cicerón zahirió tan famosamente (1), sólo sabía viajar lleno de rosas de Malta, coronado él de rosas, con festones de rosas envolviéndole el cuerpo, y llevando en la mano un saco de red henchido de rosas, que a cada instante oprimía sobre la faz para sorber hasta el alma el aroma—alma de la flor—. Y Roma toda se abandonaba a las rosas, con la voluptuosidad de Verres. El ultrarrefinado Elio Vero no podía adormecer sino sobre camadas de rosas. Otros elegantes forraban las cámaras, desde los pavimentos de cedro hasta los techos ebúrneos, de rosas de Paestum. Galiano, cuando fué Emperador, mandaba sembrar todas las mañanas las salas y los pórticos de la *Domus Palatina* de brazadas de rosas. El delicioso Heliogábalo, en sus accesos de animalidad es-

(1) Eça de Queiroz hace aquí un juego de palabras que no se puede reproducir en castellano: *Verres aquel que Ciceró tam famosamente verrinou... Verrinar* es un verbo neológico que forma Eça, derivándolo del sustantivo *verrina* (crítica acerba).—N. del T.

tética, retozaba y se revolcaba sobre montañas de rosas.

En estas convivencias afeminadas y sensuales, la pobre rosa arriesgaba extraordinariamente su reputación. Esparcida sobre lechos poco castos; de bruces dentro de las ánforas orgíacas; entrelazada en los cabellos de las siervas de Venus, podría haber quedado en la Historia y en la memoria de los moralistas como la flor del libertinaje. Felizmente para ella, la rosa, a través de todas sus flaquezas, nunca dejó de andar ligada a dos cosas graves y fuertes: la Guerra y la Muerte.

No había triunfo sin rosas; y ningún funeral sería sentido y piadoso sin que las rosas recordasen en él la fragilidad de la vida. La corona de rosas era debida, aún más que la de laurel, a todo vencedor de una batalla; y la ilustre flor, en innúmeras ocasiones, recompensó la salvación de la República. Las galeras victoriosas, al entrar en el puerto, traían la alta proa adornada de festones de rosas. Y en los cortejos triunfales, una de las alegrías era la lluvia innumerable de rosas, cayendo de todas las terrazas sobre el carro lento, en marcha hacia el Capitolio.

Para los muertos, la rosa era la flor consoladora. El cuerpo iba cubierto de rosas como para unos supremos esponsales; y la piedad de los parientes y de los amigos nunca dejaba las sepulturas sin rosales que las floreciesen... La fiesta de las *Parentalia*, celebrada en memoria de los muertos, era en mayo, para que estuviesen ya abiertas las rosas que, después del banquete funerario, se llevaban en cestos y se deshojaban lentamente por encima de las sepulturas. La esperanza de los que se sentían morir era que sobre la lápida nunca faltasen rosas. Para que no faltase este consuelo a sus manes, muchos dejaban pingües legados.

Una dama, Claudia Severa, en su testamento destinó 12.000 duros (1) para que las rosas en su túmulo fuesen siempre las más bellas de Campania. Y aquellos que no eran ricos hacían grabar en los sepulcros una súplica pidiendo al viandante la dulce limosna de una rosa:

“*Sparge, precor, rosas, supra mea busta, viator*” (2)

Conservando así estas nobles atribuciones, flor de gloria y flor de piedad, la rosa se substraño al desdén de los moralistas. Mas lo que verdaderamente la salvó fué la literatura. Por lo mismo que tanto la amaban, los poetas sintiéronse inducidos a comparar la rosa, reina de la gracia en la Naturaleza, con la mujer, reina de gracia también y también flor de humanidad. Pronto entre los líricos griegos, la rosa, a causa de su botón, fué proclamada emblema de inocencia. Pero allí hubo de mantener una lucha desesperada con la azucena. Y esta rivalidad entre las dos nobles flores, que se transparenta ya en el antiguo *Himno a Ceres*, ambas reclamando el privilegio de representar en el arte el candor, la frescura de la virgen—sólo acabó verdaderamente en la poesía latina, en la cual la azucena quedó definitivamente simbolizando la pureza virginal, y la rosa, el rubor aun púdico, pero ya amoroso y ardiente. Desde entonces no hubo hermosura o virtud de mujer que no fuese comparada a la rosa, así convertida por la poesía en tema y arquetipo de la perfección, donde se resume todo lo que puede encantar la mirada y el alma. Ella es, dicen los poetas, la tentación de los mortales, el adorno de la

(1) *Doze contos de reis* es la equivalencia en moneda portuguesa.—*N. del T.*

(2) ¡Esparce (te ruego) rosas sobre mis cenizas, viandante!...” Es la traducción de ese epitafio latino.—*N. del T.*

tierra, el amor de las Gracias, la alegría de los Dioses... Así, antes de la Virgen, la rosa poseía ya la letanía adoradora. Filóstrato la declara, con énfasis horrendo, "el ojo del mundo". Otro más rebuscado llámala "astro de las flores".

Las mismas bellezas de la Naturaleza, aun las menos concretas, son comparadas a la rosa y a su color adorable. Son *de rosa* los famosos dedos con que la Aurora, durante diez y siete siglos de poesía, abrió las puertas del Oriente. Es *de rosa* el vapor que se exhala de los caballos del Sol, humeando en su galope deslumbrador. Es *róseo* también el carro en que la Luna rueda silenciosamente por los cielos nocturnos. En realidad, cuando los poetas latinos quieren loar cualquier forma del ser, o por su fuerza o por su brillo, o por su dulzura, llámanla *rósea*. Para Valerio Flaco, un mozo hermoso es *róseo*. Claudiano, impresionado con las márgenes del Duero, lánzales inmediatamente el inesperado epíteto de *róseas*, cuando bien debía ver que, formadas de granito y de valles cálidos, quemados por el sol, eran parduzcas o lívidas.

Así, Roma, en su poesía y en su vida, deliraba por las rosas. Para saciar esta pasión, toda Italia se había cubierto de rosaledas. Las más célebres, por ser las más rojas y perfumadas, florecieron en Poestum, en Prenestes y en la Campania. Pero aun a la orilla del mar, de Taormina a Sicilia, toda la costa era un lindo rosal. El Imperio envejecía ahogado en rosas. Y lejos, más allá del Rhin y del Danubio, los hunos, los ávaros, los vándalos, bajo los cielos cenicientos, en sus cabañas bajas, al borde de las lagunas, dilatan ya las narices, ávidas y brutales, aspirando esta inmensa fragancia de la rosa romana...

III

No obstante, antes de que los bárbaros descendiesen, ya la rosa atravesaba una crisis difícil: su crisis cristiana.

Flor de los dioses, habiendo participado de todas las delicias de la carne pagana, no podía dejar de ser sospechosa a los primeros doctores de la Iglesia, que fijaron, con la nueva doctrina, las nuevas costumbres.

El cristianismo, al principio, fué una religión triste, indigente y desnuda. Sus asambleas se celebraban de noche, en cavernas, en los cementerios, en cubículos de calles oscuras; y los fieles, encogidos en una pobre túnica, con los cabellos desaliñados, sucios por exceso de espiritualismo, venían allí, menos para celebrar las esperanzas del cielo que para gemir sobre los dolores y la maldad de la tierra. En sus banquetes, los famosos ágapes que constantemente celebraban (porque casi todos se reclutaban en las cofradías de los menestrales, donde el banquete común era la más querida de las tradiciones), la melancolía alternaba con la violencia, y se comían el pan y el pez frito, manjar de la plebe en todas las ciudades mediterráneas, entre quejas y desalientos o entre furiosas contiendas teológicas, si hemos de creer las narraciones de San Paulino y de San Cipriano. Hasta el amor con que el nuevo misticismo excitaba la lascivia pagana, era en ellos sombrío y funerario, y casi siempre tenía por lecho las losas de los cementerios. En esta tristeza fundamental, base de la doctrina, no había, realmente, lugar para la rosa alegre de Baco y de Venus. Y, desde luego, ella y sus pétalos y su color y su perfume fueron desterrados de la Iglesia, que surgía así entre lágrimas. Tertulia-

no comenzó por fulminar, con toda la dureza de su latín de Africa, en un amargo folleto intitulado *De Corona*, todos los ramos y guirnaldas, emblemas de placer y de fiesta. Después, San Clemente de Alejandría, en su *Pedagogo*, ataca más directamente a la rosa como la gran afeminadora de las almas. El viejo Prudencio exhibe, como prueba de su virtud, su desdén a las rosas, y felicita por verdaderos y fieles siervos de Dios a aquellos que la destruyan como planta venenosa. Así, la Iglesia se arma toda y lanza la estridente falange de sus dolores contra una débil flor delicada.

Afortunadamente, en esos primeros tiempos conservaba la protección y el cariño absoluto de los Emperadores y de los Pontífices. Era aún la flor del Senado y del pueblo romano. En todas las instituciones civiles y religiosas aun colgaban magníficamente las guirnaldas de Poestum. Mas he ahí que una tarde, junto a Cremona, Constantino, marchando contra Majencio, ve de repente, por encima del sol que declinaba, la cruz, esa famosa cruz, toda de oro, aureolada por la promesa divina, en letras de oro: *In hoc signo vinces*. ¡Tarde fatal para las rosas!... En ella comenzó, realmente, la desbandada de los dioses. En el término de unos cuantos años ya no habrá en Italia un templo, libre y seguro, donde se pueda ofrecer una paloma a Venus... Jesús de Nazaret (o más bien el Jesús del Concilio de Nicea), hasta allí perseguido, errante por las catacumbas y por las tinieblas de los cementerios, está instalado en la *Domus Palatina*, lanza edictos desde dentro del Senado; y sobre el Capitolio negrea una cruz nueva y de hierro. Una mañana, bajo la presidencia de Teodosio, el último refugio de la creencia pagana y del patriotismo romano, el altar de la Vic-

toria, es destruído, entre la inmensa y rencorosa alegría de los obispos, que baten en las losas de mármol con sus báculos, ya duros. En el cielo, lavado de las últimas manchas de ambrosía, triunfan las Virgenes y los Mártires. Y en la tierra, por fin, la postrera ninfa huye de los campos del Lacio, llevando escondida en el seno la última rosa votiva.

IV

Ciertamente, esta crisis fué terrible para la misérrima rosa. Pero otra más decisiva, casi mortal, se acercaba, porque de todas partes la fuerte estructura del Imperio Romano se hundía, y los bárbaros empezaban a penetrar en él. Hasta allí ella era una pobre flor decayda, despedida con ignominia de los altares y de las instituciones. Proclamada antaño, personalmente, por Júpiter, en concilio de los dioses, *Reina de las flores* (según afirma Ausonio), había perdido su trono y volvía a entrar en la obscuridad silvestre. Pero, al menos, continuaba pacíficamente floreciendo en los vergeles y en los prados, donde el viejo Céfito, a la tarde, venía fielmente a conversar con ella de los esplendores pasados. Ya los Pontífices no la cogían de madrugada con la hoz de plata, para perfumar y tornar más santas las aras de Afrodita. Ya, en días de triunfo, coronando la frente de un César o de un Paulo Emilio (o incluso de un cochero vencedor en el circo), no participaba de las aclamaciones de Roma. ¡Y nunca más había entrado en la *Domus Palatina!*... Pero vivía colorada y sana (lo cual es mejor para toda flor que tenga una comprensión naturalista y real de la vida), y recibía, como en su edad dichosa, la caricia

de los rocíos, y podía sentir, en los besos largos y lentos del sol, que Febo le era constante y fiel en su amor...

Ahora, sin embargo, la pobre rosa estaba amenazada en su existencia material: en su raíz, en su simiente, en cada uno de sus pétalos, antaño acariciados por los dioses. Los bárbaros descendían innumerables y devastadores. Era como si sucesivas manadas de toros bravos embistiesen furiosamente por las puertas indefensas y abiertas del Palacio de la Civilización. En el mundo, durante tres siglos, no se oyó sino el fragor melancólico de la grande obra grecolatina, desmoronándose a pedazos. Hunos, finlandeses, sicambros, visigodos, suevos, ostrogodos, hordas tras hordas, rodaban del Norte y del Este, y entrechocadas, se arrancaban furiosamente unas a otras los harapos de la sociedad antigua.

¿Quién dirá el incomparable desastre? Pueblos enteros, pacíficos y cultos, desaparecían como hormigueros barridos. Claras ciudades de lujo y de reposo eran sólo montones de cenizas humeando. De los campos tan sabiamente cultivados por los preceptos de Varrón y Columela, quedaban sólo lodazales donde aullaban los perros hambrientos. Todo el saber, todo el arte, yacían apagados, pisoteados, como tallos bajo pies brutales. En la inmensidad del desastre, ¿dónde iban las pobres rosas? Si la hierba de Galia, tan vivaz y dura, secábase bajo las pezuñas de la yegua de Atila, ¿cómo podrían resistir las rosas? Al cabo de trescientos años no quedaba un jardín en toda Italia. ¿Cómo se conservarían jardines si ya ni existían mieses?... En cada cincuenta años había cuarenta de hambre. Hambre tan terrible, que se comía carne humana. Y a través de esta inmensa desgracia del mundo, que de

fijo iba a acabar, por los valles asolados, en largas filas, con las lanzas en alto, con las hembras fuertes y blancas apiñadas en los carros estridentes, con los músculos palpitando; hirsutos, fétidos, con los harapos ensangrentados, pasaban y volvían a pasar los Bárbaros...

V

Pasando así y volviendo a pasar por los valles, los bárbaros divisaban siempre en las alturas, macizas y tristes murallas dominadas por una cruz. Eran los monasterios. Al principio subían al monte y derribaban las puertas a hachazos. Después, convertidos, se arrojaban en las losas para tocar las reliquias santas. Dentro de esos muros, asaltados o traspuestos con reverencia y temor, encontraban silenciosas galerías con arcos, hombres con la pálida faz sumida en la capucha, trazando líneas sobre pergaminos; una capilla obscura, y al fondo, más allá del pozo, un huerto donde se erguía, entre hierbas aromáticas o medicinales, un arbusto cubierto de flores rojas que los bárbaros no conocían.

Era la rosa; la rosa grecorromana, que en el vasto desastre encontraba entre los monjes un refugio seguro y quieto. Allí estaba escondida en la clausura— como los otros restos de la gran civilización destruída—; esos rollos de pergamino, que los monjes releían y copiaban pensativamente. Así se habían salvado las glorias y las gracias de la sociedad antigua, y la rosa sobrevivió por cuidados de la Iglesia, junto con Horacio, que la había cantado.

Los jefes bárbaros respiraban con delicia aquella flor singular. Y cuando calmada, como una última

oleada, la última invasión, la barbarie tendió a la estabilidad, y se edificaron burgos y los jefes comenzaron a levantar en las cumbres, al lado o enfrente de los monasterios, sus fuertes castillos, no se olvidaron de ir a buscar al huerto monástico la flor de lindo color y de rico aroma que les maravillaba. Fueron los jefes merovingios, en su admiración por la vida romana, los que primeramente trazaron y cultivaron el nuevo jardín feudal. Y ya el poeta Fortunato, en el siglo VI, celebra los rosales de la Reina de Austrasia, cubiertos en mayo de rosas, “¡que embalsamaban como si viniesen del Paraíso!...” Por fin, Carlo Magno desciende a Italia, entra en Roma, recibe allí la revelación de las artes, de los palacios, de las magnificencias y delicadezas de la vida...

Sus residencias de Ingelheim y de Aix-la-Chapelle son, por orden suya, adornadas de pórticos, de viñedos, de jardines. Y en su entusiasmo, el gran Emperador de la barba florida (1) termina una *capitular* decretando el cultivo de la rosa...

¡He ahí, pues, la rosa penetrando en el mundo feudal, bajo el patrocinio del gran Emperador de Occi-

(1) Eça de Queiroz tiene aquí una evocación de aquel verso inmortal de Víctor Hugo—con su apelativo justo, a la manera homérica:

*Charlemagne, Empereur à la barbe fleurie...
revient d'Espagne!...*

(LA LEGENDE DES SIECLES, X; Aymerillot.)

Verso que recordó nuestro gran poeta Rubén Darío, aplicándolo al mismo Hugo:

Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.

Nota del Traductor.

dente!... Su carrera vuelve a iniciarse con gloria renaciente. Ya cada morada señorial, aun dentro de las ciudades, tiene bellos macizos de rosas. Es la flor de la nobleza, como lo será de la realeza cuando Luis XI (que, sin embargo, no pasa por muy sensible a las gracias de la Naturaleza) manda emisarios por todas partes a buscar rosas y capullos, *querir des roses et des boutons*... Los grandes señores que daban entonces la pauta de la moda; un Thibaldo, Conde de Champagne; un Renato d'Anjou, cercan sus castillos de densas florestas de rosas. Las damas, sobre todo, adoran la flor nueva. Y en "el vergel", entre los rosales, se deslizan todos los amores de la Edad Media. Y para que su existencia sea protegida por cariñosos cuidados de cultivo, el gran maestro de las ciencias, el ilustre Alberto Magno, compone un tratado sobre las rosas.

Como "las rosas sirven para mucho", según cantaba ya Hesíodo, en breve las señoras y las ayas las cogían a brazadas en los jardines, para alfombrar los manteles nupciales y ornar las mesas festivas. La rosa recomienza, en realidad, su alegre vida romana, y podría pensar que los bárbaros habían sido sólo un sueño y que se encontraba aún en casa de Mecenas o de Lúculo, si en torno no fuesen tan incultas y rudas las barbas y los modales, las conversaciones y los gruesos pedazos de carne.

Pero, al menos, el amor a las rosas es ya tan vivo y sincero como en Roma. En ramillete, en guirnalda, solitaria o deshojada, adereza y perfuma toda la vida gótica. Cuando después de siete siglos de porquería la Humanidad comienza de nuevo a bañarse, y en los castillos se establece, como costumbre gentil y prudente, ofrecer un baño a los huéspedes que llegan en polvorienta y ruidosa cabalgata, deshójanse en las ba-

ñeras, sobre el agua, rosas rojas y blancas. Otra moda que se generaliza es la de los *sombreros de rosas*, verdaderos turbantes hechos de rosas, con que se cubren las damas en los bailes, los trovadores en los torneos, los mensajeros de buenas nuevas, todos los campesinos en el primer día de mayo. En los banquetes reales, el Condestable servía al Rey de Francia coronado de rosas. En las danzas de los siglos XII y XIII, las parejas traen en la mano ramos de rosas, que truecan al compás de las dulzainas y flautas. Uno de los tributos feudales más celosamente exigido era el de las rosas, que los solariegos y los colonos debían traer, cada semana de verano, al burgo del castillo, en cestos que desbordaban... Muchos hidalgos, que pagaban foros por tierras pertenecientes a los conventos de monjas, pagaban por foro de San Juan coronas y ramilletes de rosas. En los torneos, la rosa era tan esencial como la lanza; con ella se adornaban los estrados de las damas; con ella se coronaban los yelmos de los vencedores. En la Provenza y en España había hasta los famosos *torneos de rosas*; galantes combates en que damas y caballeros se arrojaban mutuamente, con ternura y brío, pesados ramos de rosas. Hasta en la vida política y forense se instaló la flor bienamada. Una antigua costumbre, conservada hasta el siglo XVI, obligaba a los duques y pares de Francia a ofrecer, en primero de mayo, al Parlamento de París, un gran ramo de rosas en una salvilla de plata. Este homenaje, llamado *Baillèe des roses*, era el emblema de la soberanía jurídica del Parlamento. ¿Qué más he de decir?... La rosa había conquistado a los bárbaros; y ahora, cuando ellos iban constituyendo una civilización suya, laboriosamente, con los destrozos del pasado, por todas partes la perfumaban de rosas.

¿Contaré aún su entrada triunfal en la Iglesia, de donde había sido excluída como pagana, por Clemente y Tertuliano, y donde ahora alfombra los altares, invade las procesiones, domina el ritual, da su nombre a las fiestas más santas y se torna tan dogmática, que en Roma, en la fiesta de la Ascensión, sus pétalos, deshojados desde lo alto de la iglesia de Santa María *della Rotonda*, por las manos del Papa, representaban los dones del Espíritu Santo?...

¿Contaré su ascensión al cielo?... Porque, consumando su apoteosis, la rosa entra en el cielo cristiano. Flor de origen esencialmente divino, como probó científicamente el autor de las *Geopónicas*, no puede dejar de ser adoptada por todos los dioses que se suceden en las alturas; y es acogida por María y Jesús tan benévolamente, como lo fué antaño por Ceres y Apolo. Más aún: la religión nueva reclama para sí, en oposición a la religión antigua, el privilegio honroso de haber dado a la rosa lo que tiene de más bello: su aroma y su color. San Ambrosio, el gran San Ambrosio, es quien asegura, en su *Comentario a los Salmos*, que la rosa es roja de color porque sobre ella ha caído la propia sangre del Señor. No es, pues, la sangre de Venus, en Siria, la que volvió rojas las rosas. ¡Es la sangre de Jesús, fluyendo desde el Calvario sobre el mundo!...

San Bernardo es aún más afirmativo, más decisivo. El sublime monje de Claraval sustenta (y nadie más profundamente que él penetró en los secretos del cielo) que *las rosas son llagas de Jesús*. "Contemplad (exclama en una de sus *Homilias sobre el Evangelio*) ese

brillo y color de púrpura de las rosas. ¿A qué puede ser debido, sino a haber caído sobre ellas la sangre del Señor? ¡Mirad! ¡Cuántas son las llagas en el divino cuerpo, tantas son las rosas!... En sus pies, en sus manos traspasados, ¿no veis rosas que se abren? Pero la rosa mayor está en la llaga de su corazón..."

Y sin embargo, si la rosa es así, al principio, la flor de Jesús no tardará en pertenecer de preferencia (como en el Olimpo) a lo que el cielo católico posee de más delicado, de más dulce, de más amante: a la Virgen María. Así antaño había acabado por ser la flor privativa de Venus. Desde la Edad Media hasta el Renacimiento, todos los místicos van poco a poco separando la rosa de Jesús, para consagrarla toda a María. Desde el siglo XIV, la rosa es el adorno esencial de la Reina de los Angeles. María no tiene entonces compañera más fiel ni emblema más radiante. Cuando se muestra a los hombres, las rosas nacen bajo sus pies.

Ya no son estrellas, sino rosas, las que la adornan. Al subir al cielo, dejó su sepulcro lleno de rosas; y Ella es verdaderamente la rosa que renace de la muerte.

Ya hasta la flor de la tierra y la Reina del Cielo se confunden a los ojos extáticos de los devotos. La Virgen nace del cáliz de la rosa, y de ella recibe todas sus virtudes. Ella es rosa sin espinas; ella es la rosa de todas las rosas. Y en breve, la Iglesia, determinando definitivamente la esencia de la Virgen, la proclamó *¡Rosa Mistica!*...

He ahí, pues, la rosa convertida en diosa, colocada en el altar. Y después de una gloria tal y de una tan suprema apoteosis, ¿qué más decir de esta flor y de su prodigiosa carrera? ¡Nacida en capullo de los pies

XX

COCINA ARQUEOLÓGICA

Hace días, hojeando los tres pesados volúmenes de Ateneo, pensaba cuán olvidada o menos atendida ha sido—a través de esta noble, piadosa y filial curiosidad que nos lleva a escudriñar toda la civilización antigua, sobre todo la greco-latina, en cada una de sus manifestaciones, desde la religión hasta la jardinería—una de las más interesantes, precisamente una de las que mejor revelan el genio de una raza: ¡la cocina!...

Ateneo, que así me hace recordar esta injusticia de la erudición arqueológica de nuestro siglo, era un tremendo roedor de libros, que bajo Marco Aurelio y Septimio Severo, se aplicó a vulgarizar toda suerte de nociones menudas y hasta ñoñas (1) sobre buenas letras, historia, sport, gramática, etiqueta, comestibles, etcétera, en una vasta obra intitulada *Deipnosophistae* o *Doctores comiendo*. Estos doctores que comen van al mismo tiempo conversando con gravedad romana y vo-

(1) *Caturras* usa aquí Queiroz—adjetivo típico portugués e intraducible.—Aquí viene a expresar la idea de *anodino, trivial, ridículo, insustancial*.—N. del T.

lubilidad griega, sobre todo cosa cognoscible (1) desde las magnificencias de Homero hasta las propiedades del eléboro. En su calidad de doctores, todos ellos son inagotables citadores de textos—y nunca arriesgan una afirmación sin apuntalarla con una cita, ordinariamente de un poeta; por aquello de que los poetas poseían entre los antiguos (que creían sobre todo en la intuición adivinatoria) aquella autoridad impecable que nosotros, sólo inclinados ante la experimentación comprobada, atribuimos a los naturalistas. Incluso por causa de estas citas, de las cuales toda su obra está incrustada y centelleante, es por lo que Ateneo ha resultado precioso para los filólogos y para los eruditos. El salvó y conservó así los nombres y fragmentos de *setecientos poetas* de la antigüedad, que habían perecido todos en ese abominable incendio de las dos bibliotecas de Alejandría, la *Madre* y la *Hija*, tan injustísimamente imputado al pobre califa Omar. El incendiario, en realidad, fué el Patriarca de Alejandría, Teófilo, horrendo destructor de libros y de obras de arte y tan comprometedor como campeón de Cristo, que San Juan Crisóstomo, cuando habla de él, se ve forzado a velar la faz y a llamarle *Teófilo Diablo!*...

Para mí, sin embargo, que no presumo de erudición filológica, lo que más me encanta en esas páginas de Ateneo, no son esos Arquestratos, esos Difilos, esos Baquilides, esos centenares de poetas que él citó a tiempo, antes que el fuego católico los devorase; sino las noticias y nociones de la cocina griega, romana y alejandrina, las tres grandes escuelas de cocina de anti-

(1) Más gráfico sería traducir literalmente *toda a cosa savivel*—sabible—remedo del *scibilis* latino; que en castellano han usado ciertos autores clásicos—diciendo *toda cosa escible*—, pero se me repucharían los doctores del purismo.—*N. del T.*

güedad, que él nos conservó con enternecido cuidado, previendo tal vez la llegada de los bárbaros y para que no se olvidase del todo entre los hombres el arte de bien comer. El comer bien fué, en efecto, una de las grandes preocupaciones del hombre antiguo, tan grande tal vez como servir al Estado, y así han podido asegurar algunos moralistas dispépticos que Roma pereció por la barriga. Ya Grecia misma, que era sobria por temperamento y por educación, elevó a una alta dignidad el arte de la cocina. Platón no dudó en equipararla a la oratoria; y en uno de sus diálogos magníficos envuelve en los mismos loores a *los que guisan y presentan bien las ideas y los alimentos*. Tal era la cultura, el fino ingenio, la influencia social de los cocineros que Grecia, resumiendo en símbolos comprensibles y populares las glorias de su civilización, celebró, al lado de sus *siete sabios*, a sus *siete cocineros*. El mayor de ellos era Aegis de Rodas, el único mortal que ha sabido asar sublimemente un pescado. Otro era Nereo de Quios, cuya sopa de congrio fué cantada por poetas y recompensada en toda la Atica con coronas cívicas. Otro, Aptonetes, de Atenas, levantó a tal perfección la ciencia de las salsas, que, para poseerlo como jefe de cocina, los reyes trabaron entre sí largas guerras. ¿Para qué citar otros? Sólo son nombres; ningún vestigio queda de su genio adorable. De Sófocles tenemos las *Tragedias*, de Teócrito las *Eglogas*. Pero ¿dónde están las salsas de Aptonetes?

Si era así entre los griegos, sencillos y metafísicos, ¿qué decir de los romanos a quienes Salustio (bastante libre, sin embargo, en sus costumbres) acusa de esclavos del vientre, *dediti ventri*? La glotonería fué entre ellos un poderoso factor social, casi una razón de Estado. Catón hizo decidir la última guerra púnica, mos-

trando a los ojos golosos del Senado la belleza y el tamaño de los higos de Cartago.

A medida que se ensanchaban las fronteras de la República, crecían en Roma las escuelas de cocina, más numerosas, ya en tiempos de Claudio, que las de filosofía y gramática.

El oficio de cocinero se convirtió en el más remunerado y uno de los más privilegiados. Era casi un cargo público por los honores que confería, y llegaron a existir cocineros del Estado. Bajo Alejandro Severo, los gobernadores de las provincias recibían al salir de Roma, entre otras dotaciones de vajillas, de caballos, de armas de lujo, un cocinero, un cocinero oficial que debían restituir al Estado cuando acababa el período de su gobierno.

De esos cocineros los más ilustres fueron los Apicios, que formaron una verdadera dinastía desde Sila hasta Trajano. El último Apicio, el más célebre, redactó, por fin, el código supremo de la cocina, en su libro monumental DE ARTE COQUINARIA. Poco a poco, la vida se identificaba con la mesa; y la palabra *convivium*, ya en los días de Cicerón, significaba indiferentemente la sociabilidad moral, que liga a los hombres, y el banquete, que los reúne materialmente en torno del mismo guisado.

Por lo demás, la mesa constituyó siempre uno de los más fuertes fundamentos, si no el más fuerte, de las sociedades humanas. Ya los griegos decían, en su lenguaje pintoresco y libre, que *¡la mesa es la alcahueta de la amistad!* No sólo en la vida íntima, sino en la vida pública de las naciones, la comida constituyó la mejor y más solemne ceremonia que los hombres encontraron para consagrar todos sus grandes actos e imprimirles un carácter de unión y de comunión social.

mente los comineros y anecdóticos historiadores de la *Historia Augusta*.

Sobre la etiqueta de los banquetes tenemos también una ciencia segura; porque era tan esencial, de una tan seria influencia en la vida pública, que Paulo Emilio, el vencedor de Perseo, consideraba igualmente necesario al hombre de Estado, al verdadero Romano, el saber organizar una batalla y disponer un festín. Por eso abundan los tratados, marcando rigurosamente las horas favorables para una comida delicada, el número de convidados (que nunca debe ser inferior al de las Gracias ni superior al de las Musas), las conversaciones más conducentes a una buena y feliz digestión (evitando siempre todo lo que se refiera a procesos o a negocios), la duración de los servicios, la distribución de los vinos, el momento de los coros y de la música, el orden de las saluciones oficiales e íntimas, los puestos de honor (los puestos *consulares*) en los triclinios, el modo de usar las coronas de flores y la calidad de los regalos que de sobremesa distribuía el anfitrión al son de las arpas.

Y de la comida propiamente poseemos centenares de *listas* (1). Comenzábase siempre simbólicamente por los huevos; *ab ovo*. Y desde luego aquí aparece, a mi ver, la lamentable deficiencia de nuestra erudición. Nosotros desconocemos cómo se cocinaban los huevos; o por lo menos, ignoramos el sabor especial de esos huevos iniciales. Y en realidad, ignoramos el gusto que daban al paladar todos los platos de la alta cocina clásica. En este nuestro fecundo período de re-

(1) Aunque Eça de Queiroz emplea la palabra francesa *menú*, ya tan corriente entre nosotros, yo la he sustituido por parecerme anacrónico este galicismo.—N. del T.

constituciones históricas, aún no apareció un cocinero bastante docto, que encendiese sus hornos y rehiciese una comida romana, según las recetas del *Arte culinaria* del gran Apicio. Los arquitectos han reconstruído, con un saber fuerte y sagaz, los templos, las casas de ciudad y de campo, las ornamentaciones de los jardines, hasta los sistemas de alcantarillados. La pintura ha resucitado, en telas tan minuciosas que cada pincelada resume un tratado, todos los aspectos del vivir grecolatino; las calles, los mercados, las tiendas; una primera representación en un teatro; la Vía Apia, a la tarde, a la hora del paseo; la lectura pública de un poeta en el *Forum*; una siesta lujosa en las Termas... Armas, carruajes, trajes, muebles, joyas, todo está modelado con paciente pericia... Toda la civilización material y suntuaria de la antigüedad la podemos ver, palpar, usar. Sólo no tratamos aún de conocer el sabor de los pistos que comieron Lúculo y el falso Vitelio.

Hay aquí una laguna enorme. Y tanto mayor cuanto que el sabor de una fruta nos da idea más completa del pueblo que la prefiere, que la forma de una lanza o de un jarro. El hombre pone tanto de su carácter y de su individualidad en las invenciones de la cocina como en las del arte. El Partenón, la Venus de Milo y las *Anacreónticas* dan menos idea de la dulzura, de la gracia, de la delicadeza, de la ligereza de los atenienses, que aquellos postres suyos tan predilectos que consistían en manzanas cocidas, deshechas en miel, después aliñadas con hojas de rosa. Y no basta afirmar doctoralmente que el Emperador Maximino prefería el pato, que Alejandro Severo sólo se alimentaba de liebre, que Augusto era un constante aficionado a las pescadillas, que Albino comía cuatrocientas ostras, que Adriano tenía por plato favorito la empanada de pavo,

que Tiberio se deleitaba con el pepino, que en la mesa de Gordio II había todo el año maravillosos melones, y que Tácito amaba aún más la ensalada que la verdad. Lo interesante sería conocer la preparación y el sabor de estos platos diversos, y reconstituir todos sus diversos condimentos, desde las pescadillas de Augusto hasta el pepino de Tiberio. Ya por esta pasión del pepino está explicado Tiberio, si creemos al ilustre Difilo, que más que ningún antiguo poseyó la ciencia de las legumbres, y que afirma que “el pepino produce bilis, sentimientos amargos y misantropía”. En esta apreciación del pepino está todo Tiberio revelado. Y el pueblo romano, ¿no se nos revela también, todo entero en aquel pisto llamado *moretum* que era una pasión nacional y sobre el cual Virgilio, como poeta nacional, rimó un poema?

El *moretum* era un guisado, una mezclanza genial en que entraba gallina, pez, queso, frutas, legumbres y carne migada. Y todo esto se fundía, se unificaba, hacía un pisto inmortal. ¿Quién no ve aquí manifestarse el genio mismo de Roma, cuyo esfuerzo fué siempre crear la unidad en la universalidad? El *moretum* es el más profundo y elocuente símbolo de la historia política y social del Imperio.

Es, pues, urgente que, como un elemento de crítica, reconstituyamos la cocina antigua. Nada más fácil teniendo un delantal, un horno y el *Arte culinaria* de Apicio.

Yo no poseo ni conozco este tratado venerable. Pero a través de tenues y modestas lecturas, he recogido algunas recetas, suficientes para aquellos espíritus curiosos que quieran investigar sin cansancio, sin extensos estudios, este aspecto del genio antiguo.

Marcial o Aulo Gelio, no recuerdo cuál, asegura que

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

una buena comida puede constar de un pez, un pastel y una botella de vino. Era ésta una comida muy usual en Grecia, y después en Roma, para la gente atareada o sobria, que quería comer rápidamente, sin gasto y sin pesadez. Equivale a la comida moderna en París o en Londres, engullida aprisa antes del teatro, aun en el mundo del lujo, y que se compone de una sopa, de una chuleta, de una fruta y de media botella de Burdeos. Pues yo sé cómo se cocinaba esta comida en Atenas o en Roma, en los tiempos de Augusto y aun bajo los Antoninos. El pez, por ejemplo, puede ser una lubina. Y aquí está cómo se prepara, ¡oh, estudiosos! Tomad esa lubina. Escamadla y limpiadla. Preparad una masa bien batida con queso (que hoy puede ser Parmesano), aceite, yema de huevo, salsa y hierbas fragantes, y adobad con ella vuestra lubina. Untadla entonces de aceite y salpicadla de sal. En seguida asadla a una lumbre fuerte. Luego, después de bien asada y tostada, humedecedla con vinagre superfino. Servidla y load a Neptuno, dios de los pescados.

El otro plato, puesto que se trata de un festín ligero, puede ser un *cake* o un *puding*, hecho por la receta del ilustre maestro Crysipo. Tomad dos o tres repollos bien repolludos. Lavadlos y enjugadlos. Echad vino dentro de un ancho almirez y pisad, triturad en él las hojas del repollo. Pasadlo por un rallador para que todo el líquido se escurra; y al repollo así machacado en vino, juntad harina de trigo, un poco de manteca y pimienta. Pisadlo de nuevo hasta obtener una masa compacta. Dad a esta masa la forma de un pastel chato y redondo. Colocadlo en la sartén con aceite y freíadlo a una lumbre viva. Toda la antigüedad consideró este pastel una delicia y llamábase *catillus ornatus*. No sé si os gustará. Era un plato predilecto de Pompeyo.

Podremos después terminar, si quisierais, por *la famosa empanada de rosas*. Era un postre muy usado en todas las fiestas del culto de Venus. Para arreglarlo, bajad al jardín, coged las rosas más grandes y más olorosas. Trituradlas en el almirez. Añadid menudillos de gallina, de palomo y de perdiz, muy bien cocidos, y después de haberlos despojado de las más pequeñísimas fibras. Añadid también dos yemas de huevo, un hilillo de aceite puro, pimienta y vino añejo de Malvasia. Después de haber mezclado bien todo, hasta conseguir una masa ligera y fina, echadlo en una cacerola nueva de barro y colocadlo sobre un fuego lento y continuo. Luego que la superficie se tueste, servid. Por toda la sala se esparcirá un aroma de rosas y vuestra alma bendecirá a Apicio Celio, creador de esta maravilla.

Y ya que tuvimos rosas en empanada ¿por qué no hemos de beber el famoso vino rosado? Las recetas para hacerlo se diferencian, pero la más sencilla y rápida es la de Pausanias. Deshojad un ramo de rosas, guardadlas durante un día y echadlas dentro de dos o tres litros de vino añejo (hoy de Burdeos). Al cabo de tres o cuatro semanas mezclad un tarro de miel. Y si pensáis que el gusto y sabor de Heliogábalo pueden ser seguidos con confianza, añadid al vino, horas antes de beberlo, un puñado de piñones machacados, como hacía ese espléndido e imperial libertino.

Ahí está, pues, una muy fácil y accesible comida greco-latina. Para saborearla condignamente, y con provecho crítico, los convidados deben estar reclinados en un triclinio y coronados de rosas. Con un sofá y una cubierta de seda se arma un triclinio bastante romano. No considero la toga o el *laticlavio* indispensables. Una sencilla *robe de chambre* de tela suave y fina, re-

produce con tolerable exactitud las amplias comodidades del ropaje clásico. Sobre lo que conviene ejercer vigilancia es sobre los asuntos de conversación—y para eso hay que releer de antemano las *Symposiacas* de Plutarco, que son un tratado superior del régimen intelectual a seguir en un banquete. El gran moralista debate y resuelve allí cuarenta y cinco cuestiones considerables. La décimasegunda es ésta: “¿Cuáles son las bromas permisibles o ilícitas en una comida?” La décimatercera gira sobre otro punto importante: “¿Deben tratarse a la mesa materias filosóficas?” La décimacuarta versa sobre otra duda, aún más grave: “¿Conviene hablar a la comida de política?”

Es de alta prudencia estudiar estas páginas de las *Simposiacas* antes de reconstituír el festín grecorromano. Pero una vez bien absorbida que sea esa doctrina y si los platos han sido cocinados con reverente exactitud histórica, yo pienso que los estudiosos que celebren este festín realizarán uno de los más útiles, más prácticos y más decisivos estudios que se han intentado sobre las civilizaciones antiguas.

Desenterrad del subsuelo de Roma o Delfos una estatua, imprimir un papiro, hallado entre viejos códices de un monasterio del Monte Athos, que contenga la *Constitución de Atenas* de Aristóteles ¿de qué vale?... Es un mármol más, es una teoría más. Pero comprobar por fin el sabor del *catillus ornatus* y de la *empanada de rosas*; reconstituír el estado especial de espíritu que producía la cocina grecorromana; resucitar por un momento las ideas, la disposición, las emociones de un antiguo, al comer; he ahí un incomparable servicio hecho al estudio del pasado. Y no creo que, en el actual momento de las ciencias arqueológicas,

E Ç A D E Q U E I R O Z

haya investigación más digna de ocupar a una inteligencia culta. Ya exploramos ampliamente la antigüedad en sus letras; es tiempo de escudriñarla en sus manjares.

Que los estudiosos cierren, pues, los libros, y preparen las cacerolas.

1893.

XXI

"EL BOCK IDEAL"

Este nombre, que debiera ser el de una cervecería, en una muestra donde espumearse en un cristal muy frío una cerveza muy rubia, es en realidad el nombre de una amplia asociación de estudiantes en el Barrio Latino, que se reúne tres veces por mes, para conversar, fumando y bebiendo, de las cosas del espíritu, de la moral, de las religiones y de las sociedades.

Ingurgitar *bocks* y desenvolver teorías no constituyen ocupaciones heterogéneas ni nuevas. Desde Spinoza, tal vez desde Aristóteles, la cerveza anda íntimamente ligada a la metafísica. En viejas ciudades escolares de Alemania muchas veces se ha surgido del fondo de un *bock* una síntesis del universo. Y hasta en París, en cafés que ostentan nombres perfectamente torpes y donde no entra el ideal, como *El Ratón Muerto* o *La Cerda que huye*, siempre que mozos de veinte años que hayan hojeado ya, en casa de un librero, algún volumen de Kant o de Hegel, se sientan a una mesa libre, inmediatamente se fuma en pipa, se cervecera, se filosofa. El rasgo original de esta asociación del *Boek Ideal* es que fué organizada (según las últimas afirmaciones de

E Ç A D E Q U E I R O Z

su jefe) no sólo para beber el *bock*, sino, sobre todo, para buscar el Ideal.

Si yo comprendo bien a este mozo ardiente, lo que la sociedad desea es descubrir y consolidar la forma ideal de las sociedades futuras, y, después de hecho y comprobado el descubrimiento maravilloso, dedicar inteligencias y corazones a la decidida realización de esa forma perfecta. No puede haber fin más noble (otros dirían: más santo). Para conseguirlo, esta mocedad vigorosa celebra asambleas de noche, en una casa antigua del *Quartier Latin*. Bebe el *bock*. Dice versos, versos a lo Lamartine—amorosos y creyentes; versos a lo Musset—dolorosos y de *dandy*; versos a lo Leconte de Lisle—decorativos y mayestáticos... Y después escucha con reverencia al Sr. Melchor de Vogüé. Y éste es el momento grave y fecundo de los trabajos de la Asociación, porque al Sr. Melchor Vogüé confió ella la misión apostólica de conducirla (a través del *bock*) a la busca y a la conquista del Ideal.

El Sr. Melchor de Vogüé es hoy un alma muy en boga en París. Su influencia espiritual recorre desde las escuelas hasta los salones. La Academia Francesa ya lo acogió como a un maestro. En ciertas *brasseries* más idealistas del *Quartier Latin* ejerce la supremacía remota de un profeta aristócrata y delicado que enseña desde lo alto de su nube. Y moralista eminentemente parisién, tiene tanta clientela en la *Revue des Deux Mondes* como en ese considerable *Chat Noir*, que hábilmente mezcla en su programa de arte y de literatura el misticismo y la canallería.

Casado con una señora rusa, fué el Sr. de Vogüé quien reveló a Francia los novelistas rusos—que Francia adoptó, a pesar de ser tan incongéneres con su

límpida razón crítica, por conmovedores motivos de servilismo poético.

Y fué precisamente en su libro *Le Roman Russe* donde el Sr. de Vogüé por vez primera manifestó las disposiciones morales y filosóficas con que entraba, apóstol preciosamente literario, en las luchas del pensamiento y de la doctrina. Al contrario de los maestros intelectuales de la generación del Segundo Imperio (los Taine, los Renán, los Flaubert, etc.), que, por sentir la sociedad contemporánea tan diferente de los ideales de belleza y nobleza que tenían en el alma, la repudiaban como forma fea y baja, y se refugiaban en un escepticismo superfluo—el Sr. de Vogüé adhirió desde luego en espíritu y en corazón al mundo moderno por amor de los dos hechos que en él dominan, ambos de incomparable belleza y grandeza: la victoria de la Verdad por la Ciencia y la victoria de la Igualdad por la Democracia.

Hasta aquí nada hay esencialmente nuevo;—y muchas inteligencias, antes de la del Sr. de Vogüé, han tenido la comprensión y la pasión del mundo moderno. Y cuando el Sr. de Vogüé establecía, con la solemnidad de una revelación, la vasta ley de la unidad, según la cual la vida moral de la sociedad, como la vida física de la tierra, es el resultado de la “evolución anónima de los infinitamente pequeños, átomos o almas”; no nos daba tampoco seguramente una novedad deslumbradora. Ya los astrónomos nos habían afirmado que, con humildes y obscuras moléculas de vapor, se hizo el orgulloso sol que nos alumbraba. Ya los geólogos nos habían contado que esos Alpes que nosotros vamos, en las vacaciones de verano, a contemplar con religiosa reverencia, son la obra colectiva y paciente de los granitos de arena que nuestros pies pisan con

desdén. Ya los psicólogos nos habían enseñado que, por medio de pequeñas y brutas percepciones inconscientes, se crean conciencias tan claras y fuertes como fué la de un Sócrates. Y ya buenos historiadores nos habían probado que la Historia no está hecha por los héroes y por los reyes, sino por esos oscuros rebaños de seres que nosotros llamamos *las muchedumbres*...

Algunas de estas conclusiones del saber se hallaban ya medio traducidas en hechos de civilización; y mientras los laboratorios reconocían que el gobierno del mundo pertenece a los átomos (¡y, ay de nosotros, a los bacilos!) ya las instituciones iban resignadamente entregando a la multitud la dirección de los Estados.

La única fascinación nueva en estas ideas del señor de Vogüé procedía de la forma magnífica con que las ordenaba y adornaba; porque el Sr. de Vogüé es un estilista de inmenso lujo, posee los gustos y la opulencia de un Chateaubriand y nunca deja salir sus principios a la calle sin cubrirlos de terciopelos y encajes, en cortejo vistoso.

Donde el Sr. de Vogüé se mostró más interesante fué ante algunos discretos reparos puestos a estas tan celebradas victorias de la democracia y de la ciencia. ¿Son ellas realmente dos grandes victoriosas? ¿No se han mostrado, por el contrario, impotentes en su desesperado esfuerzo? La democracia, surgida toda entera de la *Declaración de los derechos del hombre*, que afirmó soberbiamente su igualdad y su libertad, encuentra en el hombre un ser mezquinamente sujeto a todas las fatalidades físicas y a todas las dependencias sociales, y no consigue libertarlo de ellas—porque contra *los derechos del hombre*, declarados, protestan *las realidades de la naturaleza*, experimentadas. De ahí

todas las angustiosas contradicciones del siglo. En lugar de la fraternidad, viene la guillotina a operar como factor de civilización; y en vez de las razas fundidas en una concordia universal, crecen las nacionalidades antagónicas, que se abominan y viven cubiertas de hierro y de armas, acechando, por encima de las fronteras, el apetecido momento psicológico de destrozarse entre sí. De la aristocracia territorial y señorial decapitada renace, como cabeza número dos de la hidra, la aristocracia adinerada e industrial; y el mundo, que dejó de ver esclavos rebelados y *jacqueries*, de nuevo las encuentra ante sí, más implacables y dolorosas, bajo el nombre de comunismo o nihilismo. Y como si esto no bastase, la propia ciencia niega el origen de la democracia, que se decía ser *la igualdad* natural— probando que la única ley universal es *la desigualdad*; que el hombre, como los otros seres, está sujeto a la selección evolutiva; que el derecho de las especies a la vida se valúa en la proporción de su capacidad para vivir; que quien triunfa y sobrevive es el más fuerte, y que, por lo tanto, sólo hay realidad de derecho cuando hay manifestación de fuerza. ¿Diremos aún que la democracia es una victoriosa?

¿Lo es la propia ciencia? ¿La ciencia que tan duramente destruyó así las promesas de la democracia, ha realizado sus promesas? No, mi querido Sr. de Vogüé. La ciencia, por la magnitud y la extensión de su fuerza, ha hecho más saliente la pequeñez de su obra. ¿Qué acontece con nuestra arrogante ciencia? Que en torno de cada verdad que ella conquista, se extiende luego irremediamente un inmenso campo de incertidumbre. Cuanto más avanza, más se siente y se comprueba la pavorosa extensión del oscuro camino que ha de atravesar. Apenas consigue, sudando y

gimiendo, derribar la puerta que juzgábamos ser la última del sagrario—inmediatamente delante de nosotros aparece una puerta mayor, más dura, más impenetrable. La llamada “Luz de la Ciencia”, a cada instante más viva y más alta, sólo nos sirve, por lo mismo que aumenta en altura y en brillo, para mostrarnos cuán infinitas e inaccesibles son a nuestro alrededor las tremendas tinieblas metafísicas. La ciencia realmente sólo ha logrado hacer más intensa y más fuerte una certidumbre, la vieja certidumbre socrática de nuestra irreparable ignorancia. Cada vez sabemos más—que no sabemos nada.

Ante estas modestas y usuales reflexiones es cuando el Sr. de Vogüé triunfa. Sí, indudablemente (dice él con dulzura), la democracia y la ciencia han sido impotentes en su esfuerzo—porque fueron viciadas en su principio, que está fuera y es más alto que la democracia y la ciencia, que las puede inspirar, penetrar y dirigir, de tal suerte que ellas, de impotentes que han sido, adquieran la máxima potencia creadora y se tornen conjuntamente los dos únicos y sublimes instrumentos de la regeneración del mundo y del establecimiento definitivo del orden social. Y ese principio—es el Evangelio, la Caridad Evangélica!...

No esperábamos, tal vez, esta afirmación ni que en nuestros males sociales e intelectuales se hubiese prescrito como remedio ese *Amaos los unos a los otros*, que ya no era nuevo en el tiempo de Jesús, y ya no era nuevo en el tiempo de Platón.

Pero evidentemente ella corresponde a alguna corriente de emoción piadosa que opera en las almas mozas, a una sorda reacción espiritualista contra el materialismo de los tiempos, porque al oír la proclamación de este dulce y antiguo precepto, la mocedad

intelectual prorrumpe en gritos de alegría y de esperanza, como si de repente, en la sed y el hambre de un desierto, comenzase a caer el maná milagroso. Quieren decir algunos que, en este neo-evangelismo de la mocedad del Barrio Latino, hay simplemente otra manifestación de esa vaga religiosidad literaria, postrema emanación del romanticismo, que hoy está llevando a los artistas y a los poetas a tomar por temas preferidos las leyendas cristianas y las vidas de los Santos.

Tal vez. Lo cierto es que vemos ahí al *Bock Ideal* aclamando con fervor y confianza al señor de Vogüé, cuando él afirma en su tono noble y vago (pero que satisface al *Bock*) que sólo el espíritu del Evangelio dará a la democracia esa alta dirección moral, ese espíritu de simpatía y sacrificio, esas formas de amor y renunciamiento, únicas capaces de fundir las clases, proteger los intereses de la justicia, combatir la tiranía del dinero y realizar la igualdad en la tierra. Y más lo aclaman aún cuando él confirma que ese espíritu evangélico reformará los dictámenes demasiado severos de la ciencia, haciéndole comprobar, más allá de la ley de selección y de la concurrencia vital, otra ley tan experimental y científica como ésta: la ley del amor divino, innato e inmanente en el amor humano...

Las aclamaciones, por lo demás, son justas; todo esto es bello y dulce de oír. Mas, amigos míos del *Bock Ideal*, me temo que estéis siendo embaucados por el Sr. de Vogüé!... Porque él mismo confiesa (y con alegría) que ha de ser necesaria una alta autoridad moral, un gran cuerpo social para hacer penetrar en la democracia, en las vastas y rudas masas humanas, este espíritu evangélico, y desenvolver en ellas constantemente, por el raciocinio y la emoción, por la en-

señanza y por el ejemplo, esta comprensión superior y práctica de la Justicia y de la Caridad que un día regenerarán y pondrán en orden al mundo. ¡Así lo confiesa él, el dulce apóstol!... Y cuando se le pregunta cuál será esa fuerte autoridad, ese cuerpo social, él declara, radiante, que sólo puede ser la Iglesia, la Iglesia cristiana, la Iglesia católica.

Y ardientemente lo prueba. ¿Quién sino la Iglesia será capaz de dar una dirección divina a la democracia contemporánea? ¿No sale ella del pueblo, reclutada entre el pueblo y viviendo en el pueblo, en perpetua comunión, en el pensar y en el sentir, con el pueblo? ¿No es ella la gran desinteresada, porque nació de aquel que, en el templo, expulsando a los mercaderes, manifestó su gran desdén al capital?

¿Quién ama más que ella y con más dulzura a los humildes? Pobre, triunfó siempre por los pobres. Su primer papa era un proletario que vivía de lanzar redes en las aguas de Genesareth.

¿Qué institución humana hay que más completamente concuerde y se ajuste con la evolución democrática de la época? Ella ya realizó en las almas una verdadera República Internacional; ¿por qué no se le ha de entregar la misión más fácil de realizarla en las Instituciones?...

¡Oh, es claro, ha de ser preciso que la Iglesia se transforme un poco, *un casi nada*,—que pase de la estrechez del Romanismo a una catolicidad más amplia; que en lugar de mandar nuncios a las naciones, les mande apóstoles; que reanude la obra de la primitiva Iglesia, purifique el principio cristiano de todos los aluviones temporales que lo ahogan, y de nuevo asuma el gobierno puro de las almas para conducir las a la justicia social!... ¡Y en verdad os digo,

hijos míos, que no hay salvación para el mundo fuera de la Iglesia!...

Así predica en el *Bock Ideal* el Sr. de Vogüé. Y la mocedad, primavera sagrada de Francia, recibe, con arrebató, la enseñanza de este socialismo evangélico o católico. Hay en él, a lo que parece, para estas almas nuevas, un delicioso refugio contra la dureza materialista de la vida. Errante a través de la penumbra anárquica del pensar contemporáneo, la mocedad tropezaba buscando la orientación segura que la llevase a un futuro de justicia y de verdad; cuando el señor de Vogüé surgió a su encuentro, le tomó de la mano trémula, y cantándole las armonías arrulladoras de un *Nuevo Genio del Cristianismo*, vino conduciéndola, muy dulce y hábilmente, a los pies de la Cruz. La mocedad se encuentra de nuevo en las vegas suaves de Galilea. La voz infinitamente pura que baja de la montaña, murmura: *Amaos los unos a los otros...* Lugar augusto y único en que el hombre aprendió verdaderamente a ser humano. Y bien le iría al futuro si la mocedad permaneciese allí, por algún tiempo, recibiendo inolvidablemente la suprema lección de bondad, de caridad, de amor a los pobres y de amor a los pequeños.

Mas lo que me inquieta (y aquí me parece que he llegado a la consecuencia) es que en ese lugar divino, en esa nueva Galilea adonde el señor de Vogüé llevó a la mocedad, no sólo está Jesús y su dulce lección. Más allá, en la sombra, por detrás del Sr. de Vogüé, ¡parecíame divisar un sacristán!... Flota aquí un olor eclesiástico de incienso y de cera; y hace poco, cuando el Sr. de Vogüé citó a Virgilio, el dulce verso resonó en este aire ahogado de capilla, con la melancolía de un *Ite, missa est...* ¡Lugar sospechoso este

Bock Ideal!... La democracia usa aquí el báculo de oro de la teocracia. La levita del Sr. de Vogüé tiene una severidad triste de sotana... ¡Y ya no hay dudas, mis pobres amigos!... Vinisteis aquí a abrir el alma para recibir en ella la verdad, y la verdad que recibisteis está toda concentrada en la hostia. No sé si esto os place u os desplace. Pero, evidentemente, lo que tenéis delante de vosotros no es el bock; son las vinajeras para celebrar misa...

1893.

INDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| I.—De Port-Said a Suez..... | 5 |
| II.—Ramalho Ortigão..... | 28 |
| III.—Brasil y Portugal..... | 53 |
| IV.—Inglaterra y Francia juzgadas por un inglés... | 91 |
| V.—Victor Hugo..... | 106 |
| VI.—“Azulejos”..... | 121 |
| VII.—“El Brasileño Soares”..... | 148 |
| VIII.—“Acuarelas” | 159 |
| IX.—La Academia y la Literatura..... | 168 |
| X.—Europa..... | 184 |
| XI.—A propósito de “Os Maias”..... | 196 |
| XII.—La decadencia de la risa..... | 208 |
| XIII.—Los grandes hombres de Francia..... | 215 |
| XIV.—Un santo moderno..... | 223 |
| XV.—Europa en resumen..... | 229 |
| XVI.—Positivismo e Idealismo..... | 236 |
| XVII.—Una colección de arte..... | 250 |
| XVIII.—Espiritismo..... | 259 |
| XIX.—Las Rosas..... | 270 |
| XX.—Cocina arqueológica..... | 294 |
| XXI.—“El bock ideal”..... | 307 |

de él mismo en los años 1848 y 1849. En el primer tomo se trata de la historia de la literatura española en el siglo XVIII. En el segundo tomo se trata de la historia de la literatura española en el siglo XIX. En el tercer tomo se trata de la historia de la literatura española en el siglo XX. En el cuarto tomo se trata de la historia de la literatura española en el siglo XXI.

INDICE

| | |
|--|-----|
| 1-De Port-Ricó a San... | 28 |
| II-Rancho Original | 32 |
| III-Brás y Portu... | 41 |
| IV-Inglaterra y Francia pagadas por los Indios | 100 |
| V-Victor Hugo | 112 |
| VI-Anglos | 118 |
| VII-El Estrecho de Bering | 120 |
| VIII-Americas | 168 |
| IX-La América y la América | 182 |
| X-Europa | 188 |
| XI-A propósito de "Os Mares" | 198 |
| XII-La batalla de la Gran | 208 |
| XIII-Los grandes héroes de Francia | 212 |
| XIV-La ciencia moderna | 222 |
| XV-Europa en su tiempo | 232 |
| XVI-El movimiento e idealismo | 242 |
| XVII-La concepción de arte | 252 |
| XVIII-Españolismo | 262 |
| XIX-Los Romanos | 272 |
| XX-El arte arquitectónico | 282 |
| XII-El look ideal | 292 |

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ
PUBLICADAS POR LA «BIBLIOTECA NUEVA»

PROSAS BARBARAS

EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CIN-
TRA

UNA CAMPAÑA ALEGRE

CUENTOS

CARTAS DE INGLATERRA

ECOS DE PARIS

CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PA-
RIS

VIDAS DE SANTOS.—SAN CRISTOBAL

VIDAS DE SANTOS.—SAN ONOFRE

NOTAS CONTEMPORANEAS

ULTIMAS PAGINAS

CADA VOLUMEN, ELEGANTEMENTE PRESENTADO,

CUATRO PESETAS

NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

*Colección de libros pertenecientes al nuevo ideario social
y firmados por las más altas autoridades en la materia.*

TOMOS PUBLICADOS

- N. LENIN.—EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN PROLETARIA.
— IDEARIO BOLCHEVISTA.
— EL COMUNISMO DE IZQUIERDA.
- N. TASIN.— LA DICTADURA DEL PROLETARIADO.—(*Según Carlos Marx, Federico Engels, Carlos Kautsky, N. Lenin, Otto Bauer y otros.*)
- A. R. ORAGE.—SOCIALISMO GREMIAL.—(*Estudio sobre el sistema de jornal y medios de sustituirlo.*)
- S. ZAGORSKI.—LA REPÚBLICA SOVIETISTA.—(*Su organización. Su obra.*)
- CARLOS PEREYRA.—LA TERCERA INTERNACIONAL.—(*Doctrinas y controversias.*)
- MAXIMO GORKY.—DE LA ERA BOLCHEVISTA. LA REVOLUCIÓN Y LA CULTURA.
- CARLOS KAUTSKY.—TERRORISMO Y COMUNISMO.
- L. TROTSKY.—EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO.
— TERRORISMO Y COMUNISMO, O EL ANTIKAUTSKY
- RUSIA.—LEGISLACIÓN BOLCHEVIQUE.—(*Recopilación de leyes y decretos promulgados por el Gobierno bolchevique.*)
- ENRICO LEONE.—EL SINDICALISMO.
- PRÓXIMO A APARECER
- G. SOREL.—IDEARIO SINDICALISTA.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104997222

